

# **SANTUARIO DE SOMBRAS**

**NOVELA**

**AMIR VALLE**

“Sobre las aguas, los trozos de cuerpos podridos, inflados, semejaban inmensas flores marchitas. No olía a mar ni a salitre: olía a muerte. Alrededor, el mar, tenebrosamente el mar, arrojaba sobre nosotros sus sombras siniestras, como en un santuario infernal”

Esteban Martínez , 45 años (Sobreviviente).

“Lo que puedas escribir, por escalofriante que sea, nunca llegará a la realidad. Estuve allí y desde esa noche nunca he vuelto a dormir tranquilo. Supe que la muerte siempre está en nosotros mismos. Haciéndonos trampas para enzararnos. Y le tengo miedo. Mucho miedo”

Joaquín Sanabria Marrero, 32 años (Sobreviviente).

Del libro de testimonio en preparación:  
*El aullido de los muertos* sobre el tráfico de personas  
desde Cuba hacia los Estados Unidos.

A Esteban, Miguel Alejandro, Joaquín (que aún sigue hablando en plural), Edelmira, Sahily, Carlos y Teresa, y a sus familiares muertos por el tráfico de personas desde Cuba hacia la Florida, por haberme confiado parte de sus historias para este libro.

A Fernando Martínez Láinez y Rosa Mora, por sus críticas.

A mis padres, por los años.

A Berta, Tony y Lior, por su luz.

A Cristo, por su custodia.

# **SANTUARIO DE SOMBRAS**

**M**ierda.  
Mucha mierda.

Las aguas infestadas de una mierda que se le metía hasta en la sangre.

Una mierda que sigue estando ahí, anclada en su cerebro, como un pendón de victoria, recordándole que todo ha sido cierto, que su cerebritito de mujer no ha inventado nada y la mierda seguirá empozándose en sus noches y sus días y hasta en sus sueños.

-- La gente se caga cuando va a morir – dijo alguien, una vez, no recuerda.

Y ella tuvo la prueba ante sus ojos: el mar negrísimo anegándolo todo con sus sombras de muerte, el yate que los sacaba de Cuba (“la nave de la salvación”, había dicho su hermano, con los ojos disparando una alegría que ella jamás había visto), la cubierta llena de gente que gritaba y lloraba y pedía clemencia y ¡por Dios! y las dos niñas llamando a ese papá que se quedó en la costa como eternizado con su mano levantada diciendo adiós y los gritos y la mierda de algunos que se escurre pantalón abajo, saya abajo, y el llanto “su madrecita santa, no dispare” y esa voz que no olvida “¡a callarse, cabrones!” y el hedor a orín y a mierda y a mar bajo el manto de las sombras, ¿huelen las sombras?, o era el miedo, ¿hiede el miedo?, y los gritos y el llanto “¡las niñas no, las niñas...”, ...los rafagazos.

Luego el hombre que lanza los muertos al mar y hacen ¡plaff! y levantan olas pequeñas y unos flotan y pasan a su lado: las niñas con los ojos tan azules, tan abiertos... ese viejo como una masa blancuzca de sangre con hedor a mierda... aquel muchacho con la cabeza cortada a puro rafagazo, la sangre todavía manando del cuello... y Fabricio... y su madre... y el recuerdo de Fabricio: “seremos libres, Mayra, estoy harto de consignas y mentiras, mi hermana”.

Y las sombras: esas sombras que la cercan mientras ve a Fabricio hundirse, el pecho agujereado, y al vestido de su madre (“hay que

estar bonita, mi'ja, que cuando nos recojan sepan que somos gente decente") aunque los disparos de la ráfaga hayan convertido su cara de ángel en una plasta sanguinolenta y negruzca, asqueante, irreconocible.

**P**este.

*Hedor molesto.*

*Y nosotros envueltos en su mocosidad asfixiante, como de nata.*

*Habíamos visto cómo iban sacando los cuerpos de la bodega del yate y los arrojaban al mar.*

*Apeataban.*

*Debían llevar algún tiempo muertos porque hedían horriblemente. O eran nuestros olfatos aguzados por el terror.*

*Estábamos abrazados: Nadia, Norgito y Noel. Las aguas nos vapuleaban. Fuertes. Intentando desunirnos. Y el miedo. En nuestros ojos. Y una voz: "resistan", decía. A nuestros pies lo decían. A nuestros brazos. A sus cuerpecitos: Nadia llorando "papá, papá, sálvanos", mirándonos, aferrándose a nosotros... Norgito y Noel intentando mantenerse a flote.*

*-- No seas mierda, maricón – gritó una voz, ronca, seca, como de infierno --. Déjanos subir a los niños.*

*Nos miramos. Norgito miró luego la mano que se le extendía desde lo alto del yate y alargó la suya y entonces, sin hablar, decidimos que los niños subirían, que no había otra salvación que dejar que los subieran, que quizás luego Nora podría mirarnos también desde la cubierta y no como ahora, buscando mantenerse a flote gracias al chaleco salvavidas, abrazada a Nadia, llorando las dos, sus ojos con ese vacío de quien dice: "¿por qué nos metimos en esto, coño?"...*

*-- Deja que tus hijos suban, coño – otra vez esa voz --. A ustedes no los íbamos a matar, comemierda. Ustedes pagaron bien y esos maricones nos quisieron engañar...*

*-- Dijeron que pagarían en Miami, cuando llegaran – nos soltó otra voz, como de ratón --. Y descubrimos que era mentira.*

*Fueron subiendo los niños, lentamente, a medida que los fuimos convenciendo de que luego subiríamos nosotros y que debían hacer cómo mismo hizo Norgito: dejarse alzar y esperar allá arriba.*

*Y esperaban ya, todavía abrazados, siempre mirándonos, seguro confiados de que también nos salvarían, cuando sonó el tiró.*

*La frente de Nora enseñó un agujero perfecto, un hilillo tenue de sangre, y luego su cuerpo dio un brusco giro a un lado y comenzó a hundirse.*

*La abracé y nos hundimos. Con el llanto de los niños martillándonos nos hundimos.*

**M**uertos.  
Desnudos, tiesos.

Los pedazos de esos cuerpos atontándote... y esa imagen de infierno terrenal.

El infierno a su lado. Cuerpos que apestan. Nada idílico ese oleaje que los mece y los arrastra sobre la arena en la orilla. Quedarse abrazada sólo a la cabecita y al pecho de tu propio hijo, sentir que te moja el líquido de sus vísceras podridas cuando esas otras manos te lo arrancan: “está muerto, señora, está muerto”, y no descubrir que ya se ha podrido, que sus ojos abiertos ya no te buscan, y sólo Dios sabe a qué vacío miran.

Como se dice en Cuba: “no es fácil”. Y tú agregarías: “es de pinga”, convencido de que no podrías sobrevivir a un momento así si ese niño muerto fuera Camilito, tu propio hijo, y no una simple historia que alguien te ha contado, quizás porque en estos días, después que fusilaron a los tres muchachos por intentar llevarse ese barco hacia Miami, todo el mundo se ha fijado en estas cosas que llevan más de cuarenta años existiendo en este país, como si Dios se empeñara en recordarles de pronto que han estado ciegos a una realidad que El había puesto siempre a la vista de todos.

-- Sí – te dices --, es de pinga ver cómo tu hijo se despedaza, podrido ya, entre tus manos.

Y te repites que más triste es ver cómo los guardafronteras le arrebatan el bebé muerto a la muchacha, que se resiste y da manotazos; cómo el cuerpo se parte en dos y queda unido sólo por la culebra blanquecina y pútrida de una tripa; cómo lo van depositando, pedazo a pedazo, sobre una pequeña lona que luego atan igual que a un bulto de correos y lo bajan a una de las bodegas. Ella no sabrá nunca que allí estaría, junto a las cajas de balas y las provisiones del navío, amontonado al lado de otros cuerpos también podridos, hasta que llegaran a Cuba y fuera quedando cada vez más atrás ese islote donde la encontraron varios días después de que los lanzaran al mar, único ser vivo entre cuatro muertos, abrazada a lo que ella seguía creyendo con vida.

-- Se volvió loca –dijo la misma vecina que te contó esta historia--. Ahora anda por los barrios de Centro Habana... una pordiosera más que busca en los latones de basura algo para llevarle a su hijo, como si el angelito estuviera vivo.

**A**asco  
Y el vacío.

*...porque las locas como ellas, descuartizadas en las aguas, o tiradas en una fosa, junto a otros cuerpos podridos, solo dan eso: puro asco.*

*¿Imaginarían acaso que una tarde ese puño militar de toque militar tras uniforme militar tocaría a la puerta: “Con Ramón Granados, por favor”, y diría que Pedro González había aparecido desmembrada en la fosa podrida de un cayo cercano a Cuba? ¿No verían con asco que ese esperpento que ahora es se echara a llorar como la más puta de las putas porque el tal Pedro González es su marido: “y cuando llegue a Miami te mando a buscar, putica mía, te enseñaré un lugar donde nadie nos tratará como a perras”, aunque el militar preguntara por Ramón Granados y no por Magnolia, la suprema Magnolia, ni tan siquiera por la loca Magnolia, la maricona Magnolia, esa asquerosa aberrada con nombre de flor?*

*¿Llegarían a imaginar que el alma frágil de Magnolia volaría hacia ese sitio del infierno donde estaría su amantísimo Pedro, el de las embestidas fabulosas, para seguir pecando eternamente en las calderas ardentísimas de Lucifer, como lo pronosticara algún vejestorio católico cuando el fierro potente de Pedro dejó de clavarlo bajo la sagrada cruz y se vino al edificio en ruinas donde Magnolia lo esperaba como mujer en celo? ¿Entenderían que la vida de alguien puede estar marcada por el asco igual al Padrenuestro que se recita con cada nuevo día, una sensación de asco y vacío que se lleva como un traje o un cuero encubridor, o se diluye en la sangre, o se dispara a todas partes desde los pelos de la piel?*

*No podrían saber ni a retazos el dolor en el pecho, allí donde se ajustaba los senos postizos para suplir la silicona “que en este país de mierda una no puede injertarse”, y mucho menos lograrían dar con la medida exacta de ese cuchillo de hielo que la acecha por las noches, en ese aliento de muerte... y ese sueño que le revuelve las entrañas con arqueadas de un asco feroz: caminaría por una isla sin cocoteros ni mangles, todo desierto; se hundiría hasta los tobillos en una masa apestosa de gusanillos blancos que contorsionan y revientan bajo sus pies hasta formar una nata babosa, como esperma sucia, que se le pega a la piel mientras busca la ruta; caería de cabeza, tras un empujón contra una rama rota o una piedra, y su cuerpo se estrellaría contra la esponjosa viscosidad pestilente que yace al fondo de la fosa: torsos y manos y brazos y piernas y cabezas arrancadas y pies y muslos y tripas...y rostros blancos, como de ángeles muertos, como de fantasmas dormidos. Y siempre los gusanillos blancos... los gusanillos blancos... los gusanillos blancos.*



**V**ómito.

Su hedor rancio.

Y descubrir que también la muerte puede tocar a mi puerta cualquier día.

Uno se va haciendo viejo y estas historias lo conmueven, aunque el pellejo se le haya curtido de ver tanto muerto y tanta hambre y tantas cosas y saber que puede ser ya natural levantarse y escuchar historias que escalofrían donde una playa amanece llena de muertos y los niños se levanten, alborotados, luego de soñar toda la noche con el baño al sol y el juego entre las olas, y cuando lleguen a la orilla los muertos los reciban, blancuzcos, hinchados, con los ojos comidos por los peces, quizás en el que será el primer encontronazo de esas criaturas con la Parca.

-- Más de once cadáveres, Alex – me dijo Fermán, y aseguró que en sus años atendiendo el faro en esa parte de la costa ya estaba acostumbrado a que las corrientes en esta temporada arrastraran todo hacia la costa, sin dar apenas tiempo a que las bestias del mar dieran buena cuenta de los restos.

La policía del pueblito más cercano fue sacándolos del agua, alejándolos de la orilla, oteando las olas y el rompiente lejano por si algún cuerpo más aparecía, hasta dejarlos sobre un montículo de arena en perfecta alineación, con sus caras sin ojos apuntando al cielo.

Bajo los rayos ardientes del sol mañanero, la piel de los muertos refulgía como bombillas de neón.

-- Un niño corrió a decirle a su madre que el mar estaba vomitando gente – agregó Fermán, sin poder reprimir una sonrisa por tan macabra inocencia.

El hedor rancio del vómito de unos cuantos comenzó a teñir de charcos amarillentos la arena blanquísima de la playa.

Uno se va haciendo viejo y ya estas cosas las escucha sin siquiera darse cuenta, sin prestar atención a lo que significa que exista un lugar del mundo en que la gente se lance al mar buscando quién rayos sabe qué cosa, y que haya otros que trafiquen con esos sueños.

-- Te estás poniendo viejo, Alex Varga – me digo, e intento borrar con un trago largo de ron Havana Club esa imagen pegajosa de los muertos inflados sobre la arena, exageradamente blancos, como ángeles caídos.

## **S** ombras. Como fantasmas.

*La voz que se le ahoga en el llanto, ante el resoplido fatal del disparo... y las tinieblas.*

*Eso recuerda aunque no quiere. Aunque sea algo que haya vivido juró no recordarlo. Se ha dicho que hay cosas que es preferible tirar al rincón más lejano y oscuro del cerebro, allá donde solamente las telarañas y el polvo de otras cosas olvidadas le hagan compañía.*

*Está sentado en su oficina. El aire es frío, agradable, y se recuesta en su butaca giratoria para alcanzar el botón del intercomunicador: "no estoy para nadie, Tamara", suelta a su secretaria, y lanza hacia el techo una gruesa bocanada de humo antes de hundir sus ojos en ese cable de prensa que por primera vez le trae algo de alarma, aunque sea levemente, a la ruta hasta entonces sosegada y casi monótona de su vida:*

[...]

*Fuentes del Ministerio del Interior de la República de Cuba aseguran que ya son trece los detenidos y en proceso legal acusados por el delito de tráfico de seres humanos.*

*"Estos delincuentes", aseguró el portavoz de ese ministerio, "se amparan en el deseo de muchos cubanos de abandonar el país y llegar a las costas de La Florida, cobran alrededor de seis a ocho mil dólares por persona y luego se deshacen de ellos en el mar, por métodos que realmente preferimos no comentar para no herir más a los familiares de las víctimas de este tráfico".*

[...]

*Algunas agencias noticiosas con oficinas en La Habana manifiestan su desacuerdo con el tono que las autoridades cubanas han dado a las posibles causas de este fenómeno, argumentando que Cuba pretende hacer ver al mundo que se debe únicamente a la existencia de la llamada Ley de Ajuste Cubano, que facilita la entrada e inserción de los cubanos que abandonen el país por métodos no legales, y no a la depauperada situación económica y social que obliga a muchos cubanos a pensar en el exilio como único modo de sobrevivir.*

[...]

*Hasta diciembre del 2003, se calcula que la cifra de muertos a manos de estos traficantes*

se eleva a la cuantiosa cifra de dos mil o tres mil personas, por lo cual se alerta a los cubanos de la isla a que desistan de utilizar esta forma de salida ilegal, y a todos los ciudadanos de La Florida a prestarse a brindar cualquier tipo de apoyo a este nuevo modo de bandidismo y piratería.

"Por suerte, estamos trabajando en conjunto con las autoridades norteamericanas para atrapar a estos criminales", aseguró el portavoz cubano, "no les queda mucho tiempo en libertad a quienes buscan lucrar con la muerte de seres humanos inocentes".

*"Permiso...", dice la secretaria y empuja la puerta con una cadera. Trae una bandeja donde puede ver un sándwich de jamón y queso, un gran vaso de refresco y una taza de café que humea.*

*-- El mundo está jodido, Tamara – le dice, mientras ella pone la bandeja sobre el buró.*

*-- ¿A qué te refieres? – y lo pregunta con esa voz melosa que siempre lo ha sacado de sus casillas.*

*-- Todos los días mueren miles de gente – contesta, y apunta al periódico --. ¿Será verdad que el mundo se está acabando?*

# 1

**S**e llama Mayra y tiene las manos atadas a la espalda. Sí, Mayra es su nombre y se lo repite en un intento por despejar esas sombras que se empozan en su cerebro como las aguas malolientes de un charco. Alguna vez tuvo una madre que la nombró Mayra al nacer, Mayrita mientras fue niña y muchacha y tuvo su primer noviecito y se hizo mujer, aunque ya ahora esa misma Mayra logre descubrir, entre las nieblas de su memoria semidormida y la lucecilla tenue que ilumina la habitación, que las manos le duelen porque están amarradas con algo que le corta las muñecas, que la cabeza le late como a martillazos sobre un muro de acero, que las nalgas le duelen de tantas horas sentadas sobre el cemento rugoso y frío de este sitio que va precisando como un viejo almacén, sólo Dios sabe en qué apartado rincón de la ciudad.

Es un método sencillo, una especie de auto reconocimiento, de tanteo a sí misma, al cual se ha ido acostumbrando en estos últimos dos años, para convencerse de que, ciertamente, se llama Mayra y es mujer y es hermosa y es joven, y alguna vez tuvo un padre que la abandonó aunque no lo conociera y una madre tan buena como se sueña siempre a una madre y un hermano mimoso y tierno. No se llama Nadie; no es un cuerpo vacío, una Nada con patas y senos y culo que hace poco fue virgen, como ha pensado muchas veces desde que vio a su madre y a su hermano perderse en las negras aguas del mar Caribe.

Mayra Mayra Mayra Mayra, se repite entre dientes, y sus ojos van definiendo a ese otro hombre todavía desmayado cerca de ella,

también con las manos atadas y un manchón de sangre anegando su camisa justo sobre el músculo del brazo.

Mayra Mayra Mayra Mayra, sigue mascullando y su mirada se desplaza y se asusta, cae sobre esa cara siniestra y se aterra: el mismo bigote y las mismas cejas tupidas y los mismos ojos achinados y azules. Y la misma sonrisa.

-- Hola, bombón – dice la misma voz --. Qué gusto verte.

Y detrás de la ironía y las brumas que le quedan en el cerebro puede precisar la boca negra del cañón de algo que cree un revólver, una pistola, no sabe de esas mierdas; algo que puede disparar ¡pum! y al carajo con la vida y los sueños y el cuerpo a reventar de gusanos bajo la tierra, del mismo modo en que debieron llenarse de gusanos su madre y su hermano, en ese lugar del océano en que ahora se encuentran.

Esa cara que no ha podido arrancarse jamás del recuerdo, aunque haya intentado lanzar el bigote y las cejas y los ojos y la sonrisa a lo que merecería llamarse el estiércol de la memoria. Sigue ahí. Y le llega con la voz “Hola bombón” que la saludara cuando subieran al yate y esa cara los recibiera, sonriendo, y los invitara ante una mesita donde brillaba el cristal fino de algunas copas “al champán de la despedida”, sin imaginar jamás qué despedida era aquella: no la suya, el sueño de vivir libres, trabajar, creerse personas en el país del imperialismo cruel y sanguinario desterrando al animal de rebaño que fueron en la sociedad justa; sino esa otra del hombre que apunta a todos con su arma y amenaza y dice: “¡al mar, cojones, al mar!”; una vez que ya ha cobrado el pago del embarque y ha llevado el yate mar adentro, oscuridad adentro, y segundos antes de que Fabricio le colocara el salvavidas en el cuello y la empujara al agua, “se salvará”, seguro pensaría, aunque ya ni sabe: “me he quedado vacía”, se ha dicho muchas veces, y desde el agua viera el arpón lanzado al pecho de Fabricio y el grito y el llanto de las mujeres y el viejo y ese salto que entre las olas puede ver da su madre hacia el hombre. Y el disparo: la cara de su madre abollada por el tiro que entra por su

mejilla revienta ipaff! carne afuera hueso afuera ojo afuera, y repita que es Mayra y flota en las aguas frías y oscuras de un mar que se le antoja siniestro, triste, y ve pasar los muertos que el hombre tira: las niñas con los ojos tan azules, tan abiertos... ese viejo como una masa blancuzca de sangre con hedor a mierda... aquel muchacho con la cabeza cortada a puro rafagazo, la sangre todavía manando del cuello... y Fabricio... y su madre...

Se repite que es Mayra para no olvidar que fue ella quien descubrió esa cara: el mismo bigote las mismas cejas los mismos ojos la misma sonrisa que saluda al portero y pregunta y una mano de guantes blancos le señala escaleras arriba. Mayra lo sigue. O no sabe si está siguiendo ese rostro que juró no ver jamás, que pensó incapturable, volátil, invisible, bien lejos de esta tierra donde todavía muchos soñaban con irse al mar como Mambrú se fue a la guerra, sin saber si alguna vez regresarían, o si llegarían a algún sitio, qué pena. O si camina tras ese hombre de traje finísimo y maneras de gran señor, de empresario, porque quiere demostrarse que “estás equivocada, Mayra, no es posible”, se ha confundido, “todos estos meses con esa cara acosándote te han vuelto loca, muchacha”, y existe la posibilidad de que alguien en este mundo se le parezca tanto a ese maricón que vio sacar el arpón del pecho de Fabricio y revisar los bolsillos del hermano y la madre de esa Mayra que miraba desde lo oscuro, flotando como un corcho, sin determinar qué coño la hacía mantenerse a flote si sentía deseos de hundirse y hundirse y hundirse, como ahora, en que casi quiere pedir a gritos que “¡dispara ya, maricón!” y esa rabia la haga fijarse en que no está sola: Magnolia y el viejo Alex en una esquina, casi juntos, los ojos clavados en ese que la encañona y aquel, que debe ser Alain, apuntando a ese otro hombre de traje que no distingue por esas sombras que de nuevo la aturden o por la molestia cegadora de esa sonrisa otra vez frente a ella o por la luz amarillenta y tímida de la bombilla en el techo o porque se resiste a creer lo que significa en su historia personal la imagen de ese hombre detenido como una vieja estatua ante el arma de Alain...

**“¡D**ispara ya, maricón!”, dice ella y el grito nos despierta. Nos despierta. Desde aquella noche estamos juntos, respiramos juntos, nuestra sangre corre por los mismos cauces. Imposible decir “mis hijos y mi mujer están muertos” porque con sus muertes nos fundimos. Somos un cuerpo múltiple, un cerebro partido en cinco partes perfectas: Nora, Norgito, Noel y Nadia, la misma carne en el mismo cuerpo en la misma sangre.

El grito nos despierta. Podemos ver la escena: algo que estaba ahí cuando dormíamos, debilitados por toda esa sangre que se va saliendo de nuestros cuerpos. La sangre brilla tímidamente bajo la mustia luz de una bombilla casi muerta y comienza a secarse mientras esos otros se dan cuenta de que ya estamos despiertos. “¡No te muevas, pendejo!”, dice el que tenemos enfrente, apuntándonos con un viejo Smith & Wesson, idéntico al que una vez descubrimos en las gavetas personales del abuelo.

Vieja costumbre aprendida en la guerra de Angola: despertar ya despiertos, abrir los ojos cuando ya todos los sentidos estén acechantes, alertas, y saber dónde estamos cómo estamos qué debemos hacer. Espíritu de supervivencia, lo llamaban. De modo que abrimos los ojos con el grito “¡Dispara ya, maricón!” y esas imágenes nos asaltan y nos dicen: “alerta, cojones”, que ese cañón puede soltar una bala y mandarnos todos al infierno. Cuando se tiene una familia tan grande no debe nadie andar comiendo mierda si un arma nos apunta directamente al pecho. O a la cabeza. O no sabemos. Porque también puede ser que apunte a esta mujer que empieza a gimiquear a nuestro lado, toda temblores, iguales a esos de aquellas muchachitas que probaban las pastillas de éxtasis que le vendíamos en Miami y se convertían de tímidas chiquillas en locas buscando sexo y mas droga y más droga y más droga.

-- *Conmigo tienes futuro, blanco – nos dijo Milton con una sonrisa que se le escapaba hasta de las pecas y de pronto fuimos cinco los vendedores y manejábamos los carros del año y vestíamos a la moda y comíamos en nuestra casa para luego pasarla mirando las fotos de cuando en Cuba, antes de lanzarnos al mar, éramos felices y nos jactábamos ante todos de ser de verdad esa familia con su home sweet home, aunque durmiéramos tres en cada una de las únicas dos camas que cabían en nuestro cuartucho de La Habana Vieja.*

*Teníamos dos trabajos y eso se llamaba dinero. Mucho dinero. Y bebimos como locos siempre a favor de nuestros dos jefes: Miguelón y Milton. Pero algo nos hacía andar muchas veces tristes, soñar que una granizada de balas nos perseguía por un desierto inmenso, interminable, o que perdíamos los brazos, las manos, las cabezas, el pellejo, las tripas y una manada de peces hambrientos nos daba caza en una laguna de aguas negras, también inmensa, interminable. Y despertábamos sudorosos, ahogados en un llanto indefinido de niño o mujer, o de hombre, nadie sabe.*

-- *¿A Cuba? – nos preguntó Milton --. ¿Qué mierda se te ha perdido allá?*

*Y le dijimos: “los muertos no van a estar quietos hasta encontrar venganza”. O fueron otras las palabras: “encontramos al tipo, Milton, tíranos ese cabo”, aunque volviera a molestarse el pecoso por esa cabrona costumbre de hablar en plural, de pensar en plural “coño, que eso me recuerda al plural de modestia de los comunistas: nosotros ganamos una medalla por nuestro valor, nosotros cosechamos mil quintales de verduras... lo único que les faltaba decir era: nosotros nos templamos a nuestra mujer”, sin recordar que no éramos cinco desde aquella noche; éramos uno, la carne y la sangre y el alma de cinco en un cuerpo, que tal vez se separaran y buscaran su lugar en el reino de Dios una vez que fuéramos vengados.*



*-- Busca al viejo Alex – nos sugirió Milton --. Alex Varga... No hay ni una mosca que se mueva en La Habana sin que ese viejo lo sepa.*

*Y aquí estamos. Y hemos visto esa seña casi invisible que hace el negro viejo al que apunta a Saúl y en el aire respiramos que algo va a pasar en apenas unos segundos...*

**P**iensas que el grito de Mayra: “¡dispara ya, maricón!” pudo fastidiarlo todo, pero sabías que Samuel no iba a disparar porque ahora apuntas a Saúl, concentrado en que si algo pasa no va a salvarse de que le abras un hueco en medio de esos dos ojos que miran asustados, aunque quiera convencerte, con esa mueca de sonrisa cínica, que está tranquilo, seguro de que éste será otro de esos muchos triunfos en su vida de hombre con suerte que ha escapado, y lo hará de nuevo, a todas tus redadas.

¿Cuántas veces creíste tener a este desgraciado entre tus garras de sabueso, Alain, como se dice por ahí, con las manos en la masa, para que al final la masa desapareciera como por arte de birlibirloque y con esa masa volátil se fueran a la mismísima mierda las pruebas que tenías en contra suya?

No recuerdas. Solo tienes en tu cabeza el recuerdo de la llamada del viejo Alex: “necesito comentarte algunas cositas”, y la inquietud que te dominó todo ese día hasta que pudiste soltar en manos de tu ayudante el nuevo caso de la puta degollada que apareció flotando en las aguas podridas del río Almendares. Casi volaste hasta la casa del viejo en Centro Habana.

-- Necesito cazarle la pelea a este hombrín – te dijo Alex, en esa pose suya de recostarse en su butaca preferida y esperar con la mirada posada en tu cara el sí que le dirías, después que te hizo la historia, esa historia, una historia donde los muertos flotaban en medio del Estrecho de la Florida, o eran pasto de los tiburones, o recalaban en las costas de los islotes de esa región del mundo, o eran pescados como pejes enormes de las olas; una historia donde algunos llenaban sus bolsillos con esos muertos y donde los pocos que sobrevivían pedían venganza.

Trabajo te ha costado. Quizás porque el hombre se las arreglaba con una inteligencia temible para borrar todas sus huellas. Quizás porque los años le habían colocado una coraza y una máscara que hacía increíble cualquier mancha en ese sol moral que representaba ante todos. Quizás porque ya el país estaba tan enmierdado que un hijo de puta como aquel podía hacer y deshacer a su antojo, sin que la palabra “castigo” existiera en ese diccionario íntimo y personal que la vida va fabricando para cada persona.

-- Ese tipo me confunde, ¿sabes? – te confesó Orestes, y no sabes qué te hizo levantar la mirada y dejarla unos segundos en esa imagen de Fidel abrazando a Ramiro Valdés, tal vez en la ceremonia de algún aniversario del Departamento de Seguridad del Estado, donde te encontrabas sentado.

Orestes te soltó las preguntas en ráfaga, como quien busca compartir preocupaciones que ha sufrido mucho tiempo, y luego hace silencio y te mira, mientras va dando ligeras mascadas al tabaco que se ha llevado a la boca. Preguntas que te rondan. Tal vez las mismas que te han lanzado señales, igual a esa columna de humo o fuego que guiara al pueblo de Dios en busca de la Tierra Prometida: siempre al frente, a lo alto, diciéndote sígueme sígueme, como un cántico que sólo tú podías escuchar.

-- ¿No te parece raro que un alto funcionario mantenga relaciones con su hermano de Miami, que es un alto funcionario en un grupo anticastrista? – soltó Orestes.

Y respondiste que era raro, sí, aunque no tanto, porque si algo había aprendido la gente en todos estos años era que política y mierda son casi una misma palabra y apestan igual.

-- De todos modos – le contestas, y es como si de golpe el recuerdo te lanzara a esa mañana --, que dos hermanos piensen distinto políticamente no es motivo para que olviden que son hermanos. Eso fue normal en otros años. Ahora es distinto.

Aunque ya piensas que cualquier cosa puede creerse, sobre todo ahora, en que al fin lo tienes frente a ti, con el azul de esos ojos opacándose bajo las sombras del miedo, con esa mueca de sonrisa cínica que intenta rescatar la imagen de hombre curtido, bravo, capaz de no temblar ante el agujero

metálico de un arma que puede traerle la muerte, sin darse cuenta de que la guadaña de la Parca lo está picando cerca porque ha captado la seña fugaz que le hace el viejo Alex y se dispone a darle un halón al gatillo cuando reciba la señal...

***P**egarían un grito como Mayra: “¡dispara ya, maricón!”, si alguien les apuntara. O hasta dirían algo más dramático: “¡dispara papi, coño, despluma a esta loca!”, y estarían temblorosas, mocosas, musitando como viejas pájaras su miedo a la muerte, a que se escapara un tiro y ¡pac! el corazón rajado en pedazos y la sangre y el adiós a este valle de lágrimas, a este mundo cruel en el que tanto las han jodido.*

*No podrían imaginar que acercarse al viejo Alex puede significar la salvación y que se acercarían al negro por ese único motivo, aunque la realidad es que estarían soñando con haber estado a cien leguas de este lugar, a dos millones de años luz, en una galaxia tranquila donde ser gay loca maricona travesti homosexual no resultara un fastidio, un estigma, una cruz que ha de llevarse por todo ese calvario que son sus vidas.*

*Sentirían tal vez la mirada hombruna del viejo Alex y una sensación de paz las invadiría, aunque las locas suelen ser inconstantes y la paz extrema puede llevarlas a mariconeados ataques de histeria. Pero se estarían quietas, contemplando la escena, recordando que cosas como esas suceden en algunas películas y hasta pensarían que ellas son las estrellas del filme y que al final aparecerá un machazo hermoso que las fustigue con su látigo enorme, gordísimo, luego de salvarlas de ese blanco de ojos azules que encarna al malo, qué lástima, y se dedicarían a mirar el arma en esa mano de dedos finísimos; un arma que apunta a Mayra y a ese otro hombre que sigue amarrado y abrirá los ojos también para descubrir que el blanco de ojos azules y bigote grande y cejas tupidas es de pronto el único Dios, el que rige su permanencia en el mundo de los vivos o su paso al paraíso celestial adonde, dicen, no van las locas.*

*Una escena se escaparía del pasado y llegaría quizás hasta ellas: los uniformes marchándose de la casa, alejándose en su auto Lada por la calle anegada de baches y aguas pestilentes y mierdas y tachos de basura repletísimos, dejándolas tristes, muy tristes, con el corazón partido no como en la canción de Alejandro Sanz, tan buen machote, riquísimo ejemplar de macho, sino como debe ser en estos casos: el corazón hecho mierda, un dolor en el pecho, justo allí donde cada noche colocan sus senos postizos, y un vacío como de hambre que se les clava en el estómago.*

*Ese recuerdo podría regresar vivo, como los recuerdos de las cosas que han dolido, y llegarían a sentir que ese dolor las tira en un rincón de la casa, que los minutos pasan y las horas y la noche cae sobre la ciudad y La Habana se viste de puta y sale a desandar sin ellas, que seguirán tiradas en ese rincón sin bañarse ni comer, reviviendo las palabras de los hombres de uniforme: “apareció en una fosa”, “muchos muertos podridos”, “un mar de gusanos”, y pensar que todo era una pesadilla, que Pedro no trabajaría todo un año para reunir los ocho mil dólares del pasaje, ni se despediría de ella, la suprema Magnolia, la putísima Magnolia, la loca Magnolia, luego de una noche de placer intenso en que se sintió poseída por aquel dios con su báculo de ébano, ni se montaría en ese yate que lo recogería en la zona de Guanabo, ni que los machetearían en altamar, ni los llevarían hasta un islote, ni lo echarían en aquella fosa que los guardacostas descubrieron por la nube de auras tiñosas y buitres y pájaros del mar que disfrutaban ya del botín de gusanillos blancos cuando ellos llegaron a salvar los cuerpos muertos.*

*O seguro no pensarían en nada de eso porque andarían concentradas en la mano de Samuel y en el arma y en la cara de Mayra y el otro hombre que seguiría amarrado y en las señas fugaces que hace Alain al viejo Alex mientras apunta a ese degenerado de Saúl. Y se dirían que si saltan hacia Samuel y le desvían el tiro quizás haya posibilidad de venganza para Pedro, que Lucifer tenga en la gloria porque, le habían dicho, Dios no lo haría por su pecado, y también podrían ayudar a que el castigo llegara para esos que lo desmembraron a machetazos y lo lanzaron a esa fosa...y esperarían, como animal que aguarda para el ataque... esperarían...*

Luego del grito: "¡dispara ya, maricón!", más explosivo de lo que yo mismo pensaba, sé que Alain ha cargado todos sus radares y siento que recibe cada una de mis señas. También sé que espera. La costumbre de estos años me permite adivinar hasta lo que piensa, y sabe que una sola solución se impone a esta escena: detener a Samuel. Por eso hago, además, una seña a Magnolia y he descubierto que la entiende. Está al acecho, en tensión, cargando su alma de mujer con todas las fuerzas del hombre que una vez nació en su sangre. Siente que la necesito. Por eso se acerca. Y estos minutos parecen horas y se alargan como hilos invisibles que una mano siniestra estira y estira, mientras todos esperan. Sólo esperan: Ignacio y Mayra todavía sentados, detenidos en quién sabe que pensamientos por el cañón del arma de Samuel que los apunta y por suerte, de espaldas a Saúl, no puede ver las señas que lanzó para Alain y Magnolia desde este lugar del almacén.

¿Cómo carajo parar esto? Yo mismo no puedo evitar que los recuerdos lleguen, en tropel, se agolpen y se atropellen en mi cerebro, igual a la canción: son tantos. Y descubro que es cierto eso que algunos cuentan: cuando la tensión es grande y la muerte ronda, las imágenes llegan a la cabeza de la gente y uno piensa aunque no quiere, aunque no debe, aún cuando sabe que toda la atención debe estar puesta en esas armas apuntando y esos rostros apuntados o amenazantes o temerosos. Pero piensa. Y no logro quitarme de la cabeza a Omaidá: "Magnolia está jodida", "¿Está jodida?", "Sí, tío, dicen que unos militares vinieron a decirle que Pedro, su marido, apareció en una fosa, despedazado, y se ha tirado a morir".

Una seña de Magnolia me dice que ya está lista. ¿Para qué está lista? Sus ojos responden aferrándose a la mano de Samuel que

sostiene el arma y la entiendo. Es una posibilidad. Alejado el peligro de que Ignacio y Mayra salgan jodidos de ésta, dominar a Saúl será cosa de juego: sigue quieto, a todas luces apendejado ante el arma de Alain que lo encañona a un par de metros de su cara que intenta enseñar una cínica sonrisa que llega a ser solamente una mueca, un amago del cinismo de quien se siente inseguro o ya perdido.

Magnolia ya no es Magnolia. Lo veo en sus ojos, en la pérdida repentina de sus gestos femeninos, en la asunción de una amanerada postura varonil, pero hombruna al fin y al cabo. De pronto ha dejado su alma de mujer tirada en el suelo rugoso de este almacén y se ha colocado el pellejo del hombre contra el que ha intentado luchar desde que se sintió mejor poseída por un macho. Y es Ramón vestido de mujer quien espera para lanzarse al ataque. Nada tiene que ver ese cuerpo, que se me aleja ahora un poco y se acerca a Samuel, con aquel otro adefesio de cara embarrada por el maquillaje corrido bajo las lágrimas, semidesnuda y con los senos postizos tirados a los pies que tuve frente a mí en el cuartucho donde vive; nada que ver con aquel esperpento humano que contorsionó como la más femenina de las mujeres cuando lo ayudé a levantarse del rincón en que llevaba horas echándose a morir, sin bañarse ni comer ni hablar, respirando a duras penas; y mucho menos tiene que ver con esa cara horrorosa que bajo un ataque de llanto, con los mocos afuera, me soltó en un hilillo de voz: "me lo mataron, viejo, me lo mataron", con un melodramatismo maricón que en ese momento llegó incluso a molestarme.

-- Toma un trago y cuenta – le dije, extendiéndole un vaso de ron que serví de una botella recién comprada que encontré sobre una repisa.

-- La compré para brindar cuando me llamara desde Miami y me dijera que había llegado bien – siguió diciéndome, llorosa, patética, grotescamente cursi.

Tuve deseos de salir. Sentí asco. Jamás pude entender cómo un hombre puede llegar a sentir como mujer, a soñar con ser mujer. Pero saber que ese adefesio tenía un alma noble como pocos, me detuvo.

Quiero olvidar su historia. Quiero que termine de una vez todo este enredo. Que los muertos descansen. Que quienes deban pagar, paguen. Estar lejos. Sentarme a conversar con mi familia y que esto quede como un simple mal recuerdo, un terrible mal recuerdo, una historia que no debió suceder nunca. Aunque esa esperanza sea una gran mentira y mañana despierte con otras muertes y otras mierdas. Vivir en estos barrios que no importan ni a Dios ni a los gobiernos es un asunto para espectros. Hay que dejar el ser humano en alguna loma de escombros, quizás junto a una plasta de mierda recién cagada por alguien, y perderse en estas calles con la coraza más útil: la indiferencia.

¿Magnolia olvidará? ¿Alain olvidará? ¿Olvidará Mayra? ¿Ignacio regresará a Miami y también olvidará? Quien sabe. ¿Y esa seña?: Magnolia va a lanzarse. Lo presiento. Alain ya lo presiente, aprieta el arma. Samuel ni lo sospecha...

**C**uando esa puta gritó: "¡dispara ya, maricón!" creyó que todo acabaría, que Samuel halaría el gatillo y la cabeza de la muy zorra explotaría como un globo ante la fuerza de la bala, disparada de tan cerca. Pero no. Algo hizo que Samuel no se decidiera y se dice que otra vez por su pendejería están embarcados. Si hubiera soltado ese tiro ahora podría enfrentarse a ese cabroncito que le apunta con muchos deseos de halar el gatillo. Se lo ve en los ojos: una rabia impotente que salta hasta donde está. Pero lo detiene su cara. Sabe que su cara ha inmovilizado el brazo de Alain, y por eso mantiene esa sonrisa, o lo que intenta sea una sonrisa, bien cínica, como de quien está

*seguro de que nada pasara, de que librara de esta y le hará pagar bien caro a quienes se le han enfrentado. Aunque no se sienta así, y por dentro le parezca estar entre arenas movedizas, tiene que hacerlo: mantener esta pose de vencedor siempre ha sido una de sus armas, el mejor antídoto anticabrón que haya probado jamás. Y ha llegado hasta aquí gracias a eso. Se lo dice: "has llegado hasta aquí gracias a eso, Saúl" y cierta esperanza lo embarga. Porque si Samuel le hubiera hecho caso: "lo más inteligente es hacerse el bobo, no tienen pruebas", ahora estaría en su casona de Miami, vacilando la buena vida que ha luchado en estos años y Saúl andaría en lo que ya es rutina todos los sábados, en Varadero, en alguna buena habitación de hotel, vaciándose dentro de una buena puta como esa que debía estar ya muerta si Samuel se hubiera decidido cuando ella le gritó, casi como en un reto: "idispara ya, maricón!". Y no lo hace. Sigue empecinado en que lo mejor es apuntar a la muchacha y al tal Ignacio, por suerte, amarrados y tirados en el cemento sucio y mal pulido de ese almacén de cierta empresa turística que prefiere ni recordar. Otra ley de este negocio: olvidar, olvidar, olvidar, pagando favor con favor y olvidando el favor pagado; una ley que se ha ido imponiendo entre todos los altos funcionarios por su efectividad para mantener en silencio los trapos sucios: te hicieron un favor, debes pagarlo, y una vez que lo pagues debes olvidar y ya jamás nadie podrá decir que una vez te hizo un favor porque "deuda pagada no es deuda muerta; es algo que no existió, que no pasó nunca", le explicó alguien que no recuerda, cuando dio sus primeros pasos en este bisne del turismo. ¿A qué espera Samuel? ¿Qué lo detiene? ¿No sabe que ahora lo que importa es salir de esta, dejar a estos verracos como él sugirió y regresar a la tranquilidad sabrosa de sus vidas de ricos? No lo entiende. Y se lo repite en voz baja: "no lo entiendo", y descubre que Alain ha escuchado sus palabras aunque no las haya entendido, porque aprieta el arma y levanta la boca del cañón hasta colocarlo justo frente a sus ojos, ahí, a un par de metros de esa sonrisa burlona que se empeña en mantener, de esa pose de*



*hombre intocable que cada vez le cuesta más trabajo lograr. "Haz algo, Samuel, cojones", piensa y siente que quizás deba gritarlo, pero no lo hace: se descubriría con todo ese miedo que le está haciendo agua la sangre, aflojando sus piernas, cosquilleándole en la barriga, y ni siquiera señas puede hacerle porque Samuel está de espaldas, aún cuando mira de reojo hacia Alain y el negro viejo y la maricona vestida de mujer, de cuando en cuando. "Si seguimos haciendo bien las cosas se joderán, carajo, tendrán que meterse la lengua en el culo porque no encontrarán ni una sola pruebita y tú bien sabes que para fastidiarnos en esto hacen falta muchas pruebas", le sugirió a Samuel una semana antes, pero el muy tozudo movió la cabeza y le aseguró que no: "hay que borrarlos del mapa, Saúl", le dijo, "una ley bien clara en este negocito es no dejar rastros... ni testigos". Y por esa tozudez ahora estaban allí, Alain y esa boca negra del arma apuntándole a la cara, Samuel apuntando a la putica y al tal Ignacio, el viejo moviendo su mirada de negro de falsa alcurnia desde un grupo a otro, escoltado por esa horrible maricona que quiere ser mujer y viste de mujer y parece estar esperando, desgreñada y ahora mucho más grotesca, casi varonil, como dispuesta a saltar de un segundo a otro sobre Samuel...*

## 2

**A** veces siente ganas de ser una puta desmemoriada, una simple mujerzuela de esas sin un grano de cerebro que abren las piernas y gozan cuando un macho feo o lindo, apetecible o asqueroso, la pistonea, y se lo dice en voz alta: “tenías que haber nacido puta, Mayra”, sin darse cuenta de que esa señora que está sentada cerca, en otra de las butacas del lobby del hotel, alza las cejas y enseña una cara de asco aristocrático, ese asco de quien se cree superior, como si hubiera escuchado sus palabras. Por eso se lo repite: “una puta, Mayra, una puta sin cerebro”, para que sea entonces el camarero del barcito quien levante la cabeza del trago que prepara el barman, a su lado, y la mire quizás pensando que siempre sale un loco a la calle.

-- Una puta sin cerebro – vuelve a decir, mirándose las uñas pintadas.

Y es de pronto Maurice quien lo dice: “no tienes cerebro, puta’e mierda”, y no sabe cómo viene y se instala en su memoria y el negro está encima de ella, bufando como un animal, y puede hasta sentir su larga morcilla clavándole un dolor fortísimo allá adentro que le subía hasta el cerebro y la hacía gritar.

Optó por no pensar, por no estar. Cada noche, cuando los toques de Maurice en la puerta de su cuarto en ese burdel adonde él la llevo a la fuerza, le anunciaban que tendría otra noche de dolor y asco, se repetía “deja de pensar deja de pensar” y hacía todo lo que el negro le pedía, sin detenerse siquiera a recordar que vivió tiempos mejores, que su primera vez con un hombre había sido algo tan hermoso que todavía lo precisa detalle a detalle, segundo a segundo, aunque

después ese hombre se convirtiera, como todos, en una plasta de la peor y más apestosa de las mierdas.

Sentía asco. Un asco inmenso. Un deseo de vomitar que le revolvió las tripas y hasta mareos le provocaba. Y llegó a pensar que Dios la estaba castigando por ese racismo obsesivo del que se enorgulleció desde niña; un racismo que nacía de la inconformidad ante su piel, de ese tono cobrizo que alguien le dijo era sumamente apetecible para los hombres, aunque ella refutara esa idea de un modo bien simple, pero con una verdad casi rotunda: “a los hombres les encanta cualquier cosa donde meter su colita, no me fastidien con eso del color de la piel”. Llegó a molestarle que alguien descubriera en la universidad que su abuela tuviera nombre de negra (se llamaba Francisca) y fuera tan negra como la más negra de las noches en un apagón de La Habana. Y quiso un poco más a su madre por la sabia elección de casarse con un blanco que le adelantó la raza a ella y a su hermano Fabricio.

-- ¿Le sucede algo, señorita? – y era la voz del camarero, amable, casi dulce.

Dijo que no moviendo la cabeza y se secó las lágrimas. ¿Por qué lloraba? ¿Por el recuerdo de Fabricio con el pecho partido y su madre sin cara, o por esa otra cara de ojos azules y cejas tupidas y bigote cuidadísimo que le ha removido recuerdos que juró olvidar para siempre? No puede contestarse. Alguna vez, casi un año atrás, juró que debía seguir utilizando para algunas cosas la misma táctica de no pensar que aprendió y perfeccionó cuando Maurice fue a verla a la celda donde la tenían esperando para repatriarla a Cuba en el primer barco o el primer avión y le dijo que “con ese cuerpazo tan lindo podemos hacernos millonarios”, y que en aquella islita, Bahamas, los hombres iban a disfrutar del descanso paradisíaco del turismo y del “sabor sabrosón de las mujeres”.

-- Me han dicho que las cubanas son candela viva -- soltó, con una sonrisa enorme que se escapaba de su boca de grandes dientes

blanquísimos y bamba prominente --. Nunca he tenido a una cubanita en mis burdeles. ¿Aceptas?

Recuerda que, como en las películas, lo escupió. Con asco lo escupió. Pero el rostro del negro no dejó de mostrar aquella sonrisa y se limitó a sacar un pañuelo también blanco para secarse la escupida, antes de hacerle una seña al militar, tan negro como él, que fue a recogerla al muelle, cuando llamaron desde el barco de pescadores que la rescató en alta mar, para decir que habían encontrado a otro cubano, “una mujer, joven, que parece se salvó gracias al chaleco salvavidas que llevaba”.

-- Me la preparas como siempre – dijo Maurice y dio la espalda para salir de la celda --. Me la llevo esta misma noche.

Todo por ese rostro. Por culpa del dueño de ese rostro que la había recibido, afable, cortés, hasta cariñoso, en el yate, “vengan, vengan”, recuerda sus palabras, “antes de partir, un brindis de despedida”, sin pensar que esa euforia que se le saltaba desde su bigote y sus cejas tupidas y sus ojos azules se debía a que tenía los bolsillos llenos de billetes verdes, al menos unos cincuenta mil billetes verdes dólares fulas washingtons, como le decían mucha gente en Cuba desde que el gobierno decidió que no era delito tenerlos recibirlos gastarlos, y no era esa euforia porque, como le había dicho su madre mientras brindaban en la cubierta del yate, “¿Ves, mi’ja?, todavía hay gente en el mundo que Dios debe bendecir, como este señor, que se arriesga para salvarnos de vivir en esta porquería de país”.

-- Una puta sin cerebro, Mayra – masculló todavía más bajo, sin importarle que el camarero regresara con un vaso de agua y se lo extendiera pidiendo “debe calmarse, señorita”.

“Debes calmarte, Mayra”, pensó mientras tomaba de una sola vez toda el agua y respondía que sí, de nuevo solo con un movimiento de cabeza, cuando el camarero insistía “¿se siente un poco mejor?”. Aunque sea mentira. La misma frase regresa como un bumerang y la golpea: “una puta sin cerebro una puta sin cerebro una puta sin cerebro”, pero las putas sin cerebro no piensan no recuerdan no

sufren no sienten. Y ella recordaba. Juró olvidar ese rostro: “hola, bombón”, y esos ojos azules y ese bigote y esas cejas tupidas. Y esa misma mañana, mientras regresaba a su casa de otro día sin encontrar trabajo, al pasar frente al Hotel Habana Libre, creyó ver primero la misma sonrisa y quedó quieta, paralizada, mirando: la vista que sigue al hombre de traje fino y corbata fina que saluda al portero y hace una pregunta y se vuelve para apagar la colilla del cigarro que ha estado fumando en uno de los grandes ceniceros al lado de la puerta. Entonces pudo ver el bigote y las cejas, igual de tupidas, y los mismos ojos azules, y sintió algo que en su cerebro le gritó “¡síguelo!” y lo siguió y vio cómo subía por las escaleras hasta el piso de oficinas.

Estuvo todo el día sentada en aquella butaca del lobby, esperando a que bajara, con la nebulosa de que todo pueda ser una confusión: “no, Mayra, ese cabrón vivía en Miami”, le había dicho su hermano, “y tiene un yate allá que usa para sacar gente de Cuba” y que venía cada dos meses después que el viaje estaba ya pactado, siempre a través de familiares que lo contactaban allá y le daban los nombres de quienes y dónde y que día debía recogerlos en la isla. “Pagamos la mitad acá, al subir al yate, y la otra mitad cuando ya estemos en el Centro de Atención a Refugiados”, aseguró Fabricio, pues el hombre parecía tener buenos contactos allí y hasta garantizaba que los trámites de entrada a Estados Unidos se agilizaran, cobrando, claro está, un poquito más de dinero.

Pero allí estaba. Las horas de espera le habían servido para entender que no podría haber en el mundo dos personas tan idénticas; como dirían ahora, aquel hombre, si no era el mismo que había matado a su hermano y a su madre y a las niñas y al muchacho que iba con ellas y al viejo del que aún conserva el olor a mierda prendido en la nariz, era su clon. Y ella no estaba para andar creyendo en esas estupideces de la ciencia: se trataba de la misma persona y no le importaba saber qué carajo hacía allí, en Cuba, un tipo que debía estar a más de

noventa millas, disfrutando los dólares de su crimen. Simplemente estaba allí y ella tenía algunas cuentas que ajustarle.

-- un buen amigo mío... un señor de bigote grande y ojos muy azules... usted lo saludó como si lo conociera... pero cuando llegué aquí ya subía las escaleras y no quise molestarlo -- le explicó al portero, cuando miró el reloj y vio que eran pasadas las cinco de la tarde. Debía aprovechar que el hombre estuvo tan ocupado todo el día que no había tenido tiempo de notar el show que sus nervios le habían montado en las butacas más alejadas de la puerta, un show de llanto “y habladera de mierda, Mayra”, se dijo, que, por suerte, sólo habían disfrutado el camarero, el barman y algunos turistas.

-- Ah, el señor Saúl – contestó el hombre, evidentemente satisfecho de su memoria --. Seguro que no lo verá salir. Siempre que viene, sale por las escaleras internas, las que dan acceso al parqueo del sótano.

-- Nunca lo había visto aquí – dijo entonces, intentando aparentar que eran usuales sus visitas al hotel.

-- Casi siempre viene los miércoles y los viernes, a eso de las diez...

Le dio las gracias al portero, que hizo un gesto de “no hay de qué” con cara de hombre que se siente útil, y ya iba a salir hacia la calle cuando algo le dijo que podría llevar la farsa un poco más adelante. Entonces se volvió.

-- Disculpe la molestia, pero... -- y extendió unos segundos de silencio, aparentando duda --. ¿El señor Saúl sigue trabajando en el mismo lugar?...

-- No sé si será en el mismo lugar que usted dice, señorita – contestó el hombre, al tiempo que abría la puerta de cristal a un turista que entraba cargado de maletas --, pero desde que lo conozco es funcionario del ministerio...

-- ¿Del Ministerio...?

-- De Turismo, señorita – precisó y le hizo una señas al botones para que ayudara al turista con las maletas --. Es de los que atienden este hotel.

**E**n el sueño, encontrábamos cinco muertos en la arena blanquísima de una playa de aguas transparentes y muy cálidas. Dos niños, una niña, un hombre y una mujer. Inflados. Las gaviotas haciendo círculos arriba, como aves de rapiña. Un cangrejo saliendo de la boca del hombre y esas hormigas rojas de panza grande que viven entre los mangles, metiéndose por la nariz de la niña, ya sin ojos.

Tenían nuestras caras. Aquellas eran nuestras caras, y en el sueño un escozor molesto en las tripas nos hacía vomitar y vomitar y vaciarnos hasta la bilis sobre los cadáveres, y una nata, como de miedo, flotaba sobre todo el paisaje y comenzaba a empañar el sol.

Despertábamos angustiados, sedientos, y caminábamos por el pasillo del Centro de Atención a Refugiados hacia donde estaba el bebedero. Aquello debía pasarles a todos porque siempre las colas eran largas, sobretodo a esas horas de la noche, y tal vez ése fuera el lazo que nos unía y nos llevaría a seguir por la misma ruta una vez que estuvimos fuera.

-- Tengo miedo, ¿sabes? – dijo el muchacho pecoso de grandes orejas, a quien conocimos sentado sobre cubierta y tapado con una frazada de listas azules cuando los soldados rescataron del islote ese otro cuerpo ya enflaquecido y lleno de llagas de las quemaduras del sol que había intentado salvar de las aguas al menos los espíritus de los otros cuatro cuerpos que hasta poco antes habían sido lo que siempre llamó “mi familia”. Todos lo escuchamos. Nosotros y hasta los que yacían, en esa modorra insoportable de las largas esperas, en las literas cercanas.

-- Uno sale de Cuba y cree que cruzar el charco basta para llegar al paraíso – siguió diciendo, esta vez ladeando la cabeza para mirarnos a los ojos --. Te vi anoche en la cola del bebedero, ¿qué soñaste?

Le contamos. Todos escucharon en silencio; un silencio expectante, como de quien cree encontrar en esa otra historia palabras conocidas, detalles, cosas que pensaban eran muy íntimas.

-- Yo intentaba sacar del agua a Mariana, mi mujer, cuando el tiburón la partió en dos pedazos – recordó el pecoso. Se llamaba Lorenzo --. Quedé allí, abrazado a ese pedazo... mirando sus ojos...

El silencio se espesó. Algunos bajaron la cabeza y comenzaron a llorar, bajito, como si estuvieran volviendo a vivir algo que preferían, que habían jurado olvidar.

-- Tuvo tiempo de decirme: “¿esto es el paraíso, Damián?”.

Desde ese día, cada noche tiene el mismo sueño: ella aparece a preguntarle “¿esto es el paraíso, Damián?”, y una asfixia lo consume porque era de los que creían que en esas historias de muerte, los que se aman siempre dan aliento y fuerza y dicen “vive por mí y lucha y sigue adelante”, y se dan un beso y la escena termina.

-- Eso ocurre nada más en las películas – dijo, ya casi para él mismo porque apenas lo escuchamos, aunque después dijera en voz más alta, y levantando la vista hacia nosotros --: es de pinga que todo te recuerde que eres el único culpable.

Porque le había prometido el paraíso, huir, dejar detrás una isla donde se sentían presos... Ahora estaba solo. Ella, muerta, renaciendo cada noche en sus sueños con aquella pregunta: “¿esto es el paraíso, Damián?”.

-- Te vas a volver loco – le dijimos entonces.

--No estoy para locos – aclaró una voz desde una litera lejana. Y la frase tuvo eco en otras voces gruesas, finas, temblorosas, apagadas: está loco está loco...



-- Todos estamos locos de algún modo – nos dijo muy bajo, como si quisiera que aquello solamente llegara hasta nosotros --. El que se exilia, jamás vuelve a ser el mismo. El exilio es la más eficiente fábrica de locos que existe. Tú mismo... ¿acaso no es de locos hablar siempre en plural?

Y era cierto. Dos semanas en aquel sitio sirvieron para demostrar eso: cada quien cargaba en la intimidación con su trauma, intentando escapar a pesar de que sabía que la huida era en absoluto imposible. Las colas del bebedero en las madrugadas se hacían más largas; caras nuevas llegaban a la fila de hombres desgredados, soñolientos, que esperaban porque aquel sorbo limpiara de tantas pesadillas hasta el último rincón de sus cerebros. Y la salida esperada hacia la Miami que crepitaba afuera, por ello, era solo una posibilidad más de seguir soñando.

-- Virgilio Piñera tenía razón – dijo alguien una tarde. Era poeta también --. A los cubanos siempre nos perseguirá la maldita circunstancia del agua por todas partes... Aunque estemos en medio del desierto el agua seguirá acosándonos.

-- Yo también conozco a un Virgilio – soltó un gordo con cara de Porky mientras encendía un cigarro --. Era carnicero. Tremendo ladrón, pero se gastaba los billetes como un millonario. ¿A qué se dedicaba ese que tú conoces?

Y así salimos. Miami era una ciudad triste a pesar de sus luces y sus avenidas, y nos recordaba dolorosamente muchos sitios de nuestra Habana. Un taxi nos llevó hasta la dirección que habíamos guardado desde que Nora recibiera aquella carta: “te esperamos aca mi ermana, ben con los tullos. Es la unica forma de que la familia este junta. El dinero es para que le pagues al hombre que va a buscarte. Recuerda que pagas una parte al embarcar y otra cuando ya estes aca, en la florida”.

¿Por qué llegan esas cartas? Dios debería desviar las cartas que meterán en líos a sus hijos de la tierra, aunque quizás lo haga con sus verdaderos hijos, esos que dicen “Cristo, te acepto como mi

*salvador” y se meten en las iglesias a conversar con Dios como si El pudiera escucharlos, pero no con nosotros que llegamos hasta la casa en la mismísima Avenida 97 y subimos al edificio y tocamos y sale un hombre con la misma cara de Nora y nos escucha hablar y nos dice: “Nora está muerta, cabrón, no tuviste cojones para defenderlos” y nos suelta un puñetazo que lanza al piso, con la boca ensangrentada, ese cuerpo que para él es simplemente el marido de su hermana, sin saber que ella está aquí, que los niños están aquí y hubieran querido abrazarlo.*

*-- Debías haber sido tú el muerto, maricón – gritó, y cerró la puerta.*

**T**e persigue esa imagen. ¿Cuántos muertos has visto en toda tu vida, Alain? No recuerdas. Y sin embargo, la muerte te sigue pareciendo un insulto, una ofensa a la sensibilidad humana. Intentabas despejar tu cabeza y por eso miraste hacia la oficina, la que en broma llamas “mi flamante oficina”, y tus ojos se posaron en los mismos buróes de siempre, con su madera mala y despintada y sus patas de cabilla; cayeron luego sobre las mismas sillas de patas deformes, como si alguien se hubiera empeñado en que “los policías siempre estemos entrenando, buscando el equilibrio con las nalgas”, también sueltas en broma, para no caerse de lado si te sientas al descuido; y después fueron a dar a las paredes pintadas con esa malísima cal que se desprende y cubre el suelo de un polvillo blanco que sea quizás la causa de tus constantes ataques de asma, según te ha dicho Camila.

Cuando vas a verla al hotel donde trabaja, ahora de Relacionista Pública luego de varios años en Carpeta, sientes que entras a otro país, a otro mundo, a un verdadero edén bien alejado de esas miserias y esa podredumbre que aplasta La Habana y que llega incluso hasta tu oficina. Por eso prefieres andar en la calle, resolviendo casos, y pides a Dios que cada día alguien meta la pata, robe o mate o venda droga o viole, para que no te deprima ese ambiente que puedes respirar hasta en el aire desde que entras a

la Estación. “Eres un aberrado”, te suelta Camila, sonriendo, siempre que le dices estas cosas, y mascullas que sí, hay que ser un aberrado egoísta para desear que el mal continúe, que haya gente robada, violada, drogada, muerta, para que otros se ganen el pan nuestro de cada día. Y por eso varias veces se lo has dicho: “estás casada con un aberrado, Camila”, sólo para verla reír, para comprobar que esa risa parece repetida en la carita blanca de Camilito, que no sabe de qué se ríe su madre, pero también ríe, sin imaginar siquiera lo que significa que su padre diga: “hay que ser un aberrado para meterse a policía”.

Pero al aberrado que eres le sigue molestando tanta muerte. Ante ti seguían abiertos los expedientes que pediste sobre los últimos casos detectados de tráfico de personas en el occidente del país, y aunque intentaste quitar de tu cabeza esa escena dantesca, volviste a mirar las fotos, y algo te impidió sacar los ojos de ese trozo de cuerpo que te enseñó un vientre liso, hermoso, un pubis pronunciado, todavía retador, unos muslos redondos, casi perfectos, y te dijiste que la pobre debió tener unos senos pequeños, de grandes pezones, y un rostro como de ángel y el pelo larguísimo y muy negro, como los vellos púbicos, resistiéndote a creer que esa otra parte estaría consumiéndose en los jugos gástricos de algún tiburón en el mar Caribe.

-- Este mundo está enfermo – te dijo Alex, como siempre sentado en esa butaca que ocupa cada vez que lo visitas, desde que se conocieron hace ya algunos años --. Esas historias...

-- Mi madre dice que son cosas de Satanás – interrumpiste, antes de que enseñara su sonrisa de enormes dientes blancos, conservados casi intactos a pesar de su edad.

-- Son cosas del hombre, Alain – contestó --. Ni Dios ni el diablo tienen que ver en esto.

Lo mandó a llamar, aunque hacía mucho tiempo no lo molestaba, porque necesitaba buscar en dos direcciones: “funcionan como la mafia, Alain, descaradamente; pero conservan sus hilos bien escondidos”.

-- Ese no es tu terreno, viejo – y esperaste una respuesta que intuías.

-- Hace casi sesenta años que es mi terreno, Alain – dijo Alex --. Allá en los cincuenta, cuando me dejé de llamar Francisco Alexander Vargas Machuca y me puse Alex Varga, empecé a hundirme en esta mierda.

-- No estamos hablando de droga, negocios sucios, putas, ni nada de la mierda que corre en estos barrios, viejo – insististe --; ¿qué te hace meterte en algo que ocurre lejos de tus terrenos... más claro, en medio del mar?

-- Todo lo que afecta a mi gente es mi terreno, ¿recuerdas? Y en esto hay algunos muertos de gente que quiero.

Magnolia, por ejemplo. Omaida había entrado en la cocina mientras él se preparaba un café fuerte. “Magnolia está jodida”, dijo, y el dejó de remover el azúcar en el fondo de la tacita: había visto crecer a ese muchacho y convertirse en la loca que desandaba por las calles buscando un hombre que lo poseyera como a la más puta de las putas y hasta sabía de sus actuaciones como Tina Turner en un show de travestis clandestino que abría sus puertas todos los domingos en una vieja casona del mismísimo Paseo del Prado.

-- ¿Está jodida? – quiso saber.

-- Sí, tío – contestó Omaida mientras se servía café en otra tacita --; dicen que unos militares vinieron a decirle que Pedro, su marido, apareció en una fosa, despedazado, y se ha tirado a morir.

No quería abrirle la puerta de su casa a ningún vecino y hacía al menos un par de días en que solamente se le sentía llorar y maldecir y, a veces, cagarse en la madre de Dios por castigarla de aquel modo.

-- Cuando hablé con ella, el bichito de la duda comenzó a picarme – te dijo Alex y lanzó a tus piernas unas fotos donde el maricón aparecía, vestido de mujer, abrazado a un negro bonitillo que también sonreía a la cámara.

-- Hablas de ese maricón como si fuera una mujer – soltaste, sin levantar la cabeza de las fotos. Te provocaron asco.

-- Es mujer – aclaró Alex, con la voz raramente endurecida --. Uno es lo que quiere ser, no lo que debe ser. Esa es la verdadera libertad. Y eso merece respeto.

Habías metido la pata. Aunque ya creías conocer todo sobre aquel viejo a quien el cariño y compartir las buenas y las malas habían convertido en alguien más de tu familia, siempre Alex se las ingeniaba para darte lo que él llamaba “lecciones de ética marginal”, y a pesar de que estabas absolutamente seguro de que tu machismo no te permitiría entender que un hombre puede soñar con ser mujer, preferiste escabullírtele hacia otro tema.

-- ¿Decías que ahí te picó la duda?

Asintió y se inclinó hacia delante frotándose las manos, pensativo.

-- Unos ojos azules, un bigote grande y unas cejas tupidas... esa es la clave.

No entendiste. Y tu cara pareció trasmitirle eso.

-- ¿Tú no dices que en este juego de policías y ladrones hay que fijarse en los detalles? De eso se trata.

Magnolia no sólo le hizo su historia; esa historia donde el amor de su vida apareció en la fosa de un islote y no en Miami. Le contó algunas otras. Y la historia de Mayra lo conmovió más que las demás, “que es como para escribir una novela”, porque luego de las muertes vino su historia de puta cuando un negro descarado la llevó a su burdel en Bahamas, aunque lo que más le llamó la atención fue que Magnolia dijera: “y tiene obsesión con la cara del tipo, viejo; a cada rato te habla de su bigotón y sus cejas espesas y sus ojos azules”. Pero el asesino estaba en Miami, o debía estar, porque ella le había contado a Magnolia que vio al hombre en el Hotel Habana Libre.

-- Por esos días, un poco antes, me vino a ver Ignacio, un cubano que vino de Miami... ¿recuerdas a Milton, el pecoso?

Venía recomendado por Milton. Y también, sentado en aquella misma sala, contando como si junto a él hubiera otras personas, “siempre hablando en plural, algo chiflado el tipo”, dejó escapar su historia: la muerte de sus tres hijos y la esposa cuando quisieron escapar de Cuba en un yate que vino a buscarlos.

-- Alguien allá le dijo que el hombre estaba en Cuba – terminó.

-- ¿Dónde está la coincidencia? – preguntaste.

-- Unos ojos azules, un bigote grande y unas cejas tupidas – contestó Alex y sonrió con la malicia de quien no va a soltar toda la información de un solo golpe --. Así mismo me describió Ignacio al asesino de su familia.

-- Lo que solamente indica que el criminal fue el mismo, viejo, pero más nada – agregaste, siguiendo la línea de reflexión que te planteaba --. Bien conocido es que el negocio del tráfico de personas está en pocas manos. Puede haber mucha gente jodida por la misma persona.

Viste al viejo asentir, en ese gesto que tanto le habías visto cuando estaba satisfecho de tus deducciones, pero aún con la sonrisa de quien tiene nuevas cartas. Arrancó una hoja de la libreta de notas que estaba en la mesita de centro, frente a ustedes, y escribió en letras grandes, en los extremos de la hoja:

CUBA

MIAMI

y en minúsculas:

Mayra

Ignacio

y en el centro de los dos bloques, marcó un enorme signo de interrogación, pasándole el lápiz varias veces al trazo para que quedara bien oscuro, visible, como una señal que no se podía obviar.

El dibujo quedó frente a ti, como un acertijo:

CUBA

MIAMI

?

Mayra

Ignacio

-- Los dos supuestamente buscan al mismo hombre – precisó Alex --: Ignacio cree que está en La Habana, y Mayra creía que estaba en Miami.

En momentos como esos necesitas fumar y prendiste un cigarro, a sabiendas de que el viejo Alex no agregaría más nada hasta que viera el humo salir de tu boca: también te conocía a la perfección y para él ese humo significaba que todos tus sentidos ya estaban alertas.

-- Mayra jura que el tipo que vio es el asesino, pero... y ya sabes que siempre existe un *pero* para las cosas obvias... el yate en el que se montó Mayra y su familia tenía matrícula de la Florida. Si el tipo está en Cuba, ¿cómo puede recoger a la gente con un yate de Miami? ¿No te pica ya el bichito de la duda?

**C**uando ustedes ven pasar a Magnolia, seguro ven pasar a una loca, a un maricón descocado a quien sólo le importa que se lo tiren como un buen macho se tira a una mujer, para luego “bye bye, amorcito”, y encontrárselo como Indiana Jones “En busca de la tranca perdida”. Detrás de esa capa de maquillaje y esa faldita corta y el relleno de las nalgas y los senos, no imaginan que exista filin, como dirían las dragas de Puerto Rico, los transformistas de Nueva York, los travestis en cualquier lugar del mundo, a quienes acá en Cubita la Machista llaman groseramente “Buscapinga”. Pero existe. El filin existe porque esa Magnolia que mueve sus nalguitas ante ustedes es dueña de un corazón que se le sale del pecho. Y solamente estando bajo esta piel que Dios equivocó, pues Dios tampoco es infalible, podrían entender que se viste de mujer, porque nació con ese mísero pistoncito aunque en la sangre, en eso que ahora llaman ADN, decía clarito clarito que ese debía ser esa y que estaba hecha para recibir y no para dar. Y que esa sueña igual que cualquier otra mujer con tener un machazo en el que recostarse y sentirse protegida y dejar que pasen los años y los años y los años y pueda hacerse vieja junto al hombre que ama, aunque no falten quienes por ahí le digan “vieja maricona”, “loca de carroza envejecida”, y no, como debería ser, “dulce viejecilla”.

Si todos los hombres fueran como el buenazo de Alex Varga las cosas serían distintas. Pero no son. Y la mayoría de la gente debería sufrir lo que las locas sufren. Deberían, por ejemplo, ir descubriendo desde niño que los machitos les fascinan, y que esa fascinación los obligue a perseguirlos tímidamente, a figonear en los baños sus pichitas todavía pelonas, a

*intentar seducirlos. Deberían crecer en un país como éste, donde hasta el otro día ser maricón y religioso significaba ser pasto para los inquisidores, ¡y mira que en Cubita la bella los inquisidores crecían en todas partes, como la yerba mala!, y sentirse encerradas, presas, agobiadas por esa máscara que tienen que usar ante todos, porque lanzarse a la calle a decir: “¡oigan, miren, aquí va una loca; vengan a gozar con mi culito, que es virgen y todavía tiene sus arruguitas originales!”, era lo mismo que el suicidio. Una tarde, cuando ya fueran jóvenes, en el camino encontrarían a un bello ejemplar de macho, uno de esos que dan fe de la perfección de nuestra especie, de lo gran artista que puede ser Dios cuando está iluminado por la Musa creativa, y dirían: “¡oh, qué macho!”, con toda esa picuencia femenina que caracteriza a las locas, y se acercarían para hablar y al escuchar su voz se repetirían: “¡oh, qué macho!”, y sin apenas darse cuenta descubrirían que a ese galán no le desagrada el roce con las locas y que se va haciendo el guillado hasta que terminan en un burdelito para maricones, ahí en la Calle Colón, de Centro Habana, y que cuando el hombre se desnuda y ven la dotación que se bambolea radiante, digan en voz más alta: “¡oh, qué macho!”. Y como dice el dicho popular en Cuba: “¡a bailar y a gozar con la Sinfónica Nacional!”.*

*Como todas las locas, deberían tener sueños, muchos sueños, una galaxia entera de sueños que al final jamás se cumplirían porque a las locas nunca se les cumplen los sueños. Sufrirían como locas. Y tendrían que vivir como locas escondiéndose con su macho, en vez de andar por ahí, enseñando a todas tanta perfección: “hola, Celeste, este es mi marido”, “¿qué tal, Herminia?, conoce a mi maridito lindo”, “ay, Amapola, mira, te presento a mi pastilla”. Hasta que un día ese marido les anuncie: “me voy al yuma, mi amor”, “¿al yuma?”, “al mismísimo Miami, putica mía. Conseguí el dinero para pagar el viaje” y que una noche de lujuria y cabalgata selle la promesa: “y cuando llegue a Miami te mando a buscar, putica mía, te enseñaré un lugar donde nadie nos tratará como a perras”. Y lo demás, se sabe.*

*Aunque la historia no acaba. Otra tarde aparecería el viejo Alex: “busca, Magnolia, busca, para joder a quienes mataron a Pedro debes recordar*



*cómo carajo se metió en esto”. Y entonces recordarían. Sus bellas cabecitas tocadas con pelucas robadas de los almacenes de la televisión, que se ha convertido en el único lugar donde las locas pueden garantizar unas buenas pelucas, echarían el tiempo atrás y recordarían que Pedro, el machazo, el ejemplar perfecto que tuvo de marido por más de cinco años, ése mismo que encontraron agusanado en una fosa con todos los sueños perdidos en quién sabe qué rincón del mar, había mencionado a Narciso La Carrá; o mejor dicho, a Narciso Jiménez, a quien llamaban La Carrá por sus actuaciones como Rafaela Carrá en el mismo show de travesti donde la Magnolia encarnaba a Tina, la Turner.*

*La Carrá debía ya estar en el país, porque sus visitas a la tierra de su marido adinerado, Australia, siempre ocurrían en los meses de septiembre y octubre. Allá actuaba en un cabaret lujosísimo, contaba ella, y pasaba noches y noches de placer con su macho australiano, a quien llamaba “mi cangurito”, aunque todas las locas que conocían a La Carrá pensaban que debía llamarlo “mi venadito”, porque cuando no estaba en Cuba, ella le pegaba tarros hasta con los anormales, si estaban bien dotados. Impulsadas por la petición del viejo Alex decidirían que lo primero era ir a verla: aunque nunca le dirían eso a la policía, en todas esas veces en que vieron venir los uniformes azules a investigar la muerte de Pedro González, residente en aquella casa junto a Ramón (los polis insistían en decirle así, y agregaban en el acta: “alias Magnolia”), no podrían olvidar un detalle importantísimo en todo aquel rollo: Narciso La Carrá había sido quien puso a su Pedro en contacto con esos cabrones que le cobraron un dineral y luego lo tiraron a las calderas de la Parca. Debería ser un día en que no habría show en la casa de travestis, de modo que esos que detestan a las locas, pero vestidas, como castigo, de locas, llamándose Flora o Farah o Mariposa Valdés, tendrían que salir a buscar las esquinas de La Habana nocturna donde Narciso La Carrá calibra a los machos que pasan, calculando por algunas señales en el cuerpo el tamaño de lo que escondían esas portañuelas, un método que le había fallado sólo un par de veces, según confesaba. “Empecemos por la esquina de San Lázaro y Galiano, frente al Hotel Deauville”, pensarían.*

**M**akika es uno de los pocos blancos al que le encantan las negras bien retintas, de las que brillan de tan negras. Por eso me gusta ese muchacho: es un mérito en un país donde el racismo está y no está, pues los negros son racistas, los blancos son racistas, los perros son racistas, y hasta las hormigas negras discriminan a las hormigas rojas y a las albinas, pero todo el mundo: negros, blancos, perros y hormigas, juran ante el mismísimo Dios y las once mil vírgenes putas que el racismo es una cosa del pasado, especialmente cuando una cámara o un micrófono de la prensa oficial se digna a bajar hasta ellos.

Makika es bonitillo. Tiene una mujer joven que vuelve loco a todo el barrio. Dicen que Makika debe ser de los que se mandan un diamante entre las piernas porque ella no mira a nadie, no saluda a nadie, no habla con nadie, y se la ve solamente en su casita disfrutando los canales de la antena parabólica ilegal que su buen marido paga en billetes verdes.

Es dueño de dos restaurantes, una fábrica de cervezas y un burdel inmenso, clandestino todo, por supuesto, que ya se sabe que en Cuba ningún ciudadano puede manichear esas propiedades. Y es, casualmente, hermano del mayor traficante de drogas de todo Centro Habana, un tipo a quien llaman *Mano Limpia*, que por esas cosas de este país que nadie entiende, es también el más reconocido informante de la policía en Centro Habana; o lo que es igual, un chivato, esa especie de crápulas que los polis alimentan y dejan hacer con tal de que suelten la lengua. Antes se les mataba. En mis tiempos aparecían con la lengua cortada, tirados en cualquier esquina, para que la gente los viera: ser chivato, hasta de las causas buenas, era llevar una marca bien visible, y no de ceniza como las de Dios, si no de mierda. Ahora se les usa. Tener en el barrio un informante de la

policía, un lengualarga, un chiva, un trompeta, que así se les llama, es una garantía si se sabe manejar al tipo. He aprendido a manejarlos. En estos barrios nadie puede olvidar que los gobiernos pasan, el tiempo pasa, los policías cambian por otros policías, pero la delincuencia es una bacteria que se transforma, como dicen en la tele, muta, y está llamada a ser el gran negocio del futuro: cuando no haya petróleo, ni carbón, ni agua, y el mundo esté al borde de irse al mismísimo infierno, los delincuentes seguirán inventando, legislando, bisneando, negociando, y quienes se lancen contra ellos siempre recibirán su escarmiento. Tener a *Mano Limpia* en estos barrios, por ejemplo, significa saber cuándo la policía va a actuar, a quién va a joder. Los chivatos son como agentes dobles si uno sabe apretarles las tuercas. Y hasta Makika sabe cómo apretar las tuercas a su hermano para cuidarse el pellejo.

Por eso me fui a verlo. Estaba sentado frente a un tablero de ajedrez y de un solo vistazo descubrí que aparentaba jugar porque movió una pieza aún cuando hacía cuatro jugadas ese oponente invisible sentado frente a él le había dado un jaque mate realmente bochornoso.

El ajedrez me encanta. Y se lo dije.

-- Me encanta ese jueguito.

Levantó la cabeza. Tenía lentillas verdes que contrastaban con sus cejas negrísimas. Recordé que su mujer era la única negra con ojos azules que yo había conocido, claro, gracias a las lentillas, porque las negras con los ojos azules son como los dinosaurios albinos: los científicos nada más han encontrado uno.

-- Me dijo Pascual que andabas cazando "Comegentes" – disparó sin ponerse de pie, al tiempo que me indicaba con su mano llena de anillos una butaca pequeña.

-- No te gusta perder tiempo – contesté.

-- Cuba no está como para perder tiempo – dijo.

Tenía razón. Nada más en los últimos dos meses, los negocios se hacían más difíciles, todo se encarecía, y el mercado negro, ése del que dependíamos muchos para hacer dinero y la mayoría para sobrevivir, llegaba hasta los lugares que antes eran coto privado del gobierno: los hoteles, las firmas extranjeras, las tiendas en dólares; lo que indicaba una sola cosa: la isla se hundía, y esas estadísticas de los estudiosos oficiales que aseguraban al mundo y a los cubanos crédulos o idiotas un restablecimiento económico, como ya era costumbre, solamente se hacían reales en ese país virtual que aparecía en los noticiarios de la tele.

-- Tengo varios muertos por esos cabroncitos – dije, y lo vi ponerse de pie y caminar hacia una nevera pequeña de la que sacó dos cervezas antes de lanzarme una, casi congelada.

-- Bucanero negro, la que te gusta – dijo, y se acercó con un vaso.

Eran difíciles los comequentes, contó, después que fue a sentarse, esta vez en otra de las tres butacas que había en la habitación. El ronroneo leve del acondicionador de aire me llegaba junto a sus palabras, como una música de fondo, monótona, insistente, casi insoportable.

-- Empezaron en la droga – siguió diciendo --. Mi hermano conoce a un par de ellos.

-- ¿Qué los hizo cambiar?

-- El billeteaje, Alex, el billeteaje. Aunque se venda bien, la droga no da lo que suelta ese otro negocio.

-- ¿Lo conoces tan bien? – le dije y sonreí, intentando poner mi mejor cara de viejo malicioso, de modo que entendiera que no me iría de allí si no me contaba algo que me sirviera.

Lo conocía bien, aunque no tanto. Durante un par de años trabajó con algunos que luego supo andaban en el tráfico de gente, y también le intrigó que dejaran las drogas por ese otro lío. En definitiva, pensaba, “aquel es más peligroso”. Si te cogían

vendiendo droga ibas a parar a la cárcel, y con un poco de suerte, "si sabes tocar con dolaritos en las puertas adecuadas", dijo riéndose, hasta podías librar y lograbas que te dejaran en una prisión domiciliaria con limitación de derechos, "y a quién le importa tener derechos en un país como éste donde esa palabra nada más existe en los informes". Traficar gente era distinto: si te agarraban sacando gente del país "y te comprueban que le tuviste que soplar un cocotazo a una vieja que le cogió miedo al mar", salías bien parado si te echaban treinta años.

-- Después que fusilaron a esos tres que se quisieron llevar la lancha, no han querido meterle a nadie la pena de muerte – dijo, y chupó el borde de la lata de cerveza --. Pero conozco a dos que "se infartaron" en la cárcel, y "casualmente" son los dos únicos a los que se les probó que habían tirado la gente al mar.

Ya uno está acostumbrado a que los cubanos marquen algunas palabras cuando hablan, especialmente si quieren que quien oye se fije en que la palabra marcada tiene también otros sentidos ocultos. Makika lo hizo en "se infartaron" y en "casualmente" como para que yo agarrara la señal de lo que había detrás de aquel suceso: a los tipos no les dio un infarto, los mataron, y de ese modo la justicia, una vez más, estiraba su largo brazo, aún cuando fuera de aquella manera realmente inusual, al estilo de los que asumen "la ley por su propia mano".

-- Necesito cazar al menos a uno – expliqué y terminé de un trago largo el resto de la cerveza --. Pero tiene que ser uno que me lleve a lo que quiero saber... una especie de primer eslabón de la cadena.

Makika ladeó la cabeza, en un gesto típico suyo siempre que pensaba. Yo conocía bien ese gesto. Era normal que adoptara esa pose cuando negociábamos con jefes de los barrios cercanos, y yo sabía que lo utilizaba para mantener en tensión a los otros, para ganar tiempo si era necesario, para dar la idea de que no estaba convencido de algún asunto. En aquel momento, sentado frente, algo me decía que realmente estaba pensando.

-- Averiguaré, viejo – dijo, y volvió a mirarme --. Mi hermano dice que esta gente se está protegiendo demasiado bien.

-- ¿Y eso es algo nuevo?

-- Te voy a poner un caso: ¿recuerdas al Condesito?

Era un muchacho inteligente el Condesito. Le decían así porque andaba siempre bien vestido, y a todas partes llegaba con un paraguas en los días de lluvia y un bastón de madera preciosa tallada el resto del tiempo. Tenía un don especial para los negocios que dejaban muchos billetes, y de un principiante vendedor de piezas de motos pasó a ser uno de los más temidos vendedores de droga en toda la isla. Traía la mercancía, nadie sabe cómo, desde República Dominicana y Jamaica, y su droga era de la mejor calidad. La policía hacía milagros para cogerlo, sin imaginar que aquel flaco de enormes espejuelos que daba clases de Literatura en la Escuela Secundaria más importante de Centro Habana y aparecía a cada rato en los programas de la tele cuando ganaba un premio literario o publicaba un nuevo libro, era el mismísimo Condesito.

-- Ahora es uno de los Comegente – precisó Makika --. Y tú y yo sabemos que donde el Condesito pone su bastón nadie se mueve por la libre. No por gusto lleva años en esto y la policía no lo ha jodido.

¿Significaba entonces que los traficantes de personas se estaban moviendo como mafias organizadas?

-- ¿Mafias? – quise saber.

-- Mafias, viejo, mafias – asintió, moviendo ligeramente la cabeza y recostándose en la butaca, sin dejar de mirarme --. Hay muy pocos grupos, quizás cinco... seis.

Y los grupos más poderosos se estaban tragando a los negociantes que empezaron en aquel negocio y no llegaron a organizarse, a crear las verdaderas cadenas de compromisos,

presiones, sobornos y relaciones que implicaba mantener lejos del alcance de la ley una actividad de aquella envergadura.

-- Por eso es bien difícil llegar a ellos – dijo --. Pero tú sabes que mi hermano y yo nos colamos por el ojo de una aguja.

**S**obre el buró de su oficina, la carta le resultaba demasiado comprometedor. Nada podía venir a troncharle la carrera que con tanto esfuerzo había labrado hasta situarlo allí, desde donde podía manejar muchos asuntos, negocios de los que nadie siquiera tenía idea. No había sido fácil convertirse en uno más de esa gran burguesía que Cuba ocultaba a los ojos de los que todavía amaban el sueño inicial de la Revolución perfecta, y no estaba dispuesto a regresar a la plebe por un error de aquel tipo.

Pulsó el intercomunicador, llamó a su secretaria y esperó a que cerrara la puerta detrás de esas nalgas que un día descubrió en uno de sus viajes de inspección a un hotelucho de provincia. Tamara era una simple auxiliar de limpieza y no tenía un gramo de cerebro, pero en la cama resultó una de las mujeres más creativas que había conocido.

Cuando la tuvo cerca, parada frente al buró, señaló a la carta.

-- ¿Quién recibió la correspondencia? – dijo.

Ella misma. Entraba al edificio justamente cuando la recepcionista recibía al mensajero de correos y "quise ver si había algo para nosotros, ya sabes, porque así me ahorra bajar después al departamento de Correspondencia". Le pidió el paquete de cartas al mensajero y "separé lo nuestro. Estaba esa carta, el último número de La Gaceta Oficial, ese folletito que trae las leyes, y un par de cartas del Viceministro que te paso después".

Por eso comenzó a leer tranquilo, ya convencido de que aquella carta había sido vista solamente por personas que tenían mucho

*que perder si abrían la boca. Tamara le había dicho que si tenía que bajar a limpiar pisos otra vez, prefería meterse a jinetera y ganarse la vida como puta, y ese miedo la hacía ser la persona más fiel con la que contaba en aquella empresa.*

*Los mismos trazos de siempre, y la misma manera de escribir como si hablara, lo hundieron en aquellas palabras:*

*"Los tiempos están malos por allá, lo sé. Acá nos preocupamos, porque ya hemos visto que los que, como tú, se comprometen demasiado y ven de más, siempre terminan suicidándose o suicidados. ¿Te has preguntado qué pasará cuando se acabe la gozadera que durante estos cuarenta años han tenido los jefazos como tú allá? Sé de buena tinta que los pejes más gordos ya se están garantizando su futuro y han mandado a una parte de su familia a invertir y montar negocios en otros países. Lo de España ha sido un escándalo, porque se han descubierto que todos los grandes jefes tienen a sus hijos allí, con cadenas de restaurantes y de tiendas, comercio de obras de arte... En fin, que te recordamos que todo en la vida no es gozar, gozar y gozar el presente; hay que garantizarse el futuro, y hasta donde sé los dineros que has hecho en ese puesto no te alcanzarán para pagar el alquiler del primer año, si es que piensas vivir en el lugar que te mereces: una buena casa en un buen condominio, de los que van a surgir muchos allá, de eso puedes estar seguro.*

*Piensa lo que te digo con toda tu calma. Acabo de descubrir que hay un negociazo que da mucho más billete que cualquier otro y la única inversión que lleva es un poco de combustible porque el resto de la inversión ya yo la tengo hecha hace más de once años. Sé que debes estar cagándote en la hora en que nací, por esa costumbre mía de darle vueltas a las cosas, de no ir al grano, pero entenderás que esto es una carta, que tu trabajas en un lugar donde imagino vigilen hasta el color del calzoncillo que te pones, y si no es rojo te castigan. Solamente te voy a comentar algunas cosillas: ¿sabes cuántos litros de gasolina gasta mi yate desde el muelle donde me lo cuidan hasta las costas de Cuba? Te*



*contesto: una mierda. Y otra pregunta: ¿sabes cuántas personas caben en mi yate además del piloto y yo? Te vuelvo a contestar: doce. ¿Y sabes cuánto está pagando la gente para que algún yate como el mío los saque de nuestra islita?: ocho mil washingtons.*

*Sé que eres inteligente para las cuentas, así que piensa que ocho mil por doce son noventa y seis mil dólares.*

*En fin, que te propongo vernos en ese viaje a Madrid que me dijiste por teléfono y allá hablamos.*

*Un abrazo*

*Samuel*

*Pd. Oye, espero que el hotel ese adonde te hemos estado llamando esté libre de controles. Recuerda que en Cuba, como dice la canción, "siempre hay un ojo que te ve".*

### 3

**E**sa es una jinetera, piensa, y en la cabeza se le clava el recuerdo de la primera vez que su madre escuchó aquella palabra, allá por el 92, cuando en las avenidas más lujosas comenzaban a crecer las putas, vendiéndose al mejor postor, igual al modo en que se reproducen las amebas en una charca podrida: por miles. “Ahora las llaman jineteras”, dijo la vieja mientras sacaba las piedras y los granos partidos de las judías que cocinaría esa tarde, “es verdad que estos tiempos están podridos, todo se disfraza. En mi juventud, a éstas se les decía prostitutas”.

Y eran unos seres alucinantes: andaban por aquel hotel como si ellas fueran también parte de los empleados, y hasta quizás lo eran, porque ya era usual que algunas putas atendieran a los clientes de honor de unos cuantos hoteles en el país. Lo que importaba a los gerentes era que ellos repitieran, aunque tuvieran que hacerse los de la vista gorda ante las mujerzuelas que los clientes elegían en las calles y llevaban al hotel para gozar con los famosos placeres que la mujer cubana tenía fama de prodigar.

¿Era ella una mujerzuela? No se atreve a responderse. Mucho le ha costado quitarse la costra de tantas noches recibiendo hombres y hombres y hombres, uno tras otro, empezando a las seis de la tarde y terminando casi a las dos, con unos dolores en el bajo vientre a los cuales pensó podría acostumbrarse. Pero no. Cada noche regresaba el dolor y se iba a la cama, empastillándose para lograr dormir, bien distinto a esas muchachas, elegantes, hermosas, altaneras, que esperaban a sus clientes sentadas a la barra del bar, o en aquella butaca mullida justo frente a la puerta de entrada, o esa otra que conversaba, zalamera, con uno de los muchachos de la seguridad del

hotel. Ser jinetera en Cuba ya era casi una carrera oficial, un puesto de alcurnia por la cantidad de dinero que manejaban si se comparaba sus ingresos con esos pesitos de mierda con los que intentaban sobrevivir las familias decentes.

Había llegado hasta las oficinas donde el día anterior vio entrar al tal Saúl, subiendo las escaleras desde el lobby, “me citó aquí para las once”, explicó a la secretaria, una española joven y bonita, con acento andaluz, pero allí le dijeron que quizás el señor no se acordara cuando le fijó esa cita, “porque desde hace una semana tenían previsto este viaje a Varadero, junto a nuestro gerente”, le dijo la rubia, y mirando aquella cara de rasgos finos, pequeños, recordó la tesis de un escritor amigo, Amir Valle, que daba gracias a Dios porque los descubridores de Cuba habían sido los españoles: “la mujer española es bellísima”, decía, “y de algún modo los soldados españoles que nos conquistaron injertaron esa belleza natural en la panza de nuestras indígenas y, luego, de nuestras negras. Eso es de agradecer, ¿No crees?”. Tuvo que sonreírse ante el recuerdo.

-- ¿Dije algo gracioso? – soltó la rubia, un poco hosca.

-- No, no, perdona – dijo Mayra --. Debo estar algo loca de tanto trabajo. Recordé que el día de la cita no era hoy.

Y bajó al lobby.

“Tú bien sabes qué cosa es ser puta, Mayra”, se dijo, y encendió un cigarro. Descubrió que el barman la miraba y lo saludó con un gesto que el hombre contestó con una sonrisa. “Menudo papelazo debo haber hecho ayer para que éste no se olvide de mi cara”, pensó, y quiso concentrarse en lo que haría, pero aquella escena de la jinetera puteando con el mulato bonitillo de la seguridad del hotel le traía resonancias conocidas, no tan lejanas, y sin darse cuenta volvió a encontrarse en el burdel de Maurice, y sentía asco, y miraba el cuarto que le habían dado como casa: la sillita de madera tallada, la coqueta con sus cosméticos y el espejo, y el armario donde guardaba una muda de ropa y varios vestidos de dormir, sensuales, que habían

pertenecido a la puta anterior, “que se mató la muy malagradecida con una sobredosis de coca”, le dijo Maurice cuando la llevó allí.

Su estancia en Bahamas le había servido para entender que en el mundo hay dos poderes que funcionan de modo paralelo: el poder de los gobiernos, por el cual ella debería estar hace tiempo repatriada a Cuba, si tenía en cuenta el convenio que existía entre La Habana y aquellas islitas; y el poder del dinero, por el cual ya ella se había acostado con el cliente número trescientos veinte, a razón de tres a cuatro por noche; un poder que había callado la boca de los mismos funcionarios que le habían prometido montarla en el primer avión que volara a Cuba, en el primer barco, pero enviarla allá, recordándole hasta con cariño que nadie tiene derecho a jugarse la vida así, como ella lo había hecho. “Poderoso caballero es Don Dinero”, recordó que una vez le recitó alguien, asegurándole que aquel poema lo escribió un sabio un cojónal de años atrás. Claro, ella misma era la prueba de que esos dos poderes se hacían el juego muchas veces, se complementaban, y hasta podían formar alianzas tenebrosas.

-- Yo bien sé lo que es ser una puta – se dijo, esta vez mirando a los lados para saber si alguien la escuchaba. No había nadie.

A esa hora el hotel estaba algo vacío, quizás porque los turistas debían andar echándose algo a sus panzas olorosas y blancuzcas, pues se había fijado que casi todos eran canadienses y alemanes, y esa tranquilidad y el humo del cigarro y la música instrumental indirecta que salía desde algún sitio impreciso y se regaba sobre el lobby como una neblina cálida, le lanzaba el pensamiento a ese pasado que no quería borrarse, que se aferraba a las paredes de su cerebro con una tozudez que la molestaba.

Quería olvidar. Necesitaba olvidar. Pero también algo le decía que hasta tanto su hermano y su hermana no descansaran en paz, aquellos recuerdos la iban a estar jodiendo, y eso la hizo decirse “Mayra, tienes que encontrar a ese cabrón”, y se lo repitió en voz alta: “tienes que encontrar a ese cabrón”, y lo iba a repetir de nuevo

cuando la jinetera que conversaba con el de seguridad se acercó y se sentó a su lado.

-- ¿Ese papi quiere saber si buscas algo especial? El conoce dos o tres yumas que pagan bien. Te lo recomiendo – le dijo, creyendo que Mayra también era jinetera.

-- No soy una puta – contestó Mayra, y la miró duramente a los ojos.

-- Todas las mujeres son putas, niña – respondió, irónica, la muchacha, y echó a caminar hacia el muchacho de seguridad --. Tú te lo pierdes.

**C**on Lorenzo nos fuimos al albergue donde viviríamos durante un año, hasta que nos enrumbáramos en Miami. Era un buen lugar. Un pequeño edificio con apartamentos de una sola pieza. Lleno de cubanos acabados de llegar. Casi todos gente sin familia en los Estados Unidos, casi todos aterrados porque el tiempo pasaba y pasaba y alguna mañana el período de ayuda del gobiernos se acabaría y se tendrían que ir a la calle a buscarse la vida de cualquier modo, sin un techo seguro y sin los vales de comida y ropa que nos dieron.

*Estaba sucio. Descubrimos que tenían razón esos que dijeron, o escribieron, no sé, que los cubanos son una plaga. Porque aquello parecía un edificio de Centro Habana de tanta bulla y tanta basura acumulada en los pasillos y tanta suciedad que nadie quería limpiar. Los cubanos somos así de bulleros, aunque en realidad no seamos gente puerca.*

*Llevábamos dos meses allí cuando conocimos a Miguelón. Lorenzo entró una tarde con suficiente comida como para una semana, “gracias a un trabajito que resolví ahí, limpiando cristales en un bar”, dijo, y se puso a contar que el tal Miguelón, dueño del bar, era*

*un tipo chévere y que hasta le había hablado de que si se buscaba un partner, “quiere decir compañero, que ya tenemos que acostumbrarnos al modo en que se habla aquí”, tendrían un trabajo casi seguro, aunque resultara algo violento.*

*Mientras comíamos lo dijo: “Palizas, Ignacio... el negocio de las palizas”. Y seguimos comiendo. Lorenzo no era tipo de quedarse callado un segundo. Había superado o dejado atrás el trauma que nos contó en el Centro de Atención a Refugiados y su lengua se soltó y muchas veces había que mandarlo a callar, sobre todo cuando nos sentábamos a mirar el televisor de pantalla chiquita, muy barato, que habíamos comprado en una liquidación.*

*-- Miguelón era batistiano – dijo --. Ahora es jefe de un grupo de gente que lucha contra Castro, que acá a Fidel le dicen Castro, te aclaro: no vayas a decirle Fidel, porque acá creen que cuando alguien le dice Fidel es porque está a favor del gobierno cubano.*

*Y el trabajo que proponía Miguelón era bien simple: armarse de unas porras de goma y entrarle a porrazos a cuanta manifestación se produzca a favor del gobierno de la isla.*

*-- Cien dólares por persona en cada manifestación que paremos – agregó.*

*Y de cuando en cuando, “y esos trabajitos los paga mucho mejor, alguna paliza a gente que anda comiendo mierda diciendo que Cuba es el paraíso y que los cubanos de acá son una mafia”.*

*Fuimos a ver al tal Miguelón. El bar era pequeño, pero allí se reunían todas las tardes un grupo de jubilados, batistianos la mayoría, y siempre las conversaciones iban a parar a lo genial que vivían en Cuba “antes de que apareciera ese loco”. Hablaban de Fidel, aunque descubrimos que era verdad lo que había dicho Lorenzo: siempre le llaman Castro, y se referían a él como el Comediante en Jefe, el Coma Andante en Jefe, y otros mote que nos hacían reír de lo lindo, sobre todo por la cara que ponían aquellos vejetes cuando decían esas cosas.*

*La semana siguiente dimos la primera paliza: una manifestación de apoyo a Cuba por un aniversario del regreso del niño Elián González que intentaba caminar por las avenidas principales y terminar justo en el Memorial. Los porrazos volaban. Éramos como cuarenta porristas y aquellos pendejos dieron guerra unos minutos, pero después se desbandaron y se perdieron con sus pancartas y sus griterías. Uno no pudo escaparse porque alguien le metió un porrazo en la nuca y lo desmayó, y varios de nosotros la emprendieron contra él, todavía en la acera de la 51, y estuvieron ahí dándole golpes hasta que los policías decidieron meterse. Todo eso lo filmó un canal de la televisión y esa misma noche disfrutamos en nuestro apartamento viendo nuestras caras en la pantallita chiquita del aparato. Estábamos eufóricos y brindamos con una botella de ron Paticruzao que Lorenzo consiguió en alguna parte. Era la primera vez en nuestras vidas que salíamos por la televisión.*

*Entre hacer mandados, limpiar césped, pintar y arreglar faroles en las calles se nos fueron esos primeros seis meses, y ya comenzábamos a sufrir el mismo mal de las otras familias: se acercaba el momento en que nos quitarían los vales para comida y si la cosa se ponía cabrona, nos echarían a la calle, aunque eso no nos preocupaba mucho porque ya teníamos nuestros ahorritos, que alcanzaban justo para otros seis meses de alquiler. Ese dinero no se tocaba, aunque hubiera días en que comíamos poco para no gastar hasta que Miguelón nos pagara algún trabajo.*

*Hacía tiempo que no dábamos ninguna paliza cuando sucedió lo del negro Cartapacio. Un negro equivocado. Lo que peor nos caía era que aquel orangután había escapado de Cuba en una balsa que él mismo construyó para que no lo cogieran preso porque había matado a la mujer y al hijo de su mujer cuando la descubrió pegándole los tarros con un muchachón del barrio.*

*-- Dicen que los macheteó tanto, y con tanta rabia, que los pedazos no se ponían armar – contó Lorenzo la noche que vino con la orden de Miguelón de que había que darle un escarmiento.*

*Pues resultaba que en esos días a Cartapacio le había dado por decir que allí en Miami vivía como un perro y se puso al frente de una brigada de cubanos que andaba protegiendo cuanta manifestación a favor de Cuba salía por las calles. Todos eran hombrones fuertes, llenos de músculos, que decían estar allí por amor a Cuba, aunque luego nos enteramos de que también les pagaban.*

*Lo cazamos saliendo de su casa, y no tenemos ningún recuerdo de haber visto jamás paliza como aquella. Lorenzo saltó hasta él detrás de un pino, a un lado de la entrada del edificio, y le dio un porrazo tan fuerte en la cabeza que sentimos que sonó ¡Pac! y vimos a Cartapacio caer al piso como un saco de viandas. Empezamos a madurarlo. Golpes y golpes y golpes y la sangre que salta y ese negrito de cabeza rapada que trabajaba como recadero de Miguelón sonándole patadas por la barriga y Lorenzo que seguía soltándole porrazos por la cabeza y esos otros dos blanquitos que le atizaban por las piernas y más sangre y más sangre y la cara de Cartapacio que empieza a perder forma y su pecho que empieza a dejar de moverse. Nosotros no dimos ni un golpe. El valor nos faltó, porque cuando llegamos hasta el negro ya sangraba y lo creímos muerto y lo dijimos: “Está muerto, señores”, pero los demás siguieron atizando hasta que alguien soltó: “ya este negro está muerto”. Y nos fuimos de allí.*

*-- Un trabajo perfecto – dijo Miguelón, y nos entregó cinco billetes de a cien a cada uno --. Ahora cójanse un día de descanso... no gasten mucho.*

*Sonreía. La misma sonrisa que enseñó poco después, uno de esos días, en que nos dedicamos a limpiar los cristales y a pintar las paredes exteriores del bar.*

*-- ¿Tú tienes un tornillo flojo, verdad? – dijo.*

*Nos quedamos mirándolo, sin entender; Lorenzo a mi lado, dos muchachos, también cubanos, que formaban nuestra brigada, subidos en un andamio.*



*-- Hay que estar loco para hablar siempre así – aclaró --. Nunca te he oído decir: yo hice esto; siempre dices: hicimos esto. El otro día mismo, cuando estábamos pintando el almacén, te paraste y dijiste: vamos a orinar. Yo pensé que a Lorenzo y a ti les había entrado el deseo juntos, normal, si se habían tragado como seis cervezas; pero te fuiste solo a mear, compadre. ¿O es que tú eres un fenómeno de esos que tiene tres rabos y por eso dijiste: vamos a orinar?*

*No supimos qué decir. Lorenzo sí habló. Y contó nuestra historia. Y le habló del tipo de bigote cuidado y cejas tupidas y ojos azules. Y de algún modo Miguelón se conmovió, quizás por todos esos meses de trabajo, o quizás, como nos dijo luego el mismo Lorenzo, porque le convenía tenernos de su lado, y prometió que nos iba a tirar un cabo, que averiguaría: “tengo un par de amigos que tienen yates”, y quedó una rato pensativo, la cabeza baja, rascándose la ceja derecha, “el asesino de tu gente debe estar por allí”.*

**A**l tal Saúl le llueven las verificaciones. Has buscado en los expedientes y ves que hay muchas denuncias, que la gente del barrio donde vive el hombrín no está nada conforme con algunas cosas. Y no puedes evitar que esa realidad te resulte conocida. Yendo solamente a las “volutas visibles en la superficie del caso”, como solía decir cierto profesor en la Escuela de Policías, lo cierto es que Saúl es un triunfador. Su expediente te lo ha dicho: desde joven ha estado vinculado a diferentes cargos y por su entrega al trabajo como dirigente juvenil fue propuesto para ocupar la responsabilidad que ahora tiene. Así lo escriben en el informe, con todas esas palabritas ya gastadas que siempre dicen lo mismo y de igual modo. Pero el hombre se ha hecho su carrera trabajando, aguantando quién sabe a cuántos superiores panzones y con bolsillos llenos de plumas y estilográficas, y eso siempre tiene un valor para respetar, aún cuando el tipo sea el más hijoeputa de la galaxia. De algún modo te recuerda a tu padre.

Quienes suben así, quienes llegan a las cimas que se pueden alcanzar en un país donde se suponen no existan esas cimas, son vistos por los que se quedan abajo con bastante ojeriza, y se pasan el santo día velando a que aparezca una falla, un descuido, un resbalón en las leyes de la moral y la decencia, para denunciar joder aplastar... hacer mierda. La envidia es una de las miserias humanas más terribles. Mientras tu padre, el flamante embajador, el estratega genial en las luchas contra los enemigos en el terreno de la diplomacia, se había mantenido a la sombra de otros que se llevaban todos los méritos, nadie lo molestó, pero en cuanto alguien tuvo la desgraciada idea de promoverlo, de encargarle responsabilidades que iban más allá de pasar varios años representando a Cuba en otro país, todo empezó a cubrirse de una neblina venenosa, casi una telaraña que dificultaba cada uno de sus pasos. Estás convencido de que fue esa la causa de aquel infarto que le partió el corazón en cuatro pedazos y convirtiera a tu mamá en viuda y a ti en el más triste de los huérfanos. Por eso no te asombra que existan todas estas verificaciones. El viejo lo decía: “la envidia mata a los pueblos, mi’jo”, porque incluso cuidándose de no caer en los tentáculos de la corrupción que a ese nivel existía, siempre llegaron algunas verificaciones, también por denuncia, aunque jamás pudieron probar nada “porque este padrecito tuyo no es honesto, mijito; es comemierda de tan honesto”, jaraneaba tu madre si aquel tema salía a relucir. No te asombra, incluso, que un hombre tan decente tenga este expediente que algún oficial abrió hace más de tres años cuando un vecino lo acusó de ser “receptor ilegal de carne de res”, pues, leíste en el expediente, “se la compra a un hombre de Pinar del Río a quien llaman Buey Cansao, que es un reconocido vendedor de carne de vacas que se roban de las fincas estatales, las matan y traen a vender la mercancía a La Habana”.

Tienes que aceptar que a veces te equivocas; tú, el infalible Alain Bec, el que ha salido varias veces mejor agente desde que te trasladaron de Delitos Económicos allá, en la lujosa Estación de Miramar, a Delitos Comunes acá, en la descojonada Centro Habana, tiene días en que no pone un solo tiro en la diana. Creíste que el nombre de Saúl no aparecería ni en los archivos del DNI, porque el nombre de un hombre de tanta alcurnia no podría estar junto

a otros de los que nadie se acordará una vez que hayan muerto y el expediente se rompa para convertirse en un simple numerito que da fe de un nuevo fallecido, de alguien que se evapora del mapa humano y va, tal vez, si se lo merecía, a los registros del archivero que tiene Dios en el cielo.

Pero allí estaba. Creíste encontrar solamente los datos: Saúl Maayan Rodríguez, padre: David, madre: Edelmira, talla: 1.72 m, Peso: 71 kg, Piel: Blanca, Ojos: Azules, y la dirección y el número del carné de identidad y el tomo y el folio de la inscripción de nacimiento y un cuñito que rezaría DONANTE VOLUNTARIO DE ORGANOS, ya que un tipo tan perfecto no aceptaría que le estamparan en su identificación oficial: NO DONANTE.

Y encontraste las verificaciones por denuncia. Siete. Y el Alain polilla substituyó al Alain que prefiere las acciones y fue leyendo y hojeando y descartando informe por informe, acta por acta, resumen por resumen, hasta que las antenas de la polilla se erizaron ante esa última denuncia, atravesada por un cuño que sabes no es usual, y que significa algo que despierta el olfato de ese otro animalito inquieto y siempre con las orejas paradas, que te avisa desde tu propia sangre o desde quién sabe qué escondrijo en tu cuerpo, que “debes seguir esa pista, Alain... me huele a caquita”. Y ese algo es una denuncia donde “el denunciante declara que lo ha visto frecuentar de forma sospechosa y rara la compañía de personas desafectas a la Revolución, que algunas de esos apátridas entran en la casa del denunciado, y que observa una intimidad especial con un renombrado disidente del barrio, cuyas posiciones no están acordes con los principios de nuestro Sistema”.

“Debes ir a visitar al vejete, Alain”, dijiste, cerraste el expediente, y otra vez tu mirada se clavó en ese cuadrado horroroso y de muebles hecho talco, al que llamas “flamante oficina”. “¿Quién me puede asegurar que detrás de esa envidia no haya un poquitín de verdad?”, y tus ojos se detuvieron en ese afiche manchado que conservas allí por una simple razón sentimental: en la foto, mientras el Ché descarga una carretilla, en un trabajo voluntario, tu padre, al fondo, también sudoroso, lo mira y sonríe.

**N**arciso La Carrá es una loca fabulosa, de la high, de la aristocracia plumífera de La Habana. Vive en una casona de Miramar que su marido australiano compró en unos doscientos mil papeles americanos para que ella se instalara allí, regia, matrona, reina entre las reinas. Pero nadie le da caza. En su mansión nada más que va a dormir, y los días de shows, a que un masajista le prepare sus músculos para el espectáculo. Fabulosa La Carrá, dirían muchas. Excéntrica La Carrá, envidiarían otras. Hija'eputa con suerte, masticarían algunas. Todo lengüaza adentro, porque de boca para afuera la plumería iba a ser insoportable: perra casa, mi amiga, elogiarían; ooooooh, que maravilla de jardín, mi reina, gritarían; uhmmmm, qué bien cocina tu machito cocinero, perrísima, mientras sus paladares envenenados tragarían las delicias que preparaba en su casona “para tirarles mi triunfo en la cara a esas víboras”, jactándose lo diría.

Esos que aborrecen a las locas, que se resisten a comprender el derecho a existir que tiene ese mundo, jamás imaginarían tal encuentro. Después que el viejo Alex les pidió buscar: “piensa, Magnolia; algo debió decirte Pedro cuando preparaba ese viaje... algo que pueda servirnos para cazarle la pelea al asesino”, y convencidas de que podrían hallarla y que verse fuera del ajetreo y la corredera de los shows iba a ser espectacular, empezarían buscando ahí en la esquina de San Lázaro y Galiano, frente al Hotel Deauville, en ese parquecito donde La Carrá confiesa “haber levantado muchachitos bellísimos, queridas mías, carne fresquecita y rozagante, como para chuparse los dedos”.

En la gasolinera de Infanta y 23 La Carrá estaría lanzando, melosa, provocativa, miradillas libidinosas a un par de trigueñitos, de unos quince años, que tomaban helado en las mesas exteriores de una heladería nueva construida allí. Con cada cucharadita que los muchachos se llevaban a la boca, La Carrá se paseaba la lengua por los labios, sensual, pero agresiva.

-- Tinita, mi princesa – diría, y ustedes sabrían sin preguntárselo que aquello formaba parte del show y tal encuentro le caía del cielo.

-- Como las mosqueteras, mi amiga: todas para los hombres y nosotras para esos dos, ¿has visto que machitos lucen? – volvería a decir luego de un estruendoso abrazo y de caminar juntas hasta una mesa cercana a la de los muchachos. Poco después suspirarían, desilusionadas, cuando los vieran terminar y cruzar Infanta, para esperar unos segundos a que se les unieran dos muchachitas que besarían levemente en la boca, y llevarían abrazadas calle 23 arriba --. Suerte que tienen algunas, Tinita...

Sentadas en la cama de La Carrá verían algunas fotos. Ellas lucían hermosas, recién estrenadas, porque las imágenes son de cuando empezaban a trabajar y hacían la calle y se intercambiaban conquistas y hasta hacían cuadros con machos pervertidos, en una especialidad que La Carrá llamaba “La Tarta italiana”.

-- ¿Sabes que ya diseñé mi propio cabaret? – y aunque sabía la respuesta iba a preguntar; así era ella. Pasaba la vida diciendo que en Cuba también, alguna vez, “y muy pronto según mis espíritus”, porque era espiritista, las locas como ellas desandarían libres y volarían por las calles y secuestrarían machos y machos y machos y las mujeres tendrían que irse a una isla y meterse a monjas porque “todos los machazos serán nuestros, muchachitas; dejaremos nada más las piltrafas, esos que, al nacer, hicieron pensar a los médicos que en vez de un parto asistían a un aborto”.

A la entrada del cabaret: un camino de adoquines bordeado de palmas reales enanas, dos ejemplares perfectos de la raza varonil darían la bienvenida. Luego vendría el lobby, con mesitas ovaladas y bajas, sin asientos, pues los clientes se sentarían sobre enormes cojines “como los árabes, Tinita”, y en cada esquina habría un incensario con escenas eróticas, y las plantas, malanguetas de grandes hojas, impedirían ver “las cosillas picantotas” que suceden entre las mesas. “Lo he llamado La Jungla del Amor”, y los camareros iban a ser muchachitos apetitosos, vestidos a lo Tarzán “aunque ni Juana ni Chita, como es obvio, aparezcan por ninguna parte”.

Y seguiría contando, la mente volando hacia ese momento en que “una no tendría que andar soñando con cosas que son casi naturales en otras partes

*del mundo, ni andar pensando en montarse en una balsa para encontrar el paraíso perdido de las locas como nosotras”.*

*-- Supe lo de Pedro – diría La Carrá en ese momento.*

*Y hablarían del tema que Magnolia deseaba. Y La Carrá, que no ha tenido forma de conocer los detalles, se aterraría: “no sé cómo puedes dormir después de eso, Tinita”. Y pasarían un par de horas recordándolo todo, precisando, buscando lo que sabían del inicio de aquella desgracia. Y caería entre ellas el nombre de Bonifacio, “le llaman Manco porque un tiburón le zampó una mano.” Era pescador. Y fue el nombre que La Carrá le dio a Pedro para que lo contactara cuando “se le metió entre tarro y tarro salir del país, el peor error de su vida”.*

*-- Tienes que ir a ver al Manco, Tinita – sugeriría La Carrá*

**N**i esa vieja que pasa frente a mí con su jaba de plátanos, ni esa muchachita de uniforme escolar que se agacha a recoger el libro que se la ha caído, ni aquel negro gordo que pedalea en el bicitaxi en un intento por acelerar la marcha a pesar de esas dos blancas también gordísimas que están en los asientos traseros, ni los chamaquitos esos que juegan a la pelota en el medio de esta calle llena de baches, ni nadie de los se cruzaron conmigo en el regreso a casa, después de conversar con Makika; ni una sola de esas personas imagina que en esta misma ciudad sucedan tantas cosas sucias. Aunque me de gracia y me ría de las ocurrencias de Alain, su tesis no anda muy errada. Dice que los cubanos vamos a todas partes con orejeras, con esas tapas de cuero que le ponen a los caballos de tiro a los lados de la cabeza para que solamente puedan mirar al frente, y eso los acostumbra a irse fijando solamente en las piedras del camino que les puedan hacer dar un traspíés; lo otro, lo que va

ocurriendo al lado, o al frente pero que no puede alterar su paso, es desechado sin ninguna contemplación.

-- Cuba es un país de caballos de tiro, viejo – me dijo la primera vez en que apareció con esa teoría.

Él mismo era un ejemplo: policía de carrera, mientras estuvo en la Sección de Delitos Económicos creía que las historias de la violencia en los barrios más céntricos de La Habana eran un cuento de mentes exageradas, y cuando lo designaron para Delitos Comunes, ahí, en esa Estación donde ahora trabaja, las sorpresas le iban cayendo hora tras otra como una llovizna de granizo. Sólo bajando hasta allí, metiéndose en la realidad cotidiana de estos barrios, supo que aquí la mayoría de las veces se cumple eso que pregona el dicho: la realidad supera cualquier historia que puedan hacerte. Y una de las mierdas que más le molestaron de esa realidad era esa especie de ceguera inducida por la supervivencia; una ceguera que la gente aceptaba sin oponer un grano de resistencia, sin darse cuenta de que andaban ciegos, “con orejeras, viejo, como los caballos”, por una ciudad que se envilecía bajo el dominio de la corrupción y el crimen: Nadie veía nada porque cada quien tenía sus problemas, y la vida, sobre todo en los últimos años, se había convertido sólo en eso, salir de un problema para entrar en otro.

¿Quién podría convencerlos de que cuando en los programas de la tele, en esas mesas redondas televisivas y politizadas hablaban del tráfico de personas, había muchas cosas que se manipulaban? La culpa es del imperialismo cruel y sanguinario, decía el primer conferencista. Y el segundo hacía su speech acusando a la mafia anticubana de Miami y terminaba diciendo que el imperialismo sanguinario y cruel tenía toda la culpa. Y el tercero hablaba de las yolas dominicanas, de las barcazas haitianas, del éxodo marroquí, de la nueva oleada de emigración irlandesa hacia los países de Europa, del problema europeo con los inmigrantes de naciones exsocialistas, y al final aseguraba que el sanguinario y cruel imperialismo era el único culpable. Y el cuarto disertaba sobre las

tribus nómadas en el desierto africano que habían acabado con las hormigas a falta de otro alimento, ya que el imperialismo cruel y sanguinario tenía la culpa. Y quizás fuera cierto que el sanguinario y cruel imperialismo tenga la culpa, pero el otro lado de este asunto: la muerte de montones de cubanos en medio del mar, era utilizado nada más con la perspectiva de que era necesario atacar al cruel y sanguinario imperialismo, sin decir que en un país de gente culta, inteligente, que en otras épocas amaba su país y moría de nostalgia lejos de su país, cada vez eran más los que soñaban con irse sin importarles un carajo que el país se hundiera en la mierda, se fuera a la mierda, se borrara del mapa.

Makika se lo había dicho una vez, cuando supieron que a Don Facundo, un reconocido traficante de piezas de autos, a quien le había llegado el sorteo para irse a Estados Unidos, lo habían matado a balazos en un bar de Miami.

-- Aquí soy rey, Alex – dijo --; allá voy a ser uno más del montón. Cuba es el paraíso de los delincuentes.

Y lo era realmente. Luego de varios días me llamó para darme lo que había logrado averiguar: eran más de cien los grupitos que se dedicaban a sacar gente del país, desde algunos que tenían contactos en varias embajadas y garantizaban las visas entre dos y cinco mil dólares, hasta otros dueños de botes con motor fuera de borda que sacaban a la gente hasta un cayo en aguas internacionales para que allí los recogieran sus familiares. Eso costaba cuatro mil.

-- Las ofertas de las mafias son más caras – dijo.

Ocho mil dólares porque un buen yate viniera a recogerlos y los dejara en alguna parte de tierra americana. Caminarían hasta el primer puesto guardacosta: "he escapado de Cuba, me acojo a la Ley de Ajuste Cubano, soy un pie seco", dirían, y de allí los trasladarían hasta algún Centro de Atención a Refugiados.

-- La mierda esa de pie seco y pie mojado fue la que jodió todo el negocio – precisó Makika -. Ya sabes: los pies secos, los que



lograban pisar tierra, no eran devueltos; y a los otros, a los que cogían todavía en el mar, los pies mojados, los mandaban de cabecita para Cuba. Las reglas del juego cambiaron.

Si antes se pagaban los ocho mil en tierra, con la seguridad de que entrarían a Estados Unidos aunque algún guardacostas los cogiera en alta mar, con la aplicación de aquella nueva regla, se pagaba solamente la mitad, cuatro mil, al embarcar, y si los agarraban los navíos americanos en altamar, el resto del pago no se producía. Se complicaba más aún porque comenzaron a decomisar los yates que sacaban gente de la isla, cuando los atrapaban.

-- Algunos hijoeputas mataban a la gente y las tiraban al mar con bolas de hierro amarradas al cuerpo cuando veían que los guardacostas se acercaban – siguió contándome Makika --. Después, para algunos, empezó a ser parte de un plan bien mierdero: cobraban cuatro mil por persona, se aseguraban de que los tipos embarcaran con el resto del dinero, los mataban, los tiraban al mar y regresaban frescos como una lechuga a decirles a los familiares que el viaje no había podido darse.

Ni yo mismo, con estos ojos que han visto tantas cosas malas, hubiera creído tamaña porquería, si no fuera ya algo que uno escuchaba día a día, aunque en la prensa jamás se hablara de aquellas cosas: significaba aceptar que, a pesar de que los informes oficiales anunciaban una prosperidad creciente, la gente seguía yéndose, incluso ya sabiendo que había un negocio con aquellas muertes, “como si pensaran que ellos no tendrían tan mala suerte, tío”, le había dicho una de sus sobrinas cuando se enteró de que dos amigos de la infancia habían recalado, muertos, en un cayo cercano a Pinar del Río, al occidente del país.

Tampoco hubiera creído que acá exista gente que se preste a esos negocios. Pero existía. Y cobraban una parte del dinero y luego se iban a vivir sus vidas y a gastar los dólares y a disfrutar mientras esos muertos que habían soñado estar libres en Miami

andaban flotando, pudriéndose, o comidos por las bestias del mar. Makika me lo soltó: "sólo han agarrado a un grupo de éstos, Alex". Y hasta dónde pudo averiguar Alain, después que le pedí investigara este dato, la policía nada más había dado caza a una de esas bandas: "y el muy singao les dijo, cuando lo cogieron, que estaban poniéndole las esposas al asesino más importante de todo el país", porque su récord llegaba a cuarenta y tres, orondo lo decía, orgulloso, y hasta chisteó con que en vez de meterlo preso debían pagarle el pasaje en avión y llevarlo a inscribirse en el libro de record ése, el Guinness. "Uno de los policías no soportó y le metió un tiro en la barriga", dijo Alain, y que el tipo, que se hacía el valentón, "empezó a llorar como una puta y a decir: llévenme al hospital, coño, no me dejen morir", hasta que el oficial que iba al frente de la operación se acercó y le disparó un balazo en medio de la frente. "Se resistió y lo tuvimos que matar, ¿entendido?", le gritó después a los demás.

Hubo un sobreviviente a la matanza.

-- Una vieja, Alex – me dijo Alain, satisfecho de haber encontrado al menos una pista --. Y esa vieja puede ser nuestra llave.

**E**sa niebla en la cabeza no lo dejaba pensar bien, o ese sabor a metal que siempre le ha dejado el whisky cuando pasa las borracheras, o el parloteo de cotorras en pelea que tenían en la tele aquellos españoles discutiendo sobre el tamaño de la mandarria del conde Lequio como si el mundo estuviera para andar perdiendo el tiempo midiéndole las trancas a la gente. Se sentía mareado. Aturdido. Y en ese aturdimiento comenzó a precisar que la euforia del encuentro con Samuel tenía toda la culpa de que se encontrara así. Sintió rabia. Alguien le había contado una vez, meses o quizás un año atrás, que el descubrimiento del mapa del genoma humano garantizaría,

*incluso, acabar con las legiones de borrachos en todo el mundo, porque iba a permitir que se encontrara el modo en que el cuerpo procesara el alcohol en sangre, convirtiendo al hombre en algo así como una destilería de carne y hueso.*

*Pero en ese momento lo mareaba la resaca. Y odiaba las resacas. Y, como siempre, se lo dijo: "odio esta mierda", y también como siempre se prometió no volver a darse un trago, porque "es sabroso emborracharse, señores, pero lo que viene después es del carajo: como dicen por ahí, a un gustazo, un trancazo".*

*Se incorporó en la cama y levantó la cabeza, los ojos cerrados, apuntada al techo la frente. Respiró profundo, hondo, buscando que el aire frío de la habitación congelara hasta la última partícula del alcohol que todavía jugueteaba en su sangre. Y bajo el consejo de los borrachos, "hay que matar el ratón", se puso de pie, tambaleando bajo el mareo, caminó hasta el minibar y se sirvió medio vaso de whisky, a esa hora casi helado. Lo bebió de un golpe y volvió a respirar, esta vez más lento, pero igual de hondo.*

*-- Te veo más viejo – le había dicho Samuel la tarde anterior, cuando se encontraron en un bar casi secreto (había que entrar por un parking subterráneo y se llamaba así La Cueva), luego de saludar al dueño: "cubano de los de verdad, compadre, de los que vamos a levantar nuestra isla cuando el Comediante en Jefe se vaya a la mierda".*

*-- Vivir en Cuba no es fácil, Samuel – dijo y asintió al dueño del bar que quiso precisar: "¿el ron del enemigo?", para verlo perderse tras la barra y regresar en un par de minutos con dos vasos llenos de whisky servido a la roca.*

*Los años no pasaban por gusto, era cierto. Y aunque Samuel se conservaba bien, el tiempo iba haciendo mella y se dejaba ver en esas arrugas que le marcaban la frente y los ojos, siempre tan azules como los suyos, casi idénticos, salvo por aquel lunar de sangre que él tuvo desde niño. Quedaron mirándose mientras*

sorbían el primer trago de whisky tras el chocar de sus vasos. Y por un buen tiempo empezaron a llegar a la mesa los conocidos: el viejo Zacarías, que en Cuba se encogía como una uva pasa después del segundo infarto; Carmina y Macuso y Doña Leonor, en Miami, repitiendo la vida que alguna vez, antes de la Revolución y las nacionalizaciones, habían llevado en La Habana: a la iglesia y al portal y a cenas para festejar el pronto regreso; Juan Antonio que murió despedazado en un choque reciente en la autopista nacional "lo sacaron de la guagua a pedacitos, Samuel"; y el cumpleaños 81 de esa señora aristocrática y todavía sensual que sonreía junto a Samuel en la foto que tuvo en sus manos: "es para ti", le dijo Samuel.

Después, como ya era usual en ellos, fueron directo al grano.

-- ¿Cuántos viajes piensas que se puedan dar al año? – preguntó y vio cómo el otro encogió los hombros y se dio otro trago de whisky.

-- Eso depende de ti – dijo Samuel, después de tragar, paladeando la bebida unos segundos --. Lo mío es poner el yate y sacar a la gente. Tú debes buscar a los que quieran salir.

-- No va a ser fácil, Sam. Lleva cuidado. Puedo quemarme...

-- Es un riesgo – cortó Samuel --. Pero noventa mil verdes en cada viaje valen correr ese riesgo, ¿no crees?

Había muchas formas de cuidarse las espaldas. "Te conozco y sé que no eres un tipo de hacer churres", y sabía que iba a encontrar esas formas, esa manera de buscar a quienes querían salir del país sin que nadie supiera que detrás de todo aquello se hallaba la mano enguantada de un alto funcionario del turismo.

-- ¿Pensaste en lo que te pedí por teléfono? ¿En los lugares en donde puedo recoger a esa gente?

Lo había pensado. Sus constantes idas y venidas a lo largo de todo el país, y la coincidencia de que su área de trabajo básica era el caserío norte, donde se estaban construyendo muchos

*hoteles y otras instalaciones para el turismo, le darían una cobertura especial. Incluso algo tenía adelantado en cuanto a esos posibles sitios, que precisamente seleccionó porque en ellos trabajaban amigos muy comprometidos, o gente corrupta que le debía grandes favores.*

*-- ¿Todavía conservas el pasaporte panameño? – le preguntó a Samuel y lo vio asentir, sonriendo malévolamente, como quien ha descubierto lo que el otro piensa.*

*-- Eres un genio, ¿sabes? – le oyó decir --. Nadie sospechará de un turista millonario que llega en su yate a ciertas zonas vedadas para la mayoría de la gente, y que luego de unas horas se va del lugar.*

*-- ¿Toda esa gente entra en los camarotes?*

*-- Apretados, pero sí, entran – contestó Samuel --. De todos modos tendrán que conformarse, pues será solamente hasta que hayamos salido de la zona visible.*

*-- ¿Y cómo los llevo hasta el yate?*

*-- También es tu problema, Saúl – dijo y le hizo una seña al dueño del bar para que trajera dos tragos más --. Sé que tu cabecita va a encontrar la solución.*

Cuba es una gran mentira, rodeada de mentiras por todas partes, piensa. Y la frase le pareció conocida, como si la hubiera escuchado o leído en algún sitio, pero se la repitió en voz alta intentando hacerla suya: “una gran mentira rodeada de mentiras, carajo”, a punto de llorar. Más no lo hizo. Se recostó a la pared y acomodó sus nalgas sobre las losas frías del piso y se miró los muslos, fuertes, macizos, “como para comérselos a mordidas”, le decía Maurice, y detuvo sus ojos sobre aquel triángulo negro que marcaba el blúmer sobre su pubis: “el triángulo de las Bermudas, nena, el que lo prueba, se pierde”, también le había dicho una vez aquel negro asqueroso.

¿Por qué no podía olvidarlo? ¿Por qué carajo el ser humano no había encontrado una forma de sacarse de la cabeza hasta la última traza de esas cosas desagradables de las que estaba llena la vida? No dio con las respuestas. Nunca hallaba las respuestas. Y se había preguntado aquello muchas veces, casi convencida de que alguna vez el tiempo le daría la forma de arrojar a Maurice y a tantos otros a un rincón donde no pudieran regresar.

-- Si encontrara un trabajo... -- se dijo.

Podía ser la solución. Estaba cansada de escuchar en los programas de la tele que la sociedad justa no dejaría jamás abandonados a sus hijos. ¿Y que era ella? ¿Una perra? ¿Su pasado de puta por necesidad la marcaba para siempre como a esos animales llenos de sarna, que deambulaban por la ciudad pudriéndose, muriéndose bajo la enfermedad, el hambre y el churre?

-- Ahora, niña, a buscar trabajo y olvidar el pasado – le dijo aquella psicóloga que la atendió durante un par de meses, mientras se resolvía todo el papeleo de su regreso a Cuba.

Se llamaba Viviana. Y Viviana le aseguró que por suerte, “vives en una sociedad donde los que delinquen o yerran no son marcados como reses apestadas”. Pero, ¿qué cosa era ella? ¿Adónde mierda se había ido la seguridad con que aquella mujer le dijo que en cualquier sitio encontraría trabajo, que la vida volvería a ser como antes, sin que nadie siquiera mirara en su expediente esa nota donde apuntaba “Salió ilegalmente del país y luego de una estancia en algunos países del Caribe, fue repatriada a Cuba”, aunque ella aclarara que debía decir: “regresó por su propia voluntad a Cuba”, porque a ella nadie la repatrió?

-- Una mentira rodeada de mentiras – se dijo.

¿Cuántos lugares había visitado desde entonces? En todos la recibían con los brazos abiertos, sonrisas de bienvenida, palabras de esperanza; le pedían volver en unos días, en un par de semanas, y llegado ese tiempo alguien le devolvía el expediente y mascullaba un “lo siento, es que la plaza está congelada y no nos habíamos dado cuenta”, o cualquier otra excusa idiota.

Ya no tenía dinero. Y le dolía confesarlo: su amiga Clarette, la jinetera, primero una apestada en el barrio y ahora una líder que todos cuidaban y envidiaban, imitaban y criticaban, la estuvo manteniendo hasta la tarde anterior en que le había dado diez dólares, “para que compres los mandados y algo de viandas, chica, acéptalo, anda”, le dijo, “y con lo que sobre, pagas la multa”.

Hasta una multa. Tuvo que verse en el bochorno de ir a la Oficina de Multas y pagar, y en ese momento sintió que todos los ojos del mundo la miraban, aunque después se dijo que aquello le demostraba que todavía sentía eso que llamaban “vergüenza” y que ella creyó perder mientras anduvo de puta.

-- ¿Tan linda y caíste en eso? – dijo el cobrador, al otro lado de la ventanilla.

Y ella tuvo deseos de decir: ¿es que ser linda te impide sentir hambre? Y no contó, aunque hubiera querido, que fue el hambre lo

que la obligó a callarse la boca cuando vio que en la bodega seguían dándole la cuota de alimentos que le tocaban a su madre y a su hermano, como si ellos no se hubieran ido con el Señor desde un año y medio ya. Quienes fallecían, o se largaban del país, dejaban de recibir aquella cuota, que le permitió sobrevivir todos esos meses porque la cuota de tres le alcanzó perfectamente para terminar el mes. Era muy barato comprarla y vendiendo los cigarros que le daban a la madre conseguía el dinero para comprar el arroz y los frijoles y el azúcar y la sal, y hasta el par de libras de leche que le daban a la madre por la dieta.

-- Son trescientos pesos – repitió el cobrador y esperó a que ella le diera el dinero para contar billete a billete, y sonreír luego, con una sonrisa distinta a la del inspector que vino hasta su casa y le dijo: “hemos descubierto que usted está cogiendo las cuotas de su madre y su hermana, y eso es ilegal... ellos está muertos”, como si ella no lo supiera. La sonrisa del hombre era cínica, prepotente, y la mantuvo todo el tiempo hasta que ella firmó la multa. Después dio la espalda y se fue, sin despedirse, y ella sintió que todo el edificio se le caía encima.

¿Tendría razón aquella gorda buena gente, con cara de buena gente y sonrisa de buena gente? Luego de verla sentada en la recepción de una de las últimas empresas que visitara, llorando porque otra vez le habían devuelto su expediente, la llamó aparte, le dio café de un termo sucio y en un vaso plástico también sucio, y le dijo, en voz baja, mirando hacia la puerta de entrada a la oficina, con algo de miedo, como quien no quiere que nadie la escuche porque va a decir algo importante que debe seguir oculto: “mi’jita, olvídete de trabajar. Cada vez que te hagan las verificaciones, va a salir que te quisiste largar de esta mierda de país y que, para mayor mal de males, fuiste puta allá afuera”.

-- Una mentira, cojones, este país es una mentira – se dijo, y sintió que un deseo de llorar enorme casi la ahogaba, le subía por la garganta, amargo, hiriente, ofensivo, y entonces lloró. Estuvo un



buen rato llorando y sorbiendo sus propias lágrimas, amargas, saladas como mismo era salada su vida. Y algo extraño la hizo pensar que vivía una de esas películas en que la protagonista revivía en segundos toda una historia, y su historia estaba en el recuerdo, hundida con una inmensa raíz que la ataba a la arcilla endurecida de su cerebro: las visitas que empezó cierto señor, dominicano él, hermoso él, con nombre de ángel él (se llamaba Ángel) y la forma distinta de hacerle el amor y las largas conversaciones sobre temas tan distintos a los de aquel mundillo infernal que empezaron a transportarla, catapultarla, elevarla a momentos que comenzó a esperar, a desear, bajo la idea de que los ángeles existían y Dios, tal vez, no la había abandonado.

Ángel tenía unos ojos que la eclipsaban. Se sintió muchas veces apagada, leve, pero llena de un gozo que le hacía casi estallar la sangre y llegó a entregarse a él como si nunca hubiera sido la vasija del semen de tantos hombres. Y se creyó libre cuando él pidió que nadie más la usara, cuando habló con Maurice “si me entero de que alguien más la toca, ya sabes...”, sin que lograra entender qué resortes ocultos convirtieron a Maurice, el déspota Maurice, el tiránico Maurice en aquella blanda oveja que asintió y apenas logró mascullar: “lo que tú digas se hará, Ángel”.

-- Te vas conmigo a mi país – le había dicho Ángel una tarde, y la hizo creer que Dios realmente existía.

*Juan Colina se llamaba ahora John Hill y a pesar de sus cincuenta y tantos años trabajaba como salvavidas en las playas, descansaba la tarde y a la una de la madrugada se ponía el uniforme de velador y desandaba de una esquina a otra los muelles. No hablaba ni una palabra en inglés, “pero cuando uno busca trabajo en este país debe pensar en todo, compatriotas: no es lo mismo decir Juan que John, y Colina aquí se dice Hill, todo es pura apariencia”. Allí lo encontramos. No habíamos ido a buscarlo*

*a la playa porque siempre la gente andaba molestándolo y no podría conversar como necesitábamos, y aunque eran cerca de las dos de la madrugada cuando Lorenzo dijo: “Ignacio, mueve el culo, que ya es hora”, en la zona de los muelles parecían ser las dos de la tarde: “Si Fidel ve este despilfarro de luz, se da gusto metiendo apagones”, le dijimos después de darnos las manos.*

*-- ¿Y este es un castrista? – preguntó, y en sus palabras se dejó ver que se había puesto en guardia.*

*-- Ya se lo he dicho, John – aclaró Lorenzó --. Pero quitarse esa costumbre de arriba es del carajo. No va a cambiar, hasta que le den una buena entrada de palos por andar diciéndole Fidel a esa bestia.*

*El muelle era lindo. Hasta romántico. Las olas de la marea, alta a esa hora de la madrugada, chocaban con los pilotes y mantenían un monótono concierto, como de rumor apagado, y en las aguas, de cuando en cuando, se dejaba ver la marca luminosa de alguna mancha de peces que se movía por la ensenada. No hacía frío, aunque por momentos soplara una brisa algo helada, que parecía llegar desde la negritud espesa que, a lo lejos, anunciaba el océano. Frente al mar nos sentamos, en unas banquetas pequeñas que John Hill sacó de una caseta cercana.*

*-- ¿Este es el tipo de los chamacos muertos? – preguntó, y nos enseñó una cajetilla de cigarros, ofreciéndola.*

*En aquel lugar había visto de todo, dijo. Pero ya había aprendido que Miami era un lugar donde “mientras menos ves, más vives”, y para todas esas cosas “soy ciego, sordo y mudo”. De algún modo, eso lo agradecían los dueños de esos yates que veíamos bamboleándose sobre las olas “y dejan caer sus billetes si andan en algo no muy legal”. Se daba cuenta por eso: cuando estaban en cosas normales, limpias, “ni siquiera me miran”.*

*-- Nadie imagina cuántas cosas han visto aquí estos ojos que un día se comerán los gusanos – dijo.*

*Y estaba seguro de que su compañero de trabajo, “Menelao Madariaga... le decimos Eme Eme”, no podía ver nada, porque de día los dueños se dedicaban a fingir que “son buenos ciudadanos y cumplen las leyes”, para luego en las noches ponerse las capuchas y salir a joder, “pues ya se sabe que en este país la mayoría de los que tienen como para comprarse estos yates, es porque andan en mierdillas ocultas que le dan el gran billete”.*

*-- Pero hay que mantener la lengua mordida, compatriota – siguió diciendo --. Les cuento esto a ustedes porque vienen de parte de Miguelón, que es un hombre a todas y que, si pasa algo, me protege y se las arranca a ustedes, ¿lo sabían?*

*Asentimos. Miguelón lo había dicho: “van a ver al tipo y le dicen que yo los mandé, pero a nadie más con este cuento, ¿entendido? Ya saben bien lo que les pasa a quienes me fallan”. Aunque eso no tenía que decirlo: si algo habíamos aprendido era aquello de que “en silencio tenía que ser, porque hay cosas que para lograrlas deben estar ocultas”, o algo así, que escribió Martí y siempre ponían en esa serie de la tele en Cuba donde un agente de la seguridad cubana llegaba a ser un alto agente de la CIA y les ganaba una nueva batalla para el socialismo.*

*-- No quiero terminar como el Asencio – aclaró John y vimos su cara cubrirse del humo de una larga bocanada que disparó contra el aire de la noche.*

*Asencio era mexicano, de Puerto Juárez, “que no se cansaba de hablar de ese lugar como si fuera el centro de mundo”, y precisamente esa manía de comparar a Puerto Juárez con Miami había sido la causa de su muerte.*

*-- Amaneció sentado en esa misma banqueta en que ahora estás, con la lengua de corbata – le dijo a Lorenzo --. La policía vino y sin mirar nada gritó que había sido un ajuste de cuentas entre bandas mexicanas.*

*Era mentira. Luego se supo que Asencio metió la pata diciendo por ahí que en Puerto Juárez nadie desembarcaba en su yate, así como así, cargado de droga hasta los pelos; y que en Puerto Juárez a nadie se le ocurría montar una base de operaciones para lanchas que ametrallaban a los cubanos de la isla; y que en Puerto Juárez nadie tenía pantalones de convertir un muelle en el lugar de desembarco de todas las putas nuevas que llegaban desde algunas islitas del Caribe a trabajar en los burdeles del lugar. Tantas cosas soltó, en una de sus soberbias borracheras de las tardes, que alguien decidió que la noche siguiente iba a ser la última de su vida.*

*-- Yo te voy a echar una averiguadita por ahí a ver si algo me cae del tráfico de cubanos – prometió John, y arrojó el cabo del cigarro a las aguas.*

*Pudimos ver los destellos plateados de los peces que subieron pensando que era comida, el gorgoteo de las aguas con el desespero de sus aletas, y la rapidez con la que también volvieron a hundirse segundos antes de que la superficie recobrarla la calma que hasta entonces había tenido. Cuando levantamos la vista, John Hill nos miraba.*

*-- Hasta que yo los contacte, ya saben – dijo --: en boca cerrada no entran moscas.*

**F**idel no es eterno, lo dijo, y bajó la cabeza como si le doliera pensar que su Dios no es eterno, que será alguna vez pasto de los gusanos, como todos, o tal vez, si sus enemigos no destruyen el cuerpo, una estatua humana que las generaciones futuras conservarán en un museo para recordar los grandes sueños de la Revolución que pudo ser.

*-- Si quienes lo siguen creyeran de verdad en lo que él les dice, este país andaría mejor – siguió diciendo --. Pero no confío en ninguno.*

Tu padre también era fidelista. Eso recuerdas. “En este país mucha gente no cree ni un carajo en la Revolución, mi’jo”, te decía, “creen en Fidel, solamente en Fidel, en aquel hombre que prometió un país distinto, más justo”. Y eso era cierto: los fidelistas, cada vez más pocos, intentaban mantener el sueño de que un mundo mejor era posible, de que Cuba podía ser ese modelo que sirviera al planeta entero para entender que era posible, aunque en sus días últimos, cuando ya no quería ni siquiera mencionar la palabra política, mientras miraban uno de los discursos de Fidel en la tele, el viejo diplomático que fue tu padre, todavía fidelista rabioso, mascullara “ya estás viejo, Fidel”, como a quien le duele por dentro reconocer que las fuerzas no les habían alcanzado para llegar a ver cumplidos ciertos sueños.

Se llamaba Manuel, Manuel Valle. Había luchado contra Batista, fundando las primeras células clandestinas del movimiento 26 de julio, allá mismo, en Mayarí, un pueblo cercano a Birán, la tierra donde naciera Fidel. Tuvo que huir a La Habana y acá llegó a manos de Esteban Ventura, de quien escapó con marcas de tortura que jamás olvidó y que le dieron fuerzas nuevas e increíbles para seguir luchando, siempre clandestino. Fue uno de los pocos sobrevivientes de las pascuas sangrientas en Holguín, aquella redada en la que el coronel batistiano Fermín Cowley descabezó el movimiento clandestino a partir de algunos chivatos, “a los que luego ajustamos las cuentas”. Había sido el organizador de la campaña de Alfabetización en la antigua provincia Oriente. Tanto era su fidelismo que a su primer hijo varón lo llamó así: Fidel.

-- Cuando triunfó la Revolución, me dije que ya el pueblo tenía lo que yo soñé para él – y su voz era gruesa, calmada, estremecida por ese mismo orgullo con el que alguna vez te habló tu padre, también cuando recordaba su participación en la historia --. Me vine a mi casa a trabajar en lo que aprendí, de carpintero. Y carpintero soy, como ves.

No aceptó medallas. Y jamás las pidió: “y me encabrona ver que hoy hay miles y miles de gente que dicen haber combatido a Batista; vaya, que si de verdad todos esos hubieran estado con nosotros, Batista no duraba en el poder ni media hora”.

El edificio era viejo. Y mientras subías la única escalera, que dividía las dos bandas de apartamentos, el rugido de un motor de agua, anémico y cortado, te recordó el aliento moribundo de un viejo animal. Entraste a la casa del viejo Manuel y el polvo despertó tu coriza de asmático, y estornudaste, y la voz de una mujer llegó hasta ti, fina y como cansada, “a mí también me pasa”, dijo, “es el polvo del aserrín”. Era bajita, algo gorda, con cara de haber sido una mujer hermosa. Se llamaba Marta, y te ofreció una taza de café que tragaste como un purgante y agradeciste: “está muy bueno”, para ver cómo Manuel sonreía: “no hace falta que mientas, muchacho; ese mejunje nada más lo aguantamos mi hijo y yo”, y bajó la cabeza, canosa y ya calva, antes de reírse y agregar “siempre mi hijo y yo la estamos fastidiando con eso”.

-- ¿Es cierto que usted hizo una denuncia contra Saúl? – dijiste, luego de esperar a que terminara de reírse, bajo, como quien disfruta luego de haber hecho una maldad. Martha, la mujer, también sonreía.

-- Ese es un oportunista – soltó Manuel como única respuesta. Sus ojos, hasta ese momento de un verde grasoso muy apacible, parecieron encenderse.

No es que fuera un extremista, se defendió, porque había aprendido a mirar las cosas desde todas las perspectivas posibles, “para no ser injusto con nadie”, pero algo que no podía entender era como un alto dirigente llevaba relaciones con “ese apátrida, que no es su familia ni un carajo, ¿entiendes?”, porque era de quienes entendían incluso que una familia no debía dividirse porque sus miembros tuvieran criterios políticos distintos, “y ni siquiera antes, cuando era ilegal mantener contacto con gente de la misma familia que se habían ido del país, estuve de acuerdo con eso, pero lo acaté porque los comunistas deben saber obedecer las órdenes”.

-- Con este cabrón... con Saúl, es bien distinto.

No le llamaba la atención el hecho de que se relacionara con un disidente; podía, incluso, ser normal, “porque va y hasta eran amigos antes de estar en las posiciones en que ahora están”, te dijo, pero si las cosas eran así “Saúl no tiene porque andar escondiéndose”.

-- ¿Se oculta dice usted? – quisiste precisar.

Se ocultaba. Sus visitas al disidente eran a muy altas horas de la noche, y siempre entraba por detrás de la casa, por un pasillo trasero que se comunica con la calle del otro barrio.

-- Y yo digo que cuando uno no anda en algo sucio, no tiene porqué esconderse tanto – agregó.

Sus sospechas despertaron una noche. Era la temporada de frío y llovía, “y el aire que soplaba era tan helado que hasta los huesos se le erizaban a uno”. Venía de una guardia, en la oficina zonal de los CDR, “serían ya cerca de las dos y media”, cuando vio a tres hombres y a Saúl bajarse de un Peugeot en el barrio de al lado y meterse hacia la casa del disidente “por ese pasillo del que ya te hablé”. Cuando llegó a la casa, entreabrió el visillo de “esa ventana, desde la que se ve toda la cuadra” y vi luces en casa de ese apátrida. Se fueron como a las cuatro, “porque a lo mejor pensaron que a esa hora ya nadie podría verlos y salieron por la puerta de enfrente, y se montaron en el Peugeot que uno de ellos había ido a buscar seguro saliendo por el pasillo”.

-- ¿Y no podría ser una fiestecita, Manuel?

Lo viste negar con un brusco movimiento de la cabeza.

-- Nadie que va a una fiesta, lleva maletas.

-- ¿Maletas?

-- Sí, muchacho... maletas, de esas grandes que se usan hoy para dar viajes largos.

Aquello cayó en tu cerebro como la primera pista de que era posible que el hombrín anduviera en algo: las maletas, no hacía falta ser un genio para darse cuenta, indicaban que aquella gente se iba para un viaje. ¿Qué tenía, entonces, que ver Saúl con aquel viaje? ¿Qué tenía que ver en eso Felipe, aquel disidente tan odiado por Manuel?

-- ¿Alguna otra cosa rara? – dijiste, sabiendo que era una pregunta usada en esos casos, pero muchas veces efectiva, como esa vez.

-- Al poco rato – dijo --, Felipe sacó su auto del parqueo y se llevó a cuatro más que también parece estaban dentro de la casa.

¿Qué se traían entre manos? Sólo ellos dos: Saúl y Felipe, podrían saber. Nada limpio sería, “porque si lo fuera, ¿a qué viene tanto misterio?”, y por eso desde entonces había puesto todos los sentidos en velar la casa de Felipe, y muchísimas veces habían visto entrar a Saúl, siempre con aquella escondedera.

-- ¿Sabes porque sigo luchando por esto con tanta fuerza? – dijo entonces, aunque no venía al caso --. Porque si aquí hay un cambio, esos mismos que hoy se dicen comunistas van a luchar por seguir dirigiendo. Va a pasar como en Rusia.

Allá, aclaró, todos los logros del socialismo se habían ido a la mierda porque los que dirigieron los cambios hacia el capitalismo eran los mismos que durante años dijeron creer en lo contrario.

-- Y quien no cree en nada, y sólo piensa en el poder, jamás podrá hacer la Revolución que de verdad sigue haciendo falta, esa Revolución que tipos como Saúl no entenderán nunca.

**E**l muñón tiene las mismas arrugas que un culo viejo. “Parece un culo viejo con hemorroides”, dirían esas mismas locas si decidieran seguir la pista que les diera Narciso La Carrá: “tienes que ir a ver al Manco”, les había dicho, y todas pensarían que ése debía ser el primer paso, y llegarían al muelle y buscarían entre las barcazas viejas, entre los botes que se mecen, acompasados, con el vaivén de las olas que entran por la boca de la ensenada y llegan hasta aquel lugar, y quedarían mirando a los muchachitos de piel tostada y músculos ya recios y pensarían en los hombrazos que iban a ser cuando crecieran, hasta que una voz por dentro les diría: “muchachitas, dejen la putería y pónganse para la cosa”.



*La cosa sería entrevistarse con el Manco, que las vería llegar y se erizaría porque no es común en esos sitios para hombres curtidos, verdaderos animales del mar, ver a dos mariconas tan escandalosas que se acercarían por el muelle de maderas, haciendo malabares casi, con gestos aún más maricones, intentando no meter el pie entre las tablas partidas o podridas de tan viejas. Respiraría profundo y se diría quizás que solamente a un viejo manco como él le ocurrían aquellas cosas, aunque su cara iba a cambiar, podrían apostar a que cambiaría cuando una soltara el motivo de su visita: “nos han dicho que por aquí salen los pejes de agua dulce hasta las aguas de la otra orilla”, pues sería la contraseña, que él contestaría: “sólo cuando saben elegir el canal de agua apropiado”.*

*-- Deben ser justo esas palabras, muchachitas – aclaró Narciso La Carrá, lamentándose de no poder acompañar a Magnolia, pero sugiriendo a Celine, un bello muchachito que se iniciaba en los artes del travestismo y “canta la muy cabroncita igual a Celine Dione”.*

*“Nosotras nacimos para estos rollos, niña, mira que nos gusta meternos en líos, en vez de estar allá, en La Habana, buscando algún machito para gozar”, porque serían las cinco de la tarde, hora en que La Carrá les había asegurado podrían encontrar al Manco en el muelle, preparándose para salir al mar, a sus pesquerías nocturnas, ya ni siquiera acordándose de esa vez lejana en que un tiburón le arrancó una mano y luego la escupió, extrañamente, cosa rara en esas bestias que muerden y tragan sin pensar, aunque a veces, en sueños, como le había contado a alguien que se lo dijo a La Carrá, volvía a ver cómo su mano se hundía y se hundía, perdiéndose como un pez mítico en la profundidad oscurísima del mar.*

*-- Fíjate en ese muñón, niña – diría Magnolia a Celine --, parece un culo con hemorroides.*

*Y se reirían amariconadas, putísimas, y disfrutarían con la cara de susto que pondría el Manco, “seguro pensando que nos lo vamos a singar”, e intentarían recobrar la compostura.*

-- ¿Para cuándo sería la salida? – su vozarrón las estremecería y las haría pensar que una voz así años atrás debió ser apetecible, erotísima, para sus almas sensibles.

-- El pago se hace a la mitad: dos mil antes de montar y dos mil cuando lleguen al Norte, ¿lo tienen claro?

Y ese detalle les llamaría la atención. Recordarían que Pedro, “mi amor, que en paz estés junto al Señor”, pensaría Magnolia, había pagado ocho mil dólares y no cuatro mil, como pedía el Manco.

-- Que bueno – dirían para probar al hombre --, Saúl nos dijo que iban a ser ocho mil.

Y los ojos inocentes del Manco y su frente aún más llena de arrugas y la mueca de su boca, al preguntar: “¿y quién carajo es ese?, si se puede saber”, les confirmaría algo que ya habrían intuido: nada tiene que ver este viejo con Saúl, y ya casi pensando que deberán buscar en otras frases, en otras palabras, algo que las guíe, se hundirían en esa descripción que hace el pescador de cómo iban a ser las cosas.

-- Ustedes me avisan el día, yo pongo la hora, que va a ser siempre más o menos esta de hoy, cinco o seis de la tarde. Se me visten como quien va a pescar, me pagan los dos mil que me tocan, y yo las llevo hasta un cayo aguas afuera. Allá los va a buscar en su yate el marido de mi hermana. A él le pagan los otros dos mil cuando los deje en algún lado de La Florida.

Cualquiera preguntaría, porque en esa descripción el hombre no ha soltado ni un detalle que les sirva de asidero para seguir buscando, y les aterraría tener que dejar las pesquisas aquí y regresar adonde el viejo Alex a decirle: “viejo, no encontramos ni cojones, nos declaramos una putas brutísimas, unas ineptas para jugar al detective”, aún cuando la verdad sea que, más que por eso, lo harían porque no iban a soportar el peso de conciencia de que pudieron luchar más por vengar la muerte de Pedro, “mi macho, que en paz descanses”.

-- Pedro González, ¿le suena?

*Le iba a sonar. Porque quizás un viejo como aquel no olvidaría jamás a un hombre tan grande y con una pinta de maricón que se veía desde lejos. Y esperarían aterradas a que el Manco confesara que él lo había llevado a ese cayo donde alguien, quizás su cuñado, lo había macheteado, pero verían al hombre negar la cabeza ante Magnolia: “¿usted fue quien lo sacó?”.*

*-- No, no podía – y su voz sería aún más gruesa, casi inentendible --. ¿Ven mi bote? Aquí caben dos personas y yo, y ese día se iba un matrimonio y una niña. Lo vi tan desesperado que se lo mandé a otro que se dedica a esto. Vive en La Coloma, allá por Pinar del Río. Ese sí cobra ocho mil. Supe de él a través de un familiar mío allá. Dicen que tiene muy malas pulgas. Boca’e Peje le dicen.*

**N**unca más ha vuelto a tener un sueño tranquilo. Dice que cierra los ojos y enseguida le vienen esas imágenes, y en las noches, además de la pesadilla, el aullido del mar la aturde, “porque es como un aullido, señor, como si le doliera tragarse a esa pobre gente”. Por eso se empastilla. Se traga varias pastillas para dormir y sólo cuando el sopor la vence se tira en la cama, “pero incluso así las pesadillas han venido”, y se despierta maldiciendo la tarde en que su hijo la llamó desde Miami para anunciarle “vieja, como estos maricones americanos te han negado la visa, te mando a buscar con unos amigos”, y que llegarían en yate hasta la Marina Hemingway, “porque son cubanos pero tienen pasaporte americano” y allí esperarían hasta que un grupo de cubanos de la isla pagaran los pasajes.

-- Uno de ellos me llamó desde la Marina Hemingway para decirme que estuviera lista – dijo la vieja y me miró con esos ojos grises manchados por las nubes de las cataratas “que ya casi no me dejan ver, señor”.

Se llamaba Inocencia y se veía viejísima si la comparaba con aquella foto donde sonreía a la cámara sentada en el muro del

malecón, el mar a las espaldas. Me vio mirando la foto y lo dijo: "fue hace poco menos de un año", y como si estuviera adivinando mis pensamientos, bajó la cabeza encanecida y se puso a mirarse las manos, igual a una tímida muchacha, "pero después de ese viaje, las arrugas me han caído encima como sacos de piedra", masculló en voz baja.

Por culpa de esos sueños. Las arrugas se la iban comiendo desde dentro por culpa de esas horribles pesadillas: los dos hombres apuntando a los otros cuatro muchachos que embarcaron con ella en un sitio de la costa, cerca de Pinar del Río; sus caras asustadas; el rostro aterrado de esa muchachita que se iba con su novio sin que sus padres lo supieran, como le había contado mientras esperaban sentados sobre el dienteperro y escondidos en un bosquecillo de mangle; sus palabras titubeantes: "¿qué-qué-qué coño es esto, caballeros?"; el llanto histérico de la muchacha que se abrazó a su novio segundos antes de que un par de disparos los tumbara, con las cabezas explotadas, en la cubierta del yate, casi anunciando la ráfaga del arma que llevaba el de al lado, que escupió de metralla el pecho de los otros dos y también los lanzó a cubierta como fardos muertos.

-- Me encerré en el camarote y algo me hizo tirarme en el piso y esperar lo peor – siguió diciéndome, entonces con la voz temblorosa, como si, al contar aquello, todo le volviera a suceder.

Minutos antes, los dos hombres le habían pedido que bajara al camarote y esperara allí, "porque mi hijo ya les había pagado por mi viaje, y no querían que yo estuviera presente en esos asuntos de dinero con los cuatro muchachos". Se sentía cansada y pensó aprovechar para tirar sus huesos en una de las literas, pero el llanto de la muchacha la hizo ponerse de pie apenas sin haber tenido tiempo para acomodarse entre las sábanas limpias de una de las camas bajas. Se asomó por la ventanita que daba a la cubierta y lo vio todo: "esas mismas imágenes que no me puedo arrancar de aquí", dijo, y se pasó la mano por la frente y el pelo.

Luego los sintió caminar hacia el camarote, empujar la puerta y comprobar que estaba cerrada por dentro. Los escuchó hablarle, tranquilos, suplicantes, como si minutos antes no hubieran matado a esos muchachos. Y sintió terror. Y todavía en el piso descubrió bajo las camas "unos sacos negros, de esos con que en las películas envuelven a los muertos, que tienen un zipper a todo lo largo", y vio que cada saco tenía amarrada en una punta "las bolas de hierro esas que usaban los cañones en el tiempo de los españoles", y bajo otra de las literas descubrió un soplete, y supo que aquel crimen no había sido casual, que desde el principio mismo de esa aventura algunas mentes macabras planificaron la muerte de los que allí viajarían.

-- Vieja, ¡ábranos!, no sea comemierda – decía uno --. Su hijo es como un hermano para nosotros y por eso la mandamos abajo, para que no viera lo que iba a pasar.

-- Si quiere quedarse ahí hasta que lleguemos, no importa, mi vieja – le dijo el otro, intentando un tono persuasivo --. Pero por favor, tírenos por la ventanita los sacos que están debajo de las literas. Tenemos que limpiar esto.

-- Y tírenos también un soplete que está bajo la otra litera –volvió a hablar el primero.

En eso estaban cuando se apareció el guardacostas cubano. Llegó silencioso, con las luces apagadas. Y los asesinos no tuvieron tiempo ni de defenderse. Uno murió, en el tiroteo breve que hubo, "y el otro empezó a fanfarronear y decir que él era el maestro de los asesinos, o el mejor de los asesinos, o el más grande, no sé bien, porque del susto perdí el conocimiento", y lo había recobrado ya en la lancha guardacostas cubana.

-- Después un soldado me contó que el otro intentó escaparse y en el tiroteo también murió – dijo --. ¿Y sabe qué es lo más triste de todo?

No quise preguntarle: estaba tan emocionada desahogándose, quien sabe si necesitada de contar esa historia una y otra vez,

hasta sacarse el último recuerdo de la memoria, que estuve convencido de que ella misma respondería.

-- El policía que me atendió después: Venero creo que se llamaba... sí, era Venero, me dijo que esa historia no debía contársela a nadie, que hay cosas que es mejor que la gente no sepa.

Ocultar una verdad tan cruda a la gente, impedir así que conociendo esa historia pudieran reflexionar, le parecía más triste incluso que lo otro: haber hablado con "ese hijo que tuve en mi vientre nueve meses", y que luego hizo crecer ella sola, "porque su padre fue un desmadrado que le dio igual poner un hijo en este mundo", y sentirse orgullosa cuando lo designaron jefe de una empresa de fabricación de productos lácteos, y hasta perdonarlo por haberse quedado fuera del país en uno de los viajes que por esa empresa le dieron, "porque siempre uno quiere que los hijos de uno desarrollen su vida y él me dijo que allá iba a estar mejor". Y descubrir que él sabía todo también desde el inicio: "ya los tiempos no son como los que usted vivió, mamá. Me dijeron que eso iba a pasar y lo único que les pedí era que usted no viera nada, pero que me la sacaran del país. Por desgracia usted lo vio, ¿qué le vamos a hacer?".

-- Cuando mi hijo se fue – me dijo, y su voz se rajaba casi al borde del llanto de palabra en palabra --, me negué a olvidarlo, como me exigían los compañeros del Partido. No quise verlo como un traidor, aunque todos me presionaban para que lo hiciera. Y hasta me amonestaron por no hacerlo. Pudo más la madre que la comunista.

Sin embargo, desde esa llamada por teléfono que él le hizo para preguntarle qué pasó, y luego de que ella le contara todo y de sufrir como escopetazos la frialdad de aquellas palabras en boca de su hijo, nunca más ha querido saber de él.

-- Ese no fue el hijo que yo parí – dijo --. Ese era un monstruo.

**S** i Paquito no hubiera estado en ese viaje seguiría sin saber muchos detalles que Samuel le ocultó desde el inicio. Tiene que confesarse que siente miedo, que hay cosas en la vida que piensa no deben hacerse, pues al final se paga un precio caro por ellas, quizás porque vea como verdad absoluta esa frase que decía la abuela: "Dios cobra las cuentas bien caras a los pecadores, porque aunque muchos lo olviden, ÉL está en el cielo mirándolo todo acá abajo".

Quizás que Paquito estuviera en ese yate haya sido una señal de Dios, una luz para que supiera la magnitud del pecado que cometían, y quizás fuera cierto también que era el Diablo quien se ha pasado todo ese tiempo hablándole al oído, asegurándole que mande a la mierda todas sus pendejerías y ponga hasta la más mínima neurona en ese negociazo por el cual ya tenía más de treinta mil dólares en una cuenta a su nombre, en un banco allá en España, "por si te hace falta, lo puedas sacar cuando quieras, que ya sabes que los americanos no quieren oír hablar de nada de dinero con los cubanos".

Dejó de pensar para concentrarse en las tetas blancas de la turista que dormía junto a él, asoleando su piel blanquísima, como de nata de leche, sin notar que quien también toma el sol junto a ella es un cubano de esos que puede disfrutar lo que la mayoría ni siquiera en sueños podría vivir. Varadero es genial, piensa. Y se dice otra vez que Varadero es genial porque cada vez se hace más exclusivo, más para extranjeros, porque la persecución contra las jineteras allí es más dura que en otras partes, "y cada vez hay menos cubanos que puedan joderte", le ha contado a varios de sus amigos de la high society.

Se viró en la esterilla para alcanzar el coco, abierto en una de sus puntas, y sorber la fría mezcla de agua de coco y ron, alimenticia, dulzona y picante, que siempre le pone su sangre caliente y como

*esa vez lo obligó a mirar las tetas de la mujer con unas ganas que supo debía vaciar esa noche con algunas de las pocas jineteras que se atrevían a putear en el Parque Josone, a uno o dos kilómetros de allí.*

*Necesitaba refrescar. Se había trasladado hasta el hotelito de tránsito en Sancti Spíritus, justo al centro del país, donde siempre lo llamaba Samuel, y la conversación que tuvieron, reconoció, no le había traído buenos augurios. Todo lo contrario. Sintió miedo. Un miedo igual al que sentía en ese momento, aún incluso a pesar de toda la tranquilidad que se respiraba allí, en la piscina del hotel Meliá Varadero; a pesar de que la bebida lo había calmado un poco; a pesar de que dejó de mirar las tetas blancas de la extranjera para clavar la vista en el culo perfecto de otra turista, tal vez dominicana o boricua, que entró a la piscina justo cuando pensaba que necesitaba refrescar.*

*A Paquito lo había visto crecer. Tenía dieciocho años recién cumplidos la tarde en que entró en la sala de la casa, después que Saúl lo separara en la calle de una bronca en la que tenía todas las de perder: se iba a liar a los golpes con Yoandry, un negro enorme que repartía los mandados del barrio, para colmo judoka, "porque anda metiéndose con mi hermana, diciéndole que se la va a templar, que la va a violar..."*

*Era linda su hermana. Esa tarde Saúl pensó que debían ser pocos los que no pensarán igual que Yoandry, porque hasta él, un hombre hecho y derecho, se fijaba en las formas sensuales de aquella niña de apenas treces años que ya se había hecho casi una mujer a la vista de todos, aún más apetitosa por su carácter serio, reservado, nada que ver con ese desparpajo descarado con que en los últimos años se proyectaban las jovencitas.*

*-- Quiero irme del país – le dijo Paquito, todavía sin que se calmara el sofoco en su pecho --. Llevarme a mi hermana de toda esta mierda... Acá me voy a desgraciar.*



*Creyó que era una simple fanfarronada por lo sucedido, e incluso llegó a olvidarlo hasta que un par de meses después alguien le dijo que Paquito y la hermana habían recibido desde Miami el dinero para que pagaran una lancha y se fueran del país. No quiso perder esa oportunidad, pues a fin de cuentas de ese modo estaría ayudando al muchacho y ganando para él ese dinero. Le propuso el negocio y el muchacho asintió.*

*"Ni Paquito ni Susanita han llegado", le comentó la madre del muchacho un par de semanas más tarde, y que allá estaban asustados y habían circulado sus nombres para ver si aparecían por alguna parte.*

*-- Ni van a llegar – le respondió Samuel cuando él le hizo el cuento --. Por la radio del yate me comunicaron que los guardacostas estaban como hormigas bravas esperando la presa y tuve que botar la mercancía.*

*-- ¿Botar la mercancía? – quiso saber --. ¿Los tiraste al mar?*

*-- Tuve que matarlos, Saúl. No me quedó más remedio.*

*Y en ese momento tuvo el mal presagio, como un hedor aguachoso que le impidió escuchar unos minutos, hasta que se recuperó y prestó atención.*

*-- Lo demás fue muy bien – le confirmó la voz de Samuel, casi eufórica, del otro lado de la línea --. Ya tienes treinta y mil y un poquito en tu cuenta, ¿notas la diferencia entre esto y tus ingresos allá?*

*Claro que lo notaba. No se lo dijo porque Samuel siguió hablando, entusiasmado, más convencido que nunca de "que debemos seguir en este negocete, Saúl, no imaginas lo fácil que se gana esa pasta", aunque tenía que confesar que unos cuantos detalles debían ser perfeccionados.*

*-- Debes elegir lugares como ése, bien escondidos, pero fíjate también en la profundidad de la costa – precisó Samuel --, casi descojono el fondo del yate con un arrecife.*

*Y verificar bien que la gente llevaba todo el dinero. "Lo demás ya es un problema mío", aseguró, porque esa vez, "no quise usar lo que usan todos: mandar a los tipos al otro mundo a tiro limpio", y los metió a todos en el camarote antes de abrir las tomboas de gas, y estuvieron casi una hora dando gritos allá adentro, intentando romper la puerta y las ventanitas y las escotillas a patadas y puñetazos, "y hasta tuve que lavar y pintar todo de nuevo porque un par de ellos se cagó y otros echaron sangre por la nariz".*

*Los había amarrado en grupo y los tiró al mar, aprovechando el ancla grande de un barco viejo, cuyo esqueleto encontró en uno de sus viajes por las islas deshabitadas y vírgenes del Mar Caribe y conservaba en cubierta sin imaginar siquiera que le iba a servir para anclar los cadáveres.*

*El culo de la muchacha sobresalía ahora entre el agua quieta de la piscina, mientras nadaba en brazadas lentas, y flotaba como una boya redonda cuando se detenía a descansar, manteniendo la posición del nado, que reiniciaba pasados unos segundos. Sintió una fuerte erección y se lo dijo: "vas a tener que buscar donde vaciarte, Saúl", para recordar casi al mismo tiempo que esa semana debería estar en Varadero uno de sus viejos amores: Elvira, a quien hacía poco nombraron subgerente de una firma canadiense-cubana. "Elvira es buena cama", pensó, y se decidió a olvidar esos malos presagios que venían fastidiándolo desde la conversación con Samuel.*

*-- Una buena hembra te va a quitar esos miedos, Saúl – se dijo, y vio que la turista de las tetas blancas levantaba la cabeza hacia él, como si lo hubiera escuchado.*

## 5

**U**n buen culo hala más que una locomotora, dice el refrán, y debe ser verdad. Clarette es dueña de unas nalgas redondas y duras, y sus muslos son perfectos, y su vientre es liso y sin una gota de grasa, y sus senos encajan perfectamente con su busto que le da un toque altanero, de alcurnia, y su pelo es lacio y negrísimo y le llega casi a la cadera, cuando se lo suelta. También es linda. “Eres linda, Clarette”, y se lo dijo y vio a la jinetera sonreír porque sabía que Mayra no se refería a su belleza exterior, a esa que todos los hombres admiraban y deseaban, sino a la que había debajo de esa piel amulatada, casi india. “Tienes el alma linda, mi amiga”, pensó, y no lo dijo porque ya Clarette debía sabérselo de memoria: tantas veces se lo había dicho.

“Es de pinga ser mantenida por una puta”, pensó meses atrás, porque de verdad le molestaba que alguien que vendía su cuerpo por simple gusto, “porque tengo fuego uterino, Mayra, y me gusta que los hombres me estén dando tranca de todos los colores y a todas horas”, se hubiera echado sobre los hombros una responsabilidad que no le tocaba: antes de aquello, ni siquiera se saludaban cuando coincidían en la escalera del solar. Pero fue la única. Alguien, como siempre pasa en Cuba, se encargó de regar en el barrio que ella huyó del país y tuvo que meterse a puta, y a partir de ese momento todo fue distinto: muy pocos le hablaban; en la casa donde antes de su huída iba todas las tardes a enseñar a modelar a las gemelas, niñas a las que vio nacer y crecer y optar por la plaza de modelos en una importante casa de modas de La Habana, el padre le tiró la puerta en la cara y le dijo, sin miramientos, que ya sus hijas habían elegido bastante mal para venir también a tener una puta de maestra; en la carnicería, el viejo Carlos

prometía “dale, mami, si me dejas darte una cogidita de culo de cuando en cuando no te va a faltar la carne”... un desastre.

La bodeguera, que siempre le cayó mal por sus maneras hombrunas y su predilección lésbica hacia muchachas como ella, la llamó una mañana y se lo dejó bien claro: “niña, es el miedo. Antes de tú venir, hubo una reunión con los vecinos en la que se habló de tu caso. El tipo del Partido que atiende estos barrios lo dijo con todas las letras: no se le puede quitar el ojo de encima. Un potencial delictivo como ella afecta la moral de las personas decentes”. Y que a eso sumara la campaña que la presidenta del Comité le sigue haciendo, “que no olvides que en vez de llamarse *Comité de Defensa de la Revolución, CDR*, esas siglas significan en verdad *Comité de Domesticación de Revoltosos*” y los revoltosos eran todos los que no entraban en el aro del Gran Domesticador, “que creo no tenga que decirte quién es el que más manda en este país”, y que nadie le iba a tirar un cabo “aunque la mayoría envidie ese tiempito en que viviste fuera de Cuba, a pesar de que te haya ido mal”. Con ella no iba a tener problemas, y acercó su cabeza a Mayra para agregar: “mientras no se den cuenta en el municipio, te voy a seguir vendiendo la cuota de tu mamá y tu hermano, pero no se lo cuentes a nadie, ¿ok?”

-- Hace muchos años nos hemos acostumbrado a vivir con ese miedo – dijo después.

Con Clarette ocurrió lo contrario. Un mediodía, precisamente cuando regresaba a la casa con los mandados del mes, vio a la mulata parada en la puerta, sonriendo, y aunque le extrañó aquello, siguió acercándose hasta tenerla al frente; ella con las dos manos ocupadas por las jabas; Clarette, los brazos en jarra, sus manitas finas en la cintura.

-- Tenemos que hablar, Mayra – le escuchó decir.

Cuando la vida te hace la marca de puta, no hay retorno. Era la tesis de Clarette. Ella misma jamás imaginó que sería puta una noche de hace más de diez años, cuando tenía doce, en que su padrastro aprovechó que la madre de su hijastra hacía la guardia del Comité y

empezó a toquetearla. “Me gustó que me tocara, ¿para qué negarlo?”, y fue ella quien velaba a que su padrastro se quedara solo en casa y se acercaba a él y le sacaba juego para que él volviera a tocarla, hasta el mismo día en que cumplió los quince y quedaron solos en la casa porque “mamá fue a buscar el traje a la casa de la mujer que los alquila”, le dijo al hombre y se quitó la batica de casa para quedar desnuda ante él. “Me dolió al principio, Mayra; imagínate esa tranca grande en mi bollito virgen”; pero el placer llegó y se impuso y desde entonces “hasta soñaba con sentir que aquella cosa dura y caliente se me metía dentro”.

-- Descubrí que ya era puta, Mayra – dijo --. Lo traía en la sangre. Y ese deseo me hizo ganarme el nombre de La Mula, porque me pasaba la vida cazando a alguien que me la sonara en cualquier rincón.

Cuando empezó el lío de las jineteras “vi los cielos abiertos, muchacha. Me dije: Clara, tienes resueltos tus dos problemas, el hambre y la gozadera”. Y se dedicó a buscar turistas, a gozar y con lo que cobraba por gozar, empezó a darse la buena vida.

Andaba buscando una compañera. Ella era bruta para muchas cosas, y la muchacha con la que trabajó en la cacería de turistas hasta unos meses atrás, “enganchó a un sueco y ahora está allá, viviendo como una reina, porque el tipo era de mucho billete”. Andaba sola. Y sola en aquel negocio las ganancias no son tantas, “sobre todo cuando se tiene una cabecita como la mía, que piensa primero en la gozadera y no en sacarle dinero a ese macho con el que va a gozar”. Le hacía falta una colega como Mayra, inteligente, preparada, con facilidad de palabra.

-- No cuentes conmigo – la interrumpió.

No volvería a ser puta. Se lo había jurado. No soportaría otra vez el asco de acostarse con alguien y abrir las piernas y dejar que la llenaran de un semen asqueroso que creía llevar todavía en sus entrañas, por mucho que había intentado limpiarse, por mucha rabia con la que se metía las manos hasta donde alcanzaba para que el

jabón arrastrara hasta la última partícula de aquella mierda que sentía vivir, como el alien de la película, dentro de ella.

Ser puta en Cuba era fácil: cazar a un turista, incluso eligiendo si le gustaba o no el cliente, pasear por la ciudad en un lujoso auto de turismo, irse a la cama de un hotel que de otro modo no conocería, cobrar y regresar a casita, a las sábanas limpias de casita, al calor familiar de casita, y al día siguiente ir de shopping y regresar cargada de comida y ropa, con el dinero ganado la noche anterior. Nada que ver con lo que ella había vivido. Encierro. Podría ser la palabra. Sentirse como una presa de esas que a veces vio pasar en los carros de la prisión de mujeres, en las afueras de la ciudad, segura de que jamás estaría como ellas, detrás de las rejas, soñando con la libertad de esa muchacha que las veía pasar con un asco evidente, como si mirara a unas leprosas.

-- Será tu primer cliente – dijo Ángel --. Y trátalo bien, niña, te conviene.

Nada que ver tampoco con el Ángel que la ilusionó y la hizo pensar que Dios existía.

-- Dios no existe – se dijo cuando el dominicano la llevó en el auto hasta una casona lujosísima en Puerto Plata, en una zona cercana a la de los hoteles, y allí la encerró en un cuarto sin que ella se decidiera a preguntar, actuando como si hubieran cambiado a un ángel por un demonio.

Era gordo su primer cliente. Y sudaba. Y tenía un rabo pequeño y apestoso que aquel sapo le obligó a chupar y chupar hasta que sintió una nata caliente en la boca y se apartó para escupir. “¡Traga, puta!”, le gritó el hombre y agarró el pelo de Mayra para empujar la cabeza a su entrepierna. Tuvo que tragar.

Y fue muy largo. Una de las pesadillas que jamás olvida, de esas mierdas que quiere arrancarse de la cabeza, igual que ha intentado borrar las palabras de Ángel: “ya gocé bastante contigo, potra; y a esa semilla ardiente que tienes le voy a sacar un dineral”. Trabajo le

había costado, dijo. No pensó nunca que llegaría a montar una actuación para que una mujer se dejara convencer de que tenía buenas intenciones con ella, “pero en algunos papeles debía constar que te ibas a mi país por tus propios deseos”, aunque tiene que confesar que cuando se la tiró por primera vez “me dije que ese fuego sabrosón que tienes entre las piernas me iba a dar un buen billete, si lograba sacarte de Bahamas”.

-- No volveré a ser puta, Clarette – le dijo.

**E**n una de las pesadillas, Norgito se acercaba y decía: “Papá, papá, te estamos esperando”. Tenía la cuenca de los ojos vacía, la nariz y los labios con marcas de mordidas de quién sabe cuántos peces, y en su cabecita solamente quedaba un mechón de cabello, a un lado del cráneo. Detrás, como atrapados por una niebla que parecía más cortina que niebla, Nadia y Noel seguían abrazados, y Nora miraba hacia nosotros y en sus ojos había una tristeza tan abismal como esas aguas podridas que vapuleaban el barco en que nos encontrábamos. Nadia lloraba y cuando se pasaba su manita por el cabello, largas hebras se desprendían junto a pedazos de piel putrefacta que sacudía hacia la cubierta de metal, cerca de sus pies. Noel no tenía rostro; sólo quedaba de su cara casi perfecta una masa blancuzca, irreconocible. Se sabía que era él porque llevaba puesto el mismo pulóver de listas rojas y azules, “que te hace ver más lindo”, le había dicho Nora antes de salir hacia el escondrijo en la costa, donde nos recogería el yate. A Nora le faltaba un brazo, o no se podía distinguir bien porque esa parte quedaba entre la bruma lechosa de la niebla.

-- Sacude los huesos, dormilón – dijo Lorenzo --. Se hace tarde.

Una hora después estábamos en la playa, sentados en la arena, aprovechando que una brisa fría, a veces helada, soplaba desde el

*mar y, como sucede en esas temporadas, muy pocos bañistas se atrevían a meterse en las aguas. Tres o cuatro muchachones se colaban entre las olas con sus tablas de surfear y John Hill los velaba desde la orilla, a nuestro lado.*

*-- Tengo algo para ustedes – dijo, y siguió con la vista a una gorda de culo grande y fofo y tetas como ubres de vaca que pasó frente a nosotros intentando sacar fuerzas para mantener el trote.*

*Una historia terrible. “No en mi muelle, pero da igual”, pensó que debía contarla. “Es de pinga la cosa, ¿saben?”, nos dijo, y Lorenzo soltó que acabara de contar y no jodiera tanto.*

*-- Es de pinga – repitió.*

*Portuondo se llamaba el testigo. Era boricua. Desde niño escapó de su islita y se vino a Miami. Y en Miami trabajó siempre en la custodia de los muelles, y los años le cayeron y “ahora vive en su apartamento esperando la muerte”. Habían sido compañeros de guardia durante varios años “y así, de tanto roce, uno llega al cariño”, y después de averiguar y averiguar y no encontrar nada sobre lo que le habíamos preguntado, recordó que hacía casi dos meses que no visitaba al viejo, “y me fui a verlo”.*

*-- Hubiera preferido no contar estas cosas – siguió diciendo.*

*Una de esas tantas noches en que estaba solo, se apareció un señor demasiado fino en el muelle. “Algo maricón el hombre, según me cuenta Portuondo, y debe ser verdad”, porque lo conocía bien y sabía que al viejo le daba urticaria ver a un maricón, “les tenía odio”, porque allá en Mayagüez, el pueblo donde vivía en Puerto Rico, su bochorno mayor fue saber que el padre que lo engendró se iba por las noches a los shows para homosexuales a buscar quien se la metiera, hasta que una mañana amaneció en un basurero, muerto, con las hormigas saliéndole por cuanto agujero tenía en el cuerpo, excepto por el del culo, que estaba taponeado por un pene de goma, ensangrentado y enmierdado.*



-- El maricón llegó hasta él y le puso un sobre en el bolsillo grande del chaleco – contó John.

“¡Váyase a dormir un par de horas!”, le había dicho aquel maricón a Portuondo, y por la fuerza con la que dio la orden y porque venía acompañado por uno de los dueños del muelle, no contestó, recogió sus cosas y se fue del lugar, tocándose de vez en vez el grueso sobre que llevaba en el bolsillo del pecho, hasta llegar a la caseta de la guardia, donde se refugió del frío que a esa hora de la madrugada era más de lo que habían pronosticado.

-- Contó el dinero y había dos mil dólares en billetes de a cien – agregó John, y volvió a seguir con la mirada entonces a una flaca desnalgada y de enormes tetas que subían y bajaban con cada paso de la carrera.

Aquello le llamó demasiado la atención. Ya estaba acostumbrado a esos pagos, “ya les dije, cuando los dueños de los yates intentan esconder algún trapito sucio”, pero nunca antes le habían pagado tal cantidad de dinero, por lo cual intuyó que debía tratarse de algo bien grande. Una media hora después, silenciosa, con las luces apagadas y perceptible sólo por el ronroneo del motor, entornando la ventanita de la caseta para poder mirar sin que afuera lo notaran, pudo descubrir lo que le pareció una ambulancia.

-- Poco después llegó el yate – le contó a John Hill.

Un par de hombres, “que Portuondo jura tenían cara de guardaespaldas”, bajaron al camarote y subieron con cuatro niños, “de unos siete a once años de edad”, aunque no podría precisar bien porque todo fue muy rápido y los metieron casi corriendo en la ambulancia. Los traían dormidos, cosa que supo porque llevaban los brazos descolgados, “así, sueltos, a lo como quiera, igual que cuando la gente está bien-bien dormida”.

La historia estremecía. Nos miramos bajo el estupor de haber descubierto algo siniestro, algo que podía significar un triste destino para Nadia y Norgito y Noel, y apenas pudimos escuchar cuando

*John Hill, aprovechando que habíamos quedado solos porque los que trotaban andaban lejos, dijo que aquella jugada se había repetido “al menos tres o cuatro veces al año”, según contó Portuondo.*

*Esa noche volvió la pesadilla: “No seas mierda, maricón”, retumbaba una voz, ronca, seca, como de infierno, “déjanos subir a los niños”; Norgito que mira la mano que intenta alcanzarlo desde la alto del yate y que nos mira y alarga la suya; los niños subirían, sin hablar lo decidimos; y los vemos, desde las aguas negras que quieren tragarnos, subiendo lentamente a la cubierta. Después la niebla. Las voces de los niños que nos llaman. El rumoreo del mar. Aterradas sus voces. La espesa niebla. Sus gritos tan terribles. El frío, el mar, el miedo. Sus gritos que se apagan.*

**F**elipe es un tipo raro, “complicado, mi socio”, te había dicho Orestes, y esa imagen del encuentro con ese amigo en aquella oficina del Departamento de Seguridad del Estado regresa dando rápidas volteretas desde eso que los muchachos ahora llaman en la calle “el disco duro de tu cerebro” y se instala en esa cabecita que cubre tu rizado pelo, dispuesta a que lo vuelvas a revivir todo ante ti, como quien hace un remake de la misma película, con los mismos personajes y las mismas escenas.

-- Es de un partido de la socialdemocracia – dijo Orestes --. Un grupúsculo: de esos partidos que acá en Cuba integran siete personas y hasta tienen una plataforma política más larga que su membresía.

Te sentiste raro. No sabes aún porqué pero aquellas palabras en boca de Orestes, la rabia con la que casi masticó “grupúsculo”, hasta con asco, te hizo recordar cierta discusión de tu padre con otro diplomático. Era la primera vez en tu vida que escuchabas la palabra “intolerancia” y en tus quince años de vida te viste obligado a buscar en el diccionario y leer: *Respeto a las ideas, creencias o prácticas de los demás cuando son*

*diferentes o contrarias a las propias*, y decirte que ni así entendías porque el viejo repitió una y otra vez que hacía falta ser más tolerante, que Cuba no podía caer en la intolerancia, que “caer en la intolerancia es convertir esta Revolución en una dictadura, coño, ¿no lo entiendes?”, dijo entonces, con ese brillo que se le encendía en el fondo de los ojos cuando discutía. Pero cuando supiste que la discusión venía porque había un grupito de gente a los que ellos llamaron la Microfracción, gente que planteaba cosas distintas a las que decía Fidel, aunque no entendías una palabra de política, llegaste a pensar que era mejor que tu papá se callara: definitivamente no tenía razón, porque bien te decían en la escuela que “quienes no están con Fidel, están con los americanos”, y tampoco sin saber porqué, en esos tiempos de tu juventud llevabas en los huesos esa frase del Ché que decía: “a los americanos, ni un tantito así”.

Odiabas a los intolerantes. Muchas noches te llevaron a entender que tu padre, aquel día, era quien llevaba en su mano, como un cetro, toda la razón del universo, tal vez porque comenzaba a intuir, a oler, a cazar en la atmósfera de los espacios oficiales en los cuales se movía, ciertas señales de esa misma intolerancia que, por querer combatirla, lo lanzó de cabeza contra el infarto. Creía tener la fuerza moral y la trayectoria suficiente, como hombre de aquella Revolución, para empezar a señalar en las reuniones del Partido y en las plenarias de trabajo en el Ministerio, que algunas cosas estaban tomando un rumbo peligroso. Cuando se atrevió a decir, en una de aquellas últimas reuniones, que notaba cierto matiz totalitario en las conversaciones con algunos países del área, el propio Ministro lo llamó a la Oficina.

-- No quiero recordar la descarga – contó luego en la casa --. Me dio una soberbia del demonio ver a ese comemierda intentando darme lecciones de patriotismo.

Dijo que llegó un momento en que no oía lo que Robaina hablaba. Y dio la razón a quienes en el Ministerio pensaron que Fidel lo había puesto allí porque necesitaba tener a una pieza controlable, sin la cual manejar a los viejos y sabios diplomáticos cubanos le sería más difícil. Después de esa conversación con el Ministro, pidió la baja.

Que los colegas de la Seguridad del estado fueran intolerantes no te asustaba: de algún modo eso formaba parte de su preparación. Debían ser perros de caza, sabuesos entrenados para olisquear el peligro más insignificante. Pero en Orestes no lo entendías. Especialmente porque también venía de una familia destrozada por la intolerancia y él mismo te había contado muchas de las historias que obligaron a la mitad de los suyos, casi todos con antiguos cargos en la Revolución triunfante, a irse del país.

-- Viaja mucho nuestro hombre, ¿no crees? – dijo y se recostó en su butaca giratoria a mirarte, para que, sin pensarlo, le soltaras: “si me recuesto así como hiciste ahora, allá en mi flamante oficina, me destarro en el piso”, porque al desgraciado que había cortado las cabillas para hacer las patas de tu silla al parecer no lo enseñaron en la escuela a usar bien la regla.

Orestes sonrió. Apretó una tecla en el intercomunicador y ordenó café a la voz de mujer que respondió. Luego volvió a recostarse, esa vez de modo más lento y siguió contando.

-- No viaja por la política – dijo.

Lo habían comprobado bien. O al menos, esa no era la explicación que daba cuando iba a llenar los papeles para solicitar el permiso de salida de la isla: “tiene a la madre enferma y a una hermana loca”, y todas sus gestiones siempre las hacía a través de la Cruz Roja.

-- Lo que nos llamó la atención al inicio es que, muchas veces, la Oficina de Intereses de los Estados Unidos aquí, deniega el visado incluso a los casos de la Cruz Roja, pero con él eso nunca ha pasado.

Le dieron esa tarea a uno de los agentes que tenían infiltrados en los grupúsculos: averiguar si existía alguna relación entre Felipe y algún funcionario de la Oficina de Intereses en La Habana.

-- Y existía, compadre – dijo, soltó un “¡adelante!”, fuerte, militar, cuando sintió el toque en la puerta y esperó a que la muchacha entrara y sirviera las dos tazas de café, para después continuar.

Era amigo íntimo del segundo hombre de la Oficina de Intereses. No se veían en Cuba, contrariamente a cómo sucedía con otros cabecillas de los

grupos disidentes, y los encuentros se producían en Orlando, en La Florida, donde vivía toda su familia, “pero incluso allí lo tenemos vigilado”, precisó Orestes, con ese orgullo de quien sabe que en su trabajo se hacen las cosas casi a la perfección. Creía que esa parte de aquel casito podía interesarte.

-- Uno de nuestros agentes anda buscando la pista de un hombre con quien Felipe se reúne allá en cada uno de sus viajes – dijo --. Se llama Samuel. No sabe más nada. Y en el último contacto que tuvimos con él nos dijo que el problema es que el hombre es tan importante que se cuida mucho, anda siempre con sus gorilas que lo protegen, no da mucho la cara, pura mafia.

Muchos oían hablar de él en La Florida, pero casi nadie podía decir cómo era físicamente el tipo: sólo algunos jefazos de “la mafia anticubana”, que así los llamaban en las mesas redondas de la tele en Cuba, lo conocían en persona. Las tres versiones que se tenían de la historia del tal Samuel eran distintas: una aseguraba que había sido un asesino batistiano y escapó a los juicios y al fusilamiento para instalarse allá donde era dueño de una cadena de restaurantes; otra versión daba por hecho que el hombre huyó de Cuba luego de trabajar en una gran empresa, quedándose en España con unos cheques millonarios del gobierno y después se trasladó a La Florida; la tercera de las historias decía que el hombre había nacido allí, pero de padres cubanos. Las únicas coincidencias eran que tenía mucho dinero y un cargo en una agrupación anticastrista.

-- Pero tengo una pista para ti – y esta vez se echó hacia delante y colocó las manos sobre el buró de formica pulida --. El tipo es un picha caliente y le pegó los tarros a la mujer con una bailarina del cabaret Tropicana.

Se llamaba Moraima y en su edificio la conocían por La Mora. El odio de la mujer contra Felipe era más grande que la muralla china, te aseguró Orestes. “La estamos trabajando con una vecina del barrio, muy amiga de ella, para ver si sacamos algo”, pero pensó que quizás tú tendrías otras formas de abrirle el cajón de los resabios a La Mora, “que bien sé te le cueles mucho a las tácticas de la marginalidad para que la gente suelte la lengua”.

-- Se separaron en una bronca famosa. Felipe casi la mata a golpes y la gente del barrio, cuando oyó los gritos, entró a la casa y la salvó – dijo --. Quizás puedas empezar por este detalle.

**L**a casa de Boca'e Peje es una mansión, casi un palacio, levantada sobre las ruinas de lo que había sido alguna vez la casa de playa de algún ricachón. Está sobre un otero que permite disfrutar de ese paraíso caribeño que encierra la ensenada y con la que algún publicista se daría gusto: playas pequeñas de arenas limpiísimas y uvas caletas muy verdes, promontorios con extrañas formas de animales proyectándose hacia el mar o naciendo de sus aguas, el poblado de los pescadores con esa misma aureola triste que tienen siempre los pueblos de pescadores en todas las partes del mundo, la carretera bordeando la costa, y el desvío, también asfaltado, que se estira como un hilo de plata hasta el sitio donde irían a contemplar el inmenso azul del océano.

Boca'e Peje no se llama Boca'e Peje. Su nombre es Torcuato. Y una vez que ustedes estuvieran abajo, en el pueblito, y preguntaran, alguien les diría: “ni se les ocurra llamarlo por ese nombre, que las despluma”, aunque eso de que las despluma solamente lo pensaría y no lo dijera. “Se llama Torcuato”. Y ustedes se preguntarían cómo puede haber en el mundo alguien con dos nombres, cual de los dos más feo, y reirían bajito y el viejo que seguiría tejiendo su red al tiempo que responde sus preguntas, levantaría la cabeza, dejaría de mover las agujas unos instantes antes de decir, bajito: “Boca'e Peje tiene muy malas pulgas”.

-- Nos manda el Manco – diría Magnolia.

Y verían que Boca'e Peje levanta la cabeza y las mira con unos ojos tan verdes como esas aguas que el sol haría brillar en ciertas partes cercanas a la costa, cerca de la primera playa que se podría ver desde donde seguro van a estar paradas.

-- Nos dijo que usted podría ayudarnos, igual que ayudó a un amigo nuestro, Pedro... Pedro González, ¿lo recuerda? – hablaría entonces Celine, con la voz algo cortada, temblorosa.

Iba a decir que no lo recuerda según el gesto negativo de su cabeza, pero algo detendría ese gesto y su boca a punto de pronunciar alguna palabra, y lo haría quedarse tieso, como un maniquí que enseña esa perfecta boca de pescado, pequeña, pronunciada, de labios finísimos y dientes pequeñísimos y afilados, causa de su mote, para luego asentir y hacerles una seña de que se sentaran.

-- Fue hace bastante tiempo, pero lo recuerdo bien – seguro diría --, ¿quién coño puede olvidar a un hombrón como ése, con tanta pinta de maricón?

Lo diría así, libremente, sin cortapisas, sin rodeos, y las miraría todavía más mariconas, sentadas en la punta del culo sobre las banquetas, como damiselas de sociedad, y se echaría a reír alto, estruendosamente, a pura carcajada, para terminar diciendo en voz ahogada: “este mundo está perdido, con lo sabroso que es clavarse a una buena hembra...”.

No iban a decir: ¿y qué crees que pensamos nosotras?, sentimos como mujeres y su frase la vemos desde una perspectiva distinta: nos gusta el papel que nos dio la vida; el papel de clavo, para que siempre un lindo macho nos martille”, pero sentirían el miedo de ofenderlo y de que esa risa se vuelva encabronamiento y Boca’e Peje las saque de allí a patadas por el culo, cosa a la que siempre le han tenido terror cuando se topan con algún macho recalcitrante y homofóbico: “no por el dolor de las patadas, niñas, si no porque entonces no podremos usar nuestro agujerito hasta que se nos cure del atropello”, decían algunas. Por eso cerrarían sus boquitas y se dedicarían a seguir las palabras que iban a salir de esa otra boquita de peje que se movía en la cara del pescador.

Tendría una lancha pequeña: Dora se llamaría, en honor a una hija “que me salió más puta que una gallina y se murió de SIDA por andar dándole la papaya a cualquier macho”. Su negocio era cobrar cuatro mil por sacar la gente hasta un islote virgen cerca de aguas internacionales y allí siempre los iban a recoger algunos de los yates de unos socios que tenía en Miami.

*“De ahí para allá no es mi negocio”, aclararía, y ustedes pensarían que con Boca’e Peje tendrían dos caminos: creerle aquello, que nada tenía que ver con las posibles muertes; o pensar que esas manos callosas y llenas de heridas, quizás de cortaduras con anzuelos durante las pesquerías, eran las mismas que macheteaban a la gente en trozos que después nadie podría pegar ni reconocer. Quizás esos músculos habían arrastrado al pobre Pedro, “mi amor, Dios te proteja donde quiera que estés”, hasta la fosa y allí los dejaría como pasto para cangrejos y gusanos y aves del mar.*

*-- Cuando lleguen al Yuma pagan la otra mitad – seguiría diciendo.*

*Y la intuición de preguntar se les metería en la sangre. Y preguntarían, porque Alex ha repetido mucho que hay que husmear bien en busca de ese nombre: Saúl, y se escucharían preguntándose, haciéndose las mosquitas muertas, pidiéndole al pescador que perdonara la indiscreción: “¿Usted trabaja para Saúl?”, y explicarían que cuando empezaron a buscar alguien serio en aquel negocio, toda la gente había mencionado ese nombre, “y dicen que es uno de los pocos en quien se puede confiar, Torcuato, porque no podemos arriesgarnos a que nos maten y nos tiren a ese mar, ¡Dios nos libre!”.*

*-- No trabajo para nadie – soltaría Boca’e Peje --. Y si no van a confiar, pueden irse a la mierda, mariconas.*

*Y luego de decir que sí, confiaban, se sentían seguras, y ya le avisarían cuando tuvieran todo el dinero reunido, “porque nos falta un poquito para ocho mil”, bajarían caminando por el desvío asfaltado y llegarían al pueblo de pescadores y saludarían al viejo pescador que aún seguiría tejiendo su red y atravesarían las casuchas para ir a esperar a la carretera la hora en que debía pasar el ómnibus Pinar del Río-Habana.*

*-- No se si te pasa lo mismo, Magnolia – diría Celine --. Pero tengo la rara sensación de que alguien nos siguió y ahora mismo nos vigila.*



**N**o hay adelanto. Nada de lo averiguado hasta ahora por Magnolia y Alain indican que hemos dado un solo paso de avance, y no aparece una sola prueba contra Saúl por ningún lado. Eso le dije a Mayra: “ni una prueba, muchacha”, y a ese tipo, por su historial dentro de las esferas públicas del país, “hay que cogerlo con las manos en la masa”. Y hasta comencé a dudar: una duda lógica, racional, que nacía en la existencia de la posibilidad, aunque mínima según los psicólogos, de que una persona se equivocara en el reconocimiento de un rostro, luego de haber sufrido un trauma como aquel.

Se lo comenté a Alain y fue el olfato del muchacho quien me respondió: “huelo algo, viejo”, y que en todo aquel enredillo había ciertas hebras, ciertas tramas en la tela que no le acababan de quitar la peste a cosa podrida que siempre olía su nariz de sabueso, especialmente cuando “alguien se ha encargado de armar con mucha inteligencia esa trama en la tela de araña, viejo, de modo que nadie pueda descubrirlo”.

Era de noche ya cuando lo sentí entrar en la terraza de la azotea, caminar a mis espaldas, arrastrar una de las sillas de hierro torneado que mandé a fabricar a un maestro soldador para ese sitio, y luego fui disfrutando cómo disminuía la agitación de su pecho por el esfuerzo de subir tantas escaleras hasta allá arriba.

-- No sé cómo no revientas con esas escaleras, viejo – dijo al fin y estiró las piernas hacia delante --. Si no fuera porque Camila me mandó a traerte la panetela esa para el cumpleaños de Lila, no me agarras acá arriba de nuevo.

-- Es la costumbre, muchacho – respondí, creo que sonriendo, y miré su frente sudada. Siempre le pasaba --. A mí me va bien como ejercicio para mis huesos.

-- Pues míralo de este modo, Alex – chisteó --: yo quiero lucir un poco de barriga y estas visitas con tanto ejercicio no me dejan.

Así lo habíamos planificado: una reunión cada tres días en mi casa, para hacer eso que la gente llamaba “tormenta de ideas”, y

ver qué pistas desechar, qué nuevos caminos seguir, aprovechando el día libre de Alain, "cuando lo tengo libre de verdad, Alex, porque el Coronel Lastra se pasa la vida fastidiándome y echándome rayos y centellas, pero cuando no me ve en la Unidad es como si le faltara el aire", me dijo en uno de aquellos encuentros, en un tono en el que pude percibir cierto orgullo por saberse una pieza necesaria, alguien a quien su jefe estimaba y respetaba, aún cuando lo llevara más recio que a otros policías, "que si no fuera porque los que llevamos algo de Islas Canarias en la sangre no explotamos con facilidad, hace rato la buena gente de Norma se hubiera quedado viuda, con todo y que la quiero cantidad".

-- ¿Lograste ver al tal Venero? – le dije, conociendo que si lo dejaba seguir con la jodienda de la escalera estaría fastidiándome hasta la noche por ese espíritu suyo tan bromista, casi infantil.

-- Es un marco ese Venero, viejo – contestó --. Sí, pude dar con él.

Alain llamaba así a los tipos sin cerebro. Me daba mucha risa. Porque era otra de esas denominaciones tuyas que se apartaban de la forma normal en que la gente apodaba acá en Cuba. Cuadro diría la gente; Alain dice Marco. Y la diferencia está en que se llama *Cuadro* a esos dirigentes que ven la realidad del modo en que sus superiores quieren que la vean, y su nivel de inteligencia "o de oportunismo, Alex", les permite hacerles creer a los demás que esa es su forma personal de ver las cosas; el Marco, según la tesis de Alain, es ese dirigente que ni siquiera puede llegar a dar esa imagen, y asume "hasta con dignidad, viejo" el triste papel de repetidor de ideas y conceptos de sus superiores, como un loro entrenado.

Lo encontré en una oficina tan vieja y desaliñada, como vetusto y sucio estaba el castillejo desde donde unos diez policías "velaban por la seguridad ciudadana", como anunciaba con todo bombo y platillo la propaganda que pasaban en la televisión. "Una guarnición como para morirse de la risa, Alex", contó Alain, con

esa sonrisa medio lastimosa y medio satánica que estilaba en ciertas ocasiones. "Imagínate el show", siguió diciendo, "cuatro viejos de cómo doscientos años cada uno que parecen los jinetes del Apocalipsis después de un ataque de lepra, desdentados y con más huesos que el Quijote ése del serial español que están poniendo ahora en la tele; tres ancianas de cómo sesenta años, que son las que hacen las guardias por el día, intentan pasar como secretarias aunque no saben ni escribir a máquina, y para colmo, decidieron montar en la misma puerta de la Estación de Policía un puestecito para vender la taza de café a cincuenta centavos y agregar algo más a lo que le pagan de salario. El otro policía es el anormal del pueblo, que hace guardia, limpia la Estación, bota la basura, entrega las citaciones en las casas del pueblo, y creo que es el más útil de todos allí. ¿Quién me queda? Un chamaco recién graduado del curso básico para policías y el Jefe de Sector, como dijo la vieja Inocencia, un tal Venero".

-- ¿Y a qué se debe ese silencio que usted le pidió a Inocencia sobre lo sucedido en ese viaje? – quiso saber Alain, decidiendo que debía ir directo y sin rodeos al asunto para no calentarle demasiado la única neurona que tenía "el tal Venero", no fuera a ser que se le achicharrara el cerebro.

-- Órdenes de arriba, colega – respondió Venero, dándole a esa palabra, "colega", un tono de comparación que ofendió a Alain, según me dijo allí en la terraza.

-- Pero alguna razón debe haber – insistió Alain --. Una cosa es que profesionalmente debemos mantener silencio sobre cualquiera de nuestros casos, y otra es decirle, casi, exigirle a un testigo que no abra la boca.

-- Mandan, y yo obedezco, colega – fue la respuesta --. Lo único que sé de todo este asunto es que fue un caso reportado desde allá.

Desde la misma gringolandia. Incluso habían sido "otros colegas de la policía en la provincia", precisó, quienes llevaron a cabo la

operación, en "coordinación estrecha con los colegas de guardafronteras" y a él le habían ordenado encargarse del traslado de "la ciudadana Inocencia hasta su casa, aclarándole que no estaba autorizada a contar a nada lo que había visto".

-- En fin, viejo – me dijo Alain y subió los pies a la barandilla que daba a la calle, recostándose en la silla --, que a los tipos de ese yate los tenían allá, en Miami, fichados por tráfico de personas, básicamente niños, para sacarles y vender sus órganos, ya usted sabe.

Le habían pasado la comunicación a las autoridades cubanas y el caso "decidió operarse en el más absoluto silencio, salvar de una muerte planificada a la gente que se iría en ese yate, capturar a los traficantes y esperar, también en silencio, a que se decidiera darle publicidad oficial", porque evidentemente el hecho de que los americanos hubieran cooperado le daba un matiz distinto, de alta política, a todo el asunto.

-- Para decirlo al modo de los políticos – y la voz de Alain me sonó irónica, aunque también herida --: la culpa de que los hayan matado la tiene el bloqueo americano.

Porque nadie iba a decir que había sido un error humano, una pieza reparada que se colocó una semana antes en la lancha guardafronteras y todavía no se había probado, y cuando dieron la orden de salir a interceptar al yate, la lancha se negó a seguir navegando a sólo un par de kilómetros del muelle y tuvieron que esperar a que enviaran otra lancha desde el Puesto de Mando.

-- Por eso los encontraron muertos, Alex – dijo, tan bajo que apenas pude escuchar, hizo silencio algunos minutos, en esa pose que siempre me anuncia ha descubierto algo nuevo, y luego agregó --. Pensándolo bien, viejo, a lo mejor por eso, porque no pudieron salvar a esa pobre gente, decidieron callar lo que allí pasó. Todo es posible en este país donde ya nadie quiere aceptar los errores.

-- El bloqueo americano, Alain – le dije, asintiendo: su reflexión tenía toda la lógica del mundo --. Ese cabrón bloqueo va a acabar con nosotros.

**A** Tamara le gusta que él la clave por el culo. Duro. Hundiendo entre sus nalgas blancas toda la fuerza encerrada en su vientre de macho. Y así la goza. Con Tamara no hace el amor: se la clava. Y es lujuria lo que ella despierta en su cabeza, y él vacía esa lujuria dentro de esa mujer que grita: "¡por tu madre, papi, tan duro no, la tienes muy grande!", aunque él sabe que es todo lo contrario y puede jurar que a veces ha creído oír: "¡isíngame así, cojones, párteme toda, papi, que la leche me salga por los ojos, coño", y otras indecencias que lo excitan más y se la ponen como un madero pulido que sigue hundiendo en ese círculo oscuro que deja entrar "ay, papi, qué rico entra la cabeza de tu pinga", y salir "no la saques toda, machito, clávame de nuevo, coño", agarrada por las caderas, perforándola, pistonéandola, mientras la escucha llorar: "cojones, tú sí eres un hombre, papi, qué rico me singas, párteme más, así, así, así, coño, que me duela", para luego escucharla, "déjame a mí, papito", y ver que se desclava "ayyyyyy, qué sabroso resbala", y se la hunde en la boca y se la traga y la escupe mientras cubre y descubre el glande que crece con el roce de su lengua y le llega hasta la garganta, hasta que logra que él se acueste bocarriba para acuclillarse y acoplar la pinga en su vagina hasta el fondo: "ay qué rico duele, qué clase'e pinga, machi" y empezar a pistonear sus nalgas para cubrir y descubrir esa mandarría que sigue increíblemente tiesa, robusta, erizada de venas, a pesar de que los dos vaciaron una botella de Havana Club siete años y están todavía borrachos y ella se cansa de pistonear y gritar y soltar palabrotas y se desclava de nuevo para tirarse bocarriba y levantar los muslos, con los pies apuntando al techo y decirle:

*"métemela aunque se me boten los ojos, coño, hazme trizas con tu pingona, papi", para que él camine a ella arrodillado, abrace sus piernas, levantándola un poco para ensartarla bien, y ensartarla y hundir en ella toda la fuerza que queda en sus cojones, a puro golpe de cadera, fuerte, más fuerte, para escucharla gritar: "ay, me estás matando, así no, que me duele", y seguirle dando, pistoneando, sintiendo que un líquido caliente empieza a salirle de allá abajo cuando saca el rabo y vuelve a meterlo "ay, Dios mío, qué es esto, papi" y sentir que la eyaculación es tan grande que un fuerte dolor le exprime los cojones cuando ella murmura, moviendo la cabeza, enloquecida, a un lado y a otro: "así, cabrón desléchate, y coge la mía, cógela, coño, cógela".*

*Le gustaba verla dormida. Desnuda y dormida. Todavía mojada después de esa locura animal con la que ella le hace el amor. Así le dice. Aunque él simplemente se la clave bien y se vacíe, ella siempre insiste en pensar que él le hace el amor. Y confunde el placer que él siente en tener un lugar limpio y seguro donde saciar su lujuria con una pasión que él no siente, aunque se ha dicho que no gana nada con decírselo, la pobre.*

*¿Hace cuánto le compró esa casa? No recuerda. Lo que nunca va a olvidar es la cantidad de trámites que tuvo que hacer para que los funcionarios del Instituto de la Vivienda fabricaran un expediente falso, a nombre de la madre de Tamara, donde debía constar que aquella casona en el reparto Miramar, había pertenecido desde la década del 30 a uno de los abuelos de esa muchacha de nalgas apetitosas que viene disfrutando desde una noche en que la descubrió en ese hotelito de Sancti Spíritus adonde Samuel lo llama siempre. Era auxiliar de limpieza, pero al mirarla se dijo que aquella hembra no nació para estar limpiando pisos ni arreglando habitaciones, y muchísimo menos en un olvidado hotelucho de tránsito en una olvidada provincia lejos de la capital del país.*

*Se la trajo a La Habana. Y fue fácil. Porque la muchacha no hizo resistencia a sus piropos, cautelosos primero, pues tampoco ese culo y esas tetas que le golosineaban los ojos por debajo de la tela del uniforme de conserje no eran como para arriesgar su imagen de dirigente de moral impecable; ni pareció molestarse por los que les lanzó después, más atrevidos, más osados, casi soeces. Y por eso no se sorprendió cuando ella se dejó desnudar en una de aquellas mismas habitaciones que ella limpiaba, para hacerlo gozar de un modo casi alucinante, en comparación con las mujeres que hasta ese momento había conocido.*

*Necesitaba una puta. Y la tuvo. Y aunque sabía que otros de sus colegas de trabajo, también de alto nivel, tenían su puta colada en su casita, quizás no tan lujosa como aquella que él le comprara a Tamara, decidió no comentarlo con nadie, pues algo le había aconsejado siempre mantener esos pecados a escondidas.*

*Tamara debía tener media neurona, si la tenía, pero era la más fiel de las secretarias que había tenido en toda su carrera. Y la más experta en cuestiones de sexo. "La secretaria perfecta", le ha dicho a todos, y casi se ha echado a reír cuando ve las caras de los demás mirando intrigados la forma de proyectarse de esa muchacha en la oficina, en busca de esa cacareada perfección que a simple vista no encuentran.*

*-- Es una tumba para las cosas confidenciales – les ha dicho.*

*Aunque no pueda decir lo que piensa. Y lo que piensa es que Samuel le dio un celular en España, "para evitarte los viajes a ese hotelito de provincias siempre que necesito hablarte", y que ese celular está en un compartimento secreto en una de las gavetas de la oficina, cuando él no lo lleva encima, y que es Tamara quien recibe la llamada de aviso, en tono jocosos, como para disimular: "por favor, con Saúl, de parte de Dios", una risita para dar un toque de naturalidad antes de responder: "sí, pero por favor, repita la llamada", si Saúl se encuentra en la Oficina, o "lo siento, Señor Dios, pero el jefe no podrá atenderlo", cuando no podrá*

*hablar con Samuel por cualquier causa. En el primer caso, la llamada se repite, pero al número del celular, que entonces Saúl tiene tiempo de conectar.*

*-- Vas por sesenta mil, caballo – le dijo la voz de Samuel desde el otro lado del mar, a través del diminuto celular --. Te vas a hacer millonario.*

*La llamada no lo sorprendió. Mira las nalgas de Tamara, su espalda perfecta, dividida por la hendidura sensual de la columna que muere justo sobre donde nacen los gluteos, y lanza la vista hacia la torre de la horripilante embajada rusa, a pocas cuerdas del lugar.*

*-- ¿Llegaron? – preguntó, otra vez sintiendo el mal presagio como un ave negra que sobrevolaba, invisible, por el techo de la oficina.*

*-- ¿Llegaron? – repitió Samuel --. No te entiendo.*

*-- ¿Qué si la gente llegó allá, Samuel? – precisó.*

*-- ¿Cuál es el miedo, Saúl? – fue la respuesta --. ¿No te basta con saber que ya tienes sesenta mil dólares en tu cuenta?*

*-- ¿Llegaron o no llegaron, Samuel? – insistió.*

*-- Tampoco – secamente, la voz endurecida.*

*Y el silencio que dejó escuchar solamente el sonido monótono y apagado de la estática en la comunicación.*

*-- No puedo arriesgar a que me decomisen el yate, Saúl – dijo Samuel y Saúl creyó sentir el graznido del ave negra, aunque seguía sin verla pese a estar allí, como las carroñeras, haciendo círculos sobre su cabeza --. Pero esta vez no sufrieron tanto, compadre – agregó --. Llevé comida envenenada.*

*Tanta era la contentura por salir de Cuba, que vaciaron dos cajas de cerveza de lata y dejaron los platos vacíos.*

*-- Luego los tiré al mar – dijo --. Y por lo menos esta venzo me armaron ninguna cagazón en el yate.*



**6**

**S**intió deseos de matarse. Lo confiesa. Unos deseos inmensos de acabar de una vez por todas con aquellas mierdas que Dios había escrito en el libro de su vida, si es que existía ese Dios, porque cada día que pasaba desde su regreso a Cuba se le iba perfilando la creencia de que esa historia de que “alguien nos vela y nos cuida” era un cuento escrito por algún sádico para mantener a la gente dormida en los laureles.

Pero no tuvo valor para matarse. Y eso le clavó todavía una rabia más ciega, como un tizón ardiente, allí, entre sus dos senos, y comenzó a llorar y a maldecirse: “¡deberías morirme, Mayra, deberías morirme, coño!, ¡por qué cojones no me acabas de matar, Dios!” cuando recordó que Clarette le había pedido guardara una botella de su ron favorito: whisky, y entre el mareo de la golpiza que le acababa de dar el novio y el dolor de los golpes y la bulla de la gente que todavía esperaba afuera, chismeando con lo sucedido, logró ponerse de pie y tambalearse hasta el estante de la cocina.

Abrió la botella y se dio un trago largo. Creyó que la garganta se le rajaba en pedazos e intentó apaciguar la ardentía abriendo la boca y tragando todo el aire que pudo, antes de volver a caer, sentada, junto a la repisa del fogón. Allí quedó quieta, mirando fijo al bañito, justo frente a ella, respirando el aroma dulzón de su propio orine que le llegaba desde la taza del inodoro, sin descargar hasta que pusieran el motor del agua por la tarde.

Bebió otro trago. Y otro. Apenas sin respirar. Uno más largo. Luego a buchitos, paladeando la bebida, ya sin la ardentía inicial en su garganta, hasta que todo comenzó a darle vueltas y vueltas y vueltas y algo en el estómago se le hacía una bola y saltaba y sintió deseos de vomitar y aguantó hasta que no soportó las arqueadas. Vomitó. Y sobre el piso quedó la nata verde amarillenta que formaban el ron y muchos granos de arroz de la comida y algunos pedazos del pan que comió en el desayuno, antes de que viniera Ovidio con su escandalera y su golpiza. Y el hedor ácido del vómito y los mareos y la habladera de los vecinos en el pasillo y el dolor de cabeza y su propio llanto, no

sabe, echó a correr el tiempo hacia atrás y puso a Ovidio en la puerta: “¿así que puta, no?”, gritó, y tiró la puerta con una fuerza que le hizo temer lo peor.

Y llegó lo peor. Se había enterado de que “te singaste a medio mundo allá afuera, perra’e mierda”, y le soltó el primer golpe, un puñetazo, sobre el pómulo derecho. El dolor la paralizó. Y creyó que el ojo de ese lado de la cara se le saldría de tantas contracciones. “Y así querías que me casara contigo, yegua, por eso era tu apuro, ¿eh?”, y una patada que fue a darle justo sobre un muslo, como una puñalada que la hizo caer de rodillas: “Ovidio, por tu madre, no es así... escúchame”, llorando lo decía, entre mocos. “¿No es así, cojones, no es así? ¿Y por qué pinga no me lo habías contado, coño, por qué?”, bramaba. “Tenía miedo de esto mismo, Ovidio”. “¿Tenías miedo? Te voy a sacar el miedo a patadas por el culo, puta”, y otras dos patadas, en el vientre, en la cabeza. Mayra ovillada, llorando, mascullando: “no, Ovidio, no”, como un disco rayado; él, dando más patadas, en los muslos, en la nalgas, allí, en las costillas.

“No me des más, Ángel”, suplicó entonces. “¿Quién pinga es ése, otro de tus machos, puta’e mierda?”, gritó Ovidio. Y ya no supo. ¿Por qué la confusión? ¿Eran de Ángel esos golpes? ¿Eran de Ovidio? Sólo le importaba ovillarse, encogerse, desaparecer de esos golpes, protegerse el vientre, inflamado. ¿O no? ¿Qué le pasaba? ¿Debía protegerse el vientre ahora de Ovidio? ¿O era de Ángel? Y se ovilló aún más. Y gimió: “no me den, no me den”, como si fueran dos. ¿Lo eran acaso? ¿O era Ovidio ahora, enterado de su pasado de puta, quien la golpeaba así en el piso de su casa, en La Habana? ¿O estaba en Puerto Plata, en el burdel, y Ángel le atizaba todas sus patadas y esas palabrotas por aquella inflamación pélvica que hacía una semana le impedía satisfacer a los clientes que él le traía al cuarto, a su celda de puta?

“¿Quién cojones es ese tipo?”, repetía Ovidio. Y otra patada. “¿Me querías coger de bobo, prostituta?”. Y un escupitajo que iba a empegostarse en su cabeza. “¿Así que yo era tu macho, tu primer y

único hombre, mariconas?”. Y un halón de pelo que la obliga a levantarse intentando esquivar ese puño que se le clava en un seno y la hace gritar, aún más fuerte: “¡me va a matar, coño!, ¡ayúdenme!”, despertando de la confusión, esperando que la puerta se abriera y entrara alguien y se llevara aquel demonio de allí, igual que allá, en Puerto Plata, entró la conserje y le dijo, aterrada: “Señor Ángel, la va a matar si sigue pegándole así, por favor, déjela, yo le prometo que la voy a sanar rápido”.

Y la sanó. Con unos remedios haitianos la sanó y ella volvió a recibir clientes aunque todavía sentía un poco de dolor cuando la penetraban. El mismo dolor que ahora siente en el vientre después de la patada de Ovidio que la alcanzó en la cadera derecha, casi encima del pubis. “¡Sálvenme, por favor!”, gritó más alto. “¡Cállate esa boca sucia de mamar pinga, perra!”, soltó él. Y otra patada. Y ella que se queda de rodilla, frente a él, y deja de cubrirse y vuelve a gritar: “¡mátame ya, cabrón, mátame!”, para ver ese pie que se dispara hacia atrás y sabe va a estallar en su cara, y cierra los ojos, cuando la puerta se abre golpe y un par de muchachos agarran a Ovidio, que intenta zafarse mientras ellos se lo llevan.

Al rato, cuando supo que ya Ovidio estaba lejos del solar, pidió estar sola. Necesitaba pensar. “¡Quiero estar sola, cojones!”, gritó. Y se tiró en el piso, sucio de tantos pies sucios que habían entrado a ver el show, la golpiza convertida en un show más para la comidilla y el chismorreo del barrio, y recostó la cabeza a la pared y empezó a llorar, bajito, casi ya sin sentir los latigazos del dolor de los golpes, ni ver los moretones en todo su cuerpo. Nada.

-- La vida es una mierda, coño – se dijo en voz baja.

Y fue cuando sintió deseos de morir, de quitarse esa vida miserable que sólo Dios o el Diablo sabían qué nuevos tragos amargos le haría tragar. ¿Qué más podía perder? Incluso Ovidio, su primer amor, su único amor real, puro, enloqueció de aquel modo ante su pasado de puta, como si fuera ella la culpable de que el destino la hubiera arrastrado a vivir esas podridas horas, esos podridos días, toda esa

porquería que, pensó entonces, sólo matándose podría arrancarse del pellejo.

Pero no tuvo el valor. Y con ése último trago tiró la botella de whisky al piso y la alejó de una patada. Y sintió que todo alrededor le daba vueltas, que las palabras de la gente afuera le daban vueltas, que los muebles de la casa daban vueltas, que hasta la peste a orina andaba brincando de un lado para otro, que su propio llanto salía de su boca y giraba en el aire como un boomerang y regresaba a ella, y sus dolores crecían y crecían, dando volteretas por toda la casa, y que la puerta se abría y sus ojos amoratados, adoloridos también, le dejaron ver a la sombra que se acercaba. Y se volvió a ovillar. Con mucho miedo. Pensando en una nueva tanda de golpes. Y una arqueada nueva la hizo desovillarse y ya no pudo levantar la cabeza. Vomitó. Un líquido verdoso. Con peste. Ácida. Mientras la sombra se delineó en una cara y unas manos que buscaban sostenerla: “Clarette, me quiero morir”, dijo, antes de que las sombras la envolvieran.

**P**oderoso Caballero es Don Dinero. No había dudas. Y nos repetimos a coro: “Poderoso Caballero es Don Dinero”, y nos abrazamos, eufóricos, Lorenzo, el Máster, Asunción, Genovevo, Arístides, Cortapisa, Muela Quieta y Ernesto Ernesto. Y brincamos abrazados, como los equipos deportivos cuando ganan. Y gritamos. Y decidimos emborracharnos para celebrar que ya teníamos nuestros papeles: “Somos ciudadanos, mi hermano, citizens, bróder”, gracias a que Miguelón había movido sus influencias con los tipos de la Fundación Nacional Cubano Americana y “algún dinerillo, que ya ustedes me han pagado bien con sus servicios, muchachos, no se preocupen”.

Y bebimos. Y bailamos. Y cantábamos, como Willy Chirino: “ya vienen llegando”, esa canción en la que se anuncian los tiempos en que los cubanos podríamos regresar a la isla y ser felices y libres, hasta sacarnos de la piel el último pedacito de tanta nostalgia

*acumulada en más de cuarenta años. Y después bailamos con Gloria Estefan y descansamos un poco, sentados y siempre tomando, mientras la grabadora nos hacía reír con el disco de chistes de Álvarez Guedes, que andaba ya por uno donde Fidel va al Infierno y pone a todos los diablitos a trabajar en la construcción de casas prefabricadas para enviar a Venezuela, cuando alguien tocó a la puerta.*

*Era John Hill. Venía sudado, “que para encontrar este edificio he tenido que dar vueltas cantidad, carajo”, y nos hizo una seña para que saliéramos un momento, o fuéramos a conversar “a otro lugar donde no haya tanta gente, señores, que lo les voy a contar es una bomba”.*

*-- Volvemos ahora, caballeros, dejen algo para nosotros – y nos fuimos con John Hill a sentarnos en un parquecito cercano.*

*Había dado con dos tipos. Del modo más increíble del mundo, “porque, para serles franco, ya había desmayado la averiguadera, ya saben, por lo que les conté de que en esto es mejor no ver de más”, y estaba en una de sus guardias nocturnas cuando vio entrar al muelle a un viejo conocido de su pueblo, allá en Cuba.*

*-- Almeida y yo fuimos como hermanos – nos dijo --. Fíjense que él iba a comer a mi casa porque sufrían diez varas de hambre y eran como quince hermanos que su madre crió sola, a puro cojón.*

*Y se abrazaron y empezaron a conversar de cómo cada uno llegó a Miami. Y se sentaron a esperar, “a uno de mis jefes, que es amigo del dueño de uno de estos yates: el Concepción, ¿lo conoces?”. Conocía el yate y al dueño y se lo señaló, apuntando a los que se mecían al fondo, algo inquietos a esa hora de la noche, por una rara marea que quizás se debía al ciclón que andaba destrozando el Mar Caribe.*

*-- ¿Esto lo pagan bien? – y se refería al trabajo de John Hill en el muelle.*

*También Almeida se buscaba un buen billete. “Es algo peligroso, entre nosotros, pero al final he podido comprarme mi apartamento,*

*tener ese carrito del año que ves allá”, y señaló hacia un Audi azul cielo, en el parqueo más cercano, “y mantener a mi familia en Cuba con un alto nivel de vida, caballo, que aquello está cada vez peor”.*

*No tuvo que preguntar. Almeida siempre había sido de hablar mucho y en todos aquellos años en que dejaron de verse estaba muy cambiado, avejentado incluso, pero conservaba su lengua suelta. Y estuvieron hablando casi dos horas, hasta que se apareció el jefe, “un tipo muy elegante, con unos trajes casi exclusivos, de esos que son carísimos”, y anduvieron mirando el yate Concepción por dentro y por fuera. “Hasta lo encendieron”, nos dijo John, “seguro que para probarle los motores”. Después se fueron.*

*-- ¿Y eso qué tiene que ver con lo que buscamos? – preguntó Lorenzo.*

*Una de las “historias peligrosas” que le contó Almeida tenía que ver con niños: “con tráfico de niños, quiero decir”, negocio que no le hacía perder el sueño al tal Almeida “porque lo mío es venir a recogerlos al muelle y entregárselos a un señor en una casa de West Palm Beach”. Lo demás no era su asunto: “si los despellejan o los cuelgan por los cojones hasta que se desangren, ya no es mi asunto, y como dice el dicho: ojos que no ven, corazón que no siente”. Era su táctica. Y confesaba que después olvidaba hasta la carita inocente de los niños cuando el jefe le soltaba los billetes, en fajos, “porque este negocio mueve millones, aunque no se da todos los días”.*

*Sólo en el último embarque habían traído siete niños, “de Costa Rica, creo”, que compraron a sus padres, gente que se moría de hambre en los barrios insalubres y no podía mantener a sus hijos. Les prometieron que tendrían una buena educación, casa segura, alimentación con todos los requerimientos, y que les mantendrían el recuerdo de quiénes eran sus verdaderos padres, para cuando fueran adultos pudieran regresar con su familia y una carrera ya hecha. “Los pobres”, siguió diciéndonos John, en un tono apenas audible cuando alguien se acercaba, “no imaginaban que esos análisis que les hicieron en el mismo yate, ya en el muelle, antes de*

que Almeida los recogiera, era para marcar el destino de sus órganos”.

Trabajaban así. Una gran cadena que empezaba en los hospitales, casi siempre privados, donde los ricos ingresaban a sus parientes enfermos, “dispuestos a esperar porque apareciera un donante”. Pero era tan complicada la espera, que algunos morían y entonces surgía la variante de encargarse de la búsqueda del órgano. “El hospital hace el listado de quienes están dispuestos a pagar, se lo pasa a los proveedores” y éstos buscaban, siempre en los barrios marginales de los países del Caribe, México y algunos otros.

-- Para evitar que los órganos lleguen con problemas o se echen a perder – dijo, y lo sentimos algo asqueado, casi igual a nosotros --, ya empezaron a usar la variante de trasladar al donante a los Estados Unidos.

Y eso había añadido un nuevo interés a los traficantes de personas: aquellos donantes casi eran los únicos que sobrevivían a los viajes y entraban a territorio americano, donde eran recibidos por personas que se hacían pasar por autoridades migratorias, y los encerraban en casas preparadas para dar esa idea, hasta que les llegaba la hora del sacrificio.

-- ¿Y dices que uno se parece al hombre que buscamos? – cortó Lorenzo, tal vez pensando que ya habíamos oído demasiado.

Era blanco. De ojos azules. Tenía un bigote cuidadosamente arreglado y las cejas muy tupidas. Y una sonrisa extraña: “siempre irónica, burlona, no sé”, dijo.

-- Se llama Samuel – precisó, y nos miró satisfecho.

**L**a Mora es una mujer destruida. “Está hecha mierda”, pensaste, antes de acomodar tus nalgas en la cómoda felpa de la butaca que te señaló,



en el pequeño recibidor de la casa, desde donde se veía la amplia sala, de grandes muebles y macetas con flores y macramés con bonsáis colgando del techo y una jaula enorme con un par de cotorras, a esa hora dormitando. “Una vaca vieja con maquillaje”, te dijiste otra vez, y bajaste la cabeza para no reír, porque habías dado con la imagen justa que describía a ese adefesio de boca mal pintada con un rojo chillón, y cejas retocadas con un lápiz negrísimo, “como los payasos”, sin entender a esas mujeres que se echan a morir cuando el macho se les corre con otra. O no sabes. No lograbas precisar si a La Mora le dolían los tarros que el marido les pegaba, la golpiza pública, la posibilidad de no tener a su hombre en la cama; o si esa destrucción en su cuerpo se debía a que, con seguridad, muchos lujos, muchas cosas de su anterior buena vida, comenzarían a faltarle; o si había una mezcla de las dos cosas en el alma de la que había sido “su excelencia Moraima”, “su Majestad La Mora”, como la apodaban irónicamente algunos vecinos en el barrio, a quienes preguntaste poco antes de ir a tu encuentro con ella.

Esa multiplicidad de dolores en La Mora te venía como anillo al dedo. Y las heridas que seguro todavía sangraban. “El plan perfecto, Alain”, te dijiste, porque nada sería más efectivo que llegar, como llegaste: “¿es usted, Moraima Casamayor” , y ver que asentía, parada en el dintel de la puerta, franqueándote la entrada, “quisiera hablar con usted, señora, pero en privado... es... un asunto confidencial”. Coartada irrefutable. Y rematarías, como remataste, diciendo que el Jefe de Vigilancia del barrio ya le había dado algunos datos, pero él necesitaba confirmar algunas cosas más personales.

-- Es que su esposo... perdón... -- y supiste que aquella interrupción fingida te había quedado de maravilla --, el ciudadano Felipe, no anda en muy buenos pasos y se está preparando un expediente para agarrarlo con las manos en la masa.

También sabías que mordería el anzuelo. Y eso pasó. Los ojos de La Mora brillaron con un destello que supiste era puro odio, deseo de desquite; con ese brillo de euforia de quien ha esperado largo tiempo por el castigo para

alguien que mucho daño le ha hecho, y ve que la hora de la venganza ha llegado.

-- Sabemos que Felipe tenía ciertos negocios... ¿me entiende? – y dejaste correr una pausa breve, convencido de que la mujer seguiría hundiéndose en su garganta el anzuelo afilado que le habías tirado --. Negocios ilegales... sucios...

Varios tenía, asintió ella. Ni siquiera pensaste en preguntar algo más: sabías que hablaría, extenso, con detalles, largando de su pecho todo el odio que Felipe había sembrado allí con todos sus tarros y la golpiza y la decisión de irse a vivir a otra casa, llevándose con él una buena parte de la vida de reina que había dado a la que hasta ese entonces fuera su mujer, “la señora de la casa”.

-- Tenía una red de putas – dijo La Mora, con un rubor que le descubriste en el matiz rojizo que encendió sus orejas --, ya usted imagina, esas cabronas que ahora llaman jineteras.

Creía que eran unas doce. “Y hasta tiene un álbum con sus fotos”, porque ella misma logró verlo allí, donde estaban sentados, una tarde en que invitó a comer a un mexicano, dueño de un hotel Meliá en Cancún, amigo de Saúl “otro cabrón al que debían partirle las patas”, Felipe sacó el álbum de la habitación donde tenía su escritorio, se lo dio a Saúl y éste lo puso en las piernas del hombre, que se entretuvo un buen rato pasando fotos y fotos, bebiendo a sorbos de un vaso de ron Varadero cinco años que ella les sirvió, hasta que dijo: “esta es una diosa”, y señaló a una muchacha rubia, de unos veinte años, que dejaba ver su hermoso cuerpo a través del agua clarísima de una bañera antigua, donde estaba metida. Tenía los pezones más grandes y rojos que ella había visto en toda su vida. Por eso la recuerda.

-- Esa noche tuvimos una discusión bien fuerte – precisó La Mora.

Ella quiso saber y él se negó a darle detalles. Ella le recordó que vivían como reyes en un país que se estaba hundiéndose en la miseria, que sus relaciones con Saúl “y sus amigos” no le iban a servir para nada bueno, “porque tú bien sabes que a gente como Saúl siempre la Seguridad del Estado los está velando” y que lo único que les faltaba era que tuvieran

metido allí a un agente, “que seguro no vendrá a protegernos, Felipe”, pues bastante tenían ya desde que él había decidido meterse “a esa porquería de partido”. El le soltó en cara que no olvidara que “esa porquería de partido” también les estaba dando un buen dinero, “y la seguridad de que si nos pasa algo, los americanos nos protegerán, comemierda, usa para algo tus neuronas”. Tenía negocios por fuera, sí, le había confesado. Pero sólo los tenía con Saúl, “que está en la mata, Mora, en el lugar donde se controla todo, y ten la seguridad de que a ése no lo van a joder nunca... se cuida mucho el pellejo”.

-- El me manda los turistas y yo les busco las putas – dijo esa vez --. Negocio limpio, ¿entiendes? Nada invierto, mucho gano.

Porque nadie vería raro que a los hoteles que Saúl controlaba desde su oficina en el Ministerio llegaran turistas platudos, “altos empresarios del turismo la mayoría”, a disfrutar las maravillas de Cuba. Cada año que pasaba eso era más normal, sobre todo porque muchos querían invertir en una isla que seguía virgen para ese tipo de negocios, aún cuando los cubanos pensaran que ya el país estaba atestado de hoteles.

Algunos paquetes turísticos, básicamente desde México, ofrecían a la puta como una opción de lujo cuando dos amigos de Saúl, turoperadores, “que mucho han ganado en esto”, se daban cuenta de que el cliente andaba buscando algo más que paisaje, ron, música y tabaco. Y lo difícil había sido escoger los hoteles que pudieran servir mejor a esos efectos: sitios donde las putas pudieran entrar y andar con sus clientes, sin las persecuciones a las que estaban siendo sometidas en los últimos años.

-- Me aclaró que eso lo había resuelto Saúl colocando en las gerencias de esos hoteles a personal de su confianza... y con sobornos para algunos otros, claro – te dijo la mujer, cruzó las piernas y dejó ver unos muslos flácidos, con esas arrugas bajo las rodillas que anuncian la llegada lenta de la vejez.

También andaba con Saúl en líos de vender ron. Felipe las conseguía y Saúl exportaba las cajas. Muchas veces lo oyó pactar precios, en conversaciones que siempre efectuaba en lo que llamaba “mi oficina privada”, justo en una

puerta de madera y cristal nevado que te señaló y que lograste distinguir desde la butaca donde te habías sentado.

-- No sé cómo lo hacía – y la viste hacer un gesto con la boca, una especie de mueca, como si le molestara no poder aportar ese detalle --, pero puedo asegurarle que en cosa de un año se hicieron dos o tres grandes embarques, y todo por el puerto, con otras mercancías legales.

Tenías trabajo para empezar a buscar: un montón de claves que te llevaban al puerto, el centro de todo aquel andamiaje que La Mora extendió ante tus ojos. Pensaste darle las gracias y salir. Decirle “no sabe cuánto nos ha ayudado, compañera”, manteniendo tu papel de verificador comunista, y pedirle silencio total acerca de todo lo que allí habían hablado. Pero algo te detuvo.

-- Hay algo más—dijo.

-- ¿Algo más?

-- Nunca me gustó esa relación...

-- ¿Qué relación, Moraima? – dijiste, algo incómodo por sus rodeos --. ¿Tiene esto algo que ver con Felipe?

-- Con Felipe y con Saúl – respondió ella, bajó los ojos al piso de mosaicos decorados con pequeños Pavorreales dorados y luego volvió a mirarte --. No me gustó porque ése tipo trataba a Felipe y a Saúl como si fueran sus esclavos.

-- ¿A quién se refiere usted, Moraima? ¿Hay alguien más acá en Cuba implicado en estos negocios sucios.

-- No vive aquí – la escuchaste decir, otra vez bajando la cabeza, como quien recuerda --. Vive en Miami, pero va y viene. Se llama Samuel. Y se cree más poderoso que Dios. No puedo olvidar esa tarde en que los vi...

-- ¿Vio a Samuel aquí, en Cuba? – y no pudiste evitar que en la pregunta se escapara todo el asombro por aquel descubrimiento.

-- Claro, compañero, aquí mismo – contestó, quizás extrañada por tu asombro --. En esa sala que usted ve conocí a ese degenerado de Samuel.

**A**terradas. Así estaría cualquiera si decidía hacer lo que ellas hicieron: muertas de miedo, con la piel erizada de terror, como de gallina. La guagua podría no pasar, y se verían obligadas a regresar al pueblo de pescadores y hablar con el viejo tejedor de redes, que las llevaría hasta una casucha donde deberían compartir un camastro del tiempo de Matusalem. Pero no dormirían. No podrían dormir. Y llegaría la noche y las sombras cubrirían todas las casuchas del poblado y el rumoreo del mar podría adormecerlas, pero no dormirlas: sentirían la necesidad de quedarse despiertas, los ojos bien abiertos, las orejas buscando en los ruidos de la noche alguna clave que les compruebe si era cierto o no el temor de Celine de que alguien las seguía desde que salieron de casa de Boca'e Peje.

Alguien las había seguido. Comprobarían que su intuición de damiselas entrenadas no se había equivocado cuando Celine levante la cabeza para decir, en un susurro lleno del mismo miedo que saltaría desde sus ojos: "Magnolia, hay algo afuera". Y sentirían los pasos, leves, como buscando un sitio por donde fisgonear hacia el interior de la casucha, "seguro buscando el modo de entrar a matarnos, Dios mío", aún más asustada la voz de Celine. Cesarían los pasos, unos minutos, y sus oídos estarían tan aguzados que hasta el chocar de muelas de los cangrejitos en el riacho cercano, que desembocaba en la playa, les llegaría como si aquellos animales tuvieran molares de acero y los chocaran con la furia con la que dos espadachines baten sus espadas en un combate. Luego sentirían el toque, de nudillos, sobre la madera tosca de la puerta.

-- ¿Quién es? – preguntarían, intentando sacar de sus pechitos de mujeres aterradas un tono que demostrara calma, nada que ver con esa agitación que las hacía temblar como hilos de araña al viento.

-- No me conocen – respondería una voz cascada, ronca, que les parecería salida de ultratumba --. Necesito hablarles...corren un gran peligro.

*Y eso las asustaría más y quedarían abrazadas sobre el camastro, esperando a que tal monstruo entrara y las desgarrara con un enorme cuchillo de descabezar pescado, como en algunas películas americanas que habían visto en los últimos tiempos, pero se relajarían un poco con la voz del viejo tejedor: “pueden abrir”, diría, “Celedonio es un gran amigo... tiene algo importante que decirles”.*

*La puerta se iba a abrir. Ante esas circunstancias, es lo más natural que ocurriría, y ellas verían entrar a un calvo insignificante, casi enano, de complexión absolutamente contraria a la del monstruo sanguinario que imaginaron al escuchar su voz. Respirarían tranquilas, como sedadas por una enorme pildora, cuando desde la puerta, el viejo tejedor movería su mano arrugada y de dedos arrugadísimos en una despedida: “no tengan miedo”, volvería a decir, “quedan en buenas manos”.*

*-- ¿Quieren irse del país? – preguntaría Celedonio.*

*Dirían que sí: era lo conveniado, la fachada ante todos para poder buscar en los sitios que Alex había indicado, y lo verían menear la cabeza a los lados, mientras una mueca arrugada le encogía la boca.*

*-- He visto a muchos como ustedes llegar a esa casa – y su voz, siempre ronca, vendría cargada también de una impotencia rara --. Nunca los he vuelto a ver.*

*Y debían creerle, pero tenía las pruebas de que esos no estaban dándose la vida que soñaban en los Estados Unidos.*

*-- ¿No han oído la leyenda del Cayo de las Ánimas?*

*No la habrían oído. Y esperarían, en silencio, expectantes, a que Celedonio siguiera contando y dijera que hay un cayo justo en ese kilómetro que marca el último metro de mar que pertenece a Cuba, antes de entrar en aguas internacionales, y que en las noches de luna llena los pescadores no se atreven ni siquiera a pasar cerca, “pues las ánimas sobrevuelan la isla, como aves carroñeras”, y dicen algunos que quienes han osado acercarse jamás han regresado, “porque si esas ánimas se te acercan y ves su cara, te empiezas a podrir y te salen gusanos por los ojos y la boca hasta que te mueres... Son ánimas en pena”, almas de personas que murieron en el mar,*

*escapando de Cuba, comidas por los tiburones, asesinadas por los traficantes, “y nadie sabe qué las hace reunirse allí, en ese cayo, siempre que hay luna llena”. Dicen que era terrible. Que incluso los que estaban lejos tenían que taparse los oídos para no oír la llamada tenebrosa de las ánimas, “porque si uno las oye, el cuerpo se endurece y pierdes el control y te lanzas a nadar hacia el cayo, hasta que te mueres, siempre podrido, o los tiburones, que aparecen, nadie sabe cómo, en manadas, no dejan ni un pedacito de tu cuerpo”.*

*-- Algunos han ido por el día y han encontrado gente muerta, podrida, y una peste insoportable – seguiría contando.*

*Y hasta una vez los guardafronteras recalaron en el cayo y cuando intentaron sacar un cuerpo enterrado en la arena, que descubrieron porque tenía los pies afuera, descubrieron una fosa de gente muerta, y gusanos, muchos gusanos blancos, como una nata, y cangrejitos alimentándose de la carne podrida y hormigas enormes anidando en los cuerpos. Más de diez muertos.*

*-- ¿Y qué tiene que ver Boca'e Peje con esto? – preguntaría Magnolia, ¿sería aquel el islote donde encontraron a su Pedro “mi gran amor, Dios te conceda vida y paz eterna”?*

*-- Es un tipo de muy malas entrañas – respondería Celedonio.*

*Nadie allí, en el poblado, podía precisar cómo lo había hecho. Pero tenía una fachada de revolucionario que todos reconocían, menos los más viejos del pueblo, que cargaban la memoria de los tiempos de Batista como un fardo del que lograban ni querían desprenderse, “porque hay cosas que es mejor no olvidar, ¿saben?... es el único modo de defenderse de muchas mierdas que tuvimos que vivir”.*

*-- Torcuato desapareció de todo esto dos meses antes de que Fidel entrara en La Habana – y la voz de Celedonio les llegaría esa vez más calmada, con las palabras como estiradas, quizás por el esfuerzo de rescatar algo de un sitio difícil, inaccesible, en su cerebro --. Regresó como parte de la columna del Ché.*

*Dicen que se había unido en Camagüey a la columna que llevaba la invasión desde Oriente hasta el Occidente del país, y que su espíritu aventurero y sus habilidades como hombre de mar, acostumbrado a soportar todo tipo de limitaciones y trabajos, le granjeó la confianza del comandante argentino que ya empezaba a convertirse en un mito junto a Fidel, y “el día que entró al pueblo en un jeep americano, vestido de verde, como los guerrilleros de Fidel, traía grados Capitán y la orientación de dirigir el poblado”.*

*-- ¿Tiene eso algo de anormal? – preguntarían, con la sospecha de que a Celedonio lo habían atacado la envidia y los celos, pues él mismo les había dicho que antes de la entrada de Fidel en La Habana era él quien regía los destinos de aquellos pescadores, como una especie de Alcalde de los pobres.*

*Torcuato Boca’e Peje, como muchos otros en Cuba, se habían subido al carro de la victoria cuando ya la guerra contra el dictador Batista estaba ganada, y en esos pocos meses, aprovechando la liviandad con que se otorgaban los grados entre las tropas de Fidel, en virtud del valor y de la utilidad del soldado, habían ascendido en la escala militar con la misma rapidez con la que sube el humo del tabaco que alguien suelta con fuerza en una bocanada.*

*-- Torcuato era hermano del Jefe de la Policía ahí, en Artemisa – sería su respuesta --; un asesino que huyó a Miami cuando Fidel triunfó.*

*Los viejos de aquel pueblo sabían bien que muchos jóvenes, que luchaban contra Batista, habían sido delatados por Torcuato, y que él mismo, en persona, llevó hasta la estación a un par de muchachos que decidieron irse para las lomas de Oriente y alzarse con Fidel. Boca’e Peje se ofreció a llevarlos hasta Santiago de Cuba en su máquina, pero en vez de hacer eso, los condujo hasta la puerta de la Estación de la Policía en Artemisa, donde los prendieron.*

*-- Tres días después aparecieron en una cañada – escucharían, y algo se les metería en la sangre contra aquel hombre que, seguras ya estaban, tenía que ver con los asesinatos donde Pedro, “oh, cuánta falta me haces, mi*



*amor”, había perdido la vida, descuartizado quizás por esa misma mano sádica que conducía la máquina esa tarde de 1958 que Celedonio contaba.*

*Nadie podía ya probarle nada, porque en los primeros meses, “los que sabían de esas cosas que Torcuato había hecho junto a su hermano” empezaron a sufrir accidentes muy raros, a morir, y a desaparecer.*

*-- No se fíen de ese cabrón – y el consejo les llegaría desde la misma voz ronca, pero en tono más bajo, casi paternal --. Boca'e Peje jamás será un hombre en quien confiar.*

**S**ilencio. Siempre el silencio. Y la simulación. Y decir sólo lo conveniente: la verdad a medias. Ocultar. Disfrazar. Hablar sólo de los esplendores en el sol, llevando hasta sus últimas consecuencias aquella crítica de Martí: “los desagradecidos sólo ven las manchas en el sol”. No aceptar, con una tozudez rayana en la ceguera, que esas manchas se iban extendiendo y expandiendo y prácticamente ya lo cubrían todo. Buena estrategia.

¿Cuántos casos como este han visto estos ojos de negro viejo? Perdí la cuenta. Venero se lo dijo bien claro al buenazo de Alain: “esto lo controlan desde arriba, colega”, y que la orden de silencio no tenía plazo fijo. Como siempre, ya aparecería el momento exacto para develar la mancha, achacándole su existencia a los enemigos, sólo a los enemigos, esos malnacidos que se pasan la vida inventando cómo joder “a este país perfecto, el paradigma de la perfección social”, como ironiza Camila, en algunos de esos días en que viene con Alain a visitarme, para que Camilito pueda jugar con mis sobrinos, en familia, como hemos venido haciendo desde que ellos entraron a mi vida, justo con la muerte de mi hija Patty.

El listado es enorme. Me pongo a pensar y aparecen uno tras otro, apelonándose, avergonzándose de ser ese animal político que cierto funcionario aseguró era cada ciudadano del mundo. Aunque debió decir, también: "el cubano es el animal más político del mundo". ¿Quién lo duda? ¿Quién entiende que deba ocultarse a la gente la cantidad de cubanos que siguen lanzándose al mar, buscando la gran vida que promete el Norte, aún cuando no sea cierta? ¿Qué razones humanas pueden justificar que se oculte la muerte?

-- No les conviene, viejo -- dijo Camila, acabada de regresar de su visita familiar a Miami --. Sería reconocer que a pesar de que dicen que el pueblo entero apoya al gobierno, la gente sueña con irse en masa.

Y quizás fuera eso. Pero uno activa las neuronas y termina convenciéndose de que alcanza relieve de trauma nacional, va más allá de toda política, y quizás en ello esté lo peligroso del asunto: la muerte no entiende de política; es simplemente alguien o algo que viene a buscar almas y se las lleva, sean cuales sean las circunstancias, pues le da igual la vida de un multimillonario en Japón, la modernísima Japón, la ultradesarrollada Japón, que la de un niño pordiosero en las favelas de Brasil. Lo que le importa es no regresar con las manos vacías a ese lugar del que nadie vuelve.

¿Cómo empezaría mi listado? Puede ser simple. Cuando alguien hace un recuento empieza por las personas y objetos y cosas más cercanas. Y entonces mi listado empezaría por mi mismo: matón al servicio de mafiosos y protector de muchos revolucionarios en estos barrios que desde los años cincuenta están bajo mi mando. Alguien resaltó mis méritos, mi contribución a la lucha liberadora, las vidas que había salvado de la hecatombe batistiana. Nadie habló de los otros muertos, de la otra supuesta gran mancha en el sol: serví, y muy fielmente, a quienes se aliaron con Batista, el gran asesino, para convertir este país en un negocio inmenso, rentabilísimo.

Seguiría con Killo, mi sobrino, ese muchacho que se fue al África, a las guerras de liberación del África, y jamás regresó. El oficial que hizo el discurso en el barrio, ante todos los vecinos, habló de valentía y entrega, de sacrificio y solidaridad, de eternidad en el seno de la patria agradecida. ¿Puede alguien llegar a ser eterno, o a que la patria lo ame sinceramente, si lo mandan al paredón de fusilamiento por haber creado una banda de soldados que robaba negras jóvenes de las aldeas para venderlas en los burdeles de las grandes ciudades de Etiopía? ¿Qué se ha ganado con ocultar la parte sucia de esa guerra, las miserias humanas que renacen en la guerra?

Puedo saltar a la historia de Justo Marqués, despojado de un importante premio nacional porque su libro *Habana Babilonia o Prostitutas en Cuba*, sobre el rebrote de las putas en la isla, "no resulta conveniente para la realidad política que vive el país", según las palabras de uno de los jurados. O seguir con esos niños que cada mañana forman en la escuela de la esquina y juran "Seremos como el Ché", porque siempre desde arriba así lo orientan, sin pensar que quizás, como en el chiste popular, pase un borracho y con voz estrepitosa diga: "¿asmáticos?", ni ponerse a usar al menos una neurona para comprender que están pidiendo algo absurdo: ser todo lo bueno y grande y sacrificado que fue alguien. Pero el lema no dice: "Seremos todo lo bueno que fue el Ché"; dice: "Seremos como el Ché", es decir, que dentro de unos años tendremos un ejército de héroes asmáticos que también serán autoritarios, déspotas, intransigentes, extremistas, como muchos han intentado escribir, humanizando al hombre que fue Guevara, y no el Guevara de las estatuas, y las postales, y los llaveros, y las camisetas, y las gorras.

Y hasta podría continuar con la desconfianza política. Un cuento. Una prueba de cómo la astucia popular describía la presencia de la política en todas partes. Me reí mucho con ese cuento, que me hizo en el restaurante Don Kafé, el periodista Martín Medem, corresponsal de la Televisión Española acá en La Habana.

-- ¿Sabes por qué en las calles de La Habana los policías hacen la ronda en grupos de tres?

No pude contestar. Los chistes con policías eran tantos en Cuba que bien podría escribirse una enciclopedia, un libraco de esos en letras chiquirriticas con miles y miles de páginas, y en los ojos del español, eufórico por cumplir ya tres años en Cuba, y triste porque apenas le quedaba un año de su contrato, noté el brillo de quien aguanta para no reír.

-- Es bien simple – explicó --: andan tres, porque uno sólo sabe leer, otro sólo sabe escribir, y el tercero, que ni sabe leer ni escribir, vigila a “esos dos peligrosos intelectuales”.

Quedaría pensar. ¿Cuántos muertos habrá desde aquí hasta ese momento en que decidan develar públicamente que estos crímenes de los traficantes suceden más de lo que muchos piensan? A nadie eso le importa. No recuerdo que general ruso lo dijo, pero es cierto que en las grandes batallas, los seres humanos dejan de serlo y se convierten en números, en simples cifras que alguna vez permitirán saber cuánto fue el sacrificio. Solo la muerte gana. Y sonrío.

*C*on los santiagueros jamás habrá un arreglo: no hay quien les gane en una competencia de regionalistas. El aeropuerto de Santiago es más grande que el de La Habana:... le hicieron un metro más; el cabaret Tropicana Santiago es más sabroso que el Tropicana de la capital, el famoso paraíso de las estrellas, con una historia que viene desde el siglo pasado: en el de Santiago, las mulatas bailan con menos ropas y se seleccionan por sus enormes culos; y ese restaurante, en el cual estaba sentado, el Tocatoro, en una de las calles principales del reparto Sueño, allá en

*Santiago, cocina mejor la Langosta Termidor que el Tocororo del reparto Miramar, en La Habana.*

*Debe aceptarlo de una buena vez: las putas cubanas cada día se hacen más exquisitas, más caras. Esa china de grandes ojos y senos descomunales que lo hizo gozar de lo lindo en la habitación del lujoso Sierra Maestra, además de hacerle saber que es muy explosiva la combinación de la mujer china con el negro para dar una mulata achinada como ella, le hizo pagar 32 dólares por cada una de esas dos langostas que devoraron esa tarde, luego de una larga sesión de templeta que los dejó empapados de sudor, hartos de placer, y hambrientos.*

*Está sentado en la terraza del balcón, en el hotel, y mira la ciudad, la indómita Santiago, como dirían los jodedores: la cuna de la Revolución, vacía, porque al bebé se lo llevaron para La Habana. Es hermosa. A veces se ha dicho que vivir en la capital tiene el placer de muchas cosas y la desgracia del bullicio, del atestamiento de la gente, de una arquitectura basada en los edificios altos, que se convierte en algo monótono, cuando la modernidad cae sobre ellos. Acá es distinto. Camina por las calles y respira el aire de un antiguo esplendor, y esas casas de apenas dos pisos, que conservan las huellas de quienes las construyeron varios siglos atrás, además de histórica, le crea a Santiago una aureola mágica, casi ancestral. Y una paz a veces aplastante.*

*Le gusta esa paz. Viaja a las provincias siempre que puede buscando tranquilidad, echar a volar la mente en otras cosas que no sean el aturdimiento agitado de la vida en La Habana y el trabajo más trabajo más trabajo de todos los días; e incluso aprovecha para cumplir una de sus apuestas machistas más secretas.*

*-- Me he propuesto probar el sabor de la mujer cubana, de una punta a otra de la isla – le dijo una vez a Samuel, con quien hablaba mucho de esas cosas íntimas que para otros mantenía siempre en veda.*

*Y ya iba por siete. Eran catorce provincias y un municipio especial: quince mujeres para cumplir con su apuesta, “mil dólares a que no la cumples”, le había dicho Samuel, y él había aceptado el reto.*

*-- Ya voy por siete – le dijo por teléfono --. Te mando la prueba en cuanto pueda.*

*Y la prueba era una foto. Acostumbraba a retratarse con cada una de sus conquistas. Pero en cueros. Como Dios los trajo al mundo. Y si era en plena faena de sexo, mejor, porque así no habría lugar a dudas. Ganaría la apuesta. Aunque no le importara el dinero. ¿Qué eran mil dólares para un tipo como él, que ya tenía cerca de noventa mil en su cuenta de España?*

*Precisamente la langosta le recordaba una de las últimas operaciones. En esa sí tomó parte. Una gran farsa. Una puesta en escena casi perfecta en la que metió las manos en la sangre. Y le gustó embarrarse las manos en la sangre. Y se sintió eufórico cuando contaba el dinero ante los ojos de Samuel: “doscientos mil, caballo, doscientos mil fulantines de un paletazo”, gritó, y se abrazaron. No pensó nunca que matar le daría esa alegría. Aunque se ha preguntado si otra vez no es culpa del dinero, si ver tantos billetes juntos fue la causa de que se olvidara de esos comemierdas que yacían sobre cubierta, esperando a ser lanzados al fondo del mar, como otras veces.*

*-- Esta vez necesito estés conmigo – le pidió Samuel.*

*Eran unos macetas, de esa gente que haciendo negocios ilícitos se habían convertido en millonarios en un país de pobres como Cuba. Habían pagado ya los ocho mil dólares, “y me dijeron que cuando llegaran acá, me pagarían algo más”, y eso le había puesto sus antenas en alerta, “porque si están dispuestos a pagar más, es que van a sacar un billetaje del país”.*

*Le harían una cena. Samuel lo esperaría con el yate en altamar, en el islote acordado, el mismo que utilizaban casi siempre, y él llegaría*

*en una lanchita con motor fuera de borda, junto a los dos matrimonios.*

*-- Voy a prepararles una langosta Termidor que se chuparán los dedos – dijo Samuel.*

*Y aunque los pasajeros nunca lo sabrían, igual que en dos viajes anteriores, aquella sería la última cena: “conseguí un veneno que acá le dicen Terminador... para matar ratas ya acostumbradas a los venenos actuales”, fulminante, con un ligerillo sabor ácido que Samuel enmascararía con la salsa.*

*-- Nos vemos el mes que viene – le dijo, ya desde la lanchita, luego de un abrazo largo, sádico, mientras veían cómo los cuerpos se perdían en la profundidad de las aguas.*

## 7

**M**agnolia es una de las mariconas más conocidas de La Habana. Es un travesti. Aunque no es justo aplicarle esa palabra, que significa transformista, a una persona que se cree mujer, siente como mujer, piensa como mujer y es una de las más auténticas mujeres que ha conocido. Tiene el corazón de oro. O como dicen por ahí, “es un panal de miel con patas”, dulce y tierna, aunque lleve en sus huesos ese trauma que llama “mi cruz, niña, nacer macho cuando debí nacer como ustedes dos, una mujer con

esas buenas tetas y esas nalgotas y esa papayita que tienen Clarette y tú”.

Desde que entró al apartamentito de Magnolia; desde que se miraron entre las tres; desde que Clarette dijo “Madama, te entrego esta joya en bruto para que me la pongas ready for the war”; desde que vio a la negra travesti sonreír con una de las caras más limpias y de ojos más limpios que ha visto en toda su vida, se dijo que serían grandes amigas, especialmente porque era de las que creían en el viejo dicho de que “no hay mejor amigo para una puta que un maricón”, aunque, ya pasados los meses desde aquel primer encuentro, Magnolia no sea para ella un maricón, sino simplemente “Ella”, “La Divina Flor”, “mi amiga del alma”.

Esa noche empezarían por el corte de pelo, por la búsqueda del maquillaje perfecto “para esa carita de diosa, preciosura”, por las medidas para algunos vestidos “inocentes pero provocativos, niña, de esos que van a descocar a los hombre cuando te vean: glamour, nena, glamour para ese cuerpecito”; detalles que luego resaltarían más con las clases de movimientos “felinos, como de gata en celo”, que Clarette le enseñaría.

-- Te bastará con unas lecciones, Mayra – dijo Clarette y observó, satisfecha, el resultado del trabajo de Magnolia: “eres un mago, Magnolia”, agregó, para echarse a reír con la cara hosca del travesti, que se paró en el medio de la salita, las manos a la cadera, como una chusma de solar: “una maga, Clarette, no te confundas, mago será tu abuelo”.

Le gustaba la franqueza de Magnolia. Hasta ese mismo día en que Clarette la llevo “a refinarte, Mayra, no puedes trabajar en esto como si fueras una carbonera”, sus contactos con los maricones, cada vez más comunes en el país desde que el gobierno decidió no perseguir a nadie por sus predilecciones sexuales, habían estado bajo la marca de una intolerancia absurda que la hacía verlos como payasos de los cuales reírse y a quienes se podía despellejar vivos en las comedillas del barrio.



-- Muchos nos ven así – le había dicho Magnolia, cuando ya tuvieron confianza para hablar de esos temas --. Por desgracia la mayoría de la gente nos ve nada más como un aberrado que anda buscando meterse una buena pinga en el culo.

Y conocer de cerca el trauma que Magnolia sufría desde niño, desde el mismo día en que descubrió que debió haber nacido mujer porque simplemente sentía como una mujer en cuestiones de sexo, gusto y sensibilidad, la ayudó a comprender lo que el travesti decía cuando hablaba de “que hay cruces que una no merece, Mayra, pero la vida es una cabrona que a veces te juega muy malas pasadas”.

-- Magnolia es un ser tan especial, como ser humano, que no conozco a nadie que no lo adore. Ya verás lo que te digo – mascullo Clarette, casi mordiendo las palabras, cuando estaban frente a la puerta del apartamento del travesti.

¿Cómo había llegado allí? Ya lo tenía bien claro. Luego de que Ovidio la golpeará, la escupiera, y convirtiera su nombre en un chisme más de los muchos que rodaban por el barrio, de boca en boca, en versiones cual de todas más denigrante, mientras se recuperaba de la borrachera, en la soledad de su cuarto, mirando al techo acompañada de Clarette, que le acariciaba el pelo y le mantenía sobre la frente un paño mojado en alcohol, “así se te pasará el dolor de cabeza de la curda, duerme”, pensó en la posibilidad de seguir el camino al que la misma vida la había lanzado: ser puta, porque ya pensaba que era como si algo hubiera escrito esa mísera palabra junto a su nombre, con una tinta indeleble y de matices negrísimos.

Después se arrepintió de sus pensamientos. Aunque no del todo: algo latía allá adentro, en la neblina turbulenta de su cerebro, diciéndole que no valía la pena sublevarse, que todos los caminos, como decía la famosa frase, conducían a una cama donde ella debía abrir las piernas, desnuda, y dejársela meter por el primer hombre que pagara bien por gozar con el sabor y los jugos ardientes de su cuerpo.

-- Míralo de esta forma, muchacha – le dijo Clarette, unos días después --. Las putas somos putas, no hay remedio. Una vez que te marcas de puta, llevas esa marca, como una res, hasta que te mueres.

Y que lo inteligente era saber usar aquella marca sucia para sobrevivir, “en un mundo que te detesta porque eres sucia, pero viene a ti a gozar con tu suciedad, cuando le conviene, y a escondidas”. Había aprendido con el paso de sus años como jinetera en La Habana que eso que “los leídos” llamaban sociedad era el reino de la falsa apariencia, y que en ese reino, ellas, las jineteras putas prostitutas mujeres de la vida pecadoras, “como quiera que nos llamen, Mayrita”, eran las más honestas, quizás de las pocas personas sin máscaras en una sociedad de máscaras.

-- Somos putas y actuamos como putas y la gente nos mira como a putas.

Así de simple. Y que su estrategia debía ser distinta: “no echarte a morir pensando que la vida es una mierda, que la sociedad te detesta, que la gente se asquea cuando te mira, eso es pura mierda porque no siquiera es la pura verdad”.

-- A ver si me entiendes, muchacha – y comenzó a explicarse --. Tienes que ser puta porque lo eres y ya la vida te marcó como a una vaca. ¿Qué te queda?: Ser puta.

Y que quizás siendo puta, metiéndose a integrar “las gloriosas filas de las jineteras que cabalgan por toda la ciudad en busca de turistas para singarse”, y lo decía teatralizando, como un político habla desde una tribuna, “puedes darle solución, con mucho esfuerzo y tesón y sacrificio en aras de tu justa causa”, a ese otro problema del cual no lograba desprenderse.

-- Como puta vivirás bien con lo que cobrarás por dar tu culito, te lo aseguro – dijo --. Y según lo que me cuentas, puede ser una forma de acercarte al que mató a tu familia, porque tú misma me dijiste que parecen encantarle las jineteras como nosotras.

Eso la decidió. Aunque todavía, mientras sentía las manos finas de Magnolia arreglándole el pelo en un moño hermoso sobre la nuca, alguna pequeña muralla le impedía traspasar libremente, sin más traumas, esa frontera que la llevaría a ser una más de esas muchachas que se disputaban los sitios de turismo y los turistas, como aves carroñeras sobre una presa muerta, o moribunda.

-- Tendrás mucho futuro en este bisne, niña – escuchó decir a Magnolia y no pudo evitar que regresara el pasado: Chuchy La Soberbia, el travesti más codiciado por los hombres en el burdel de Ángel en Puerto Plata, amigo de la infancia del propio Ángel, le había dicho lo mismo al verla entrar: “esta es Mayra, Chuchy, prepárala para esta noche como tú sabes. Y anúnciala bien caro, que es cubana”.

Por Chuchy se salvó. Lo reconoce. Aquel maricón era tosco, gruñón, déspota con las otras putas dominicanas, y sin embargo con ella fue distinto, casi un amigo. Y cuando vio que regresaba la inflamación, que Mayra se doblaba de los dolores en el vientre, hinchado como un tambor, después que atendía algún cliente; cuando comprobó que el remedio haitiano sólo había aliviado un poco la dolencia y que ella necesitaba reposo, un gran reposo, quizás de meses, fue a buscarla a la habitación donde la encerraban cada noche, para que no escapara.

-- Hoy mismo te vas de aquí, cubana – dijo, y todavía no sabe qué hizo que Chuchy La Soberbia aprovechara esa madrugada para regresar al burdel, la llevara en una camioneta hasta Santo Domingo, luego de varias horas de viaje, y le dijera: “ve a la Embajada de tu país, cubana; no te mereces lo que estás pasando”, sin darle chance a agradecer, dejándola en la esquina de una avenida inmensa, parada y con varios pesos dominicanos en una mano, “con esto te alcanzará para varios días”, hasta que las luces traseras de la camioneta fueron solo dos luciérnagas en la oscuridad neblinosa de la noche, que ya empezaba a morir.

**S**amuel era imposible de atrapar solo: “siempre andan sus gorilas cuidándole el culo” le dijimos a Miguelón y lo vimos levantar sus hombros, hacer una mueca y dispararnos las palabras, a pleno rostro: “yo ustedes, dejen esa mierda a un lado... ese tipo es un intocable, conmigo no cuenten”, y por eso, cuando pusimos los pies en la escalerilla metálica del avión y tuvimos delante el aeropuerto de La Habana, otra vez La Habana, el recuerdo de cómo fuimos a ver a Milton llegó claro, como una ráfaga de aquel viento que batía mientras descendíamos hacia el ómnibus larguísimo que conducía a los pasajeros hasta el interior de la terminal.

-- ¿Cómo les fue? – preguntó Milton, acostado en la terraza pequeña de su casa en Hollywood, Miami, vestido apenas con un short azul que resaltaba las pecas sobre su cuerpo, el pelo rojo todavía mojado, como si se hubiera acabado de lanzar a esa pequeña piscina que tenían delante, donde también, a veces, íbamos a bañarnos y a beber y a revivir esa Cuba lejana que todos añorábamos y que Milton mantenía viva con sus casi mensuales viajes a la isla. Nos contaba sus viajes. Y Cuba regresaba, vivísima, siempre verde, más hermosa en el recuerdo a través de la voz de Milton, que entonces dejaba ser el jefe de un supuesto negocio de carros viejos, fachada que permitía robar y vender autos modernos, y hasta su carguita de droga de cuando en cuando. Negocio redondo. Peligroso y redondo. Pero más dinero en nuestras arcas. Poco trabajo: una vez al mes, quizás dos, robar algunos autos; cinco o seis veces al año, distribuir a los vendedores la droga que Milton traía quien sabe de dónde. Y regresar con Miguelón, a quien seguíamos viendo como “el jefe”, y no como a Milton, “que es jefe y amigo, Ignacio”, decía Lorenzo.

-- ¿Cómo les fue? – repitió.

Y contamos: como él, Milton, había dicho: “estos tipos siempre tienen una rutina en sus vidas, y en esa rutina cometen errores, hay que velarlo”. Y lo velamos. Y descubrimos que aprovechaba sus

*sábados de golf en su club para correr a campo traviesa, y en esos momentos se quedaba solo, confiado en la seguridad que le ofrecía un club tan exclusivo, y aunque fuera una hora, pero estaba solo y ese podía ser nuestro momento: el hombre allí, enfundado en su traje deportivo, corriendo bajo los árboles, pensando quién sabe en qué nueva hijoeputada, despreocupado en su creencia de ricachón omnipotente que allí nadie de la plebe iría a molestarlo.*

*Nadie fue a molestarlo. Pasamos varios días buscando un sitio por dónde entrar, algún rincón no velado de aquel parque, pero nada: imposible colarnos. “Pasemos al plan B”, dijo Lorenzo con aires de capo mafioso. Y en el plan B era menor el tiempo: sólo media hora, quizás menos, justo cuando salía del club, todavía vestido con el traje deportivo, ya sudado, se montaba en el asiento trasero de su limosina, en esa escena tan común en las películas, que descubrimos se copiaba de la mismísima realidad, y por algún extraño vicio decidía pasar por la oficina. “¿Qué carajo irá a hacer?”, preguntó siempre Lorenzo en todos esos días en que estuvimos velándolo. Luego supimos.*

*Colarse en un edificio de oficinas es más fácil de lo que muchos piensan, porque los guardias se sienten confiados y suponen que la seguridad es total, inviolable. Eso los va llevando a confiarse. Y se confiaron. Y unos pocos billetes nos permitieron entrar por la puerta de salida de las conserjes: un pequeño elevadorcito que nos condujo a la segunda planta y de allí, escaleras arriba, un sitio jamás frecuentado, como es obvio en los grandes edificios, subimos hasta el séptimo piso, unos tres minutos antes de que se abriera uno de los dos elevadores centrales y el traje deportivo, ya menos sudado, del tal Samuel, nos dio la tranquilidad de que había caído en nuestras manos, y de que temblaría, como tembló, cuando Lorenzo lo encañonó y dio la orden: “abra la puerta y métase dentro, no tenemos tiempo”.*

*El tiempo era oro. Contábamos con veinte minutos antes de que los gorilas subieran, preocupados porque el jefe estaba violando su*

*rutina. Sonó el contestador del teléfono: “Sam, es Paddy”, y luego un silencio, como de quien espera, de modo que hasta podíamos escuchar la respiración agitada de esa mujer que volvió a decir: “Sam, es Paddy”, y la vuelta a esperar, otro minuto. Y el tal Sam que miraba el cañón de la pistola de Lorenzo, los ojos abiertos, pero con una serenidad asombrosa en la cara, quizás intuyendo ya que nada pasaría, hasta que la voz en la línea suspiró: “bueno, darling, de todos modos te espero mañana donde siempre”. Y colgó.*

*Todo pensado. Quedaban ya quince minutos y Lorenzo avisó tocándose la esfera del reloj.*

*-- ¿Por qué mató a mi familia? – y la rabia que brotó del pecho casi nos asfixia --. ¿No me reconoces, perro’e mierda?*

*Lo vimos respirar, aliviado, decir muy bajo: “ah, era eso... creí que eran ladrones”, como quien ya está acostumbrado a que le hicieran esa pregunta, y luego señalar al imponente buró, justo de espaldas a un amplio ventanal de cristal que dejaba ver una parte de la ciudad: hermosa vista, casi soporífera de Miami.*

*-- ¿Puede abrir esa gaveta? – dijo --. En el fondo, a la derecha, hay un sobre de fotografías.*

*Allí estaba. Comenzamos a pasarlas, Lorenzo también mirando, sin dejar de apuntar hacia Samuel. Y una de aquellas nos obligó a detenernos, incluso al punto de que Lorenzo bajara el arma para concentrarse en la imagen. Samuel, sin embargo, no se movió de su lugar. Sentimos que nos miraba. Y cuando levantamos los ojos hacia él, intrigados, pudimos verlo con una sombra en su cara, como de tristeza. Y eso nos confundió aún más.*

*-- No es la primera vez que pasa – lo escuchamos hablar, sereno, como quien se ve obligado a dar una disculpa --. Ese cabrón está matando gente allá en Cuba. Parece que las saca del país en algún yate y luego las mata en el mar.*

*Si nos fijábamos en la fecha de la foto, nos dijo, veríamos que era de hacía diez años, de “la última vez que nos vimos acá en Miami,*

*cuando vino a ver a la vieja”. Eran idénticos. Y no hacía falta que lo dijera, pero lo dijo: “somos gemelos... cuando los viejos se separaron, él se quedó en Cuba y yo llegué acá con la vieja”. Desde esa vez, no había sabido más de él. Ni siquiera podía decirnos en qué estaba trabajando. “Para nosotros se murió cuando se puso a decirle a mamá que era una degenerada, que lo había abandonado allá con un comunista de porquería”. Lo echaron de la casa y supieron que anduvo en un hotelucho de mala muerte en Miami hasta que tuvo que volver a la isla.*

*-- Se llama Saúl, Milton – terminamos de contarle. Y vimos que el negro pecoso se estiró sobre la toalla, bostezó estruendosamente y nos miró a los ojos --. Está en Cuba. Hay que ir allá.*

*-- ¿A Cuba? – nos preguntó Milton --. ¿Qué mierda se te ha perdido allá?*

*-- Los muertos no van a estar quietos hasta encontrar venganza -- dijimos. Y Lorenzo asintió --. Tíranos ese cabo, con los papeles.*

*Nos ayudaría a conseguir los papeles, el pasaje, todo. Con sus contactos eso no resultaría ningún problema, “que igual que fui Milton en La Habana, soy Milton en Miami”. Y que si quería resolver rápido su problema, tenía un solo consejo que darle.*

*-- Busca al viejo Alex – nos sugirió Milton --. Alex Varga... No hay ni una mosca que se mueva en La Habana sin que ese viejo lo sepa.*

**C**amilito empezó a roncar sobre tu pecho, como cada noche, “que le has hecho esa mala costumbre y cuando estás de guardia es del carajo para que se duerma”, te ha dicho Camila, la cabecita recostada a tu hombro, desmadejado totalmente, y no pudiste dejar de sonreír, con ese placer de padre que ha ido creciendo desde aquel día, hace siete años ya, en que te lo enseñaron desde el otro lado del cristal, en la sala para niños de bajo peso.

Ahora sabes que tu hijo es lindo, casi perfecto, y se lo dices a todos, con orgullo, “mi hijo es un príncipe”, pero aquella vez, a pesar de que ya lo habían bañado y vestido de limpio, lo viste arrugado y feo y hasta con la cabeza deforme por el esfuerzo de la madre al parir.

Camila llegó hasta ti, “oye como ronca el descarado”, dijo, riéndose por lo bajo, y empezó a cargarlo con cuidado de no despertarlo hasta acomodarlo entre sus brazos para llevarlo a su cama, después de que detuvieras el balanceo de la vieja comadrita, el mueble más antiguo de la casa, rescatado del cuarto de los trastos y utilísimo para balancear a Camilito en esas malas noches durante su primer año.

Te encanta ver a Camila de ese modo. “Me encanta verte así”, le dices, también bajito, al oído, acercándote por detrás mientras entran al cuarto, aunque lo que piensas es bien distinto: “me excita verte así”, pero no lo dices. Y la viste colocar suavemente al niño en la cama, taparlo con la frazada para cuidarlo de ese frío que en los últimos tiempos cae sobre La Habana, húmedo y jodedor y lleno de aguaceros que encharcan la ciudad.

Llovía afuera, y el sonido del aguacero te hizo recordar que te gustaba hacer el amor en esas noches, cabalgar a Camila hasta su último rincón, protegerte del frío y de la lluvia en el calor hirviente de su pubis negrísimo, entre la cálida prominencia de sus nalgas blancas, o con tu cabeza hundida entre sus dos senos. Ella lo sabe. Por eso te abrazó y se recostó a tu pecho y comenzó a acariciarte una tetilla.

-- Hace días te noto bastante lejos – dijo --. ¿Es por lo del viejo Alex?

-- A veces hubiera preferido ser ciego y sordomudo – asentiste y tu mano fue a posarse en su cabeza, acariciando con los dedos entre los pelos de su nuca --. ¿No te has preguntado nunca hasta dónde se va seguir pudriendo este país?

Sabías la respuesta, pero necesitabas hablar, vaciar ese escozor que te comía la sangre, como un cáncer doloroso, cada vez que te enfrentabas a una mierdilla de esas tantas que volaban y volaban como esporas de un pedazo al otro del país, retoñando hasta en los sitios más increíbles.



-- Este país está perdido, Alain – la escuchaste, y de pronto fue como si tuvieras delante de ti al viejo y te dijera esas mismas palabras, con dolor, “se está haciendo añicos por dentro”, pensaste, porque sabías que nadie como tu padre amaba tanto aquella isla, que muy pocos habían luchado como él, con la entrega de quien nada pide a cambio, bien distinto a esas legiones de revolucionarios que andaban en todos los rincones enseñando, como Pavorreales, sus medallas, escribiendo sus historias personales como si fueran dioses, con la intención de que los demás los leyeran con la misma devoción con la cual se lee la Biblia, y terminaran pronunciando, con admiración: “¡Oh, un héroe!”.

¿Qué le asombraba? Y la voz de Camila siguió siendo ese susurro que desgranaba ante ti las palabras. Y las palabras fueron armando alguna historia. Y la historia tenía que ver con lo que buscabas y ya le habías comentado.

-- Desde siempre el mundo del turismo ha sido corrupto, Alain, no sé de qué te asombras.

Bastaba conocer el ejemplo de Robaina, el flamante ministro del exterior, a quienes la gente del pueblo llamaba “Roberto Roba y ná”, la esperanza de los cuadros jóvenes de que era posible alcanzar el poder, el gran poder, convertido ya en el ejemplo de que “en este país el poder está bien distribuido, Alain, pobre del que sueña que tendrá más del que le toca”.

-- ¿Recuerdas a Selene? – te dijo, y levantó un poco la cabeza para mirar a la cama donde Camilito decía algo, entre sueños.

La recordaba. Se habían conocido en el hotel donde Camila era carpetera y desde entonces, en todos sus viajes a Cuba de vacaciones o trabajo, ella siempre se quedaba allí, en el último cuarto de la casa, donde hasta su muerte había dormido el padre de Alain. Y era conversadora y muy respetada allá, en México, porque trabajaba para un importante canal de la televisión.

-- Me dijo que lo de Robaina había sido una vendetta de Fidel.

-- ¿Una vendetta? – quisiste saber, porque las vendettas eran cosas de los capos mafiosos, no de los políticos.

-- El gran Robaina estaba reuniéndose allá con gente que planificaba tumbar a Fidel del caballo y ponerlo a él como presidente...

-- Eso es un cuento – la interrumpiste.

-- Nada de cuento, Alain – y esta vez Camila te miró algo molesta y dejó de acariciarte la tetilla, aunque luego se acomodó mejor sobre tu pecho --. Allá, en el canal de televisión donde ella trabaja, pusieron hasta una conversación de Robaina con uno de esos tipos... y publicaron más pruebas.

Pero acá, en Cuba, dijeron que todo era un asunto de corrupción de la mujer del ministro, empresaria también flamante de una turoperadora en México, desde donde vendía, “y bien caros, que eso también era verdad”, paquetes turísticos a Cuba que incluían prostitutas y drogas.

-- Por fin... -- preguntaste después, intentando cortar su perorata de rabia desilusionada -- ¿averiguaste algo sobre el tal Saúl?

Lo haría, no debías preocuparte. No lo había hecho aún porque su amigo de Cubanacán andaba de viaje por España y ella no se atrevía a contarle esas cosas a nadie más, del mismo modo en que tú le confesaste a Camila que no te atrevías a ir directo a conversar con Saúl porque “va y se me asusta, Camila, ¿y quién atrapa a un cabrón como ése si llega a levantar el vuelo?”.

-- Dame un par de días – pidió ella, y la sentiste trepar encima. La dureza te aviso. Una dureza entre tus piernas que ella amasó con una de sus manos y fue guiando, experta, hasta la entrada tibia de su cuerpo. Cerraste los ojos mientras ella se hundía en ti --. Vamos a pensar un poquito en nosotros, anda --, le escuchaste decir.

***M**ayra se erizaría, aterrada, como siempre que recuerda esta historia. Ha intentado olvidarlo. “Hay cosas que es mejor olvidar, Magnolia”, le ha dicho, y las vería sonreír: Celine con su boquita de diosecilla perfecta; Magnolia con su enorme bamba sensual, acucilladas sobre la cama, mientras Mayra se prepararía frente al espejo,*

*retocándose el maquillaje, arreglándose la caída del moño en su cabeza, para ir a la cacería de turistas de esa noche. “Estás regia, niña”, diría Celine, y su tonito cantado seguro le haría pensar a Mayra que es cierto que canta como la otra, “la Celine Dione”, y la verían sonreír, mientras se pasa el cepillo por el cerquillo que le cae sobre la frente con un toque sexy, aunque no sabrían que es porque imagina a esta maricona parada en la proa del Titanic, con los brazos abiertos, con el buenazo de Leonardo Di Caprio detrás, pegándole en sus nalguitas flacas sin relleno “el rabazo que debe tener ese machito, muchachitas”, mientras ella canta esa canción triste, fabulosa canción, que pasan por los videos clip de la tele a cada rato.*

*Pero tendría que decírselo: “Mayra, dice el viejo Alex que sólo tú puedes ayudar”, y Mayra temblaría, estremecida por el recuerdo de aquellas muertes de los suyos en altamar, “y dice que quizás puedas empezar recordando cómo carajo dieron con la gente que los sacó del país”. Quizás recordaría. Y hasta seguro dejaría de sacudirse el vestido negro, entallado al cuerpo, con ese cepillo de quitar el polvo de los trajes que algún cliente le regalara alguna vez, y pondría esa cara que ya Magnolia conoce de tanto verla pensar “ese cerebritito va a reventar, Mayrita, intenta olvidar, niña”, cuando Mayra sufre esas crisis en que los recuerdos regresan, en oleadas fúnebres, junto al sonido de las aguas, al frío del aire, a las voces de los muertos, y a los mismos muertos hundiéndose en el mar, hacia el fondo negrísimo y abismal de las aguas saladas.*

*-- He pensado mucho en eso, Magnolia – escucharían. Celine estaría de pie, arreglando el diminuto lazo pequeñísimo del vestido, que cae sobre las nalgas paradas de Mayra, y la miraría desde atrás, con ese gesto típico del que para las orejas para no perder ni una palabra de lo que va a decirse.*

*Pero nada ha encontrado, sería la respuesta. Mucho ha pensado desde su regreso a Cuba, pero nada. Ni un pequeño detalle que le permita encontrar ese hilo de Ariadna que necesita Alex y que ella misma sigue buscando porque bien sabe es la única forma de sacarse de las entrañas hasta la más microscópica brizna de recuerdo.*

*-- Mi hermano nunca nos dijo nada.*

*Pues sólo habían sabido de sus planes cuando todo estaba cuadrado y dijeron “sí, nos vamos contigo, mi herma”, con su propia voz marcada por el miedo a lo nuevo, “claro, mi’jo, donde vayan ustedes, voy yo”, con la vocecilla siempre apagada, medrosa, de su madre. Y Mayra asumiría aquello como una locura más de su hermano, “hasta que nos vimos sentadas sobre la raíz de un manglar tupido, en ese lugar de la costa donde dijeron nos iban a recoger”, mientras él vigilaba las olas, buscando entre las lucecitas que las estrellas y la luna sacaban al mar, la señal también luminosa de que ya estaban en camino y podrían ir metiéndose en el agua, hasta el pecho, de modo que el yate no tuviera que entrar tanto a la orilla.*

*-- Piensa, Mayrita, piensa... – soltaría Magnolia, algo desesperada, cansada ya de que todas las pistas que ha seguido lleven siempre a una nada, a un camino trunco --, tu hermano tiene que haber mencionado un nombre, un lugar... no sé... piensa.*

*Había mencionado nombres, tendría razón Magnolia.*

*-- Pero no hay modo de que los recuerde – agregaría Mayra.*

*Y verían cómo de nuevo se detenía, casi fulminada esta vez, la cabeza levantada mirando fijo a su misma imagen en el espejo, los ojos tan abiertos que apenas pestañaría, hasta que al final un gesto iría a estremecerla y la llevaría hasta el armario, y del armario, metiendo las manos bajo las toallas y las sábanas limpias, sacaría un paquetico con fotos y la propiedad de algunos equipos y recortes de periódicos donde aparecía su nombre y una libretica de teléfonos, azul, con un logotipo pequeño en la tapa donde Magnolia pudo leer: “Editorial Plaza Mayor. Puerto Rico”.*

*-- Si están apuntados aquí, seguro que los recuerdo – la escucharían decir y esperarían --. Mi hermano todo lo anotaba, tenía ese vicio.*

*Y Celine se colocaría las manos entre sus senitos y se frotaría los nudillos, nerviosa, expectante; y Magnolia tendría deseos de arrebatarse la libretica azul a Mayra, salir corriendo adonde Alex y decirle: “viejo, encontramos algo, carajo”, y pensar “Pedrito, mi amor, te vengaré aunque sea lo último que haga”, pero no lo haría, y se iba a quedar sentada en el borde de la*

*cama, también a la expectativa, porque solamente Mayra llevaba en su cabecita esos nombres que quizás podrían servirle.*

*Mayra iría leyendo con una lentitud que les parecería torturante, murmurando bajito cada vez que algún nombre resonara bajo su piel, aún cuando fuera con una ligerísima familiaridad porque su hermano tal vez lo pronunció en una ocasión, y seguro de soslayo, con esa ligereza que uno imprime a las cosas que prefiere mantener ocultas. Verían cómo la mano de la muchacha se posaría sobre varios renglones de aquellas hojitas llenas de números y nombres y fechas que ya nunca sabría qué significaban, y trazaría un círculo, también azul, alrededor de algún nombre.*

*-- Es todo – diría entonces, y Magnolia y Celine creerían encontrar en esos ojos pintados que las mirarían un destello raro, como de esperanza, bien distinto de la oscuridad triste, desgarrada, con que siempre Mayra las había mirado --. Llévenle esto al viejo Alex... Ojalá sirva para algo.*

**H**acía al menos un par de años que no veía cara a cara al Condesito. Se notaba más viejo, con muchas más canas de aquellas que yo recordaba haberle visto en esa reunión que hicimos en casa del Patriarca, cuando uno de nuestros amigos en la policía vino a informarme que harían una recogida de negociantes ilegales. “Se va a llamar Operación Maceta, viejo”, y pretendía acabar con el mal ejemplo que ofrecía al pueblo el enriquecimiento de mucha gente gracias al mercado negro.

Fue el mismo Patriarca quien me presentó al Condesito. Eran amigos desde hacía varios años, aún cuando el Patriarca le doblaba la edad al muchacho que me tendió su mano y sonrió, con la marca del respeto en el fondo de aquellos ojos verdes, mientras hablaba: “caray, al fin conozco al famoso Alex Varga”.

Entonces éramos seis. Y de algún modo, sin ponernos de acuerdo, nos habíamos distribuido los negocios del bajo mundo en toda la

ciudad, y La Habana era para nosotros simplemente eso: un inmenso terreno dividido en parcelas que custodiábamos y dentro de las que implantábamos nuestras propias leyes, del mismo modo en que siglos atrás los señores feudales administraban sus feudos. Y existía el respeto entre nosotros: el Patriarca, un alto empresario a quien partieron las patas en las depuraciones de inicios del ochenta, en Miramar; la Divina Pastora, espiritista y maestra de escuela hasta el triunfo de la Revolución, en Guanabacoa; el Flautista, un músico todavía muy reconocido gracias a su cuarteto, famoso en los sesenta, que regía la zona de Regla y Casablanca, cruzando la bahía; Blas el Moro, "el carnicero más estelar de Cuba", como él mismo se llamaba, que manicheaba los barrios de Luyanó hasta la Víbora; Orlando el Zurdo, para la zona del casco histórico de La Habana Vieja y los muelles; y yo, en Centro Habana. Ese día se nos sumaba el Condesito, que había logrado sacar del medio, mandándolos al más allá, a las tres bandas pequeñas que mandaban por entonces en la lujosa barriada de El Vedado.

-- Ninguna pista los llevará hasta nosotros – les dije ese día, y vi que el Patriarca sonrió antes de soltar: "eres un bárbaro, Alex, tienes comprado hasta a Dios".

Lo demás dependía de nosotros. Ese era el pacto: "nada de movimientos grandes en los barrios hasta que pase la redada de la policía, señores", y que también tuvieran cuidado con "los pedruscos, ya saben", delincuentes que actuaban por su cuenta y podían joder aquel plan de protección.

-- Te estás poniendo viejo, muchacho – le dije al Condesito y otra vez pude adivinar en el verdoso matiz de sus ojos una admiración nada fingida por lo que yo representaba para los marginales en La Habana.

-- Es parte de la apariencia, viejo – contestó, y fue a sentarse en la butaca que le señalé, siempre con su bastón vistoso, que puso entre sus piernas, sin dejar de mirarme --. Para mi cara oficial no

debo olvidar que a un intelectual de prestigio le sientan bien las canas.

-- ¿Son pintadas? – realmente no se notaba, sobre todo porque el Condesito había sido así, quizás con menos canas, desde que era casi un niño, según las fotos que habían puesto hacía un tiempo en un importante programa de la tele.

Entonces asintió. Recostó la espalda en la butaca y cruzó las piernas, en una pose que todavía le insuflaba más elegancia a su cuerpo flaco, de lord inglés. Seguía vistiendo de un modo impecable, dueño de un gusto exquisito para la elección de los colores de ropa que mejor le venían al blanco de su piel, e incluso para elegir el matiz dorado de las pulseras y el reloj de oro macizo, que le brillaban en las muñecas. Las punteras de sus zapatos relucían frente a mí.

-- No soy un comegente, viejo – dijo --. Usted me conoce bien.

También Makika lo dudaba, aunque lo había mencionado entre los comegentes. Necesitaba precisarlo, porque tantas cosas cambiaban a diario en aquella cabrona ciudad que uno podía encontrarse hasta con lo que consideraba imposible, ya sin asombro ninguno.

-- Mi negocio es limpio, como todos – agregó --. Por eso vine a verte.

Le molestaba que alguien, y él mismo ya se había enterado, anduviera por ahí relacionándolo con “esos mierdas que están matando a la gente como si fueran ratas”. Respetaba mucho la vida, “y usted bien lo sabe, viejo”, como para acostarse tranquilo en una cama, a dormir con la conciencia limpia, después de haber aprovechado “que este país se va a la mierda y la gente quiere huir de aquí a lo como sea” para cobrarles un dineral y luego mandárselos al cielo a papá Dios.

-- Aunque bien sabes que puedo hacerlo si me da la gana – y esa vez el tono de su voz fue el del gran mandante que realmente era

en el Vedado --, no quiero que una gente como tú vaya a pensar que soy un mierda.

No olvidaba una conversación que habíamos tenido el mismo día en que nos conocimos. También yo la recordaba casi detalle a detalle. Y no olvido que se había extrañado de que la mayoría: el Patriarca, la Divina Pastora, el Flautista y Blas el Moro, sobre todo, mantenían vivo el credo de que la delincuencia no era solamente esa plaga detestable de la que hablaban los gobiernos y los policías; y hasta recuerdo el brillo de sus ojos, la expresión de satisfacción en aquella carita de muchacho, cuando le dije que había dos modos de entender el asunto, que "la delincuencia marginal la llamarán siempre los que no entienden que ellos mismos, gobiernos y políticos, no han podido encontrar el modo de que la gente en estos barrios sobreviva con decencia, en trabajos honestos", mientras que los que acá abajo vivimos hacía muchos años habíamos entendido "que sólo el mercado negro nos ha salvado".

-- Creo en esa ética de la que me hablaste esa vez, viejo – me dijo, y me gustó escucharlo, y hasta me sentí orgulloso de que entre los nuevos "delincuentes", según los ojos de quienes nos atacarían siempre, subsistieran jefes como el Condesito.

Cada vez hacía más falta en La Habana gente que pensara así en los barrios bajos, porque la misma vida de un país que se descojonaba por minutos, esa vida en decadencia que se sentía solamente en las calles de esa otra Habana marginal mayoritaria, iba llevando a la gente a ser más egoísta, menos humanos, tirando a la basura lo aprendido desde que alguien puso la primera piedra para construir en aquellos lugares: debía existir una ética, leyes a cumplir, que los unieran y defendieran de quienes siempre iban a ver la marginalidad como algo sucio, enfermo, sin remedio, por destruir, y no como algo que debía y podía resolverse si se miraba desde la perspectiva de que esos millones de personas no habían tenido chance de ser gente de



bien, y que debían buscarse las causas de que fueran así, y no las consecuencias.

-- Sólo nosotros podremos resolver nuestros problemas – dijo el Condesito, recitando una de mis frases, casi célebres --. No es asunto de hacer dinero sólo para nosotros, es saber que de ese negocio van a vivir también un montón de familias.

Cuando me ponía a pensar, cuando tiraba la memoria a mis años jóvenes y volvía a vivir los tiempos de Meyer Lansky y Lucky Luciano en aquella misma Habana, me gustaba reconocer que esa ética era la misma de los primeros mafiosos en los Estados Unidos, cuando más que mafia eran grupos que ayudaban a que los emigrados italianos sobrevivieran en un mundo que los discriminaba y quería eliminarlos. Ese concepto de “familia a la italiana” le fue siempre muy vital al joven Alex que yo era, para aceptar que los marginales hacían y harían realmente cosas sucias, detestables, igual que lo hicieron aquellos primeros italianos y lo seguían haciendo los negros en los barrios de New York y los latinos en los suburbios marginales de las grandes ciudades americanas, sin que nadie bajara a ellos jamás, hasta aquel mismo día de inicios del nuevo milenio, para resolver de una buena vez las causas de todos sus problemas.

-- Esos mierdas se nos han ido de las manos – explicó el Condesito descruzando las piernas e inclinando el cuerpo hacia delante, todavía el bastón entre sus muslos --. Hay cinco o seis grupitos que están por la libre... y ya supe que de esos, al menos dos, están matando gente.

Llevaban tiempo cazándoles la pelea a esos cabrones, siguió diciéndome. “Pero el desespero de la gente por salir de la isla está jodiendo todo, viejo”, porque le hacían caso al primero que aparecía con el cuento de que podría sacarlos del país en un yate, bien seguros, y dejarlos allá, “en el Norte revuelto y brutal, como decía Martí, vivitos y coleando”, aunque los que realmente ofrecían esa seguridad “yo los conozco, Alex, y no pasan de cuatro”, incluso con la garantía de que en los Estados Unidos

encontrarían sus papeles legalizados, gracias a que esos negocios eran cadenas de intereses bien organizadas que movían influencias en Miami con abogados y gente hasta en las oficinas de Inmigración.

-- Pero no te preocupes, viejo – me dijo con una seguridad impresionante, como de quien conoce el alcance de su poder --. No he oído mencionar al Saúl ése, pero si existe, te lo encuentro. De eso no tengas duda.

**C**uba se ha vuelto un país de malagradecidos. Y sin darse cuenta lo repite: "un país de egoístas, Saúl", porque la gente no acaba de entender que unos nacen para estrella y otros para césped, como decía siempre su madre, "y tú, Saúl, eres de los que estarán allá arriba, en el cielo, brillando", aunque bien sepa que esas palabras últimas jamás las diría su madre. Pero ha brillado. Siente que brilla cuando llega a la oficina y todos lo tratan con un respeto absoluto, casi con miedo; y cuando viaja por las provincias, de hotel en hotel, y lo llaman "señor Saúl, hemos elegido la mejor habitación de este piso para usted"; y cuando llega montado en su enorme Toyota moderno y entra en el parqueo de su casa y siente que no queda en el barrio una mirada que no lo contemple como a un Dios, un héroe que le ha ganado la pelea siempre a los duros golpes de la vida.

Killo es un ejemplo de ese egoísmo. "Viejo hijoeputa", piensa, y observa el resultado de su trabajo en el jardín, desde el portal de su casa, adonde ha ido a sentarse aprovechando que tiene un par de días libres ahora que el Ministro anda de viaje por Europa y la temporada baja en las instalaciones le permite dedicarse un poco más a él mismo. Es bello este jardín, lleno de helechos y rosas búlgaras y césped verdísimo y canteros de brujitas, esa flor de tallos pequeños y hojas esponjosas que pasa el año siempre

*verde y una vez se pone blanca, como nata, en la época en que las flores abren durante un mes.*

*No puede negar que la mano de Killo está en esos canteros, y hasta le duele perder a un jardinero de los que ya no existen en el país: siempre presto a la etapa de la poda, del deshije, al momento preciso del día en que deben regarse las plantas, a la forma en que la tierra tiene que removerse de cuando en cuando para que se airee. "Trabajaba bien el muy chantajista", piensa, y la palabra chantaje lo estremece.*

*Killo repartía las viandas que llegaban por la libreta de abastecimiento a los vecinos de la cuadra y se ganaba diariamente unos dos o tres pesos. Con esa miseria vivía. Y su casa era una pocilga mal pintada, con un hedor tremendo a humedad dentro, sucia y llena de trastos y cosas viejas desde que Amalia, su mujer, murió de un paro respiratorio en un ataque de asma porque en el hospital no estaban funcionando esa noche los equipos de aerosol. "Ahí viene la mugre", le decían todos, con asco, y se resignaba a la suciedad y a la miseria porque ya sabía que nadie iba a contratar a un viejo como él. Sobrevivía algunos días de la semana gracias al chícharo con gusanos, al arroz semicrudo y al huevo hervido que le daban a los jubilados de bajos ingresos en la esquina de la carnicería, en "un comedero para muertos de hambre", como lo llamaba la gente, que el estado había levantado en lo que fue alguna vez un parquecito. Esa felicidad le duró hasta que el administrador del local se enteró de que Killo no podía considerarse, según el estado, un anciano de bajos ingresos: ganaba 92 pesos con setenta y cinco centavos, y en aquel lugar podían comer sólo los que no llegaban a los 60 pesos de pensión mensual.*

*Le había cogido lástima, y como necesitaba alguien que se ocupara del jardín, de botar la basura cada día, de mantener la pintura de las paredes exteriores, lavar el Toyota todas las tardes, le ofreció a Killo una contrata en algo así como el jardinero de su casa, y comenzó a pagarle un dólar diario. ¿Qué*

*eran para un tipo como él, el respetado Saúl, treinta dólares al mes? Una mierda, aunque para Killo aquello fuera una millonada y casi brincara de alegría, como un niño, cuando supo la noticia.*

*-- Pero te me vas a la shopping y te compras, al menos, un par de mudas de ropa decente, Killo – le dijo, extendiéndole un billete de cincuenta dólares, que el viejo tomó, asustado, y quedó mirando un buen rato, hasta que él lo sacó de su estupor --. No lo gastes en porquería... y no ahorres, compra ropa buena. Lo que sobre, considéralo un regalo por aceptar el trabajo.*

*Por eso le molesta lo del chantaje. Killo era uno más de aquella casa, y puede asegurar que hasta demasiado decente, porque tenía llave de la puerta trasera, del cuarto de las herramientas en el traspatio, del parqueo, de modo que pudiera moverse con facilidad para hacer sus labores, y jamás se había perdido ni un clavo desde que él empezó a trabajar allí. También demostró ser una tumba cerrada para ciertas cosas que sólo él, Saúl, podía realizar entre aquellas paredes, fuera de los ojos de esos que esperaban a que diera un paso en falso para ocupar su puesto.*

*-- La vida te da sorpresas – se dice, y sorbe un poco de leche del vaso que ha traído hasta allí, fría, intentando calmarse esa ardentía, esa acidez, que lleva hace días en el estómago desde la última de sus borracheras.*

*-- No te entiendo, Killo – le dijo esa vez, porque realmente creyó que se equivocaba: era otro viejo el que tenía entonces frente a él, agresivo, retador, petulante, nada que ver con el viejo lleno de mugre y mierda que puso a trabajar en la casa tres años atrás.*

*-- Necesito diez mil dólares, Saúl – repitió --. He sido fiel hasta hoy, y mi silencio vale.*

*Se había ganado una de las loterías migratorias de la Oficina de Intereses en La Habana para irse a vivir a los Estados Unidos, "pero no tengo el dinero para pagar todo eso, ni tengo a nadie allá, en el Yuma, para que me pague esas cosas". Por eso recurría a él, no tenía más remedio, porque de lo que estaba seguro es de*

*que no iba a seguir pudriéndose en Cuba hasta que la muerte lo cogiera y sus huesos fueran a parar a una fosa común: "no tengo a nadie, Saúl, y cada día aquí se pone peor la cosa para los que ya no servimos a la humana sociedad socialista".*

*-- ¿De dónde voy a sacar ese dinero, Killo? – le dijo al viejo y lo vio sonreír, con una mueca irónica atravesándole la cara.*

*-- Usted sabe bien de dónde sacarlo, Saúl, no me haga recordárselo – contestó, con el reto marcando el tono de sus palabras --. Lo que he visto en esta casa me basta para saber que esos diez mil dólares no son nada para usted.*

*Sintió que un escalofrío le bajaba por toda la columna y se le escondía en la vejiga. Tuvo deseos de orinar. Ahora, respirando esa brisa húmeda que llega hasta el jardín desde algún lugar de ese cielo que empieza a nublarse, se dice que quizás fue miedo; ese terror que siempre lo ha desvelado: la intranquilidad de saber que vive en un país donde hay un gran ojo que siempre vigila cada uno de tus pasos, como en una novela de un inglés cuyo título no recuerda, pero de la que nunca ha podido olvidar la agonía de esa gente sin intimidad, sin libertad individual, sin vida.*

*-- Bueno, Killo, en eso tienes razón – y no supo cómo pero una idea se le instaló como un flashazo en el cerebro --, tengo el dinero. Lo que te decía es que no lo tengo aquí, está en el banco. ¿Puedes esperar a mañana por la tarde?*

*Podía esperar. Le quedaban justo tres semanas antes del viaje, y ya tenía reservado hasta el boleto en ese avión "que me llevará a la libertad, Saúl, lo pienso y no me lo creo. Parece un sueño", pero el dinero no le apuraba para ese mismo día. Se veía satisfecho. Y el flashazo volvió a iluminarle el cerebro cuando vio al viejo confiado, como si no se hubiera dado cuenta de que solamente intentaba ganar tiempo.*

*Ya Killo iba a cerrar la reja de la puerta de la calle a sus espaldas cuando sintió la voz de su patrón.*

-- Pasa mañana en la tarde, Killo – le dijo, enseñando la más natural de sus sonrisas tan ensayadas --. Vamos a tomarnos una buena botella para celebrar.

Así lo hizo. En algún sitio lejano del cielo puede observar las lombricillas de los rayos, y eso le hace recordar que también empezaba a nublarse la tarde en que Killo regresó a recoger los diez mil dólares. Los vio en bultos de a mil encima de la mesa del comedor, adonde fueron a tomarse la botella prometida, y sus ojos brillaban ante una cantidad de dinero que jamás había imaginado tener entre sus manos. "Te voy a hacer ese regalo, viejo'e mierda", pensó poco antes de sentirlo abrir la reja del jardín y tocar el timbre de la puerta. Y disfrutó de aquel brillo en los ojos del viejo, y de las maneras de gran señor que asumió cuando se sentaron en las butacas de junco del saloncito que servía de bar, y del gusto con el que paladeó el whisky "es la primera vez que lo tomo, Saúl, tengo que acostumbrarme a estas cosas tan sabrosas", sin saber que era una mezcla preparada de alcohol de madera con un fuerte veneno para matar perros.

Dos vasos grandes se bebió. Con gula casi escandalosa. El primer trago a la manera de los rusos con el vodka: de un solo trago. Y ya empezaba a saborear el segundo vaso cuando lo vio doblarse hacia adelante y llevarse las manos al estómago, intentar ponerse de pie y alcanzarlo, ya descubierta las verdaderas intenciones de su patrón con aquel brindis, y escuchar, aterrado, retorciéndose de dolor en el piso, mientras sentía que el pecho quería reventársele, que el aire le faltaba, que no podía sacarse ni una palabra de su garganta aunque lo intentaba con todas sus fuerzas, que la cabeza y la vista se le nublaba: "a Saúl nadie lo chantajea y queda vivo, hijo'eputa".

Sin ponerse de pie, quedó un rato mirando las pequeñas convulsiones de Killo sobre la alfombra verde del piso que años atrás había mandado a colocar en aquel saloncito. Cada vez más esporádicas las convulsiones. Y no sabe por qué sintió un extraño placer en mirarlo, hasta que el viejo boqueó fuerte, contorsionó

*aún más fuerte, algo en su pecho sonó como cuando se descorcha una botella de champán, y la espuma dejó de salir de su boca abierta. Tenía los ojos exageradamente abiertos también, como si quisieran salir de esa cara ya muerta, que cubrió con un periódico: AUGÚRASE UN NUEVO AÑO DE PROSPERIDAD ECONÓMICA PARA CUBA, decía el titular que leyó, a vuela vista, antes de ponerse de pie y caminar hasta el bar, vaciar la botella del veneno en el tragante del pequeño lavamanos y servirse un vaso del whisky verdadero, etiqueta negra, del que ya no podía faltar en su casa.*

*-- Mañana te vas conmigo a la Ciénaga de Zapata, Killo – dijo --. ¿Tú no querías ser importante? Lo vas a ser... Imagina lo que pensarán los científicos de aquí a diez mil años, cuando alguien encuentre tu cuerpo en la tierra seca de lo que ahora es una ciénaga. De mí no se acordarán, pero tú serás famoso, hombre. Te lo puedo asegurar.*

## 8

**T**iene que ser Saúl en persona, se dijo entonces. Ya estaba harta de creer en las coincidencias: no puede haber dos personas tan semejantes en el mundo, tan iguales, incluso aún si fueran clonadas alguna diferencia habría. Era simple: aquel señor de manías aristócratas y teatralidad burguesa en sus gestos era Saúl porque sí y porque incluso llevaba el mismo traje con el que lo vio la primera vez en el hotel Habana Libre.

El frío de un día invernal en La Habana entraba por una de las ventanas amplias que se abrían frente al mar y ella pudo ver cómo el hombre caminó hasta el balconcillo, cerró los portones de cristal y corrió las cortinas hasta dejar la habitación en una semipenumbra quizás para él sensual, aunque a ella le disparara saetas invisibles de un peligro que también podía olfatear en el aire encerrado de la habitación.

¿Cómo llegó hasta allí? Apenas lo sabe. Todavía puede recordar su encuentro planificado con Cira La Pecosá, una de las jineteras que trabajaban con los turistas del Hotel Habana Libre, “le llaman así porque tiene el culo lleno de pecas”, le había explicado otra jinetera. Puede precisar, casi con la fidelidad de quien ha visto miles de veces un filme, cómo Cira dijo que sí, “conozco a ese hijoeputa”, cuando Mayra le preguntó por Saúl, antes de agregar que “puede ser un empresario de importancia y hacerse el fino cuando está vestido, pero cuando se desnuda es un singao, muchacha; en buen cubano, que ese cabrón si no te mata a golpes mientras te está dando pinga, no goza”.

Y allí lo tenía. “Lo que Cira promete, lo cumple, nenita”, le dijo la jinetera, y le contó que el mismísimo Saúl había caído en la trampa y le había pedido al chulo que las controlaba “una mulata nueva, socio,



que ya estoy harto de tirarme a las mismas putas”. Esa era la oportunidad y por eso había llamado a Mayra.

-- A las ocho de la noche en el Copacabana, Mayra – la escuchó decir al otro lado de la línea --. En la puerta buscas al muchacho de seguridad. Debes decirle: “traigo una entrega especial para el señor Ese”, ¿entendido?

Nunca pensó que lo tendría frente a ella, incluso aún cuando lo soñara. Desarmada quedó. La mente vacía. Haciendo de puta con la mente vacía. Parada al lado de la puerta con la mente vacía. Mirando todo lo que hacía aquel cabrón, pero con la mente vacía. Y sintió miedo. Un miedo inmenso, asfixiante, porque en aquel estado Saúl podría gozar con ella, como si fuera una muñeca inflable, sin que ella pudiera levantar un dedo. Se sintió sin fuerzas, cansada, torpe, atontada. Y para sacarse ese embotamiento de la sangre lo dijo en voz alta:

-- Tengo miedo.

La voz le salió como de niña. Y supo que a Saúl esas palabras, ese miedo, ese tono de voz le había encabritado la lujuria, y lo vio venir hacia donde ella esperaba, de pie, temblando como no pensó temblar, anulada por esa bruma en su cabeza y ese entumecimiento que le engarrotaba los brazos y las piernas.

¿Fue así en La Embajada? Cree recordar que así mismo. Caminó y caminó esa noche y otras noches por las calles de Santo Domingo, durmiendo en algún parque, entre las matas, para ahorrar el dinero que Chuchy le había regalado, diciéndose a veces: “esto es la famosa República Dominicana”, quizás buscando darse ánimos, recobrar el temple necesario que le hacía falta para llegar hasta la embajada cubana y hablar de su problema y decir: “quiero regresar a Cuba, por favor, estoy harta de ser puta”. Aunque al final fuera todo lo contrario y terminara aturdida por las luces de los carros y las farolas en las avenidas y el bullicio de los clubes nocturnos y la conversadera de la gente en los bares nocturnos y el ronquido de muchos pobres durmiendo bajo periódicos y pedazos de cartones.

-- Cuando se me acabó el dinero, me decidí y llegué a la embajada cubana pensando que ni hablar podría – le dijo a Clarette una de esas tardes en que sintió que necesitaba sacarse algunas cosas del alma.

La atendieron como a una perra. “¿Dónde están tus papeles?”, preguntó una mujer joven como ella, que ni siquiera la dejó entrar. Y cuando le soltó de corrido un extracto de lo que había vivido hasta apenas unas horas antes, vio que la otra sonreía, “es tu asunto, compañera, ¿no querías irte de Cuba? Eso es lo que te mereces”, y le sugirió que ni se atreviera a molestar al cónsul con aquella minucia, pues “hay muchos problemas de gobierno entre La Habana y Santo Domingo para que él ande salvando putas, ¿no crees?”.

-- Antes de tirarme en la cara la ventanilla por donde estuvimos hablando, volvió a sonreír y me dijo que me quedaba sólo una vía para volver a Cuba.

“Tú no existes a los efectos legales, compañera: no saliste legal de Cuba ni entraste a este país legal. No existes, ¿entiendes? ¿No te lanzaste al mar para escapar? Móntate en una yola, como le dicen los dominicanos, o regresa a nado... Cuba está ahí mismito”, y el chasquido del pestillo al otro lado le anunció que a la embajada no debía volver nunca.

Otra vez a caminar, a pasar sin mirar las vidrieras de tiendas repletas de productos que en otras circunstancias hubieran despertado su curiosidad de mujer, llegar a un parque y sentarse. Mirar: las palomas, en grupos, revoltosas, comiendo el maíz que unos niños les tiraban; un pordiosero durmiendo aún sobre un banco, cubierto de una frazada mugrienta, de listas a color que denunciaban su presencia desde lejos; un grupo de viejos músicos en una esquina, cerca de unos turistas, destrozando esa canción que se sabía de tanto escucharla en la radio, allá en Cuba, y hasta cree haber sonreído con los movimientos torpes del baile torpe de los extranjeros a quienes jamás se les subiría la bilirrubina, como repetía el merengue de Juan Luis Guerra y la 440.

También estaba la gorda. Su cara de enormes buches, grasienta, negrísima, como de carbón mojado, enseñaba una sonrisa de grandes dientes blancos cuando anunciaba: “maíz asado sabroso y tierno maíz asado sabroso y tierno”, como una letanía que acompañaba mostrando con sus manazas las mazorcas del maíz, humeantes, doradas. Recuerda el hambre. Una cuchillada de hambre se le clavó en el estómago ante aquella escena y se maldijo mil veces y bajó la cabeza para que la negra no la viera y lloró y sus lágrimas o el dolor de cabeza que se le metió o la desesperación la hicieron sentir todavía más hambre, un hambre inmensa, desesperante. Levantó la vista hacia la vendedora ya dispuesta a pedir, a mendigar, a suplicar una de aquellas mazorcas, aunque luego fuera y se lanzara de cabeza contra uno de esos carros que pasaban, veloces, por la avenida cercana.

No le hizo falta. La negra se puso de pie, dejó a un negrito cabezón atendiendo el negocio y vino a sentarse junto a ella, para extenderle una mazorca de maíz, grande, también humeante aún, de granos muy amarillos, a todas luces muy tiernos.

-- Comí como un animal desesperado – le contó a Clarette.

Y la negra la estuvo observando mientras devoraba la mazorca, con una sonrisa que recuerda dulce, como de madrecita buena, aunque la escena ahora le parezca de una sensiblería ramplona.

-- ¿Cómo te llamas, niña? – preguntó la gorda.

Y el tono maternal de la palabra niña la conmovió y volvió a llorar, sin responder, y entre mocos y temblores y el llanto y el desespero logró decir: “Mayra, soy cubana”, y cree que algo dijo también de su historia. O no sabe. O tal vez sí contó que había sido puta en Puerto Plata, que la había engañado un tal Ángel. No precisa. “Creí que me iba a volver loca, Clarette”. Y eso sí lo recuerda: “creo que me voy a volver loca”, le dijo a la negra.

-- ¿Dónde estás viviendo? – escuchó a la negra gorda, la voz siempre un susurro, “como un ángel de Dios, Clarette, ¿me entiendes?”.

Y negó con la cabeza. Sintió sus manos: un peso grande que le acarició el pelo mientras hablaba, y la voz de la negra la fue seduciendo con esa historia sin precisar porqué le sonaron hermosas las palabras, como un canto antiguo que nacía de aquellos enormes senos y llegaba hasta ella escapando por su garganta, con el cuento de un hermano que alguna vez fue a Cuba huyendo de Trujillo y vivió en la isla muchos años y regresó cuando el tirano fue ajusticiado y la libertad llegó a Santo Domingo que dejó de llamarse Ciudad Trujillo.

-- Bertrand siempre me dijo que Cuba era el país más lindo del mundo, el único lugar donde trataban a los haitianos como seres humanos – le había dicho la negra.

Y que murió soñando con regresar un día a Cuba, “porque Haití seguía siendo una tumba para nosotros los haitianos, y acá, en Santo Domingo, ya no nos matan, pero nos detestan”.

-- Puedes dormir en mi casucha – le escuchó decir después, y todavía sigue pensando que quién le habló era un ángel, negro pero de Dios. Un ángel de Dios.

**A**lex Varga vivió aquellos tiempos. Y eso recuerda. Cuando cerró los ojos supimos que recordaba, que su mente se lanzaba muchos años atrás y revivía la Cuba de los cincuenta. “Era como cruzar un puente”, dijo. Ir a Miami era entonces tan simple como cruzar un puente. Y la gente se iba a Miami, bien lo sabíamos de tantas historias que nos habían contado a lo largo de todas aquellas décadas de revolución y revolución y revolución y familias separadas por unas noventa millas que jamás habían sido un obstáculo. Miami era La Habana y La Habana era Miami. Eso dijo Alex Varga. Y se recostó en su butaca para contar. Y contó. Y escuchamos que era normal que la gente fuera a buscar trabajo a Miami y regresara después, y que de allá vinieran a La

*Habana a disfrutar de la vida nocturna, “y que los músicos tocaran el sábado en el Alí Bar de La Habana y el domingo en el Club 22 de Miami”.*

*-- Era como cruzar un puente – repitió.*

*Los tiempos habían cambiado mucho. Y lo dijo con la voz rasgada. Y le escuchamos decir que muchas cosas se habían perdido “por estas mierdas de la política”, y que lo peor era eso: los muertos.*

*-- Me he puesto a pensar a veces que nunca se sabrá cuánta gente ha muerto intentando escapar de este país – soltó en tono sentencioso, algo fúnebre --. ¿Cómo está Milton? – agregó.*

*Hicimos algunos cuentos de su amigo. Le llamaba “el pecoso”, “el desorejado”, con igual cariño a cuando se habla de alguien muy cercano. Estaba muy bien, le dijimos. Y supimos que tenía ganas de verlo otra vez, que su último encuentro había sido unos meses atrás, cuando una pandilla de traficantes de droga intentaron joder a Milton, partiéndole la siquitrilla a un español importador de droga, a su chofer y a una puta, y llevándose la mercancía y el dinero que le pertenecía al pecoso Milton, al buenazo de Milton, “a ese cabroncito de Milton”, como también lo llamaba.*

*-- Si alguna vez cambian las cosas en este país, eso demorará en cambiar – siguió diciendo, todavía más sentencioso, casi filosófico -- . Hay heridas que demoran en cerrarse.*

*Y aquella, la de los muertos por las fajazotes políticas de los gobiernos de la isla y el Norte, era una herida que seguiría mucho tiempo abierta, incluso necesitada de grandes montañas de olvido y perdón para acabar de cerrarse.*

*-- La muerte es algo que jamás entenderá el ser humano – dijo, en un tono que nos pareció filosófal.*

*Y asentimos, sus dos sobrinos sentados sobre las banquetas del barcito que podíamos ver a la espalda de aquel negro elegante, de maneras y gestos refinados, que nos miraba con unos ojos viejos pero vivos, luminosos aunque cargados de años; mientras todos*

*disfrutábamos de un café oloroso, fuerte, que había traído una muchachita de grandes trenzas a quien Alex presentó como una de sus nietas.*

*-- Es un delincuente de los peores – le habíamos dicho, recordando que eso mismo nos aseguró Samuel, allá en Miami.*

*Y Milton nos había dicho que él, Alex Varga, sabría dónde encontrar al muy degenerado, “porque nos dijo que nada se mueve en esta ciudad sin que usted lo sepa”, y que sus tentáculos de negro viejo, alcalde de barrio, conocedor de las leyes secretas de la marginalidad en La Habana desde la década del cuarenta, nos sería muy útil para hacer justicia de una buena vez.*

*Lo vimos sonreír. Sus dientes blancos, enormes, y su cabeza moviéndose como en un gesto de “ese pecoso no cambia”, nos hizo sentir más tranquilos, seguros de que Milton no se equivocaba.*

*-- No hay que hacerle mucho caso al pecoso – le escuchamos decir, todavía sonriendo --. ¿Tienen alguna dirección, algún dato que pueda servir?...*

*Teníamos datos. Los mismos datos que el propio Samuel le escribió y le entregó a Lorenzo allá, en la oficina, antes de que lo dejáramos a solas con su tranquilidad pasmosa y decidiéramos cruzar a la azotea del edificio cercano y bajar por la escalera de incendios, no fuera a ser que el tal Samuel decidiera desquitarse el susto inicial mandando a sus gorilas a sonarnos una buena paliza.*

*-- Algo es algo – dijo Alex, mientras miraba detenidamente la dirección en el papel, antes de quedarse como detenido, sonriendo extrañamente --. Pero ese algo me dice que no encontraremos a este hombrín en esta dirección.*

*No tuvimos que preguntar: Alex nos miró y seguro la duda que nos daba vueltas en la cabeza saltó de golpe hacia él.*

*-- Creo que el tal Samuel es un jodedor de armas tomar – nos dijo y, sin esperar a que entendiéramos, aclaró --. Esta dirección no existe.*

**S**i llegaste a sentir algún poquitín de celos, ahora te dices que fue estúpido. Frente a ti estuvo el amigo de Camila a quien celabas y tuviste que pensar en lo que te había llevado hasta su oficina en Cubanacán para no echarte a reír. “Para la próxima, avísame, Camila; por poco me muero del susto”, le dijiste después, ya en casa, cuando te preguntó cómo había ido tu entrevista con el hombre. Era feo el hombre. Feísimo a más no poder. El más grande monumento que se le había hecho a la fealdad. El Santo Papa de los feos. Un tipo digno de una película de extraterrestres de Spielberg, aunque luego de mucho pensar encontraras el personaje de cine al cual se te parecía aquel tipo: Nosferatus, el vampiro, en la versión alemana original.

Y para colmo, fumaba. Como un murciélago. Y sus dientecillos estaban manchados de una pasta amarilla que te pareció asquerosa. “¿Tendrá mujer este tipo?”, pensaste, y lo observaste en silencio mientras respondía una llamada telefónica desde su buró, enfundado en un traje que mal acoplaba con la larguedad de sus huesos, como si en vez de una ropa se hubiera echado encima un trapo viejo y arrugado.

-- Pero es buenísimo, Alain – te respondió Camila, con lástima, lanzándote algo que creíste era un gesto de reproche.

No le respondiste. Pensaste que una cosa no quitaba la otra, que en simples palabras, se puede ser buenísimo y horroroso a una misma vez. Y hasta inteligente. Porque el hombre te pareció muy inteligente.

-- Conozco bien a Saúl – respondió, y abrió ante tus ojos una caja de habanos. Denegaste con un gesto y volvió a guardarla en una gaveta del buró --. Es uno de los más preparados en esto del turismo.

Y te habló mil maravillas del tal Saúl. Hombre íntegro, desinteresado, trabajador a más no poder, con un talento increíble para los grandes negocios con los empresarios extranjeros “que vienen a Cuba pensando que

seguimos siendo indios con levita, como diría el gran Carpentier”, y señaló a un librero a sus espaldas donde había toda una colección del escritor: “*El siglo de las luces, El reino de este mundo, La música en Cuba, Los pasos perdidos, El arpa y la sombra, La cultura en Cuba: conferencias*”, leíste aprovechando que volvió a responder otra llamada que le había pasado segundos antes su secretaria, mientras pensabas que realmente aquello era algo insólito en la oficina de un profesional del turismo.

-- Hemos viajado mucho juntos – continuó después, luego de aclarar a su secretaria, a través del intercomunicador que no le pasara más llamadas hasta que él le avisara.

Y podía poner su mano sobre una hornilla al rojo vivo sin quemarse, convencido de la honestidad de Saúl.

-- Puedo ponerte cientos de pruebas de que eso que te han dicho son puros chismes – aseguró y se llevó el tabaco a la boca para prenderlo con una fosforera que enseñaba un enorme logotipo de Cubanacán, Corporación de Turismo y Comercio.

Él mismo fue testigo de la prueba más reciente: un soborno. Un empresario italiano que intentaba ganarse la regencia de un hotel, en una disputa comercial con otro empresario español, “y le ofreció treinta mil dólares a Saúl para que convenciera a nuestros jefes en el Ministerio de que lo más conveniente era autorizar al italiano”.

-- Saúl lo botó de la oficina como lo haría un diplomático de carrera – le escuchaste, y lo hacía con palabras de sincera admiración --. No tengo que decir que ese hotel lo regentea ahora el español: NH Hotels.

No debería hablar de aquel modo, siguió diciendo, pero ese tipo de infundios eran muy normales en un mundo como el que vivían él y Saúl y otros funcionarios y empresarios del turismo “porque este país ha criado una nueva raza, amigo: la raza de los envidiosos”, unos pobres diablos que no veían pasar ni un dólar cerca y se les hacía agua la sangre, de tanta rabia, cuando veían a otros que sí tenían acceso al nivel de vida que “nos da tener esa moneda, aunque ellos se olviden que para eso tenemos que trabajar



como mulos y andarnos cuidando las espaldas de mucha gente que prefiere vernos comiendo fango, como la mayoría”.

-- Es triste, pero es así – te dijo, detrás de una inmensa bocanada de humo oloroso que formó un extraño globo acuoso frente a su cara --. La cordialidad del cubano es una de esas cosas que se han perdido por los trabajos que está pasando la gente para sobrevivir.

Por eso no le extrañaban aquellos comentarios. “Que no son ciertos, amigo, yo soy testigo de eso”, porque Saúl y su hermano no se tragaban desde hacía muchos años. El propio Saúl se lo había contado, e incluso “habla horrores de los dos, de su hermano y de su madre, porque lo dejaron acá solo con su padre y se fueron al Norte”. Y no les había importado la familia, que era lo que más dolía.

-- ¿Crees que un hombre como Saúl, con su nivel de vida y sus viajes al exterior y su prestigio, necesita irse al Norte para vivir bien? – y lo viste negar con un gesto brusco y mantenido de su cabeza, también deforme y de pelo grueso, como cerdas --. Lo que le duele es que se tuvo que criar solo, sin familia.

Y como lo conocía bien, “porque son muchos años de trabajar juntos, en las buenas y las malas”, podía jurar que ése Saúl corrupto del que le hablaste no era el mismo que él conocía, “puedes salir por ahí y preguntar, amigo... a decente y respetable no hay quien le gane, ¿apostamos?”, aunque ni siquiera con sus palabras quedabas convencido: un bichito de duda andaba jodiéndote allá adentro, en la sangre, y esa narizona de perro viejo te decía que el Santo Papa de los Feos podía estar convencido de que decía la verdad, pero eso no significaba que fuera la verdad.

-- ¿Y sobre eso de que los vieron juntos acá en Cuba? – quisiste precisar, buscando una brecha en el muro de perfección que el “hombre de la horrorosa figura”, como le dijiste luego a Camila, había construido en torno a Saúl.

-- También es una mentira – dijo.

Hacia unos cuantos años, en un viaje que Saúl hizo a Miami, se habían visto allá, “yo vi las fotos que Saúl trajo”, y el encontronazo había sido tan fuerte

entre ellos que “el pobre quedó hecho talco, hablándole a todo el mundo de lo jodido que es perder a la familia por razones políticas”, y hasta dando consejos de unidad y comprensión y perdón, siempre que alguien contaba de que tenía líos familiares, “como si fuera una cabrona vieja, de esas que se pasan la vida sermoneando sobre los valores humanos y la moral”.

-- De que es mentira lo que dijo esa mujer sobre que se vieron, hay pruebas bien calientes – y lo viste recostarse en su silla giratoria, con cara de quien va a dar la estocada que falta para ganar el combate.

Habían estado en Miami poco menos de un año atrás. Asuntos de negocios. Unos empresarios yanquis que buscaban negociar con entidades cubanas, “y nos reunimos allí, en el sitio que menos se imaginan esos cabrones que nos metieron el bloqueo”, para establecer las vías posibles de que, a través de otros países, ellos pudieran invertir en instalaciones turísticas de la isla.

-- Parece que el hermano de Saúl es un tipo con muchos contactos allá, en Miami, porque se enteró de que estaba en la ciudad y hasta lo llamó al hotel.

Saúl jamás contestó. E incluso le ordenó al carpeta que debía decir “a ese señor”, fueron sus palabras delante de todos, que se había cambiado de hotel sin dejar más detalles. La cosa no terminó ahí.

-- El hermano y la madre se aparecieron una tarde en el hotel y lo esperaron en el lobby – le escuchaste y aunque no lo dijiste, algo te dijo que lo que el feo contaba parecía más una obra de teatro que algo de la vida real.

Tampoco les hizo caso. Cuando su hermano se le paró delante, “y yo fui testigo de eso, amigo, debió ser muy duro para el pobre Saúl”, y le dijo: “mi hermano, necesitamos hablar”, le dio un leve empujón a los dos y siguió caminando hasta salir del lobby y montarse en el auto que los esperaba para llevarlos hasta el lugar donde se hacían, en secreto, las negociaciones.

Su Horrorísima Majestad se dijo esa vez, “y todavía lo pienso”, que las palabras del digno empresario cubano debieron destrozarle el alma, a pesar de la frialdad con que venían cargadas.

-- No me gusta perder el tiempo hablando con los muertos – dijo Saúl --. No tengo alma de espiritista.

*M*ierda, mierda, mierda, gritarían casi, alocadas, abrazándose. Y se mirarían, eufóricas. Y lanzarían gritillos de histeria alegre. Y darían vueltas por toda la habitación, aún abrazadas, como chiquillas traviesas, después que Magnolia gritara: ¡Eureka! Lo encontré. Y quedarían un buen rato sentadas en el piso, como presas de un estado orgásmico que va cediendo y cediendo y cediendo hasta que ya estarían listas para llegar hasta el teléfono y llamar al viejo Alex, y decirle: “viejo, lo encontramos”, contentas de haber llegado al sitio que esperaban: una pista. Porque el viejo Alex les habría contado: “llamé a todos los teléfonos y en ninguno saben”, aunque en el fondo algo le estuviera diciendo, como una vocecilla tímida, cómplice, que debía insistir. Y así lo hizo. “Puse a mis sobrinos a llamar y la respuesta fue la misma”. Y discaron y discaron varias veces, con las voces distintas de sus sobrinos y sobrinas, esos números que Mayra había marcado en la libretita de teléfonos de su hermano. Y nada habían encontrado. Y Alex les confesó que se había sentido desilusionado, “con las alas caídas, carajo, por tanta esperanza puesta en esa mierda de libreta cuando ustedes me la trajeron”, cansado ya de que ni él ni Alain ni ellas hubieran encontrado una mínima pista, un pequeñísimo eslabón al menos, un indicio que pudiera desenredar de una buena vez esa desgraciada madeja que se enquistaba como una ameba, resistiéndose a que descubrieran sus posibles tentáculos.

-- Eres una fiera, Magnolia – escucharon su vozarrón de hombre curtido en años y mierdillas de la vida en aquellos barrios de mierda.

Y se sentirían halagadas, ligeras, elevadas por el brisote de aquella voz de macho que elogiaba sus dotes de mujer, su intuición de mujer que les hizo buscar en aquellos números, llamar de nuevo a esos números y recibir las mismas respuestas que Alex les había contado al detalle.

Ahí llegó la clave: Las respuestas. Porque de todas las que escucharon hubo dos casi idénticas, las dos referidas a un tal Cayiyo.

-- Por favor, con Cayiyo – habían dicho Alex y los sobrinos y las sobrinas y ellas.

-- ¿A qué número llama? – les contestó la misma voz.

Dijeron el número, escuchando la respiración, no saben por qué, agitada, del otro lado de la línea.

-- Este es el número, pero no vive ningún Cayiyo aquí. ¿Está segura de que no ha equivocado el dedito al marcar?

-- No, señor. He marcado ese número.

Y luego, un silencio. Siempre la respiración agitada, galopante, en ese sitio desde donde respondían.

--...bueno, para serle franco... es posible, porque aquí antes vivía otra persona.

Ahí quedaba todo. En la disculpa. En decir qué lástima, espero encontrarme con Cayiyo por ahí, o algún otro disparate a modo de disculpa, todavía sin pensar que quizás en esa frase repetida en dos teléfonos por dos personas distintas: “es posible, porque aquí antes vivía otra persona”, podría estar el ábrete sésamo de todo aquel enredo.

-- ¿Cómo alguien puede haber vivido en dos casas a la misma vez? – había dicho Celine.

Y se miraron, alertadas, con todos sus sentidos aguzados, intentando aclararse las ideas. O una idea: “¿cómo se explica que en dos casas distintas nos hallan dicho la misma respuesta?”, y pensaron las dos, aún cuando no lo dijeran: “¿quién carajo puede tener dos casas en un país donde ni la casa donde se vive es de uno?”.

-- Yo vi el nombre de Cayiyo escrito en otra parte, Celine – dijo Magnolia.

Y buscaron en las páginas de la libretita de teléfono que el viejo Alex les envió de vuelta: “devuélvansela a Mayra, la pobre, que la guarde como un recuerdo... de nada sirvió”. Hasta que encontraron. Y leyeron lo que el hermano de Mayra había escrito en su letra molesta de entender: “Cayiyo

*no me dijo que se iba a mudar”. Y en renglón aparte: “Es bajito y calvo y tiene una mancha en la cabeza, igual a Gorbachov”.*

*Entonces llamarían. Antes de avisarle al viejo Alex llamarían, no fuera a ser otra falsa alarma. Aunque intuían en sus almas de mujeres sensibles que habían dado justo en la diana, perfectamente al mismísimo centro de la diana. Y que esa luz que avizoraban en el horizonte podría ser la señal de que Dios al fin las había iluminado para que “Pedrito, al fin te vengue de estos cabrones que te arrancaron tu vida y mi vida, amor mío”, pensaría Magnolia.*

*Celine hablaría esa vez, “que si hablo yo van a descubrir mi voz de pájara vieja, niña”, aclararía Magnolia.*

*-- Por favor, con Cayiyo – temblorosa lo diría, las manos sudadas aferrándose al auricular, nerviosa.*

*-- ¿A qué número llama? – contestaría la misma voz.*

*Iba a decir el número, como hizo, y escucharía la respiración, otra vez sin saber por qué, agitada, del otro lado de la línea.*

*-- Este es el número, pero no vive ningún Cayiyo aquí. ¿Está segura de que marcó bien el número?*

*-- Sí, señor. Marqué bien.*

*Y otra vez el silencio. Y de nuevo la respiración agitada, galopante, en ese sitio desde donde respondían.*

*--...bueno, para serle franco... es posible, porque aquí antes vivía otra persona.*

*-- ¡Qué clase de lío, carajo! – añadiría Celine, fingiendo contrariedad, con teatralidad casi perfecta --. Cayiyo no me dijo que se iba a mudar.*

*Otro silencio largo, ya sin agitación en ese que respira. Luego, su voz calmada, susurrante, podría jurar que misteriosa.*

*-- ¿Y cómo es ese Cayiyo que usted conoce? – le escucharían decir; Celine en un auricular, Magnolia en la extensión, en el cuarto de al lado.*

*-- Es bajito y calvo y tiene una mancha en la cabeza, igual a Gorbachov.*

*-- Ese mismo es Cayiyo – escucharían.*

*Y la voz del hombre se les antojaría más tranquila, dueña de una seguridad que hasta segundos antes le faltaba.*

*-- Déme su dirección – seguirían escuchando --. Cayiyo irá a verla para cuadrar el negocio.*

**C**uesta creer que ese muchacho que sonreía, respetuoso, diríase incluso que tierna y afeminadamente, delante de mí, sentado en una de las butacas de mi casa, fuera el mismo Condesito de las historias que corrían por La Habana, asegurando que quienes lo enfrentaron en la lucha por el Vedado habían aparecido degollados en los lugares más públicos de los barrios donde vivían.

Pero era el mismo. Y regresó una semana después, quizás menos, y fue a sentarse en la butaca que siempre ocupaban mis visitantes, a propósito, porque me gustaba colocarlos allí, de frente a la luz que entraba por el amplio ventanal a mis espaldas, de manera que yo pudiera distinguir hasta el más pequeño gesto de su cara sin que ellos lograran lo mismo conmigo. De sobra me sé esa táctica. "Se llama palabrear con ventaja, muchacho", me decía Lansky, experto en preparar sus habitaciones para que siempre la penumbra cayera sobre su cara, mientras que quien le hablaba tenía iluminadas hasta las arrugas del culo.

-- Los encontré, viejo – me dijo el Condesito, y en sus ojos descubrí el brillo de una alegría que podía nacer en la simpleza de saber que estaba ayudando a una persona a quien mucho admiraba, porque también la admiración, que lo empequeñecía como un crío y me hacía sentir poderoso, se le escapaba desde el fondo plácido de su mirada.

Realmente tuvo que confesar que aquellos cuatro grupitos que mencionó en nuestra conversación anterior se le habían escapado porque andaba ocupado en otros asuntos mayores, sobre todo en chantajear finamente a un canadiense que le proveía droga desde Toronto, "y el muy ladino quiso tirarme a mierda porque alguien de las alturas le ofreció un negocio mejor". Un sentido del humor frío, muy cubano. Cuando se refería a "las alturas" estaba hablando de alguna persona vinculada al poder, o con poder suficiente como para andar por la libre en una Cuba donde todo lo ilícito estaba en dos bandos bien definidos: los que mandaban en el país y los que mandaban en la marginalidad.

-- Tuve que recordarle al muy cínico -- le escuché decir --, que cometió el error de casarse con una cubana y de tener una hija que ya cumple doce años...

Y que a esa edad una niña puede ser pasto de seres libidinosos, enfermos sexuales, maníacos, que siempre buscan "un bollito virgen para violar".

-- Pero cuando desaté a mi gente para que se dedicara de lleno a buscar a esos comequentes...

Aparecieron. Y en los lugares menos pensados. "Y hasta con gente que casi me hacen caer de culo, viejo", porque nadie imaginaría que un respetado pediatra de un respetadísimo hospital pediátrico de La Habana pudiera estar dedicando sus horas libres a sacar familias enteras por la zona costera de Pinar del Río, cerca de la playa Bailén, al sur, para que de un cayo cercano viniera un yate de unos mexicanos amigos y se llevara a los tripulantes hasta Puerto Juárez, Cancún o cualquier otro sitio cercano, desde donde empezarían una travesía que los llevaría a la frontera con Estados Unidos. Allí sería fácil. Bien distinto a los pobres mexicanos a quienes cazaban como bestias. A los cubanos les bastaba pararse delante de los guardafronteras y decir: soy cubano, escapé de Cuba y me acojo a la Ley de Ajuste Cubano, para ser recibidos con los brazos abiertos. En unos días estarían

gozando en las calles de Miami, destino casi natural de todos los que se escapaban de la isla.

Tampoco nadie podría creer que un digno oficial de tropas guardafronteras prestara la lancha de mantenimiento y reparación para trasladar hacia un islote virgen, cercano a las aguas internacionales, a otros que querían escapar y no podían pagar tanto, pero pagaban, y su negocio era dejarlos allí "porque ya los que escapaban se habían comunicado con su familia en el Norte para que vinieran a buscarlos en ese cayito, viejo".

-- Pero todos eso llegan, Alex – precisó el Condesito, interrumpiendo la enumeración de los comequentes que operaban por su cuenta.

Sabía que no era necesario: captó enseguida que yo había comprobado que buscó, y que lo hizo bien, y a fondo, y que encontró lo que podía servirme. Y lo vi disfrutando ese triunfo, todavía con las manos unidas sobre el agarre del paraguas, como si fuera un bastón, mirando a las luces del día que comenzaban a languidecer más allá del ventanal, a mi espalda.

-- El grupo que puede interesarte es el más misterioso, lo confieso – dijo entonces y una arruga alargada y profunda le cruzó la frente, casi de lado a lado --. Creo que es el grupo más profesional – agregó.

Todos sabían que existía, pero nadie podía dar ni un solo detalle de cómo operaban o quienes eran. Le fue difícil. En un par de pueblos pescadores, muy cercanos uno del otro por cierto, sabían que un yate llegaba en las madrugadas cada dos o tres meses hasta los dienteperros, en las ensenadas pequeñas adonde podían entrar embarcaciones de poco calado. Sabían que desde por la mañana se veía gente desconocida fingiendo pescar o bañarse en las playitas de la zona. Sabían que luego de cierto encontronazo entre la policía costera y los del yate, el jefe de los policías andaba comentando que había sido un malentendido y que eran científicos que recalaban en aquel sitio para investigar la barrera



coralina, famosa en toda la isla. Sabían que se trataba de tres personas, pero ahí quedaba todo.

-- Pero hay algo que me da picotazos, viejo, como un pájaro carpintero, aquí – y se dio unos golpecitos suaves en la cabeza antes de continuar --: la gente ha visto sólo a dos, pero todos dicen saber que son tres los que están en eso.

Uno coincidía con la descripción que yo le había dado la primera vez que hablamos de aquel asunto.

-- Todo el mundo lo describe igual, viejo – precisó y se recostó en la butaca para marcar sus frases con los dedos de las manos, como si contara --: bigote grande y bien cuidado, ojos azulitos azulitos... ah, y que es un tipo fino.

El otro, “que parece ser el chofer, o algo así, no sé, el que lleva a la gente hasta el lugar del embarque”, debía ser tan igual a cualquier gente que casi nadie se había fijado en si era alto, o bajito, gordo o flaco.

-- Pero en una cosita sí coinciden todos – y sus ojos se encendieron con una viveza rara, infantil, que tiraba bien lejos la imagen del tipo duro que realmente era --: ¿te acuerdas del chiste de la paloma de la paz y Gorbachov?

No logré entender. De golpe no supe qué carajo tenía que ver lo que me estaba contando con el chiste de Gorbachov y la paloma, que ciertamente había escuchado cuando el ruso visitó Cuba, poco antes de la descojonación del socialismo en Rusia, pero no lograba recordar bien.

-- Gorbachov andaba jodiendo tanto a la paloma de la paz en sus discursos, que la muy puta lo cagó – siguió diciendo --. Por eso tiene esa mancha en la cabeza.

-- ¿Y qué tiene que ver eso con lo que me ibas diciendo, muchacho? – quise saber, en verdad confundido.

-- Pues que a ese calvo todos los recuerdan porque tiene una mancha parecida a la cagada de la paloma en su calva, ¿qué te parece?

**Q**uerido hermano:

*¿No has pensado en que cuando ese gobierno se caiga van a limpiar las calles con el pellejo de pinchos que como tú se han cagado las manos con la mierda y la sangre de los fidelistas?*

*Tú dirás que estoy loco porque empiezo una carta echándote con el rayo, pero es que acabo de tener una conversación con la vieja y tanta cuerda me ha dado con su pejiquera de madre preocupada que quiero salvar mi responsabilidad de hermano.*

*Aprovecho que Leo va por allá y que se va a quedar en tu casa para enviarte esta cartica y algún dinero. Los dos mil son para pagar los gastos del último embarque, que fue muy bueno. Ya Leo te contará porque en ese viaje tuvo que ir él. Por suerte, con su pasaporte de respetable ciudadano mexicano, logró que lo dejaran fondear cerca de Cayo Coco, y hasta me contó que se dio banquete mirando a las italianas en cueros, en esa playa de nudismo que hay por esa zona, bien lejos de los cubanitos que si pudieran estarían allí mirándole el culo a las blancas esas, para después masturbarse, porque ya se sabe que a las italianas le gustan nada más los negrotos, y en los hoteles de ese lugar, según se publicó hace poco en el Herald, los dueños españoles no contratan negros, así que a los cubanos blancos que puedan acercarse por allí sólo les quedará esa opción: agarrarse el instrumento y a tocar un solo de flauta con timbales.*

*También Leo me dijo que la cosa está cabrona. Ya te lo había comentado. En mi último viaje, el mes pasado, cuando sacamos a la gente por la Marina, en Varadero, uno de los que se montaron*

*en el yate me contaron que ya había mucha gente metida en el negocio y que por eso estaban en condición de pedirme una rebajita en el precio de embarque. Le acepté tres mil por cabeza. Y eran ocho. Pero podrás imaginar que lo hice porque de todos modos el dinero que pagaron y el que no pagaron iría a parar a mis bolsillos.*

*Creo que ya te hice el cuento: los dejé en un islote pequeño, cerca de Cabo Anguila, y les dije que un par de amigos míos irían a buscarlo en la noche, para evitar que las lanchas de la Marina nos atraparan intentando entrar de día. Florencio los mató. Dice que los encontró dormidos a casi todos, menos a uno que parece habían puesto a velar para cuando apareciera el barco a buscarlos. A ése lo sorprendió por detrás y lo degolló con una navaja. A los demás los fue linchando con una pistola con silenciador, así que seguro no sufrieron nada. Ese mulato es un tipo fiel de todas todas. Yo le dije que lo único que me importaba era que no entraran a Miami porque entonces se nos jodía el negocio, le pagué mil dolaritos y el pobre, del hambre que está pasando, se le encendieron los ojotes como a un sapo y casi no podía hablar del agradecimiento. Gente dispuesta como Florencio siempre hace falta.*

*Pero he pensado seriamente en cerrar el negocio, hermano. Con esos comemierdas haciéndonos la competencia, con la pendejeta del gobierno yanqui haciéndole el juego a Castro para hacerle creer que están interesados en acabar con el tráfico de personas, y con lo que ya tenemos reunido, no es como para seguir corriendo riesgos por gusto, que tú y yo bien sabemos que de los negocios hay que sacar lo conveniente cuando resulta conveniente, en el lugar conveniente, y retirarse a tiempo si es conveniente.*

*Con tres viajes más cerramos. Y en el último viaje, que daré yo personalmente, te vienes conmigo a Miami. Y eso no tiene discusión, hermanito. Ya es hora de sacarte de esa mierda de país, porque no estoy dispuesto a cargar después con la culpa de*

*verte arrastrado por las calles, cuando las cosas cambien, pagando por haber sido un testaferro del régimen. Mamá está de acuerdo. Yo estoy de acuerdo. Y tú tienes que estar de acuerdo, aunque sigas diciendo que no corres peligro. Ya tienes dinero suficiente como para empezar una nueva vida acá, así que no quiero discusiones, ¿entendido?*

## 9

**L**os carros en la avenida la aturden. Los muchachos, que pasan en grupos hacia la playita cercana, también la aturden. El molote de gente esperando en la parada la llegada de algún ómnibus que los lleve al centro de La Habana, su conversadera y sus risotadas y hasta el silencio de algunos, la aturden. E incluso el sol, cayendo como plomo derretido a esta hora de la tarde, la mantienen aturdida, alelada, lejos de su cuerpo y de este lugar y de la isla, y la lanza, aunque ha intentado resistirse, a ese momento aún más lejano en sus recuerdos, cuando vio hundirse en el mar, negro mar, frío mar, los cuerpos muertos de su madre y su hermano.

“Necesitas respirar, Mayra”, se dijo en voz muy baja. Y respira. Hondo respira, como queriendo vaciar todo hasta de la más mínima brizna de aire. Y siente que sus pulmones se llenan, a punto de estallar. Y estallan. O no sabe si lo que explota es el llanto. Y se sienta en la acera y llora. Sabe que todos los ojos la miran y llora, sin importarles un carajo esas miradas y el murmullo que imagina nace de esa necesidad chismosa de explicarse entre ellos la causa de ese llanto suyo.

-- Lloré hasta vaciarme – le dijo luego a Celine y a Magnolia. Y se lo repitió a Clarette cuando la sintió entrar en la madrugada y acostarse luego de trastear en el refrigerador y la cocina, como buscando algo que comer, seguro tras una noche de juerga sexual y tragos, sin nada de comida.

-- Lloré hasta vaciarme – repitió entonces, todavía con las brumas del sueño danzando en su cabeza, y se abrazó a Clarette y sintió el calor

de su pecho desnudo bajo la bata de casa finísima, regalo de uno de sus últimos clientes. Y lloró de nuevo, largo, sintiendo que algo raro se le iba saliendo de la sangre, como si con el llanto lograra escabullirse cierto veneno que le corroía las venas y el alma.

Luego de un rato logró contar. Y contó. Y se vio de nuevo ante Saúl que llegaba hasta ella después que la oyó pronunciar “tengo miedo”, con voz aniñada, desvalida. Y supo que el deseo se había encabritado dentro de aquel hombre. Y sintió asco.

-- Sentí tanto asco que casi vomito – le dijo a Clarette, abrazadas aún, mientras sentía el cariño de esa mano que le acariciaba el pelo.

Saúl también le acarició el pelo durante unos minutos. Quedó quieta. “No podía moverme, Clarette”, siguió contando. Tenía los músculos engarrotados, el cuerpo endurecido. Torpe. Era la palabra. Se sentía incómodamente torpe. Y sólo al final de un tiempo que le pareció larguísimo, fastidioso, asqueante, acariciada por aquellas manos que también había matado a su familia, logró separarse con un breve empujón y enfrentársele, ya decidida, con una rabia que la iba llenando toda, insuflándole unas fuerzas que jamás pensó tener.

Había sacado el revólver ruso, una makarov flamante que Clarette comprara años atrás a un policía que se iba del país en balsa, y le apuntó al pecho: sabía que sólo allí podía darle si Saúl se reviraba, porque jamás había usado uno de aquellos trastos.

-- Ahora tú y yo vamos a tener una conversación bien larga, señorito Saúl – le dijo, y todavía no sabe de dónde sacó el valor para esgrimir tanta ironía.

Lo vio sentarse. Y temblar. Saúl temblaba. Y sus ojos azules estaban como apagados por el miedo.

-- Coge lo que quieras y llévatelo – le oyó decir y pudo ver el temblor de aquella mano de finísimos dedos que apuntaba hacia el asiento donde había dejado el traje y la billetera.

-- Fabrizio – fue su respuesta --. ¿Te suena ese nombre?

Un gesto de no, breve, casi fugaz en la cara de Saúl. Algo que cree era un nuevo temblor.

-- Era mi hermano, ¿sabes? – dijo y apretó con fuerza la culata de la makarov entre sus dedos --. No me puedo quitar de la cabeza su cara, ni la cara de mi madre hundiéndose en el mar.

Creyó ver una luz en los ojos azules del hombre. O no logró saber si fue que esos ojos se abrieron, igual que las fosas nasales de Saúl, ante una profunda aspiración de aire, casi un largo suspiro, aunque sin el sonido típico del suspirar.

-- ¡Ah!, era eso – le oyó decir, y lo vio hacer el intento de pararse de la butaca de grandes cojines de la habitación, pero lo detuvo levantando el revólver hacia él.

-- Sabía que te iba a encontrar – le dijo al hombre, sintiendo que la rabia la asfixiaba, que anegaba sus ojos con una humedad que logró detener apretando fuerte los párpados y abriéndolos rápido otra vez, por si Saúl intentaba alguna trastada --. Y ten la seguridad de que vas a pagar caro esas muertes, se-ñor.

-- Te equivocas de hombre, muchacha – dijo Saúl.

-- ¿No me diga, se-ñor? – respondió, irónica, marcando la última palabra --. Ah, ya sé... seguro el señor es de los que cree que las putas pensamos con nuestra sabrosa papayita...

-- Te equivocas, te digo – volvió a decir, y tuvo que aceptar que la tranquilidad que se había aposentado en la cara y las maneras de Saúl lograron confundirla.

-- Pues bien – siguió, aún con más sarcasmo en el tono de su voz --. Demuéstrele a esta pobre jinetera sin cerebro que está equivocada.

Lo vio señalar a la butaca donde había dejado el saco y la billetera.

-- Busca donde tengo las tarjetas de presentación – le oyó pedir, y sin dejar de apuntarle caminó de lado hasta la butaca, abrió la billetera y buscó. Había dos fotos. Una pequeña, tipo carné de identidad, de una vieja de canas muy blancas y sonrisa buena; otra, también pequeña,

del mismo tamaño de las tarjetas, donde logró ver dos hombres abrazados mirando a quien tiraba la fotografía. Tuvo que regresar bajo la luz, al medio de la habitación, para precisar los rostros. Quedó congelada, los ojos clavados en aquellas caras.

-- Somos gemelos – le oyó decir a Saúl – Por eso te dije que te equivocabas.

Logró sentarse en el borde la cama, frente a Saúl, que siguió mirándola con una tranquilidad que le pareció ya natural, que sintió incluso compasiva.

-- No creas que es el primer susto que me dan, muchacha – siguió escuchando, todavía sin despegar los ojos de esos dos rostros idénticos que sonreían en el pedacito de papel fotográfico, tembloroso, entre sus dedos.

Había puesto el revólver junto a su muslo derecho, sobre la cama, y se sintió tan desvalida que tuvo unos deseos horribles de llorar, pero no lo hizo. Se estrujó los ojos con los dedos de la mano libre y dejó la cabeza baja, la mirada ya desviada a los mosaicos blanquísimos del piso.

-- Fue hace diez años esa foto – escuchó después --. Estuve por trabajo en Miami y allá nos vimos... Siempre fue de muy malas entrañas.

Y precisamente por otra de las víctimas supo que Samuel, que así se llamaba “ese hermano que el Diablo me dio”, andaba en el tráfico de personas.

-- No podía creerlo – dijo --. Si ese pobre muchacho no me hubiera contado que Samuel mató a todos los que iban en el yate y que él lo supo todo porque uno había quedado vivo y fue rescatado por la guardia costera, en un islote cercano a Matanzas, le habría entrado a patadas por estar acusando a Samuel de ese crimen.

Desde ese día andaba con la fotografía encima, pues no podía precisar hasta dónde su hermano seguía metido en aquel negocio



criminal, y esperaba que esa foto siguiera salvándolo de que alguien lo confundiera con el verdadero asesino.

-- Igual que ahora mismo me pasó contigo – comentó con una marca de tristeza y desazón que creyó sincera --. ¿Te imaginas si me hubieras disparado sin darme tiempo ni para hablar?

Tuvo que hacerlo. “Disculpa”, masculló en un tono realmente inaudible, y lo sintió preguntar “¿cómo?”. Y repitió. “Disculpa”, esta vez más alto. Y no supo porqué comenzó a decirle que había pasado tantas cosas desde entonces, “allá afuera... y aquí”, y cree recordar que también dijo “no soy puta porque me guste, tuve que hacerlo allá... afuera... para vivir”, y que algo contó a Saúl de que no había encontrado trabajo en ninguna parte en Cuba por esa mancha en su vida, que había empezado esa noche en que Samuel mandó a su familia al fondo del mar. Como vaciándose lo dijo. Un desahogo. Una forma de pedir perdón quizás.

-- Creo que puedo ayudarte – le escuchó decir entonces, y lo vio incorporarse, llegar hasta la butaca y sacar una de las tarjetas de su billetera --. Toma esto y no dejes de llamarme la semana que viene. En pago a la mierda que te hizo ese cabrón de Samuel te voy a conseguir un trabajo digno... ¡palabra de hombre!

Vino a llorar, aturdida por todo, ya sentada en la acera. “Y me vacié, Clarette, me vacié”, dijo, y Clarette volvió a apretarla contra su pecho, intentando parar ese llanto que estremecía a su amiga. Y la cubrió con la sábana y le dijo “duerme, anda, ya has llorado bastante”. Pero tenía que contar. Y así lo hizo.

El calor del cuerpo de Clarette le hizo recordar muchas cosas. La paz. La tranquilidad esa que también sintió en el camastro que la haitiana preparó para ella junto a sus nietos. En un cuartón horrible, piso de tierra, sábanas destrozadas, muebles rotos rescatados de algún basurero, pero donde logró comer caliente y dormir casi endrogada por una tisana que la negra preparó con unas yerbas “para que logres descansar tu cabecita, niña”, y la vio sonreír sana, con sus grasientos cachetes inundados también por la luz de esa sonrisa. Y aunque luego

ese recuerdo le siguió pareciendo cursi, se dijo que la vida real estaba llena de momentos como esos, y que prefería mil veces la cursilería dulzona de esas escenas en sus recuerdos, a la oscuridad también realista, fría, de otras que no quisiera recordar.

-- Sobrevivimos traficando cosas – le dijo al día siguiente la haitiana. Se llamaba Janinne.

Y aunque la palabra traficando le supo a mierda, y hasta cree que le clavó en el cerebro algo de miedo otra vez, sintió que podía ser distinto por el tono en que Janinne lo había dicho. Después se convenció diciéndose que a fin de cuentas este modo de traficar era distinto: lo hacían porque no les quedaba otro remedio, para aliviar algo sus miserables vidas de exiliados en un país que los detestaba; nada tenía que ver con el asqueante deseo de enriquecer a costa del sufrimiento de otros, matando a los otros, como sucedía con el tráfico de personas.

-- La semana que viene te vamos a sacar por allá para tu país – llegó diciendo una noche, casi de madrugada ya, contenta, hasta el punto de que improvisó una pequeña danza en medio del cuartón que hacía de sala. Algunos de los nietos apartaron las cortinas rotas de los cuartos y salieron a mirar, preguntándose qué hacía a la abuela danzar de aquel modo y a esa hora.

“Allá” era Haití. Se había acostumbrado a esa forma de hablar entre los haitianos que convivían en aquel tugurio, en las afueras de Santo Domingo, en barracas y casuchas hechas con pedazos de cartón y tablas y piezas de zinc que recogían en cualquier parte de la ciudad y en el basurero estatal, también en las afueras. Y logró descubrir en esa palabra una doble connotación que le recordó otra vez la triste condición del exiliado. “Allá” encerraba para los haitianos un país lejano, inalcanzable en todos los sentidos, y a la misma vez la simpleza de esa palabra tan corta, les traía la cercanía de un origen que todos conocían y querían conservar así, con la misma naturalidad con la que pronunciaban “allá”, como si ese allá estuviera al doblar de la esquina.

-- Es del carajo saber que no la veré nunca más – le dijo a Clarette, y se cubrió con la sábana un muslo, que se había destapado sin querer al buscar el abrazo de su amiga.

No dejó de ver la cara de Janinne, llorosa y tristonada por primera vez desde que la encontró, en todo el trayecto de Santo Domingo a Pedernales, en la frontera con Haití.

No la olvidaría tampoco a lo largo de esos paisajes tan parecidos a los de Cuba, iguales lo mismo de día que de noche, y supo que jamás iba a perder el recuerdo de aquellos ojos cuando cruzó la frontera y se presentó en una posta médica cubana, donde la mantuvieron trabajando como ayudante de enfermería cerca de un mes, luego de que ella les contara incluso el más mínimo detalle de su odisea, hasta que lograron trasladarla a Puerto Príncipe.

-- Sentí culpa, mi hermana – le contó a Clarette --. Una culpa tan grande que no podía mirar a los ojos a nadie... me trataron tan bien, a mí, a una puta traidora.

Y volvió a llorar.

Fue quedándose dormida, la neblina del sueño enturbiando todos sus recuerdos de ese día, excepto la imagen de Janinne, sus grandes ojos...

Todavía cree que soñó estar en el cuartón, con la haitiana y sus nietos. Pero sólo lo cree. No puede recordarlo.

**L**a dirección no existía. “Pero ya tengo al hombre”, nos dijo Alex. Estaba sentado, con las piernas cruzadas, en esa butaca que parecía ser su poltrona, y esperaba a que uno de sus sobrinos le sirviera un vaso de crema de vié, bebida casera que recordábamos todos como algo normal en las casas cubanas de nuestra infancia, y que siempre se brindaba a los visitantes, como una cortesía cargada de la misma familiaridad del trago.

*Había pasado poco más de un mes y ya casi se vencía nuestro permiso de visita a Cuba cuando un tal Alain vino a vernos de parte de Alex. Nunca lo habíamos visto, ni siquiera en la casa del negro, aunque en nuestra primera conversación lo había mencionado varias veces, y habíamos intuido que se trataba de un policía amigo, alguien que también dominaba las leyes secretas de aquellos barrios y por esa razón era considerado como uno más entre los marginales mandantes en Centro Habana y La Habana Vieja.*

*-- El viejo Alex y Alain son uña y carne – dijo un vecino de la casa donde tirábamos nuestros huesos cansados, luego de revivir aquellos momentos en que paseábamos por una Habana que nos seducía: los niños hartos de helados y chocolates y correderas por el Parque Lenin y el Acuario Nacional y el Zoológico; Nora con su artritis prematura y el dolor en sus calcañales, “que estos niños me van a matar, Nacho; no se cansan nunca”.*

*Era una leyenda viva el viejo Alex. Y se llamaba Francisco Alexander Vargas Machuca, y no Alex Varga, aunque usted preguntaba por el primero y nadie lo iba a conocer, pues él mismo había decidido usar aquel nombre corto, que inspiraba respeto, desde una noche, muchos años atrás, en la Cuba de los años cuarenta, cuando descubrió que quizás Dios lo había puesto en la tierra para defender a los marginales, como si fuera una especie de Robin Hood moderno que robaba, dirigía a los ladrones pobres y creaba leyes para ellos, porque era el único modo que tenían para sobrevivir a gobiernos y críticas antimarginales.*

*-- El viejo me dijo que te llevara a ver a un cabroncito – dijo Alain, y me abrió la portezuela de su Lada --. Puede ser el hombre que buscas.*

*Las coincidencias, otra vez, como suele suceder, habían sido importantes. Alain contó que poco después de que yo fuera a pedirle ayuda al viejo, un travesti había necesitado que Alex lo sacara de un hueco, “estaba deprimido porque le mataron al marido en un embarque de esos, como les pasó a ustedes”, dijo, y que ese travesti,*

*“se llama Magnolia y es muy querido en el barrio”, le hizo la historia de otra muchacha que también perdió a los suyos, “y tuvo que meterse a puta allá afuera hasta que logró volver”.*

*-- Atando cabos llegamos al mismo tipo – dijo entonces.*

*-- ¿Al mismo tipo?*

*-- Los ojos azules, un bigote muy bien cuidado y cejas tupidas... todos lo describen igual.*

*Tendría que identificarlo. Varios meses atrás la propia Mayra había venido a decirle a ellos algo que les había llamado la atención: el tal Saúl, “que debe ser tu hombre, por eso te traigo a reconocerlo”, le había echado la culpa a su hermano Samuel, que vive en Miami.*

*-- Y resulta que a ti, ese Samuel te dijo que la culpa era de su hermano Saúl, éste que tenemos fichado acá en Cuba, pero a quien no hemos podido agarrar con las manos en la masa. ¿No te parece raro ese intercambio de culpas?*

*Era raro. En silencio vimos pasar la ciudad, los vetustos y destruidos bloques de cuadras de Centro Habana, los modernos edificios del Vedado, sus parques limpios y bien plantados de árboles frondosos, las grandes avenidas de Miramar, la zona de los nuevos hoteles frente al mar donde sólo había yerba y descampado y escombros cuando decidimos irnos del país, años atrás. Llegamos al Hotel Comodoro y atravesamos el portón de entrada luego de una señal amistosa, como de quienes se conocen, que cruzaron Alain y el empleado de seguridad que vio al Lada parquear y con otra seña, desde lejos, pareció desearle suerte.*

*Saúl estaba en la piscina de los bungalows, tomando sol con unas gafas negras y el cuerpo brillante por la crema protectora de la piel que daba a sus brazos y a su pecho una tonalidad dorada, como de trofeo recién pintado.*

*-- Ese mismito es – y Alain sonrió, satisfecho, y su mano detuvo, con un leve golpe ese impulso de caerle encima a ese degenerado que*

*disfrutaba de aquel modo de las vidas que había quitado a otros, sólo Dios sabe a cuántos.*

*-- Vámonos – dijo Alain, y otra vez nuestros pasos, pero entonces con la indecisión de quien se ve arrastrado contra sus deseos, nos llevó hasta el parqueo, el Lada, el saludo del hombre de seguridad y la ciudad --. Tus muertos serán vengados, Ignacio, no te apures. Ese cabrón no se va a salvar de sus muertos.*

Saúl es un bicho bien inteligente. Se cuida mucho las espaldas. Piensa cada paso que da. Y eso te ha hecho imposible cogerlo, como te gusta, con las manos en la masa. Ni en tu entrevista con el viejo comunista Manuel, ni en tu encuentro con la mujer de Felipe, ese amigo de Saúl, ni en las verificaciones encubiertas que has ido haciendo en el Ministerio de Turismo y en algunos hoteles que frecuenta, has encontrado un desliz, un resbalón, una piedra que lo haya obligado a dar un traspiés, lanzándolo a tus garras de sabueso.

Luis Orlando podía ser esa piedra que buscas y por eso te lanzaste a buscarlo en la granja pecuaria adonde lo mandaron como secretario general del Partido Comunista, luego de lo que Orestes llamó “la descojonación empresarial de los noventa”, no porque fuera una depuración ocurrida en esos años, sino porque en esa limpieza cayeron exactamente noventa dirigentes de nivel medio, corruptos todos, vinculados todos a la dirigencia hotelera, en instalaciones turísticas alejadas de las grandes ciudades del país.

-- Recibí una lección, compañero – te dijo esa tarde, todavía con las botas de goma apestando a mierda de vaca, sentado en una silla vieja, más destruida que la de tu oficina en la Unidad --. La soga siempre rompe por la parte más débil.

Y Saúl estaba del otro lado, en la parte más fuerte de la soga. Eso le hizo llegar, prepotente, cínico, “haciéndose el intocable, con esa cara de

hijoeputa que siempre tiene”, a decirle que “mañana vienen a partirte las patas, Luis Orlando, así que ya sabes”. Y el ya sabes significaba que nada podría hablar de los negocios que tenían varios de ellos con Saúl, que el nombre de Saúl no podía mencionarse en ningún informe: “no existo para ustedes, ¿entendido?”, y que si lo hacía de ese modo, en vez de ir a la cárcel, el castigo sería el traslado, la posibilidad de cumplir un par de años la sanción y regresar “junto a nosotros, acá arriba... ya sabes, Luis Orlando, como dice la gente por ahí: caerás para arriba”.

-- Me aseguró que cumplía órdenes viniendo a verme – siguió diciéndote el hombre y te señaló hacia una bandeja sucia que trajo una negrita flaquísima y de patas como palillos de dientes y colocó sobre la mesa con dos vasos de cristal llenos de jugo de naranja.

Saúl le había asegurado que a muchos gerentes se les estaba yendo la mano, “y están haciendo las cosas a lo descarado, como si se olvidaran de que sobre nosotros hay más envidia que estrellas en el cielo, que bien sabes que este país está cada vez más lleno de hijoeputas muertos de hambre”. Y a los de arriba no les convenía ese desparpajo. “Es una prueba que se les está dando a los enemigos de la Revolución de que acá ya hay más corrupción que consignas”.

-- ¿Y por qué no lo denunciaste? – dijiste --. Como quiera que fuera, Saúl era parte de esa tembladera de mierda, ¿o no?

-- Esa es otra cosa que aprendí hace tiempo, compañero – contestó, y sorbió un poco de jugo, para dejar el vaso sobre una esquina de la mesa --. En estas depuraciones, los que están arriba cocinan bien las cosas.

Conocía tanto a Saúl que estaba convencido de que “él mismo”, y recalco estas palabras, había cocinado esas depuraciones, precisamente para alejar toda sospecha de su participación en esos negocios sucios que “él mismo” tendría que limpiar.

-- Y aunque sea un cínico, es inteligente – precisó, cruzando las botas bajo la mesa, frente a ti --. Ése no es de los que dejan cabos sueltos que puedan joderlo. Estoy seguro de que previó hasta que alguien podía denunciarlo.

Y a decir verdad, “aunque sea feo que uno lo diga, compañero”, hasta dónde él había conocido en todos sus años como dirigente confiable, cuando alguien de arriba decía que luego del castigo ibas a subir “subes, y ocupas un puesto diez veces mejor que el que antes tenías”. Porque tampoco era bobo y bien sabía que Saúl tendría bien claro que “pude haber perdido esta pelea, pero lo que sé, lo sé, y puede estar usted seguro, compañero, de que yo sé demasiado”. Los de arriba jamás olvidarían eso.

-- Sin embargo, hay varios compañeros de trabajo de Saúl que juran que es un tipo íntegro, un incorruptible...

-- Saúl es más calculador que una víbora, compañero – te interrumpió, con una sonrisa irónica casi atravesándole la cara --. Si alguien me pregunta por Saúl, hasta yo digo lo mismo. ¿Sabe por qué le estoy diciendo esto?

Desde que te vio entrar allí, en la vaquería, y le enseñaste tu carné de policía, se había dicho que aquella investigación no era conocida en los altos niveles que Saúl frecuentaba.

-- Si la supieran, le aseguro que usted no hubiera llegado ni a ese portón que está a dos kilómetros de aquí.

-- ¿Tan poderosos los crees?

-- Prefiero no hablar de eso – contestó, y se dio un trago largo de jugo, se saboreó pasándose ligeramente la lengua por los labios y volvió a poner el vaso, esta vez frente a él, casi al borde la mesa --. Sólo le voy a decir algo que todos sabemos: acá, en turismo, mandan los militares, y no hay que olvidar que después de que se la arrancaron a Ochoa, nada se mueve en este país sin que ellos lo sepan.

-- Se supone que yo sea del Ministerio del Interior, ¿no crees? – replicaste.

Lo viste sonreír, otra vez irónico, tal vez sería mejor decir que cínicamente. Tomo nuevamente el vaso, bebió el jugo hasta vaciarlo y entonces levantó su mirada prepotente hacia ti. Te molestó su mirada. Vacía. Cargada de esa arrogancia que tanto te molestaba en algunos dirigentes menores que creían tener a Dios amarrado con una larga cuerda por los mismísimos cojones, como si Dios fuera un papalote. Tienes que confesarlo.



-- Lo que estás haciendo aquí, ahora, en nuestro mundo; no en este de las vacas, en el mundo del turismo, se llama trabajo free lance – dijo, y te sorprendió que de pronto empezara a tutearte --. En otras palabras, no estás aquí oficialmente, ¿o sí?

-- Y si sabe todo eso, ¿por qué me ha contado tantas cosas? – contraatacaste, intentando llevar a tu cara una sonrisa también irónica, que te colocara en menos desventaja.

-- Si el mismo Diablo, como tú ahora, viene a preguntarme por los trapitos sucios de Saúl, es porque algo se mueve en contra de ese hijoeputa – soltó, y su mirada pasó de la sonrisa cínica a una dureza fría, casi de vacío --. Aunque sea extraoficialmente, haría cualquier cosa con tal de ver a ése hecho mierda como yo.

-- Pero el hombre sabe lavar y esconder bien sus trapos sucios... -- dijiste.

-- Yo no sería tan categórico, amigo – y la palabra amigo, en aquella voz, te sonó como una pedrada en medio del cráneo. Luis Orlando se dio cuenta y sonrió --. Te digo así porque los dos queremos joder a ese hijoeputa, ¿no es así?

-- ¿Qué trapo sigue sucio? – fue tu respuesta, seca, casi imperativa.

-- Es mujeriego – escuchaste --. Le gustan las negras.

-- Ser mujeriego en Cuba es un mérito, no un trapo sucio...

-- Eso depende, mi amigo.

-- ¿De qué depende?

-- Le gusta tanto esa negra que le paga una millonada para que ella no jinetee con más nadie.

-- ¿De qué negra está hablando?...

-- Y estoy seguro que le gusta la negra – siguió contando, como si no escuchara tus preguntas --. Pero también es parte de su manera de cuidarse: no quiere que ella jinetee con nadie porque seguro tiene miedo de que en una templeta o una borrachera, la negra suelte lo que sabe de él. Es bien listo ese hijoeputa.

-- ¿De qué negra...?...—intentaste repetir.

-- Llégate al edificio de Supercake, en Zanja y Belascoaín, y pregunta por Petra, la jinetera – y la seguridad que viste en sus ojos te pareció demasiado natural para pensar que estuviera hablando a la ligera --. Esa negra es el único trapo sucio que Saúl no ha sabido lavar. Sabe más que yo de la caquita regada por ese hijoeputa, pero le tiene cogida la baja... parece que es tremenda hembra en la cama.

***M**ierda mierda mierda mierda, dirían todavía paradas en la acera, el camello alejándose con su grupa de metal, hasta perderse a lo lejos, en la avenida. Y maldecirían el momento en que se montaron en esa rastra que algún tecnócrata idiota convirtió en transporte público, y pensarían que bien merecido se tenía el mote de Camello porque era el único modo de andar por ese desierto que es La Habana a esta hora del mediodía, torturándose dentro, en el apelotonamiento de gente que intenta entrar para moverse por una ciudad sin ómnibus, sin taxis, sin un desgraciado transporte barato que no las hiciera sudar como entonces sudarían, casi a chorros. Y gritarían para sus adentros: mierda mierda mierda mierda, mil veces mierda, cojones, qué mala suerte, que parecen aves de mal agüero de tanta mala suerte como cargan en sus huesos y sus vestidos y sus maquillajes que empiezan a correrse por el sudor.*

-- Lo perdimos, Magnolia – diría Celine, y se sentaría en el banco más cercano para arreglarse uno de los tacones y frotarse el tobillo, “me acabaron los pies a pisotones en ese camello, carajo”.

*Le había ido con el cuento al viejo Alex. “Por teléfono no, vamos a verlo”, sugirió Magnolia, y atravesaron La Habana Vieja para llegar hasta la casona de Alex. Y entraron. Y esperaron a que atendiera a un vendedor de marihuana, a quien el viejo estaba dando algunos consejos para que pudiera vender la droga sin grandes complicaciones. “A los niños no, ya sabes que está prohibido”, le escucharon decir. Y luego de un rato que les*

*pareció largo lo vieron salir: era flaco, con la cabeza chiquita y roja como un fósforo y brazos muy largos, a lo Don Quijote.*

*-- Felicítanos, viejo – había dicho Magnolia.*

*-- Felicidades – contestó Alex, como esperando le dijeran el porqué.*

*Y le dijeron. Y lo vieron echarse para atrás en su butaca, satisfecho, y sonreír y soltar: “son unas bárbaras”, con cariño.*

*-- Pero tenemos que cazarlo – precisó Alex.*

*Regresarían a la casa. Colocarían un papel en el timbre de la puerta: “Cayiyo, tuvimos una novedad. Si puede regresar mañana, se lo agradeceremos”, se leería. Y esperarían a la mañana siguiente, afuera, a que llegara el tal Cayiyo, que seguramente se dispondría a tocar y vería el papel y luego de leerlo haría un gesto de fastidio, como hizo en realidad, y regresaría por la misma acera por la cual se acercó a la casa de Magnolia y Celine.*

*Ustedes lo seguirían. A distancia prudencial, como en los filmes yanquis, pero lo seguirían. Y lo verían llegar a la parada del M5, y se maldecirían por la elección de Cayiyo: haría más de tres años que no montaran en esos trastos que algún guanajo del gobierno creyó podría ser la solución para el problemón que significaba el transporte. Esperarían, sentadas, la llegada del Camello. Y adivinarían su presencia desde que doblara en la avenida por el rugido del motor de la rastra y observarían, casi aterradas, cómo se iría acercando la estructura enorme semejante a un ómnibus, montada sobre la rastra, con esa extraña semejanza a las dos jorobas de un camello.*

*Se montarían luego de Cayiyo, e intentarían seguirlo en el tumulto de gente, bajo los gritos del conductor: “vamos, señores, apriétense un poco”, “carajo, caballeros, cubran esos espacios libres en el pasillo”, “córranse para atrás, que hay espacio todavía”, “cooperen, señores, cooperen, vamos a apretarnos un poco más para que monten los que quedan abajo”, y recordaría esa estampa humorística en que un científico asegura que a una calculadora no le cabe el numerito de la gente que los conductores quieren meter en un camello.*

*Cayiyo habría llegado junto a la puerta y allí permanecería quieto, al lado de una mulata de grandes nalgas, vestida de enfermera, que comenzaría a pelearle al que tenía detrás “porque me la estás recostando, mi’jo; despégate, vaya, ve a coger jamón a otro lado”. Y ustedes verían cómo Cayiyo intentaría alejarse de la mulata y del pobre hombre acusado de andar recostándole el rabo al culo de la mulata, quizás pensando que aquello, como muchas otras veces, podría terminar en riña tumultuaria.*

*Pero no podrían moverse, ni avanzar. Entre Cayiyo y ustedes habría un mar de cuerpos, cientos de cabezas y cuerpos que comenzarían a sudar y a protestar: “¡jarranca ya, chofer, que nos ahogamos!”, y a reír también, a carcajadas, cuando el conductor saca la cabeza por una ventanilla y le grita a un negro flaco que sigue colgado de la puerta, con todo el cuerpo afuera, sin poder entrar por el molote de gente: “oye, mijito, acaba de entrar, que eso no es un gajo”.*

*-- ¡Ñó!, qué modo más decente de decirle mono al pobre negro – soltaría Celine en voz baja, y escucharía cómo alguien lanzaba una risotada estruendosa a sus espaldas.*

*El rugido del motor les anunciaría que estaban en marcha. Y las calles se sucederían, una tras otra. Y la gente en las aceras verían pasar al camello, con cara de querer decir: ¡Solavaya!, aunque seguro en algún momento del día caminarían resignados hasta la parada para enfrentarse a ese animal que ustedes maldecirían mientras Celine siente el pinchazo filoso de una jaba de cuero que cuelga del hombro de una vieja y se le clava justo sobre una costilla y Magnolia se hace la boba y disimula cuando empieza a sentir el bulto duro y caliente de ese señor de barba a lo Fidel Castro que está parado detrás de sus nalguitas.*

*-- Después de todo, no fue tan malo – diría después.*

*Pero mal les había ido.*

*En la parada que hizo el camello en un semáforo escucharían que alguien diría desde el fondo: “abre la puerta del medio, conductor, dame un chance aquí”, y la puerta se abriría. Y sólo cuando el rugido les haría saber que de nuevo estaban en marcha, verían a Cayiyo intentando cruzar la avenida,*

*esperando a que terminaran de pasar los carros, y lo perderían de vista y se bajarían varias cuadras después, otra vez a empujones para que el camello no las arrastrara aún más lejos. Y maldecirían: mierda mierda mierda mierda, y se dirían que el viejo Alex iba a matarlas cuando se enterara de que no habían podido seguir al tal Cayiyo, como él les había pedido.*

**S**e murió Celia Cruz, viejo, dijo Frank todavía desde la puerta, vestido aún con esos shores rípiados que usa para dormir. A su espalda, el esqueleto blanco y cuadrado de la computadora enseñaba un titular: "Muere la reina de la música cubana", y estoy seguro de que mi sobrino piensa que estoy loco, pues sólo un loco se sonríe cuando alguien se tira de la cama, encienden la computadora y busca en las noticias, a través de una cuenta de internet pirata, para leer y anunciarle a todos una muerte que sabe importante para cualquier cubano. No sabrá nunca que pude leer y eso es lo que importa: desde lejos comprobé que todavía mis ojos responden. Nada tiene que ver mi sonrisa con la alegría por la muerte de Celia. Nadie, creo yo, excepto algunos idiotas extremistas, políticos de mala leche, puede alegrarse con la muerte de una artista como ésa.

-- Está en todos los periódicos del mundo, viejo – precisa Frank, contento porque esa mañana, cuando llegue a la empresa de informática y telecomunicaciones donde trabaja desde que se graduó de la universidad, tendrá motivo para hablar y buscar en "la red de redes", que así la llama él, toda la información que aparezca sobre esa negra que despertaba la alegría hasta de los difuntos apareciendo en el escenario con su siempre sabroso grito de "¡Azúcaar!".

Al mediodía, como siempre, apareció en la cuadra el viejo Santos y junto a su silbidito característico, le escuché decir: "¡vaya, la semana que viene llegan los huevos americanos!", y entonces sí

recuerdo que lancé una carcajada y alguno de mis sobrinos empezó a reírse también desde la cocina y hasta en la calle los jodedores empezaron a fastidiar al vendedor de periódicos: “¿y de qué color son los güevos ésos, Santos”.

Cuando llegó hasta mi casa y subió las escaleras para tomarse el buchito de café de todos los días, mientras me entregaba los periódicos, masticó en voz baja, mirando a sus espaldas, como si alguien pudiera estarlo mirando: “una vergüenza, Alex, se murió La Negra y nada más aparecen dos o tres líneas”.

Tenía razón. La noticia más importante en los periódicos era precisamente la que Santos anunciaba: una compra de huevos que hizo Cuba a los granjeros yanquis del sur de Gringolandia, lo que significaba que íbamos a seguir comiendo huevos americanos unos cuantos meses más “porque parece que hasta las gallinas cubanas se están yendo en balsa, tío”, le había dicho alguna vez la comilona de Eglys, molesta cuando sacó la cuenta de la última vez que habían vendido huevo por la libreta de abastecimiento: hacía dos meses, y en esa ocasión en vez de siete, dieron seis huevos por persona.

“La gente que se va al exilio, se muere; los que huyen en balsa, se mueren, a veces de verdad, ahogados en el mar... hasta las gallinas se van y mueren, Alex. ¿Adónde carajo va a llegar este país?”, me dije entonces. Y a decir verdad es algo que he pensado muchas veces; algo que sé muchos cubanos piensan cientos de veces; una pregunta que está ahí, fastidiosa, jodedora, sin respuesta siempre. De algún modo todo el mundo se marcha, se va al carajo, se encierra en su cáscara.

-- Es el único modo de sobrevivir, viejo – me dijo Alain en una de nuestras largas conversaciones, precisamente cuando Justo Marqués, vino a contarnos que otro escritor, Agustín de Rojas, el más grande novelista de la ciencia ficción cubana, allá por el centro del país, había decidido demostrarle a los dirigentes que estaban condenando al pueblo al suicidio: decidió vivir junto a su mujer y sus dos hijas exclusivamente con los alimentos que le

daba el Estado por la libreta de abastecimientos, sin comprar ni un grano de arroz, nada de nada, en el mercado negro.

-- ¿Has visto esas imágenes de los presos en los campos de concentración nazis, cuando los rusos los liberaron? – y el tono de la voz de Justo significaba que sabía la respuesta: todos en Cuba estaban cansados de ver esas imágenes; era el modo más utilizado en la televisión para demostrarle a los cubanos lo que podía esperarles si aceptaban doblegarse ante el gobierno fascista americano --. Así, en puro hueso y pellejo, amarillos y con una anemia de muerte, estaban a los dos meses.

-- ¿Hasta dónde vamos a llegar, Alex? – repitió Alain entonces.

-- El que no opta por el exilio, elige encerrarse en su concha – dijo Justo, siempre sentencioso, como para no desdorar al escritor que era a todas horas --. Molesta pensar que haya tantos muertos en los dos lados.

Había creído, igual que yo, igual que mucha gente en aquel país, que habría grandes cambios luego de que los guardafronteras, en el 93, mataran a los tres muchachos que quisieron escapar en balsa por Cojímar; que se abriría una salida a toda aquella asfixia social después que también mataran al otro muchacho que en Regla quiso huir; y que la policía se lanzara en agosto del 94 contra miles de personas que gritaban “¡Libertad!”, “¡Abajo Fidel!”, en las calles de Centro Habana, rompiendo vidrieras de tiendas y hoteles.

-- Y ahí siempre está el mar – precisó Justo --, pero siniestro, nada abierto, ni azul, ni democrático, como en el poema de Guillén.

Porque sobre ese mar que los tres veíamos desde la terraza de mi casa, tranquilo a esa hora de la noche, incluso fascinante, “flotan las almas de miles y miles de muertos, viejo”, poetizó Justo Marqués. Alain lo miró.

-- Tú dirás que se pudre de tanto muerto, Justo, no le metas poesía a lo que no lo tiene – soltó, ríspido, con su acostumbrada forma de hablar directa, crudamente.

El mar seguía como un manto inocente y callado, lamiendo tímido con sus olas el muro serpéntico y viejo del malecón. Estuve así todo el día, recordando, reviviendo aquellas noches en que Celia cantaba en Tropicana, o en el Alí Bar, o en algún programa de la televisión, mientras yo cuidaba junto a los demás guardaespaldas a ese Meyer Lansky que gustaba tanto de su voz, “porque esa negra va a ser historia en este país, muchachos”, nos decía.

-- Pero ganaste la pelea, negra – me escuché diciendo en voz alta.

Y aunque no seguí hablando, lo pensé. ¿Qué carajo le importaba a Celia salir en un periódico de ocho páginas que la gente usaba para limpiarse el culo, por la falta de papel sanitario en el país? A fin de cuentas, todos los cubanos de verdad la lloraban. Seguía siendo la estrella. Seguía cantando. “Nunca te fuiste de Cuba, negra”.

**S** amuel tenía razón. *“Tienes que irte, Saúl”. Porque muchas cosas han ido cambiando en los últimos meses. “Estos cabrones están negociando en secreto la transición y a mí no me van a joder”, se dijo, y apretó con la mano, suavemente, ese pedazo de nalga mulata que escapa a ese cuerpo desnudo y dormido bajo la sábana.*

*¿Cómo si no podría entenderse que Eloy Gutiérrez Menoyo anduviera otra vez, libre, por las calles de La Habana, luego de que decidiera quedarse en Cuba “porque me asiste mi derecho como cubano”, según le había dicho a la prensa? ¿Cómo si no podría entenderse esas negociaciones a puertas cerradas con*



*empresarios norteamericanos que ya comenzaban a llenar las tiendas en dólares de productos yanquis, no de muy buena calidad, pero productos del "monstruo del Norte", al fin y al cabo? ¿Cómo si no podría entenderse esa orden que se estaba regando en las unidades policiales de todo el país para evitar otra masacre como la de Tiananmen, en China, si los soldados y la policía reprimían las posibles manifestaciones que podrían producirse? ¿Cómo si no podría entenderse la reaparición, luego de varios años de silencio e invisibilidad social, otra vez en puestos de gran decisión, de algunos altos dirigentes, casualmente todos los que apostaban por la necesidad de cambios en la forma de dirigir la política y la economía de la isla?*

*La cabeza se le hace agua siempre que se pone a pensar en esas cosas. Petra ha sido su refugio.*

*-- Esa mulata me vacía hasta el jugo de los huesos, Samuel – le había dicho cuando el otro había preguntado cómo andaban sus acostumbradas correrías tras el culo de las mujeres, "que ya sé bien que en eso no has cambiado, don".*

*Y en el último mes había ido muchas veces a la casa de Petra, en aquel edificio en Zanja y Belascoaín, en el séptimo piso, desde donde podía ver algo que en su barrio lujoso ni siquiera imaginaba. "Es verdad lo que dicen todos, Saúl", pensó una tarde, "la ciudad se está haciendo mierda, qué clase de desastre", y paseó sus ojos por las azoteas con los muros rotos; por los edificios derrumbados que conservaban pese a todo la antigua alcurnia en el esqueleto deforme de los cimientos y las columnas de sostén; por la montaña de escombros que crecía unas cuadras más allá, Zanja abajo, hacia la zona de La Habana Vieja, en lo que había sido un parquecito infantil; por las paredes carcomidas bajo el salitre, despintadas, mostrando los ladrillos desnudos.*

*-- Da asco, Saúl – se dijo --. Hay que irse a la mierda.*

*"Vete a la mierda de este país de mierda", se repitió, y recordó que eso mismo se dijo unos meses atrás cuando vio desaparecer*

*de la habitación el cuerpazo de Mayra, esa cabroncita que casi lo jode, que le puso los pelos de punta y ya se despedía del mundo esperando que una bala saliera de la makarov que ella empuñaba ante su cara cuando cometió el error de explicar porqué quería matarlo.*

*La treta de Samuel dio resultado. Lo habían pensado bien. Incluso la foto se la habían tirado sólo con ese propósito, porque a ninguno de los dos les convenía que los agarraran con aquella foto: podían atar cabos y descubrir esa relación de negocios que llevaban desde hacía ya unos cuantos años; la misma relación que había ido a parar a lo que Samuel llamaba "el boleto al único lugar libre en el mundo: el paraíso de Dios", con toda la ironía que era capaz de sacarse de su boca.*

*Para colmo de males, Felipe lo había llamado esa mañana para soltarle "yo creo que algo anda mal, Saúl", y Petra había retomado su fastidioso retintín de que debían casarse si "quieres que yo me quede aquí, encerrada, como una señora de su casa". Y lo peor, la policía y el gobierno habían declarado oficialmente una cacería reforzada contra los que "andan mercadeando y enriqueciéndose con seres humanos, aprovechando las promesas de prosperidad que le ofrece a los emigrados de la isla la asesina Ley de Ajuste Cubano".*

*-- Como decía el viejo – se dijo en voz muy baja, cuidando de no despertar a la mulata --, cuando veas la barba de tu vecino arder, pon la tuya en remojo.*

*Le iba a echar de menos, pensó, destapando con cuidado el cuerpo de la mulata, que permanecía dormida, de lado, enseñándole su enorme grupa de grandes nalgas. Cree, incluso, que se ha enamorado de ella, tal vez por lo melosa que es, o por lo experta que también es en cuestiones de sexo.*

*-- Te voy a echar de menos, Petra – repitió, y se dedicó a fumar, soltando grandes bocanadas, aspirando también el humo y*

*dejándolo escapar por la nariz, sin dejar de mirar, con un deleite que lo iba excitando poco a poco, el enorme culo de la mulata.*

## 10

**O**tra vez tenía delante al tan mentado Alex Varga, un mito vivo en aquellos barrios. Sentado en el mismo sitio en que lo vio una vez, unos meses atrás, cuando Magnolia la trajo a conocerlo. “Le hice de punta a cabo tu historia, Mayra”, y el tiempo había pasado, Saúl resultó un hombre amable, y gracias a él ya era copy en una publicitaria turística. Hasta creía que podría olvidar su pasado. Un pasado lleno de malísimos recuerdos que, sin embargo, regresaban jodedores, tozudos, chantajistas incluso, como marcas de fuego en la piel, cuando abría la puerta de su casa: todo allí la transportaba a esos momentos que hubiera querido borrar de su cabeza con una goma que no dejara ni la sombra.

Alex Varga, de algún modo, formaba ya parte de esas marcas. Sus palabras se empeñaban en lanzarla de golpe hacia el calvario vivido, como si no le importara que cada una de esas sílabas en lo que le decía, significara un porrazo en plena cabeza, una puñalada en ese lugar del pecho donde más duelen las cosas.

-- Ese hombre te engaña – repitió, y no supo precisar cuántas veces lo había dicho ya.

-- Te ha engañado como una boba – dijo Alain, de pie todavía al lado del viejo Alex, vestido de policía, jugueteando con la gorra entre las manos.

-- Es un asesino, Mayrita – escuchó la voz aflautada de Magnolia.

Y no sabe porqué algo realmente nubla su vista o su cerebro, le carga el pecho con un peso aplastante, que la asfixia, y vuelve a verse entre las aguas, y siente que los brazos le pesan, que los muslos le pesan, que toda la frialdad del mar empieza a penetrarla, como un falo inmenso, vagina adentro hasta copar con su humedad salada la última gota de su sangre y la médula de sus huesos, desgarrándola, aturdiéndola, tallándole en la parte más dura de su cerebro, como se talla en la roca, a puro cincel, esas imágenes de su hermano y su madre flotando en las aguas, poco antes de que esa boca negrísima que esperaba allá, bajo sus pies, se los tragara y la dejara a ella, Dios sólo podría explicarlo, con unos deseos terribles de irse con ellos, pero sin lograr hundirse. También recuerda que fue la última vez que miró hacia las estrellas. Nunca más ha podido hacerlo: también las estrellas se empeñan en tirarla hacia ese instante que ha querido arrancarse miles de veces, como un pellejo seco, ya inservible.

-- Es todo parte de un plan -- siguió diciendo Alex, sin saber que ella sólo había escuchado algunas partes, palabras sueltas --. Un plan macabro, pero muy inteligente.

También a Ignacio le habían hecho lo mismo. ¿Ignacio?, fue a preguntarse, pero la respuesta la dio el mismo Alex, como si su poder de Dios en aquellos barrios llegara incluso a eso: adivinar pensamientos ajenos, meterse a hurgar en la cabeza de la gente con la facilidad de quien mantiene una conversación en voz alta con un ser muy inteligente, donde hay respuestas que se intuyen, preguntas que no es necesario formular.

-- Samuel también le enseñó a Ignacio, allá en Miami, una foto, seguro igual a la que te enseñó ese degenerado acá -- precisó Alex y esperó a que Alex tomara asiento en una de las butacas, luego de varios minutos de pie --. Y le juró que el asesino era su hermano Saúl, que estaba acá en Cuba. ¿No te parece que es una jugada casi perfecta?

Realmente lo era. Pero, ¿y el trabajo? Saúl podría haberle dicho aquella mentira y luego tirarla a un rincón, como un papel arrugado,

e inventar una disculpa cuando ella lo llamara para recordarle su promesa de buscarle algún trabajo. Fue todo lo contrario. Cuando ella lo llamó, ya él había averiguado en algunas empresas y le dijo, con un cariño que entonces no le pareció nada fingido, “oye, muchacha, estoy de corredera por la feria Internacional de Turismo. Llégate a ver a Germán en Publicitaria Coral, es el gerente. Dile que tú eres la muchacha de la que yo le hablé... ah, y me mantienes al tanto de qué te dice”.

Quiso probar suerte, aunque se sentía cagada de miedo. Siempre le sucedía igual. Todo al principio caminaba de maravillas y de pronto se torcía, se jodía, algo pasaba. No sabía qué responder si le preguntaban por sus trabajos anteriores, o la causa por la cual no había trabajado durante tanto tiempo. ¿Sería sincera a la hora de llenar esa planilla, si tenía todavía ese cuadrito donde decía: “ha viajado usted a otro país”? ¿Qué respondería? ¿Y si alguien se ponía a verificar y descubriría, como ya era normal, que su verdadera especialidad era la prostitución? Ante esa realidad, si la descubrían, ¿podría servir de algo el juramento que hizo ante Saúl de que no mencionaría ni una palabra de su huída del país, de su pasado como puta...?

Llegó a ver a Germán y todo fue de maravillas. El tan temido gerente era un enano blancuzo, viejo, que siempre andaba fumando tabacos y la atendió apenas un par de minutos. “Sonia...”, habló por el intercomunicador, “lleve a la compañera a Personal y que le den la plaza de redactor publicitario que está vacante. Empieza a trabajar la semana que viene, así que les dices de mi parte que se ahorren las preguntas y trabas burocráticas”. Luego volvió a dar una cachada a su tabaco, disparó el humo a un costado y la miró, sonriente, con una sonrisa de viejo bueno, similar a esa que Alex le enseñó desde su butaca.

-- Lo de conseguirte trabajo es otra jugada perfecta – le escucha decir --. Hay que decir que si no hubieran coincidido tres piezas: Ignacio, Magnolia y tú, nos habría ganado la partida. A pesar de que deja

mierda por todos los lados en que hemos buscado, ni siquiera Alain ha podido encontrar una prueba para demostrarle que esa mierda que tanto apesta es suya.

La habían llamado para contarle todo: “porque aunque te cueste trabajo creerlo todavía, los dos son culpables, Mayra, los dos tienen todos esos muertos encima, pidiéndoles la cabeza”. Y los cogerían, podía jurarlo. Pero necesitaban que ella estuviera localizable, que a pesar de lo que le habían contado se mantuviera yendo al trabajo como si nada supiera, “porque estamos cazando a Saúl, y esta vez le vamos a virar la tortilla, le vamos a jugar con su misma carta, la de la maldita foto” y que en ese careo la necesitaban. Y a Ignacio. Y a Magnolia.

-- Te prometo que ese hijo'e mala madre de Saúl va a dormir dentro de poco en una de las tumbas que uso en el Cementerio de Colón para que mierdas como él se pudran – dijo --. Y no sé si ya te dijeron que Alex Varga jamás ha incumplido una promesa.

**L**e saltamos encima. A puro golpe lo sacamos de esa paz de asesino que asoleaba en la piscina, como si sobre él no estuvieran flotando todavía las almas de tantos muertos. Lo vimos abrir los ojos, asustado. Escuchamos el grito cuando una patada lo alcanzó sobre un pómulo, y de pronto éramos Norge y Nadia, Noel y Nora, golpeando, gritando, maldiciendo aquel bigote y aquellas cejas tupidas y aquellos ojos azules que intentaban cerrarse, protegiéndose. Y la fuerza de Norge y Nadia, Noel y Nora soltaba puñetazos también sobre esos otros que vinieron a separarnos: Alain, gritando, “icojones, estás loco, vas a joderlo todo!”, un blanco enorme, de seguridad de hotel, agarrándonos con sus manazas “oye, coño, que te estés tranquilo”, el muchacho que limpiaba la piscina con un recogedor largo, “mierda, me mordió,

*llama a los otros de seguridad, ¡ya!”, y los otros de seguridad que llegaron corriendo en unos segundos, nos sujetaron por brazos y pies, de modo que ni siquiera podríamos mover un músculo, y nos llevaron hasta el lobby donde ya esperaba una patrulla de la policía.*

*-- Soy policía – les aclaró Alain, enseñando su identificación --. Me iré con él hasta la estación.*

*La celda era fría. Oscura. Fría, oscura y húmeda como parecen ser todas las celdas. Y apestaba. A mierda y orine. Y en el piso, como un pedazo de chapapote, deforme y brillante por el sudor, dormía un negro inmenso, sin zapatos, de brazos como troncos. Roncaba como una sierra. Y tosía. Roncaba y tosía y se tiró algunos peos con estridencia de trompetas crocantes. Luego de un par de horas, se removió en la oscuridad y se sentó mirando a todas partes con ojos legañosos.*

*-- ¿Te gusta singar? – soltó en su vozarrón que, casi literalmente, rebotó en las paredes frías de la celda.*

*A él le gustaba. Mucho. Se estrujó los ojos con sus dedos como clavos de línea, sucios y también deformes, y lanzó su mirada esta vez a la lucecilla que lanzaba una bombilla moribunda hacia las celdas, todas vacías menos aquella.*

*-- Tengo un buen average, socio – siguió diciendo, y algo en su voz, y hasta en la parsimonia de sus palabras y gestos, hacían pensar que estaba loco --. El mes pasado tuve cinco novias riquísimas. Las esperaba a la salida de la escuela, las seguía mientras andaban con sus amiguitas y cuando se quedaban solas, las metía en algún rincón y me las singaba.*

*Ya en el país no se podía ni tener novia. El juez se lo había dicho. Y le habían puesto de abogada a “una chamaca linda, negritilla fina ella, que también quiere que yo me la singue. No se resisten a mi mandarria, mira”.*



*Y se sacó una morcilla larga, negra como la más negra de las morcillas, gruesa y de cabeza grande, igual a la de aquel compañero de aula, en la escuela secundaria, al que le decían Matasiete Tranca'e burro, y que se la pasaba haciendo competencias cuando se enteraba de que alguien también la tenía grande. Salió vencedor de todos los combates.*

*-- Cuando se la meto a mis novias, les gusta hacerse las dormidas a las muy satas – dijo, y aunque le miraba a los ojos, veía sus manos moverse sobre aquella morcilla, como quien acaricia un animalillo, con cariño y cuidado --. Aprovecho entonces para hundírsela toda.*

*Dos de las novias habían echado mucha sangre. El juez se molestaba mucho cuando recordaba la sangre.*

*-- Déjalo tranquilo, morcilla – dijo un policía pequeño, también sudoroso, que se detuvo ante la reja y comenzó a trastear en el candado con un grueso fajo de llaves, hasta que logró abrir --. ¿Quién carajo te metió con este loco?*

*Y sin esperar respuesta, soltó: “vamos, el teniente Bec te espera”, y echó a andar por el pasillo, despintado y también humedo, flanqueado por celdas vacías, pero también hediondas y oscuras. Afuera, frente al carpeta de la estación, esperaba Alain.*

*-- Nos vemos, colega – le dijo al policía que escribía algo del otro lado del muro que servía de carpeta.*

*Debíamos regresar a la casa. Y eso hicimos. “Y se me está más quieto que un muerto, compadre”, dijo Alain, porque andaban tras la caza de Saúl “y eso que pasó hoy casi jode todos nuestros planes”. Había que cogerlo en pleno resbalón, “en fragante, como dicen algunos de mis colegas”, sin imaginar que estaban desvirtuando la frase latina. “Y para eso, ahora más que nunca, y aprovechando que ya te quedan pocos días en el país, hay que estarse tranquilitos tranquilitos, mientras los que sabemos de este negocio de cazar delincuentes, le ponemos el coco al asunto, a ver si cae el muy cabrón, ¿entendido?”. No estaba dispuesto a volver a meter la mano*

*en la candela, inventando un cuento como el que tuvo que inventar para poderlo sacar de la cárcel, “sin que además te marcaran como a una vaca, compadre; no olvides que si a esta gente le da la gana, no vuelves a entrar a este país, aunque también sea el tuyo, ¿ok?”.*

**Q**uiere que regresen los setenta, y te lo soltó en pleno rostro, a bocajarro: “el gobierno tiene que poner mano dura, como en los setenta... tantas contemplaciones con la gente es lo que ha jodido todo en este país”. Y lo dijo sin teatralidad, como si creyera realmente que hay que volver a la represión abierta de aquellos años para solucionar los problemas, y la viste perderse detrás de una mampara que impide ver la puerta de entrada a la cocina y regresar unos minutos después con una bandejita donde un par de tazas sin asa te recordaron que era posible la existencia de alguien que hiciera un peor café que el de tu madre. Si aquella mujer pudiera participar, junto a las cafeterías de todo el país, en un concurso para preparar café, seguro se llevaría el Guinness al café más malo del universo. Sorbiste una pequeñísima porción y te fue suficiente para saber que había que aplicarle a ese líquido que humeaba en la taza la misma fórmula que usabas en la infancia cuando la abuela se empeñaba en su cucharita diaria de aceite de hígado de bacalao: un gran buche y... gáznate abajo, sin respirar, para que no te quedara en la boca ni el aroma de la pócima.

-- Creo que hay otras formas de resolver los problemas... -- intentaste decir.

-- Cortar cabezas es la única forma, compañero – te interrumpió, con un brillo en uno de sus ojos que te recordó la forma de hacer ver la rabia en los muñequitos yanquis, el de John Silver y Jim Hopkins, en esa versión de La isla del Tesoro que Disney llamó El planeta del tesoro --. Ya se demostró que enderezar lo torcido con discursos no ha servido de nada. El país está más jorobado que nunca. Mano dura... cortar cabezas... eso hace falta – agregó.

El mismo ejemplo de Petra, “esa puta, que yo llamo a las cosas por su nombre”, era una prueba de cuan jodidas estaban las cosas. Aquel apartamento había sido un burdel, “y una sentía los gritos de esa puerca cuando se la estaban sonando los turistas”.

-- Una vez le llamé la atención y ¿sabe qué me dijo? – la escuchaste, y su voz despedía una rabia impotente, una molestia contenida por mucho tiempo dentro de aquel pecho de tetas como ubres infladas de leche --. “Y eso que todavía no he hablado en italiano, ni he aullado como una loba, doña Esther... pero le prometo que variaré el repertorio. Lo que le pasa a usted es que se aburre con los mismos gritos que doy siempre, ¿verdad?”

Y le había dado la espalda, para alejarse moviendo “esas nalgas asquerosas que tanto hombre ha usado ya, puerca de mierda”, dejando a Esther en medio del pasillo con el deseo de decirle miles de cosas, bien ofensivas todas, pero sin llegar a pronunciar ni una cabrona sílaba.

-- En mis tiempos, a las putas se las detestaba – dijo --. Luego, cuando ganamos la Revolución, las encerrábamos. Ahora las aplaudimos. Vaya, que hasta vergüenza me dio oír a Fidel jactándose en aquel discurso de que teníamos las putas más baratas, más cultas y más sanas de todo el mundo.

Las encerraría a todas. “En campos de concentración, a lo Hitler”, masticó con rabia, y aseguró que tanta mano blanda metiéndolas en concentrados de trabajo en el campo donde incluso se las pasaban templándose a los guardias era la causa de tal desparpajo. “Porque hasta las leyes son flojas en este país”.

-- Me interesa sobre todo un detalle, doña Esther – y te diste cuenta de que el tratamiento de “doña” le gustaba --; quisiera saber si la visita un hombre...

-- Uno no, compañero, a esa le llueven los clientes....

-- Me refiero a uno en particular, doña Esther – precisaste --. Es blanco, de ojos muy azules, con un bigote y ....

-- ...unas cejas gordísimas, ¿verdad?

Asentiste y la viste quedar como pensativa. Tanto te habías visto en tu carrera como policía frente a personas como Esther que pudiste saber que buscaba la forma de decir algo que iba contra los ataques que ella había estado haciendo hasta poco antes. Un par de minutos después pareció encontrar la frase justa.

-- Desde que apareció por primera vez ese hombre, la Petra está más calmada – dijo, con sequedad.

Claro, el hombre, muy fino y decente por cierto, “se llama Saúl y por ahí tengo su tarjeta de presentación”, había tenido que llegar allí para frenar el mal de “esa cochina prostituta, que no tienen paz ni con los empresarios decentes que intentan ayudar a la Revolución”.

-- Vino a verme una tarde, como a las cinco – explicó, ufanándose de tener contactos con aquel hombre, sin que pudieras explicarle que estaba tan sucio, o más sucio que esa puta que ella detestaba --. Quería pedirme un favor.

No confiaba en el presidente del CDR, “y eso que él no sabe que esa cochina tiene comprado al Presidente, igual que les deja caer su agüita, sus dolaritos y sus regalos, a casi todos en este edificio y en la cuadra, para que no se les vaya la lengua con las cosas que ella hace”.

-- Vergüenza da decirlo – soltó, casi histérica --. Vive como una reina gracias a esas cochinas. Y lo más bochornoso, la gente la trata como a una reina, ¿puede creer usted eso? Antes una puta era una puta.

Y como en el municipio le habían hablado de la integridad de Doña Esther, de su entrega a las tareas de la Revolución, de su limpieza moral como secretaria general del núcleo del Partido Comunistas que reunía a los Jubilados en aquella zona de Centro Habana, había venido para contarle algo muy importante, “vital fue la palabra que usó el señor Saúl”, para el Ministerio del Turismo. Necesitaban su ayuda.

-- La Petra había enganchado en un evento de turismo, en Varadero, a un alto empresario español y no dejaba tranquilo al señor – explicó la mujer y decidiste poner más atención en lo que hablaba, pues algo te hizo saber que aquella sería otras de las grandes trampas de Saúl --. El vino para aconsejar

a la muy puta, pues el empresario estaba decidido a denunciar sus asedios, con tal de quitársela de encima. Ya usted sabe... hoy las jineteras, como le dicen finamente a las prostitutas, se creen que todos los hombres con dinero vienen a Cuba buscando mujeres para esas cochinadas...

Petra parece haber cogido miedo, porque llevaba varios meses tranquila. Nadie había vuelto a escuchar la escandalera en su casa, ni las fiestas, “ni las broncas cuando se drogaba, porque también en eso cae la muy sucia”. Y excepto las visitas de algunas vecinas y un par que le había hecho el propio Saúl, “para que Petra se sintiera vigilada, me dijo él mismo”, nadie atravesó esa puerta con otros fines.

-- ¿Cuál era el favor que vino a pedirle Saúl?

-- Que si me enteraba de que Petra andaba de nuevo con alguien, le avisara enseguida – respondió y otra vez viste en uno de sus ojos esa chispa de la rabia, de un deseo de venganza que se te antojó irracional, como si detrás de todo aquel discurso moral se ocultara la envidia --. No importaba que no fuera con el empresario, no tenía que ver. Lo que le importaba al señor Saúl era saber si ella volvía a las andadas con algún turista, porque ya le habían levantado un expediente y ese era el detalle que faltaba para mandarla a un correccional.

Eso la alegraba. Personas decentes, recias, decididas, “como el señor Saúl”, eran las que le hacían falta “a un país como éste para acabar de agarrar el rumbo correcto”. Por eso se pasaba el día velando hasta el ruido que podían hacer las cucarachas en las cañerías del apartamento de Petra, hasta los pedos “porque hasta en eso es descarada” que la muchacha se lanzaba dentro de su casa.

-- Ya usted vio – precisó --. No tengo que pasar mucho trabajo porque está puerta con puerta a mi apartamento. Primero, el señor Saúl viene a verme para que vigile a la Petra. Ahora, viene usted haciendo esa investigación sobre cómo es ella en la cuadra. Aunque usted no me lo diga, se que al fin se le está cazando la jugada sucia a la muy cochina. Y le aclaro algo, compañero. Por mí no va a fallar la cosa, no se preocupe. Esa puta no se me escapa.

*C*ayiyo no escaparía a esa segunda visita, al día siguiente. Lo habían planificado casi a la perfección, luego de una noche de analizar todas las variantes que evitarían una escapada como la de la primera vez. Omaidá, la sobrina mayor del viejo Alex, recibiría al hombre en la casa, haciéndose pasar por la persona que había llamado para solicitar “el servicio”. Temblorosas, expectantes, pero listas para una larga cacería tras Cayiyo, esperarían en una esquina, sentadas justo en el único portal desde donde se veía la puerta por la cual, obligatoriamente, tendría que salir el hombre.

-- *Creo que me voy a cagar – diría Celine.*

-- *Es el miedo, chica – escucharían las palabras de Magnolia flotando en la atmósfera caliente de ese mediodía de pleno verano.*

*¿Qué estaría pasando dentro, entre Omaidá y Cayiyo? No iban a saberlo hasta que la misma Omaidá, o el viejo Alex, decidieran contarlo. Mientras tanto, aguardarían, velarían, seguirían temblando, como si en vez de calor hiciera un frío helado. Y se imaginarían esa escena en que el hombre bajito y calvo, con la cagada de paloma en medio de la calva, negociaría con Omaidá la salida del país. Luego se enterarían de que el hombre, apenas puso las nalgas en la butaca de madera y pajilla, antigua y recién pintada, dijo que lo mejor sería ir al grano.*

-- *¿Cuándo piensa salir? – quiso saber.*

-- *En dos semanas – contestó Omaidá, tal cual habían pactado antes con Alex, de modo que pudiera haber tiempo para agarrar a Cayiyo y los suyos en la preparación de la salida, si es que lograban llegar hasta el lugar donde se cocinaba aquella jugada macabra.*

-- *¿Tienen todo el dinero?*

-- *¿Cuánto haría falta?*

-- Ocho mil por persona – y en sus ojos Omaidá comprobó que Cayiyo había lanzado la cifra, rápido, como se lanza un latigazo al aire, quizás para comprobar la reacción en la cara de la mujer --. Cuatro mil al embarcar, y cuatro mil al llegar al yuma. ¿Cuántas personas son?

-- Yo y tres más – precisó Omaidá --. Y tenemos todo el dinero ya, no hay que andar esperando nada.

-- Entonces, ¿por qué no se van antes?

También dijo lo planificado, incluso con las mismas palabras con las que Alex le había sugerido, para reforzar la credibilidad de aquel asunto.

-- Mi hermana se operó de una hernia discal hace un mes... salió la semana pasada. De verdad no nos atrevemos a que de ese viaje antes de dos semanas.

Vio que el hombre asintió. Lo creyó más confiado que al principio, aunque no sabe si fue solo una idea que intentaba equiparar lo que sentiría Cayiyo con lo que ella estaba sintiendo: se sentía más cómoda que en los primeros momentos de aquella visita.

-- ¿Cómo sería la cosa? – se animó a preguntar.

-- Yo los recojo aquí, en mi máquina, el día que pactemos –explicó el calvo, y Omaidá creyó que la mancha en su cabeza cambiaba de color, como los camaleones --. Los llevo a un lugar en la costa donde deben esperar, y siempre en la madrugada llegará un yate. Cómodo y seguro como pocos yates de los que han montado o montarán en toda su vida. Pagan al montar una parte.

-- ¿Les ha salido bien?

-- Siempre sale bien, no tiene que preocuparse por eso – se apresuró a explicar Cayiyo --. Mucha gente ha escapado de este infierno gracias a nosotros. No tiene por qué salir mal esta vez, ¿no le parece?

-- Eso esperamos – dijo Omaidá.

*Cayiyo llamaría en unos cuatro días para precisar el día en que podrían tener todo preparado para la salida, “porque estos viajes salen muy caros y hay que completar el pasaje con otra gente”.*

*-- ¿Ve?, ya eso no me gusta – punzó Omaidá, porque su cerebro le hizo algún guiño de que debía lanzarse con esa pregunta --. No será gente conflictiva, ¿verdad?*

*-- No tratamos con cualquier gente, señora – cortó, algo agitado --. Tenga la seguridad de que si usted no me hubiera parecido decente, no hubiéramos hablado todo lo que hemos hablado.*

*-- Eso me calma un poco, ¿ve?*

*Lo verían salir y seguirían sus pasos casi por la misma ruta de la vez anterior. Subiría de nuevo al camello, pero ahora ustedes tendrían la precaución de avanzar desde el mismo momento en que subieron y se colocarían muy cerca, solamente separadas del calvo por una persona, y aunque fingirían prestar atención a esa otra gente que se empujaban para subir; aunque tendrían los ojos en apariencia clavados en esas personas que caminaban como zombies por las aceras, o cruzaban las calles, y en esos carros y bicicletas y autos modernos que pasaban junto al camello, todos sus sentidos estarían monitoreando a Cayiyo.*

*Se bajarían en San Francisco de Paula, después que el camello atravesara todos los barrios marginales de la ciudad y llegara, siempre rugiente, siempre atestado de pasajeros sudorosos, chillones, agresivos, a ese pueblo en las afueras donde el machazo de Ernest Hemingway había construido su Finca Vigía, y donde en los últimos años se multiplicaban, como parásitos, el mayor número de fábricas clandestinas de zapato y cerveza de todo el país.*

*Seguirían a Cayiyo, Celine quejándose en voz baja de que “ese negro comemierda me ha plantado su bota sucia encima del dedo gordo, comemierda”, y que tuvo que morderse la lengua para no dar un chillido que llamaría la atención del calvo, que esperó al lado del negro y se bajó cuando el camello abrió las puertas, crepitando como una vieja cafetera.*



*Caminarían a cierta distancia detrás del calvo, y estarían pensando que el muy cabrón vivía en el culo del mismísimo infierno, de tantas calles y tantos descampados y tantos patios interiores que atravesarían para salir a otras calles y otros descampados y otros patios, siempre alejándose de la avenida donde se habían desmontado, cuando lo verían entrar en una casa hermosa, rodeada por una alta cerca que parecía un muro antiguo de tanta enredadera. Florecida la enredadera. Con grandes flores muy blancas que le harían desviar la atención un momento de Cayiyo, para verlo perderse luego por un costado, a través del pasillo que parecía terminar al fondo, en lo que debía ser el patio, seguro hermoso, como imponente y majestuosa era toda la casona.*

*Casi gritarían eufóricas por haber logrado lo que tanto habrían planeado. Regresarían entonces, ya más despacio, con pequeños descansos en el banco de algún parque que se les atravesó en el camino hacia la avenida, y se montarían en otro camello. Alex, seguro, estaría esperándolas. Ya ustedes habrían cumplido su parte cuando entraran a la casa del viejo en Centro Habana y le dijeran, sin esperar siquiera a sentarse, “dimos con la casa del falso Gorbachov”, para verlo sonreír, satisfecho, con esa sonrisa suya de grandes dientes muy blancos y labios gruesos, de negro viejo. Lo demás, atrapar a esos asesinos “que quizás tengan la culpa de que hoy no estés conmigo, mi querido Pedro”, quedaría en manos de Alex y los suyos.*

**E**n Cuba las casualidades no existen. Bien lo tengo aprendido. Desde que la vida comenzó a meterle arrugas a mi pellejo duro de negro marginal ya en este país las casualidades y las coincidencias eran cosas bien planificadas, y saberse eso casi de memoria es quizás la causa de que Saúl llegara a estar sentado en aquella silla, en la mismísima sala de mi casa, donde tantas conversaciones entre Alain, Magnolia y muchos de mis informantes siempre llevaron a un mismo sitio: el tipo se cuidaba tanto el culo que, incluso sabiendo que estaba hundido en la

mierda hasta la cocorotina, no encontrábamos una forma de que Alain pudiera meter a la policía en el asunto.

-- Puedes coger a la mujer de Felipe y presionarla... -- le dije --. Una mujer como esa, cuando se vea metida con ustedes, con la policía, canta más que Lola Flores, que en paz descance.

-- ¿Crees que no pensé en eso, viejo? -- dijo Alain, pero empezó a negar con un movimiento sostenido de su cabeza, entonces enfundada en la gorra militar --. Ni eso, ni hacerle una encerrona y pescar a Felipe, ni presionar a la puta esa, a Petra, ni halarle la lengua hasta el fondo a todos esos denunciantes... no servirá de nada. ¿Por qué crees que todas esas denuncias existen y no le han partido los cojones a Saúl?

Se cuidaba el muy cabrón. Incluso al nivel de no dejar sueltos los más ínfimos detalles, las virutillas en las cuales solamente un ojo muy entrenado podría fijarse. Alain había seguido el más evidente y quizás escandaloso de esos hilos: la relación de Saúl con Felipe, precisamente porque se trataba de un disidente reconocido y en nada cuadraba, como tampoco a nadie cuadraría, que un alto dirigente del gobierno se relacionara tan íntimamente con un traidor como Felipe. Fue un fiasco total. Lo primero que comprobó era que ninguna denuncia por aquella relación, e incluso ninguna denuncia por los supuestos fraudes de Saúl, contaban con más testigos, una pieza esencial para llevar a un hombre tan respetado ante un tribunal. Saúl se las había ingeniado para que sus malos sólo fueran vistos, si llegaban a ser vistos, por una sola persona, y para mayor suerte suya, quienes podrían servir de testigos, excepto el viejo Manuel, habían sufrido algún descalabro cuando se les descubrieron ciertas caquillas de corrupción. En caso de un careo, sería palabra contra palabra, y Alain estaba seguro de que un jurado creería más a un hombre del poder como Saúl, pues los demás, o estaban en contra del gobierno, o no tenían el pellejo limpio.

Ni el viejo comunista Manuel serviría en un juicio. Cuando empezó a preguntar en el barrio, más de una persona coincidía en algo:

su mente no andaba muy bien en los últimos dos años, y hasta en sus días de crisis mezclaba el pasado con el presente como si viviera en una alucinación. Eso lo hacía estar todo el tiempo velando a los demás, dando consejos que nadie le había pedido, e incluso suponiendo cosas a partir del comportamiento de los vecinos. Un pequeño escándalo le había hecho perder el poco respeto que le quedaba en el barrio: en una reunión de la cuadra, después que un vecino del edificio multifamiliar del barrio dijera que no entendía cómo era posible que el dinero que se recogía mensualmente por apartamento no alcanzara para comprar un nuevo motor de agua, Manuel agregó que era preocupante, especialmente porque la persona que recogía aquel dinero había cambiado su nivel de vida de un día para otro, aún cuando de todos era conocido que no trabajaba.

-- Esa fue su desgracia, viejo – siguió diciendo Alain, como dolido de que aquella pieza se le hubiera caído en el posible engranaje que había armado para atrapar a Saúl --. Manuel quedó como un enredador: el acusado de robarse los dineros del edificio dijo que, luego de varios años desde que se fue al Norte, había logrado contactar con su hermano y recibía cada mes, por la Western Union, envíos de dinero de hasta seiscientos dólares.

Delante de todos los vecinos le dijo a Manuel que se dedicara a su vida y no estuviera inventando mentiras sobre los demás, que si hacía falta él, en ese mismo momento, podía enseñar allí los recibos de todos los envíos de dinero que le había hecho su hermano.

-- Después de eso, viejo – dijo Alain, con un gesto de “se me fastidió la jugada” --, ningún fiscal va a querer usar a Manuel como testigo.

Ni un vale, ni una carta, ni un cabrón papelito, ni una foto... nada quedaba de las relaciones sucias entre Saúl y Felipe. Alain estaba convencido, porque conocía a ese tipo de delincuente, que Saúl, cuando encontró alguna piedra en el camino, “alguien que pudiera chantajearlo con alguna prueba que se le hubiera escapado,

viejo”, le había dado una buena patada, eliminando la prueba y al chantajista, “porque bien tengo ya comprobado que tipos como ése no dudan si tienen que matar, cuando se ven acorralados”.

-- Lo cierto es que no hay ni una pruebita microscópica que me permita darle entrada a mi gente para darle curso legal a esto, Alex. Vas a tener que ocuparte tú de limpiar esta mierda que ya apesta demasiado –, terminó Alain, con una cara de derrota que no le veía desde que lo conocí cuando el caso de los niños perdidos.

Por eso casi se mata cuando le di la noticia, “caray, viejo, que te dije que estaba manejando y te lanzaste a soltarme ese notición así, como una pedrada a la cabeza”. Acababa de visitar a la puta de Saúl, Petra, en un intento ya casi desesperado por encontrar algún cabo suelto a seguir. La puta estaba encabronada con Saúl y no negó nada cuando Alain le dijo que sabía bien que ellos se veían allí. Lo mejor de todo, le dijo al viejo, “y ya te contaré con más detalles, viejo”, es que había descubierto algo bien curioso: “dos nombres que pensábamos eran de dos personas distintas, resultan que pertenecen a la misma persona. ¡Quédate con la expectativa hasta que yo llegue, viejo, voy para allá”! Tiró su celular en el asiento de al lado y manejó hacia mi casa.

-- Vamos a darle un susto a Saúl – le solté, apenas lo vi entrar a la sala, todavía sin darle tiempo a que se sentara. Quedó de pie, como esperando precisiones. Por eso seguí --. Hay que cogerlo y traerlo aquí.

Uno de mis informantes, muy cercano a dos o tres personas del personal de servicio en el edificio donde trabajaba Saúl, había llamado un par de horas atrás para confirmarme algo que también me hizo saltar de la butaca mientras escuchaba su voz de ratoncito del otro lado de la línea: “el chofer dice que por poco le da un patatús, Alex, son dos los tipos”.

-- Ve al grano, Pela’o – le corté --. No estoy como estar dando vueltas.

El chofer de Saúl había llevado el día anterior a su jefe a una casona en Guanabo, y cuando regresó, se puso a comentar entre los demás choferes de la empresa que "el Gran Jefe tiene un hermano gemelo, señores; dos gotas de agua no se parecen tanto".

-- ¿Estás seguro de que dijo que los vio a los dos, Pela'ó? – quise precisar, porque el Pela'ó es buena gente, fiel, un tipo limpio cuando se trata de hacer negocios, pero es un poco loquillo, y él mismo me había dicho que con aquel trabajito que yo le había dado "puedo matar dos pájaros de un tiro, Alex: cumplo con usted y acabo de tallar a una negrita salsosa que trabaja allí y que me tiene el coco hecho agua".

Los había visto a los dos. De eso estaba seguro, porque incluso el chofer había contado que pudo verlos de muy cerca cuando fueron a despedirse y vinieron conversando, confiados, joviales, haciendo incluso algunas bromas entre ellos a costa de una puta que Saúl se estaba tirando, hasta llegar junto al auto, que él había parqueado en un garaje pequeño, construido al lado de aquella casa en la playa.

-- Hay que ir hasta el fondo, Alain – le dije.

Y llegar al fondo de aquello era mandar a varios de sus hombres a cazarle el itinerario a Saúl, cogerle el paso a su rutina de hombre confiado en su poder, esperarlo en el momento más oportuno, de modo que nadie se diera cuenta de lo que pasaba, "y que lo traigan acá, para interrogarlo a nuestro modo".

-- ¿Cómo podemos llegar hasta tu hermano, Saúl? – le dije entonces, y vi que la resistencia inicial, la altanería, esa prepotencia con la que entró, casi arrastrado por dos de mis sobrinos, tenía grietas que yo debía manipular para que hablara, aunque no sabía que iba a necesitar todas mis armas, hasta las menos usadas y más terribles.

**P**etra, como todas las putas, es una malagradecida. Cayiyo, como todos los que nacen para servir a quienes mandan, una mierda total. Por eso decidió quitarlos del medio. Y pronto. Antes de que Samuel le dijera que era hora de marcharse, porque no era gente de dejar cabos sueltos, ni cuentas por cobrar. Ni tampoco estaba dispuesto a dejarse ganar una pelea como esa por la plebe que desde la marginalidad cada día que pasaba se engullía más y más aquel maldito país. "No pueden joderte, Saúl", pensaba antes, cuando realmente no calculaba el alcance de los límites sucios de esa marginalidad, una plaga que crecía y crecía corrompiendo hasta las zonas que siempre pensó inmunes, y rompiendo con todas las convenciones establecidas por los siglos de los siglos en otros países: lo marginal, lo sucio, lo plebeyo, siempre estaba en lugares alejados, bien localizados, donde no pudiera afectar a la gente limpia y de bien. Una de las peores ocurrencias de aquel sistema, del "engendro socialista", como lo llamaba Samuel, era hacerle creer a los muertos de hambre, a los pobretes, a los que nacieron para ser carne de miseria, que tenían derechos a elevarse en la escala social. Pura utopía. Como bien decía el dicho: "a quien nace para pobre, del cielo le llueven las toneladas de hambre", y los comunistas parecían olvidar que lo establecido por los siglos de los siglos debía quedar así, pues allí estaba la prueba: esos pobretes, esos muertos de hambre, que desde que Cuba era Cuba fueron bestias de la marginalidad, habían comenzado a corroer la pura sociedad cubana, regando por toda ella la porquería de la miseria, hasta lograr que ya la marginalidad estuviera en todas partes.

Cayiyo encarnó ante sus ojos, a toda hora, la imagen del marginal que aprovecha las circunstancias políticas para elevar su nivel de vida. Un oportunista, dirían algunos. Un bicho, comentarían otros. Una mierda de tipo, pero útil hasta hacía poco, pensaba él.

*Y se puso fatal. Hay piezas que, cuando se rompen, es mejor tirar en algún basurero oculto, de modo que nadie pudiera reconocerla. Cayiyo había sido una de las piezas de ese juego que él y Samuel llevaban jugando ya bastante tiempo; un juego que terminaría seguro en unas horas, cuando montarían en ese yate que tanto dinero les había dado y que los conduciría a ese "Norte revuelto y brutal" del que tanto hablaban las noticias de la tele, y las mesas redondas, y las tribunas abiertas.*

*-- Suerte que me di cuenta de que ese par de putas me estaba siguiendo – le dijo un par de horas antes, en aquella misma casa, luego de que lo esperara afuera, hasta que él regresara de su cita con Petra.*

*Logró despistarlas, pero no supo nunca que yendo allí estaba cavando su propia tumba. Muchas cosas coincidían para joderlo, y él no estaba dispuesto a que, justo en el momento de la partida, nada así viniera a fastidiar sus planes.*

*Cayiyo estaba muerto. Una pieza menos en su juego, que ya se iba cerrando. Igual que Petra, "la muy puta traidora", pensó. Y le dolió pensar. Le gustaba aquella puta. Gozaba con ella como jamás había gozado a otra mujer. Y eso lo había amarrado a ella, como a ninguna. Por eso la mató.*

*-- No soporto las traiciones, Petra – le dijo, cuando hundió el pisapapeles en forma de cuchillo bajo el seno izquierdo, justo donde otras noches había escuchado el corazón de la mulata.*

*Sintió que algo se le partía por dentro mientras retorció el metal dorado en aquella teta que tanto había mordido, y vio los ojos de la mujer muy abiertos, y casi vuelve a besar esa boca que se abría buscando el aire que no llegaba ya a sus pulmones desde que él le partiera el corazón. Y la vio contraerse en un espasmo, bien distinto a esos otros estremecimientos de placer que le contraían los músculos y le erizaban la piel bajo cada orgasmo, en sus largas tandas de sexo desde el día en que la conoció y la sedujo en la piscina del hotel Copacabana.*

*Habían discutido como nunca lo hicieron hasta ese día. Y ella sacó las uñas de la fiera que en verdad era. "Estoy hasta el culo de ti", le dijo. Y aquello le dolió. "Estoy hasta el culo de estar presa aquí, cojones", la oyó gritar. Y no se preocupó. No dijo, como otras veces, "habla bajito, carajo, que la vieja chismosa esa te va a oír", porque la había visto bajar a la calle, con la jaba de hacer las compras del agro, cuando él subió en el elevador. Cruzaron un guiño cómplice y luego vio a la mujer sonreír, y mantuvo una sonrisa también hasta que la puerta del elevador se cerró y él pudo llegar hasta la puerta del apartamento de Petra.*

*-- Si te tengo como una reina, Petra, ¿qué carajo te hace falta? -- intentó explicarle, en un tono bajo, evitando de todos modos el escándalo.*

*-- Libertad, cojones, libertad -- volvió a gritar la mujer --. ¿Crees que el dinero que me das no me lo puedo conseguir por ahí, pero libre, coño, li-bre?*

*-- Mientras yo esté contigo, no me sale de la pinga que te acuestes con más nadie, ¿entiendes? -- le dijo, agarrándola fuertemente por la cara --. Así que esa libertad métetela en el culo, porque sólo muerto vas a librarte de mí, y ya sabes que eso no va a ser tan fácil.*

*Le molestó mucho verla sonreír, retadora, casi desfachatadamente. La vio hacer ese gesto de puta que tanto lo desquiciaba, cuando estaban desnudos: ese modo de ella de llevarse las manos a la cadera y moverse, pasando a sus nalgas un bamboleo sensual, también de reto.*

*-- No estés tan seguro, Saulito -- dijo, irónica, de un modo que le pareció hiriente --. Tus días están contados.*

*Un policía había ido a verla. No supo finalmente qué carajo se traía, "pero tenía que ver contigo, don, todas sus preguntas me hicieron darme cuenta de que te andan cazando la pista". Y hasta por Felipe le había preguntado, y por Cayiyo, y por alguna gente*



*"de tu trabajo, que yo no conozco". Pero le había aclarado algo que el policía no sabía.*

*-- Le dije bien claro que Felipe y Cayiyo es la misma persona, Saúl – y su voz seguía siendo amenazador, ofensivo --. Y se lo dije porque quise darle algo que pudiera joderte, maricón, que bien puerca me has hecho tú la vida. Me vas a pagar todo lo que me has hecho desde que te conocí, cojones, aunque se lo último que haga.*

*Mientras la escuchaba gritar aquellas palabras vio el pisapapeles. Tenía forma de cuchillo. O de espada. Siempre le había gustado aquella imitación de la roca donde se clavaba la espada Excalibur, y muchas veces había disfrutado del metal dorado y duro de la espada, sacándola y metiéndola en el orificio practicado en la roca, hecha de un vidrio con matices grises y verdosos.*

*Tomó la espada diminuta, que empuñó como un cuchillo, y la hundió en el pecho de la puta. Sintió el trac del pellejo al romperse ante la punta filosa y su aturdimiento era tal que no sintió el grito de Petra, y retorció el cuchillo, buscando su corazón, mientras la abrazaba y la sostenía con fuerza, evitando que se cayera.*

*La soltó cuando dejó de respirar, después de que algo traqueara en el cuello de Petra, como cuando se saca un corcho a una botella.*

*-- Salúdame a Petra, Feli – le dijo a Cayiyo o a Felipe, ya era lo mismo, porque otra vez la Excalibur, que prefirió sacar de la habitación de Petra, se hundió, aunque ahora en la espalda de Felipe, que caminaba delante de él hacia la cocina, "para darnos un trago, hombre", le había dicho, "que con un buen trago se piensa mejor", aunque acababan de darse unos cuantos tragos delante del cuerpo, desmayado después del puñetazo que Saúl le diera en el auto, cuando la fueron a buscar a la Publicitaria donde él mismo la había colocado, "porque hay piezas que no me gusta dejar sueltas, Sam".*

*Tampoco quería dejar libre esa pieza que se llamó Felipe, si su vida giraba en torno al lío ése de los derechos humanos, y Cayiyo, si tenía que ver con los trabajos sucios que realizaba para ellos desde hacía ya unos años. Por eso regresó. Por eso sabía que iba a tener que enfrentarse a Cayiyo, eliminar ese pedazo sucio de su juego llamado Cayiyo. Y así lo hizo.*

*No le dio tiempo ni a preguntar. Y tampoco lo miró, como hizo con Petra. Sacó el cuchillo tan rápido como pudo, aprovechando que Felipe se había doblado hacia atrás, cogido de sorpresa, y volvió a clavarlo en la barriga, y luego en la ingle, y finalmente, ya sujetándolo, casi abrazados, volvió a hundirlo en un costado del pecho, bajo las costillas. Allí lo dejó.*

*-- Tenía que hacerlo, hombre – le dijo al cuerpo muerto que se desangraba lentamente sobre la alfombra --. No tengo todavía la seguridad de que la policía no ande tras de ti, después que esa puta les dio tu identidad.*

*Cuando fue a salir de la casa, tres máquinas flanqueaban el paso de salida del garaje. Se desmontó para buscar a los dueños de aquellas máquinas viejas, y fue entonces que vio la sonrisa burlona de un negrazo enorme. Lo último que recuerda fue un puño, también negro y enorme, que venía hacia su cara.*

# 11

**É**se que la apunta debe ser Samuel. Puede precisarlo. La neblina se ha ido disipando en su cerebro y ya distingue bien a Saúl que permanece detenido, como esas imágenes que la cámara congela en las viejas películas, también encañonado por Alain. Aún sonrío. O es un intento de sonrisa, una mueca. No podría jurarlo. Pero ya puede ver que alguien apunta hacia Ignacio y ella, y ese alguien tiene las mismas maneras de Saúl, el mismo bigote de Saúl, las mismas cejas tupidas de Saúl, los mismos ojos azules de Saúl. Hasta la sonrisa irónica y pegajosa y molesta de Saúl. Y dijo hace un rato: “Hola, bombón”, con la misma voz que ella escuchó allá, en el yate, aquella noche que ya sabe no olvidará nunca, por mucho que lo intente; que seguirá apareciendo en sus pesadillas, con esa tozudez de los malos recuerdos, y llegará como un remake esa cara que ahora la apunta, aunque quizás tampoco jamás llegue a saber quién le dijo esa vez: “Hola, bombón”, porque esos dos parecen clonados y quizás el que dijo: “Hola, bombón” fue aquel otro, que sigue con el arma de Alain justo apuntándole a la altura de la cabeza, entre los dos ojos, detenido porque tal vez intuye que el policía debe tener puntería exacta, certera, como para mandarlo a los quintos infiernos si tan sólo se mueve; nada que ver con ese otro que la esperó a la salida de la publicitaria, con un tono distinto en sus palabras, nada calmado, ni dulce, ni paternal, como siempre en esos meses; dijo: “vamos, monta en el carro”, seca, imperativamente, con un brillo en los ojos que ella creyó de amenaza, algo incomprensible si ya Alex y Alain no le hubieran hablado: “cuidado con ese hijoeputa, Mayra”, le habían advertido, aconsejando que dejara aquel trabajo. “que es un modo de

tenerte bajo control, muchacha, hazme caso”, casi suplicó el viejo Alex. Ella no escuchó. Y montó en el auto y se asustó, aunque ya no tanto, con ese otro Saúl que estaba sentado junto a ella mientras Saúl conducía, ¿o era Samuel?. “Son dos gotas de agua, carajo”, logró pensar, y supo que algo terrible estaba sucediendo, que debió hacer caso de Alain y Alex y dejar aquel trabajo donde la encontrara Saúl, ¿o Samuel?. “Sigo sin entender, Saúl, ¿qué mierda quieres con esta puta? ¿La vas a matar como a los otros dos?”, dijo el otro Saúl, ¿entonces era Samuel ese que viajaba a su lado? Y la respuesta de Saúl le ablandó la tensión que se le metió en los músculos con la mención de esos dos muertos. ¿Quiénes serían?: “prefiero tenerla cerca, Sam. Sé cómo trabajan los policías y no puedo arriesgarme a dejar una pieza suelta”. Y que también habría tomado sus medidas contra “ese cabrón que me entró a patadas en la piscina del hotel, ¿recuerdas que te hice el cuento?”. Lo habían seguido hasta la casa y sabían que era otro eslabón a no dejar suelto. “Todo está calculado, Sam”, y esas palabras la calmaron casi completamente: “la soltaremos en la orilla, cuando ya nos vayamos en el yate”. Fue a decir algo, no recuerda, pero cree que quiso aclararle que ella no era un peligro, que no hablaría, que podía irse a la mismísima mierda si quería hacerlo y ella no se interpondría: “a fin de cuenta, mis muertos, muertos están”, es lo único que recuerda haber pensado. Pero un puñetazo del Saúl que estaba al lado, ¿o sería Samuel?, la llevó de golpe a una oscuridad absoluta, que va recobrando ahora, mientras escucha la voz de Saúl disparada contra la cara de Alain, fría, calculadora, prepotente: “¿tendrás cojones para dispararme, tenientico?”, esa misma voz también llena de mierda, con una historia manchada por la mierda y esas maneras de gran señor que simplemente para ella comienzan a lanzar a todas partes un intenso y modestísimo hedor a mierda, como aquel hedor de esa noche en que los cuerpos de su madre y su hermano se hundieron para siempre en esa mierda. Las aguas infestadas de una mierda que se le metía hasta en la sangre.

Mucha mierda.

**A**lain no responde. Podemos ver que aprieta su mano en la empuñadura del arma y mueve ligeramente el cañón, que se detiene justo a la altura de los ojos. Y todavía con el mareo y el dolor del golpe en la nuca y el atontamiento, distinguimos que un gemelo apunta hacia nosotros mientras el otro suelta, ofensivo, retador: “¿tendrás cojones para dispararme, tenientico?”. Logramos despertar. Despejar. Sacar de la cabeza hasta la última de las brumas que nos mantenían entontecidos. Y despertamos, como siempre desde aquella noche, siendo un solo cuerpo: la carne y la sangre y el alma de cinco en un cuerpo, que tal vez se separaran y buscaran su lugar en el reino de Dios una vez que fuéramos vengados. ¿Seríamos vengados? ¿Cómo coño habíamos caído en la trampa cuando aquel policía vino a buscarnos a la casa y nos dijo que “tiene que acompañarme, señor... debe hacer la denuncia contra el ciudadano Saúl?”. Nos habíamos tragado hasta el aire: anzuelo, cordel... todo, incluso la mano de ese cabrón que intentaba pescarnos. Y nos pescó. Y seguimos enganchados del anzuelo todavía cuando vimos que el auto atravesaba el túnel de la bahía y salía de La Habana y se alejaba más y más de la ciudad. “¿Adónde vamos, compañero?”, quisimos saber. Y el hombre ni siquiera ladeó la cabeza para contestar, limitándose a mirarnos por el espejo retrovisor: “no pensará que una verificación contra un alto funcionario la vamos a hacer en una simple estación de policía, señor”, y su voz fue natural, convincente, sosegada, “vamos a una casa de trabajo. Allí lo esperan el oficial de caso y el juez”. Nada más nos hizo sospechar. Vimos pasar los edificios de Alamar, la playa de Jibacoa, los nuevos restaurantes que en dólares habían construido a los lados de la carretera turística que también conducía a Varadero, y ya nos preguntábamos dónde carajo estaba aquella bendita casa cuando el auto se desvió a la entrada de Guanabo y recorrió varias calles del reparto hasta detenerse en una casa, frente a una de las

partes más limpias y cuidadas de la playa. “Es aquí”, dijo el policía. O el hombre vestido de policía, no podemos decir, porque tanta porquería habíamos encontrado en esta historia que ya apestaba. Como apesta esa petulancia con la que Saúl habla: “eres una mierdita menor, tenientito, dispara si tienes güevos”, y Alain que no contesta. Alex lo mira, pero Alain no contesta. Y rogamos porque conteste: nadie sabe qué va a pasar cuando ofenden a alguien así y no se libera la rabia del ofendido. “Vas a matar a un ciudadano íntegro de este país, comemierda”, y sonreía, cínico, agresivo, “aunque nos mates a los dos, tu vida será una mierda, tenientico. ¿Con qué pruebas vas a demostrar lo que hicimos?”. Serían sólo sus palabras. No habría un detalle que lo limpiara de la peste a muerto que llevaría encima por “matar a un empresario yanqui que ha venido a Cuba, LE-GAL, ¿oíste, legal?, y a un alto funcionario de Turismo que lo atendía en su visita a Cuba? Estás jodido, tenientico, no te vas a ganar ni un grado de ascenso a costa de nosotros, si nos matas”.

*Todos estaban jodidos.*

*Y lo dijo ya arrogante, casi a puro grito. Y repitió: “idispara, comemierda! Hasta muerto te vas a acordar de mí”. Pero Alain no contesta. Queda quieto. Sus ojos clavados en la cara blanquísima de Saúl, en los ojos azules de Saúl, en el bigote negrísimo de Saúl, en la sonrisa cínica de Saúl que comienza a desprender una peste horrible, asqueante, igual a esa que seguía anclada en nuestra memoria a partir de aquella noche; esa peste que regresa en pesadillas y pesadillas y vueltas sobre las sábanas arrugadas por no dormir, como brotando desde las aguas negrísimas del mar, bañando los cuerpos de Norgito y Nadia y Noel y Nora. La noche apestando allá como todos aquí, apestando, hediendo. Y nosotros envueltos en su mocosidad asfixiante, como de nata.*

*Hedor molesto.*

No quieres contestar. Has contado hasta cien y no contestas. Nada vas a decir. No te vas a mover. Aunque sientes una rara presión en esa mano que empuña la pistola y dos voces en tu cerebro embotado que te gritan, se contradicen, pelean: “¡dispara!”, “¡no dispires!”. Y no disparas. Nada dices. No te explicas de dónde vas sacando tanta calma. Y escuchas otra ofensa: “atrévete a disparar y vas a volar más alto que Yuri Gagarin, tenientico”. Y apoyas tus dos pies más firmes sobre el suelo y sientes que te sigue la mirada de Magnolia y del viejo Alex, que algo te está pidiendo, aunque no sabes. Intentas descifrar el peso de esa mirada que intuyes de tanto conocerlo, pero no puedes. Sigues obnubilado, ciego, torpe: “¡dispara!”, “¡no dispires!”, siguen jodiéndote las voces. Es cuando oyes su voz: “no dispires, Alain”, dice. “Y tú tampoco dispires”, le ordena a Samuel. Parece que obedece. Su mano se afloja y ladea un poco el cuello, como quien se apresta a escuchar, todavía mirando a Ignacio y a Mayra, en el suelo, detenidos ante el cañón de esa arma que esgrime ante ellos.

-- ¿Pretendes negociar...? – suelta Saúl.

-- ¡Cállate ya, Saúl! – grita Samuel --. ¿Qué quieres, negro?

-- Tienen las de perder, ¿se dieron cuenta? – dice Alex, y sólo entonces caes en la cuenta de que lo dice es cierto y es justamente lo que has estado pensando --. Alain es rápido, está entrenado. Le bastará un tiro para matar a tu hermano y otro para matarte a ti. Según yo lo veo, sólo podrás disparar una vez contra esos dos.

Disfrutas el silencio que se abre después de esas palabras. Puedes jurar que incluso sientes el ronroneo lejano del motor de algún carro, que alguien ha comenzado a encender muy lejos, fuera de ese almacén donde siguen encerrados, expectantes, como fieras dispuestas a dar el salto final de un ataque largamente pensado.

-- Tampoco ustedes llevan las de ganar, ¿no crees? – responde entonces Samuel --. Míralo de este modo. Ustedes no quieren muertos. A mí me importa un carajo arrancársela a uno más. Bien saben ya que me he llevado a unos cuantos. Pero ten la seguridad de que no me iré de aquí muerto, sin llevarme a más de uno conmigo. No me subestimes.

-- ¿Alguna solución? – y la voz de Alex te suena rara, nada que ver el tono, que bien conoces, con la supuesta certeza de esa transacción que propone.

-- La única posible – responde Samuel y ves que fija los ojos en los muslos de Mayra, “una distracción para aprovechar; el hombre siempre es hombre”, piensas.

-- Si no te explicas...

Saúl y yo nos vamos de aquí – dice, otra vez ladeando la cabeza, incluso crees que parando las orejas, como una bestia nerviosa --. Ustedes se quedan. Un tiempo... lo suficiente para llegar adonde tenemos el yate y largarnos del país... no hay más muertos y todos quedamos contentos...

-- ¿De veras crees que todos quedarán contentos así? – suelta Alex, y esa vez no intuyes que hay detrás de la pregunta.

-- No habrá más muertos – repite Samuel --. ¿No es eso lo que quieren?

-- Donde quiere que estén esos a los que apuntas, va a haber muchos muertos pidiendo justicia...

-- Ah, venganza – dice --. No quieren trato, quieren venganza...

-- Justicia, que no es lo mismo – replica Alex y queda a la espera --. Por eso te decía que tienen las de perder. Así van a vivir mientras esos muertos estén vagando sin venganza.

-- Linda frasecita, negro... Has visto muchas películas.

-- Las películas se basan en la pura realidad, blan-co – contesta rápidamente Alex, dividiendo, ya con molestia, la última palabra.

Lo conozco tanto que sé está rabiando. Debe hervirle la sangre. Literalmente. A borbotones. Como un volcán que va a estallar de un momento a otro. Nada molesta al viejo Alex más que cuando alguien lo considera inferior, equiparando lo negro de su piel a un ser humano inferior. Y aunque Samuel no lo crea, ni Saúl, está pensando en los muertos. Odia las muertes. Ha vivido años y años con la muerte y la detesta. Y por eso supiste que decía verdad cuando te contó, semanas atrás, que los muertos de Ignacio y Mayra y Magnolia no lo dejaban dormir, dando vueltas y vueltas en sus



sueños, como las brujas en el más escandaloso de los aquelarres. “He visto los muertos, Alain”, dijo. Por eso le crees, ahora, cuando defiende el derecho de esos muertos. Y sabes que sigue viendo los muertos. En las caras de Samuel y Saúl sigue viendo esos muertos, como los viste tú mismo, minutos antes, cuando Saúl te tiraba ofensa tras ofensa y escuchaste el rugido del mar, lejos pero lo escuchaste, y aquella niebla que cunde la vida de Ignacio y Mayra, ese manto acuoso que gravita en sus recuerdos, como un humo que se te mete en la nariz, llegó hasta ti entonces y te impidió pensar y contestar y disparar, quizás. Eso salvó a Saúl de un desborde de tu rabia: Los pedazos de esos cuerpos atontándote... y esa imagen de infierno terrenal.

Desnudos, tiesos.

***L**as verían tristes, cabizbajas, indecisas, como esas aves desplumadas, muertas, que la corriente arrastra río abajo, en las grandes tempestades. Temblorosas. Esa es la imagen que darían a los ojos de cualquiera que se atreviera a mirarlas. Quizás la imagen que ven los otros: Magnolia con las plumas caídas junto al negro Alex, el viejo Alex, el mismo Alex Varga que fue a buscarla el día antes: “vamos conmigo, Magnolia, necesito que me guíes a esa casa”. Y se habían montado en las máquinas: Alex y sus sobrinos y Magnolia, que iría todo el viaje temblando ante lo desconocido, alma de mujer al fin y al cabo, tímida alma, débil alma de muchacha que vio pasar los mismos paisajes que vieran Celine y ella desde el camello. “Es aquí”, diría, señalando que doblara, que bajara por esa callejuela de tierra que alguna vez fue de cemento y va descendiendo hasta un agujero lleno de casas muy vistosas y otras menos lujosas y otras realmente miserables y algunas que no pasan de ser asquerosas covachas. Hasta el final de la calle. Volvieron a doblar y allí estaba la casa. “Ese es el lugar”, precisó Magnolia y recuerda ahora que quizás allí todos podrían ver cómo su carne se ponía de gallina: se erizaba, y un frío cortante se le metía poros adentro. Pero no sabría asegurarlo. Algún homofóbico diría que estaba cagándose, que a pesar de tanto hombre en torno suyo estaría*

*indecisa en bajarse junto a ellos, o esperar, como lo haría cualquier mujercilla endeble, como una puta cobarde. “Es un pasillo que sale a la otra calle, viejo”, escucharía esa loca vista con ojos homofóbicos, con rabia homofóbica, con ganas homofóbicas de arrastrarla por comemierda, por haberles hecho perder tanto tiempo. Y por eso no sabe todavía si escuchó eso o fue lo otro: “Alex, el pasillo da la vuelta por la parte de atrás de la casa y sale a una callecita de tierra, al otro lado”, o si alguna voz soltó: “jodieron a la Magnolia, viejo; el tipo debe haberse dado cuenta”. Porque de todos modos irían a preguntar, con deseos reales de arrastrar a Magnolia, y tal vez recibirían por respuesta: “aquí no vive nadie con ese nombre”. Y es ya seguro que esa pudo ser la contesta de aquella señorona arrugada y de pelo muy blanco que salió a la puerta porque luego recordaría, como ahora recuerda, que Basalto recibió al viejo: “caray, Alex, ¡qué sorpresa!”, más un abrazo, más un “pásate un rato, carajo, que hace un par de años que no vienes a mi casa”, más una botella de ron bueno que se abre y se echa el traguito de siempre detrás de la puerta a los santos africanos, tan negros como ese negro que levanta su vasito ante la cara de Alex y brinda “por los viejos tiempos, Alex, que estos están muy jodidos”, para vaciar el vaso de un solo trago, arrugar la frente, cerrando también los ojos ante el paso del alcohol por el gaznate y preguntar: “¿qué se te ofrece por aquí, viejo?”, en una voz tan sincera que resulta empalagosa: el respeto se desborda.*

*Negó ante el nombre. “No vive nadie en todo esto con ese nombre, viejo, te metieron un cuento chino. ¿Dónde dices que está esa casa?”. Otra vez las arrugas. Luego la cabeza baja, mirando a los mosaicos del piso, de un amarillo escandaloso que lanza a todos los muebles un color cobrizo y dorado casi de mal gusto, “negro al fin y al cabo”, pensaría Magnolia. Y lo pensó, recuerda. Y vería de nuevo la cabezota negra del negro moverse en una negativa rotunda: “te vendieron gato por liebre, viejo”, de modo que Alex haría un gesto de “me jodieron, carajo, se gana y se pierde”, resignado, y luego de conversar de otras cosas se despediría, subiría a la máquina sin hablar en todo el trayecto de regreso a casa.*

*Quien mirara la escena que ahora transcurre tendría que ver lo que la propia Magnolia mira: Alex seguiría de pie junto a ella, la respiración casi apagada pero gruesa, el pecho moviéndose como un fuelle gastado; el tal Samuel apuntaría a la pobre Mayra, seguro hecha un mar de nervios aunque intente demostrar lo contrario, y a ese Ignacio que está a la espera, con sus hermosos ojos de macho solitario, que miraría adonde Saúl habla hacia Alain, como quien ladra con intención de morder, quizás buscando que baje el arma que le apunta a la cabeza desde algunos metros de distancia. Piensa que un maldito homofóbico no adivinaría jamás lo que ahora pasa, a ráfagas, por su cabeza, pues no iría nunca a imaginar que su alma de mujer estuviera embravecida, encabronada, empingada sería la palabra exacta, y que en ese momento podría haber dejado muy atrás el miedo que hasta hace unos minutos la envolvía y le ataba las manos; y mucho menos pensaría que esa loca que es Magnolia podría estar cavilando, analizando, oteando, calculando al más mínimo detalle las posibilidades que tiene de saltar sobre Samuel para evitar que dispare, y que tal vez eso de tiempo al buenazo de Alain a clavarle un tiro entre ceja y ceja al hijoeputa de Saúl. “Tú me dices, Alex”, mascullaría bajito esa loca decidida, aunque, como ahora, no recibiría ni una señal de que el viejo Alex la escucha. Quizás así todo esto se resuelva; sólo así, del mismo modo en que se patea una piedra y luego no se recuerda haberla pateado, lograría desterrar al más inaccesible de los olvidos todos sus recuerdos, aunque eso fuera solo un sueño: hay cosas que jamás podrán olvidarse, “como el amor, Pedro de mi alma, como el amor”, aunque esos que estarían mirando incluso lo que piensa, se dirían que las mariconas son así de cursis, de ridículas, y sentirían un asco terrible, un asco galáctico de tan inmenso, un asco que les revolvería las tripas. No sentirían lástima. Dirían que de algún modo es un castigo que Dios les envía. No podría ser de otro modo con almas tan pecadoras, porque las locas como ellas, descuartizadas en las aguas, o tiradas en una fosa, junto a otros cuerpos podridos, solo dan eso: puro asco.*

*Y el vacío.*

**L**a vocecilla susurrante de Magnolia, como un silbido casi inaudible de serpiente, me anuncia que está lista. "Tú me dices, Alex", y es como si hubiera estado dentro de mí, pensando lo que pienso, repasando una a una todas las posibilidades de que estos cabroncitos no se salgan con la suya y escapen a vacilar esos miles de dólares que hicieron con tantos muertos.

-- Hay que encontrar a esos dos – dije hace unas horas.

-- Mayra no está ni en su casa ni en el trabajo, viejo. Y la familia de Ignacio dicen que un policía vino a buscarlo para denunciar a este cabrón... -- me había dicho uno de mis sobrinos.

Pero la sonrisa apagada que escapó de la cara de Saúl me dio la señal de todo.

-- ¿Dónde están? – pregunté

Y otra sonrisa, de burla, como de quien está seguro de que no soltará una palabra. Vi las agujas de tejer de Omaidá y entonces me reí.

-- ¿Dónde están? – repetí, y me puse detrás de su cabeza, y empecé a pinchar con una aguja la base del cuello de Saúl: pinchazos leves, sin fuerza.

-- No lo sabrás...

Y enterré la aguja hasta el fondo. Gritó y se contrajo y saltó la sangre. Quedó con el cuerpo hacia delante, y se removía, con las manos amarradas a la silla, en la espalda, intentando soltarse, o que aquella punzada finísima escapara de su cuello. Entonces la empuñé.

-- ¿Dónde están, Saúl? – volví a decir, amenazante esa vez, casi siniestro.

Y tras el silencio que quiso extender hundí un poco más la aguja en la base de su cuello y comencé a retorcerla despacio, mientras sentía que la sangre caliente brotaba y me empapaba las manos.

Desde este almacén se irían al Norte, justo esta noche. Y esas cajas en aquel rincón son las cosas que Saúl quiso llevarse: obras de arte, tallas antiguas, cosas personales. Samuel estaría esperándolo. Ignacio y Mayra tendrían que morir. Ella no sería un peligro para Saúl una vez que embarcara, pero Ignacio sí: tendría que regresar allá, adonde ellos dos iban. Era, incluso, ciudadano americano. Podría acusarlos. Mayra sería testigo de la muerte de Ignacio y eso la hacía saber ya demasiado.

Estaban tirados en el piso del almacén, amarrados y sin sentido cuando entramos. Samuel, sentado en una silla, leía una revista, cuando vio a Saúl encañonado por Alain. Apuntó a sus prisioneros. Quedó así desde entonces, apenas sin moverse, de espaldas a Saúl, que no ha podido avisarle de esas señas que nos hemos cruzado y hacen que ahora Magnolia se corra lentamente hacia Samuel. Al menos eso vemos: una loca que va moviendo sus pies de un modo casi imperceptible hacia ese hombre que apunta a Ignacio y Mayra, por suerte, ya despiertos, aunque seguro atontados. ¡Vaya Dios a saber! Sólo yo sé que ya no es Magnolia ese que se ha movido, sino Ramón vestido de mujer, con maquillaje de mujer, que recupera su agilidad de hombre y salta. Samuel, desprevenido, no ha esperado ese salto, y las manos de Magnolia, aguantando su brazo, levantándole el arma hacia el techo del almacén, obliga a que dispare. El tiro se clava en una de las tejas de zinc y hace eco en la nave. "¡Tírale, Alain, coño!", grita Magnolia, forcejeando aún, o Mayra... una voz de mujer. Y en menos de un segundo hay otro tiro. Justo en el pecho. Samuel grita: "¡cojones!", cae al piso, con un manchón de sangre que impide ver el hueco del disparo. Saúl cae sobre Alain: "hijoeputa", dice, y lo ha golpeado en la nuca y Alain cae, pero ya estoy cerca y agarro a Saúl y Magnolia le atiza una patada en los güevos. Saúl se dobla. Alain se incorpora y otra vez lo apunta.

-- ¿Y ahora qué, maricón? – le dice, mirándolo a la cara. Sé que está cargado de odio, que puede estallar.

-- ¿De nuevo con lo mismo? – pregunta por respuesta --.  
Explícale tú, negro.

Quizás tenía razón. Saúl pasó su vida manipulando gente y ahora intentaba hacerlo con Alain. Magnolia también lo está apuntando, con el arma de su propio hermano, luego de haber pateado varias veces a Samuel, ya envuelto en un charco de sangre, con la boca abierta, tirado sobre el cemento rugoso del almacén. Quizás eso lo hace hablar de modo más pausado, pasando la vista de Alain a Magnolia y luego a mí, e incluso a Ignacio y Mayra que siguen sentados, mirándolo todo, sin que todavía hayamos podido desamarrarlos.

-- Un policía asesinando a un hombre indefenso – suelta Saúl, de nuevo con su sonrisa de cinismo calculado --. Así son todos los policías: idiotas impotentes con una miseria de poder. ¡Dale, dispara!

Y aunque veo que la mano de Alain se aferra a la empuñadura, no va a disparar. Magnolia no tiene tampoco el valor necesario para matar a un hombre. Saúl lo sabe.

-- Y si yo salgo vivo de aquí, tendrás que enfrentarte al poder real de este país, te-nien-te – dice – Y te aseguro que, cuando no hay pruebas contundentes, y ustedes no tienen ninguna prueba contra mí, ese poder, al cual pertenezco, no lo olvides, me va a dar la razón a mí. ¿O eres de los idiotas que creen que los policías tienen poder de verdad? Son piezas menores, te-nien-te. Útiles, pero menores, que usamos nosotros, el poder real, para mantener a la gente en un puño.

No sé cómo descubrió que Alain es un policía distinto. Quizás su intuición de años y años metido en la corrupción total le ha puesto filo a ese detector de personas que todos tenemos dentro. Y sabe que Alain no disparará contra alguien indefenso. Ya lo hizo una vez simplemente porque yo no metiera las manos, aplicando mi justicia personal, y se llevó del mundo a un cabrón que, de otro modo, estaría fuera de la cárcel en unos años, sin que ello le

hiciera pagar lo que debía por haber matado a mi hija Patty. Sé que le fue duro. Muy duro. Que estuvo muchos meses luchando contra su conciencia, en silencio: sólo él y yo supimos lo sucedido en aquel callejón. Como quizás seamos los únicos en saber lo que va a pasar en este almacén. Bien conoce Saúl que la muerte afecta a la gente de alma limpia. Bien lo conoce Alain, y aunque quizás sepa que es un arma que ahora Saúl empuña contra él, no puede resistirse. Muy bien lo sé yo, que conozco a ese muchacho como a uno de mi familia, y he tenido tiempo suficiente, y años, y gobiernos, y mierdas de todo tipo, para entender que a veces es necesario cerrar los ojos, y el alma, y descubrir que también la muerte puede tocar a mi puerta cualquier día.

Su hedor rancio.

**E** l negro empuja al teniente. Le quita el arma. El teniente lo mira, animal derrotado, baja la cabeza y se aleja caminando hacia los dos que siguen amarrados, como bestia que huye con el rabo entre las patas. ¿Qué mira ese negrazo? ¿Qué dirá ese negro que le apunta? Su manaza de grandes dedos se aferran al arma con una fuerza que cree descomunal, "está rabioso", piensa. Y sabe que la rabia es el peor de los síntomas en las bestias. Los negros son bestias. Siempre lo ha pensado. Detestó desde el inicio esos derechos que la Revolución les diera. "Son animales", decía. En el silencio de su casa lo decía. Aunque después, afuera, tuviera que alzar la bandera del que finge luchar contra el racismo. ¿Qué es sino una bestia eso que apunta a su cabeza, con los ojos encendidos en sangre, como las bestias, disfrutando su poder, como una sucia alimaña?

A este no lo conoce. En la cara del teniente descubrió, con sólo un vistazo, esa integridad que tanto le ha molestado en todos aquellos años; la marca del que tiene el alma limpia y cree en lo limpio y lucha por mantenerse limpio en un mundo enmierdado.

*"Esos se manipulan fácil", le había dicho alguien, alguna vez, haciéndole fijarse en una tesis que muy pocas veces falló: los poderosos manejan más fácil a la gente honesta, a los de alma limpia, que a los corruptos. "Son como ovejitas mansas", escuchó esa vez. Y fue eso quizás lo que llevó a que dijera todo lo que soltó en la cara del teniente, que ya ha desatado a la puta y al hombre y se acerca nuevamente al grupo. La honestidad es uno de los peores defectos en el hombre, lo convierte en un ser dócil, flojo.*

*Como todos esos.*

*La puta es floja.*

*El tal Ignacio es flojo.*

*La loca es floja. El teniente es flojo.*

*Débiles de alma débil. Y sólo ese negro le ha hecho ver, con ese brillo sucio de rabia en sus ojos, que puede existir alguien con dos almas. Sólo eso puede ser. Tiene dos almas. Limpia la que lo llevó a quitarle el arma al tenientito, evitando que se ensucie, que enmiende su alma limpia con una muerte que tal vez no logre evitar; sucia la que lo mantiene parada ahí enfrente, la mano levantada con el cañón del arma apuntándole a la cabeza, justo a un punto invisible que sin embargo le presiona en medio de los dos ojos.*

*-- ¿Qué me dirás a mí? – le escucha decir al negro, y presiente que es un reto.*

*-- Nada cambia que seas tú el que apunte, negro – le dice.*

*No logra precisar porqué sonrío. Sólo observa que lo hace, que la mano negra de negros dedos enormes se aferra al arma y busca un nuevo punto en su cabeza. Siente que la boca del cañón le presiona ahora en el medio de la frente, como si no existieran esos dos metros entre ellos.*

*-- Estás jodido, Saúl – dice el negro esta vez, sonriendo siempre, burlón, de pronto con una ironía que comienza a saberle a*



*mierda, a olerle a mierda, y le clava un frío, como de miedo, en el bajo vientre --. Antes de la revolución maté a muchos, ¿sabes?, y ya estoy curado de sentir algún remordimiento... vaya, que aprendí que uno debe sentirse bien matando cuando lo que mata es una alimaña como tú, ¿qué te parece?*

*Siente deseos de orinar, o de cagar, no sabe. Una presión en el vientre que le baja a los güevos y le clava un temblor incontenible en las rodillas, y le aferra los pies al cemento del piso, sin que logre moverse aunque lo intenta.*

*-- De modo que puedes verlo así, para que te vayas tranquilo al infierno – y esta vez siente que las palabras llenas de ironía del negro le trasmiten más temblores que lo van debilitando, que lo aturden --: habrá dos cuerpos menos atestando el planeta, ¿sabes?.. y dos cuerpos que irán al fondo del mar, ¿entiendes? Será bello. Imagínate la escena... millones de años después encontrarán esos dos cuerpos. ¿Imaginas a los científicos preguntándose qué carajo hacen dos esqueletos humanos donde solamente debía haber peces y bichos del mar?*

*No logra contestar. Apenas respira. Nada responde en su cuerpo y queda quieto, escuchando entre la bruma del miedo y la respiración de los otros y algún carro que pasa lejos tronando sus bocinas y la brisa marina que se cuela silbante por las tejas del techo, esas palabras que salen de la boca o de la mueca de sonrisa que enseña el negro.*

*-- Desde niño me gustó aplastar las cucarachas – escucha.*

*-- No... por favor... -- intenta gritar, y no le sale. Un nudo en la garganta se lo impide. Cree que lo asfixia, que sus músculos ceden, que algo líquido corre entre sus muslos, pantalón abajo, pierna abajo, que un frío terrible le va inundando hasta la sangre, todo, y no logra ver cómo el negro sonrío: "¿te measte, Saúl?, ten cuidado no te cagues", pero atrapa la súplica: "no me mates, por Dios", como una letanía, "no me mates, por Dios", como un canto se aleja, "no me mates, por Dios". La voz del negro: "¿Te*

*acuerdas de cómo suena una cucaracha cuando la aplastas, cabrón?”, brama el otro como el negro animal que es. Pero no escucha. Es apenas un eco lo que siente, lejano y mustio, mientras una fuerza descomunal lo hala por los hombros y lo eleva y lo eleva y va alejándose tanto de todas las cosas que no oye nada, ni la respiración agitada de los otros, ni el aire que se filtra, silbando, por las tejas más altas del techo, ni el claxon apagado de algún auto que pasa en la avenida cercana.*

*Tampoco siente la voz que se le ahoga en el llanto, ante el resoplido fatal del disparo... las tinieblas que llegan.*

*Como fantasmas.*

*Sombras.*

**La Habana, 2004**

**Amir Valle** (Cuba, 1967). Escritor, Ensayista, Crítico Literario y Periodista. Miembro de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) y la Unión de Periodistas de Cuba (UPEC). Ha obtenido los más importantes premios literarios del país, destacándose en los últimos años el *Premio Nacional Razón de Ser de Novela 1999*, el *Premio Nacional José Soler Puig de Novela 1999* y el *Premio Nacional La Llama Doble de Novela Erótica 2000 y 2003*.

Ha obtenido importantes premios literarios en República Dominicana, Colombia, México y Alemania en los géneros de cuento, novela y ensayo y ha sido finalista del Premio Literario *Casa de las Américas* en tres ocasiones: en cuento (1994) y en testimonio (1997 y 1999).

Ha publicado los libros **Tiempo en cueros** (Cuentos, Cuba 1988), **Yo soy el malo** (Cuentos, Cuba 1989), **En el nombre de Dios** (Testimonio, Cuba 1990), **Quiénes narran en Cienfuegos** (Ensayo, Cuba 1993), **Ese universo de la soledad americana** (Ensayos, Colombia, 1998), **Ciudad Jamás perdida** (Novela, Suecia, 1998, traducida al sueco), **La danza alucinada del suicida** (Cuentos, Cuba, 1999), el libro de testimonio **Con Dios en el camino** (Siria, 2000, traducida al árabe), **Manuscritos del muerto** (Cuentos, Cuba 2000), **Brevísimas demencias: la narrativa cubana de los 90** (Ensayos, Cuba 2001), **Las puertas de la noche** (Novela, España, 2001 y Puerto Rico, 2002), **Si Cristo te desnuda** (Novela, Cuba, 200, España, 2002), **Muchacha azul bajo la lluvia** (Novela, Cuba, 2001). Su última novela publicada en España **Entre el miedo y las sombras** ha sido muy bien recibida por la crítica especializada.

Actualmente es Coordinador en La Habana de la Colección Cultura Cubana de la editorial Plaza Mayor de Puerto Rico.

Dirección Particular: Perseverancia 162 Apto. 16 Entre Animas y Virtudes.

Centro Habana. Ciudad Habana. CUBA. Teléfono: (537) 8679772

Email: [avalle@cubarte.cult.cu](mailto:avalle@cubarte.cult.cu) y [amirvalle@yahoo.es](mailto:amirvalle@yahoo.es)